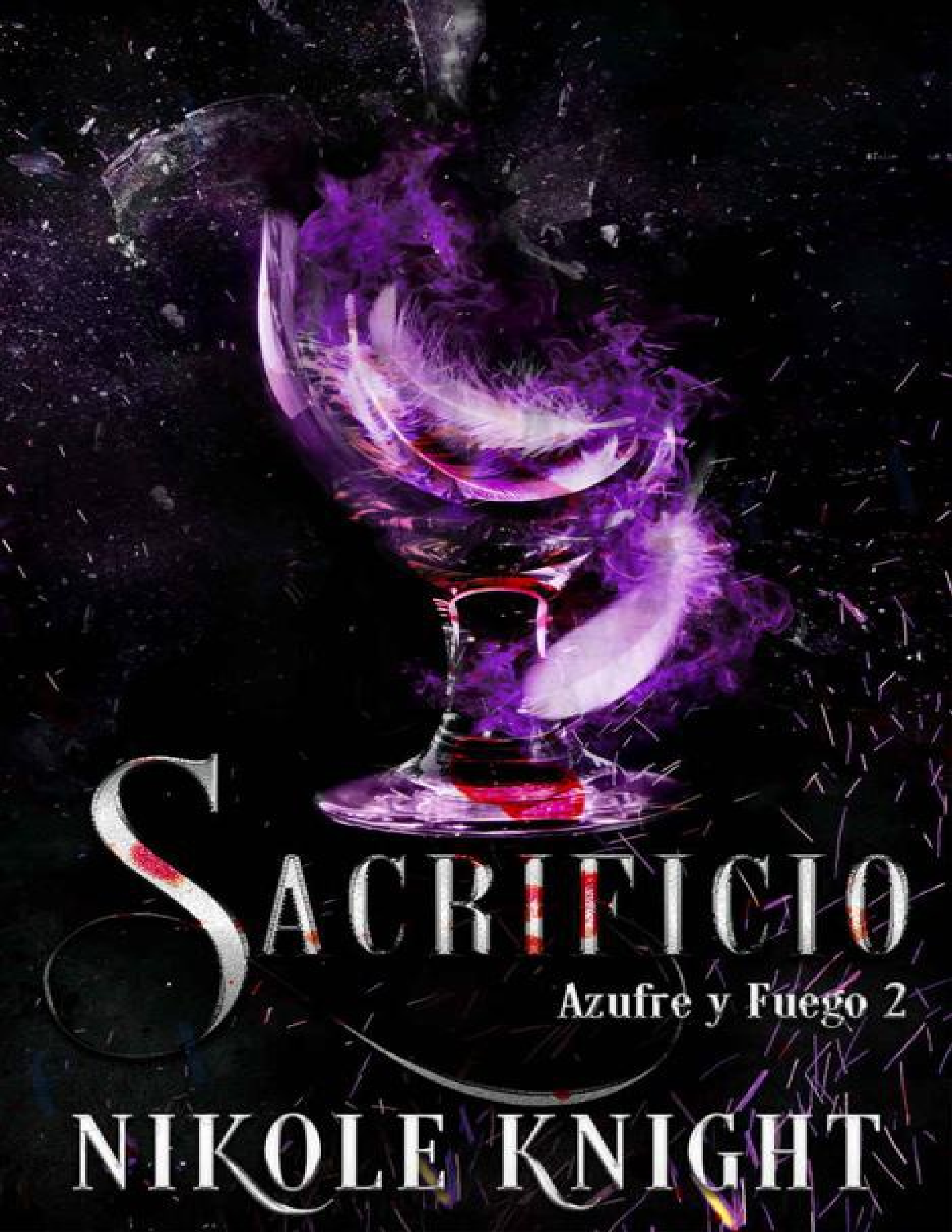




SACRIFICIO

Azufre y Fuego 2

NIKOLE KNIGHT

SACRIFICIO

PERGAMINO DE AZUFRE Y FUEGO 2



Escrito por Nikole Knight

Traducido por Alba M. Vila

Copyright © 2024 Nikole Knight

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial del material protegido por estos derechos de propiedad intelectual o su uso en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación, transmisión o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información sin el permiso escrito de la autora, a excepción de la adición de citas breves incluidas en reseñas de dicha obra y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor de Estados Unidos.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hechos que aparecen son producto de la imaginación de la autora o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas —vivas o muertas— o hechos reales es pura coincidencia.

Diseño de cubiertas © 2024 por Amai Designs

Arte gráfico de Joshua Duncan

Traducción de Alba M. Vila

Edición y corrección por L. M. Mateo

CONTENTS

Nota de la autora

Prólogo

1. Capítulo 1

2. Capítulo 2

3. Capítulo 3

4. Capítulo 4

5. Capítulo 5

6. Capítulo 6

7. Capítulo 7

8. Capítulo 8

9. Capítulo 9

10. Capítulo 10

11. Capítulo 11

12. Capítulo 12

13. Capítulo 13

14. Capítulo 14

15. Capítulo 15

16. Capítulo 16

17. Capítulo 17

18. Capítulo 18

19. Capítulo 19

20. Capítulo 20

21. Capítulo 21

22. Capítulo 22

23. Capítulo 23

24. Capítulo 24

Epílogo

Glosario

Acerca de Nikole Knight

NOTA DE LA AUTORA



QUERIDOS LECTORES:

Bienvenidos al siguiente capítulo de la historia de Riley. Como ya os comenté, no siempre será una lectura ligera, pero no desesperéis. Creo en los finales felices, ¿recordáis? Sin embargo, algunos finales felices tienen un precio. Y lo pagaremos de una forma u otra.

Advertencia: «Sacrificio» trata temas que algunos lectores les pueden resultar difíciles o perturbadores de leer, como situaciones de homofobia y abuso, violencia con algo de gore, y agresiones sexual no gráficas. Los lectores con sensibilidad a estos temas deben leer con precaución.

Por último, esta historia sigue a Riley en su camino hacia el autodescubrimiento, la libertad, el amor y la familia. Es un romance *slow burn*, pero se transformará en una relación poli/*harem* con aspectos M/M/M. *Pergamino de azufre y fuego* es una serie *New Adult* dirigida a lectores maduros.

Aquellos que estéis listos para continuar la historia de Riley, acercaos y tomad asiento en torno a la mesa.

Bienvenidos de nuevo, mis ángeles, a *Fuego y azufre*.

—N.K.

PRÓLOGO



EL TELÉFONO DE NOEL sonó en su bolsillo y, al sacarlo, solo pudo suspirar exasperado. El nombre de Malaquías brillaba en la pantalla, y le costó todo su autocontrol borrar el mensaje sin leerlo. Por tóxico que fuera aquel hombre, era su kryptonita. Siempre lo había sido.

El sonido de otro mensaje entrante atrajo la atención de Noel. Al final cedió y echó un vistazo a los mensajes.

Malaquías: Solo un café.

¡Ja! Nunca era «Solo un café».

Malaquías: Te echo de menos.

Al ver esas palabras, el corazón de Noel se contrajo, y sus dedos se quedaron suspendidos sobre la pantalla. Quería responder, quería lanzar de regreso esas palabras a la cara de Malaquías, pero responder —incluso lleno de ira— era un camino peligroso. Comenzaría de forma vengativa y terminaría con Noel bajo el cuerpo de Malaquías, aceptando que lo intentaran de nuevo.

Pero intentarlo de nuevo siempre llevaba al mismo final: a traiciones que dejaban marcas amoratadas en la piel y corazones rotos. Esta vez tenía que ser más fuerte. Sería más fuerte. Aunque fuera solo para mantener a su otro a raya.

Jai se pondría furioso si se enteraba de que Malaquías volvía a enviarle mensajes a Noel. Era sobreprotector en el mejor de los casos, pero, cuando se trataba de Malaquías y el constante ciclo de rupturas y reconciliaciones, era irrazonable.

Y Noel no podía culparlo. Jai era como una extensión de sí mismo. No importaba cuánto se volvieran locos el uno al otro, estaban unidos por la eternidad; eran las dos mitades de un todo, siempre conectados. En verdad, Jai no podía evitar la necesidad profundamente arraigada de

cuidar de Noel, su otro. Noel era igual de leal; moriría por su otro de la misma manera que moriría por su discípulo.

Pero su trabajo, y el de su otro, era complicado.

Noel dejó sin respuesta los mensajes de Malaquías y guardó el móvil en el bolsillo. Se deslizó sigilosamente por el pasillo, siguiendo el hilo invisible de su vínculo con su otro, y echó un vistazo por la rendija de la puerta. Jai estaba sentado al borde de su cama, junto a la figura de Riley, que estaba acurrucado bajo un montón de mantas. Su Otro pasaba la mano por los rizos caoba de Riley mientras tarareaba en voz baja una antigua canción de cuna angelical.

Noel no necesitaba usar el vínculo para captar la atención de Jai —el ángel oscuro percibía su presencia casi de forma inmediata—, pero dio un educado tirón al hilo. Los ojos oscuros de Jai se levantaron y arqueó una ceja interrogante.

«¿Qué pasa?».

No hacían falta palabras ni en voz alta ni telepáticamente; Noel se había pasado su existencia entera con él. Combinado con su vínculo, era fácil comunicar frases simples sin decir nada.

Noel inclinó la cabeza hacia el pasillo.

«En la sala de estar». Se alejó de la puerta.

Jai asintió y volvió la atención a su discípulo dormido mientras terminaba el último verso de la canción de cuna.

Una expresión llena de ternura se reflejó en su rostro, y Noel se detuvo en su retirada para observarlo más de cerca. Jai no era un hombre cruel, pero era duro, áspero y tosco. Brutal en su honestidad y lealtad, tendía a atropellar a los más cercanos a él —incluido Noel—, todo en nombre de las buenas intenciones.

Pero esa mirada... Noel no podía recordar la última vez que la había visto en el rostro de su otro. Por mucho que Jai completara a Noel, era dominante y exigente. Pero con Riley era casi... dulce. Y, que el Creador lo ayudara, eso molestaba mucho a Noel. ¿Por qué? No tenía ni idea.

Quizás porque Jai le mostraba tanta ternura. Y no, Noel no necesitaba que lo trataran con tacto, y menos aún su otro. Pero, por todas sus peleas e insultos, eran más que familia. Almas gemelas. Y ver a su otro mirar a alguien con tal cariño lo ponía verde de envidia.

O quizás simplemente no le gustara la forma en que los dedos de Jai acariciaban la suave línea de la mandíbula de Riley. Lo cual era ridículo. Era tarde, la falta de sueño y el estrés por saber el paradero actual de Gideon eran lo que le causaba esa reacción. ¡Nada más!

Mientras apartaba la absurda emoción, Noel se dejó caer en el sofá y soltó su cabello de la trenza que se había hecho demasiado apretada por la mañana temprano. El leve dolor en la base

de su cráneo se alivió cuando las hebras blancas cayeron sobre sus hombros. Pasó sus dedos por los mechones lisos, desenredando los nudos.

No tuvo que levantar la vista para saber que Jai había entrado en la sala. El aroma intenso del *dokha* llenó el aire mientras la puerta de vidrio del patio se abrió deslizándose. Se encendió una cerilla, y Noel casi pudo sentir la quemadura de la primera inhalación de Jai. Dios, odiaba el abrumador olor a humo que se adhería a su ropa por culpa de aquel hábito tan desagradable. Y, aun así, un pitillo sonaba bastante apetecible en ese momento.

—¿Ha llamado Gid? —preguntó Jai, que exhalaba anillos de humo en el patio trasero.

Una mirada a su móvil reveló unos cuantos mensajes nuevos de Malaquías, pero nada más. Noel se levantó con un suspiro.

—Todavía no. —Se unió a Jai en la puerta del patio, se apoyó en el marco y cruzó los brazos sobre su pecho—. ¿Cuándo vas a dejar de fumar?

Su otro sonrió con ironía, sus oscuros ojos centellearon con un fuego profundo mientras se tragaba el *medwakh*.

—Pues viendo que no puede matarme, probablemente nunca.

Jai orientó su exhalación cenicienta hacia afuera antes de ofrecerle a Noel la pipa. Siempre tan hipócrita, Noel se inclinó hacia adelante y rodeó el extremo con sus labios, su boca rozando los dedos de Jai. Inhaló y el humo ácido quemó sus pulmones. Saboreó el calor por un momento antes de expulsarlo en un resoplido.

—Lástima que esto no nos coloque.

Una carcajada brotó del pecho de Jai.

—Podría conseguir algo de salvia. Conozco a un tío.

—Todos conocemos a ese tío, y Beau no te venderá nada a menos que le des algo a cambio. —Noel dio otra calada mientras Jai hacía una mueca.

—No me acostaría con él ni por toda la salvia de los bosques de Asfódelo. —Jai chasqueó su *piercing* contra sus dientes—. Además, a Riley le daría un ataque de pánico si se despertara y nos encontrara fumando hierbas sagradas en el salón.

—Seguro que rezaría por nuestras almas o algo así. —La broma se agrió en la lengua de Noel, y frunció el ceño al observar las nubes que rodaban por el cielo nocturno—. Por todos los infiernos, ¿cómo hemos podido estar tan ciegos, Jai? Se estaba castigando, y no nos dimos cuenta.

Con un gruñido áspero, Jai vació el *medwakh* y machacó el tabaco ardiente hasta que no quedó más que ceniza.

—No somos adivinos, No. Y no podemos estar con él cada segundo, no sería justo para ninguno de nosotros.

—Al diablo con lo justo. ¡Tiene bulimia, por el amor de la Trinidad! —Noel gesticuló en dirección a donde dormía Riley—. Te dije que estaba perdiendo peso.

—Ah, ¿así que ahora es mi culpa que se haya dedicado a vomitar la comida y congelarse en duchas frías? —Estallaron llamas en los iris color ámbar de Jai, su piel oliva enrojecida por la ira—. ¡Yo no fui quien lo dejó a merced de esa psicópata!

Como cada vez que la discusión se avivaba con rapidez, Noel saltó a la defensiva.

—Yo tampoco lo hice. Seguíamos órdenes.

—¿Sí?, ¡pues que les den a las órdenes! Mi lealtad es para con mi discípulo, no para con unos puñeteros Tronos que confundieron un mal viaje de LSD con una visión —gruñó Jai.

La blasfemia sorprendió a Noel y aplacó su ira. Retrocedió.

—Jai, podrían quitarte las alas si te escuchan hablar así. Te quitarían el título.

—¡Mira lo que le han hecho! —Jai señaló el pasillo, apretando la mandíbula—. Le lavaron el cerebro y abusaron de él, y solo nos ordenaron que nos quedáramos al margen y mirásemos. Yo no lo haré más, Noe. No lo haré.

El vínculo entre ellos palpitó dolorosamente, y Noel se tambaleó hacia adelante para sujetar la cara de Jai.

—Yo tampoco. No dejaremos que nadie le haga daño nunca más. —Sus frentes se encontraron mientras la incipiente barba de Jai raspaba las yemas de los dedos de Noel.

A pesar de todos los defectos de Jai, era leal hasta la médula.

—Nunca más —prometió.

Noel no dudaba de que su otro lucharía hasta la muerte por el bienestar físico y mental de Riley. Las heridas de su discípulo eran profundas, pero, como sus guardianes, era su deber protegerlo y cuidarlo. Y lo harían.

Riley era especial. Era tranquilo y amable, pero también leal. Su pequeño tamaño y su carácter recatado y dulce atraían al guardián que ambos llevaban dentro. No perjudicaba que fuera monísimo, con sus desordenados rizos caoba, sus ojos marrón chocolate y sus perfectos labios. No hacía falta mucho para que Riley los doblegara a su antojo, al menos a Noel. De hecho, ya estaba comiendo de su mano.

Pero lo último que necesitaba era seguir esa línea de pensamiento. Conduciría a lugares donde sabía que no debía aventurarse. Incluso contemplar a Riley, su discípulo, con algo que no fuera amistad platónica era inaceptable. No era normal y, desde luego, no estaba permitido.

Quizás debería aceptar esa cita para tomar un café con Malaquíás. Estaba claro que Noel estaba perdiendo la perspectiva. Al parecer, necesitaba echar un buen polvo y Malaquíás era perfecto para eso. Lástima que Noel fuera adicto a él y un buen polvo se convirtiera siempre en dos décadas de dolor y, en algún momento, de terribles humillaciones a manos del hombre que decía amarlo.

El aire vibró cuando Gideon apareció en la sala con un fuerte chasquido, y descarriló las peligrosas ideas de Noel. Los dos secundarios se separaron y las preocupaciones sobre el estado mental de Riley se evaporaron al ver a su primario exhausto. Blanco como una sábana, Gideon se tambaleó y Noel se apresuró a su lado para evitar que cayera sobre sus musculosos glúteos.

Jai sostuvo a Gideon por el otro lado y trastabillaron hacia el sofá mientras Gideon murmuraba maldiciones en su lengua materna.

—Estoy bien. Estoy bien. —Cayó en el sofá con un pesado gemido—. Dejadme en paz. Estoy bien.

—Parece que hayas pasado por el tercer estómago de un sabueso infernal —se burló Jai, que se dirigió a la cocina y rebuscó en uno de los armarios.

Noel agarró una de las mantas que a Riley le gustaba usar y la envolvió alrededor de los hombros de Gideon mientras el drenado hombre temblaba.

—Por las puertas del Infierno, ¿cuánto te ha quitado, Gideon?

Como era de esperar, no respondió, y Noel bufó. Sabían lo que Gideon había sacrificado al encontrarse con Tabitha, pero aquel iba a ser un tema peliagudo. No importaba cuánto protestaran, Gideon haría lo que le placiera en nombre del honor. Noel y Jai harían lo mismo, pero no tenían los mismos contactos que él.

Aun así, Noel odiaba ver a Gideon débil y tembloroso, y más sabiendo que la caída estaría paseándose por el barrio francés como una reina, embriagada con su sangre. Tabitha era una egoísta.

—Voy a patearle el culo —gruñó Noel. Jai regresó junto a él con una taza de néctar humeante.

—Ella te usaría de fregona. —Gideon logró componer una diminuta sonrisa burlona, y Noel hizo una pedorreta, insultado.

Gideon aceptó la taza de Jai, los hombros caídos por su necesidad. Siempre había sido el fuerte, el líder, el hermano mayor que cargaba el peso del mundo en sus hombros para que Jai y Noel no tuvieran que hacerlo. Ser débil, sobre todo frente a otros ángeles, lo avergonzaba.

Era un tonto. Era imposible para Noel tener algo más que respeto por su primario.

—Pareces un zombi, pero, aun así, te tiraría los tejos. —Tocó el hombro de Gideon a modo de consuelo mientras el gigantesco hombre tosía en su taza. La risa fue ahogada, pero alivió la preocupación de Noel.

Acostumbrado a sus insinuaciones, Gideon sonrió a través de su rubor.

—Gracias. Eso me hace sentir muchísimo mejor.

Jai se rio entre dientes ante el comentario.

—Si puedes bromear, significa que no te estás muriendo. Eso está bien.

Los tres ángeles se pusieron serios. Gideon sorbía el tónico caliente y reparador. Sentado en la mesa de café, Jai apoyó los brazos en las rodillas y entrelazó las manos. Noel quería frotarle los hombros a Gideon o acariciarle esas ondas de pelo color champán, cualquier cosa para ofrecerle consuelo y apoyo, pero se abstuvo. A diferencia de su secundario, Gideon no comunicaba afecto a través del tacto, y lo que estaba destinado a consolarlo, probablemente lo estresara aún más.

—Vamos, Gid. ¿Qué ha dicho? —Jai fue el primero en quedarse sin paciencia, y Noel le golpeó la rodilla.

—Dale un segundo.

—No, estoy bien. —Gideon hizo un gesto para tranquilizar la preocupación de Noel antes de relatar su encuentro con Tabitha. Bebió cada pocos segundos, y las ojeras bajo sus ojos se aclararon. Todavía necesitaría quedarse en Utopía durante una noche para cargar y recuperar fuerzas, pero al menos ya no temblaba.

Cuando Gideon terminó, el apartamento se quedó en silencio, y Noel no pudo resistirse a colocar una mano amable en su antebrazo. Gideon no se apartó, pero tampoco mostró agrado.

—Entonces, ¿necesitamos colocar más guardianes alrededor del campus? En los edificios donde tiene clases, el centro estudiantil...

Gideon interrumpió a Jai con un movimiento de cabeza y aclarándose la garganta.

—No, a menos que queramos que su ubicación sea aún más obvia. Cualquier guarda que erijamos solo llamará más la atención sobre los lugares que estamos defendiendo. —Se pellizcó el puente de la nariz, como si intentara concentrarse—. Necesitamos mantener a Riley en el apartamento tanto como sea posible y, si alguna vez se queda en su dormitorio, uno de nosotros deberá estar allí. Sin excepciones.

—¿No debería volver al dormitorio! —dijo Noel.

—Ni por todos los muertos del Hades —gruñó al mismo tiempo Jai— lo dejaré solo cerca de ese psicópata que tiene por compañero de cuarto.

¡Por fin, algo en lo que Noel y Jai estaban de acuerdo!

—Exacto —dijo Noel—. Riley tiene que informar de lo que le hizo Brian.

—Sabes que no lo hará —dijo Jai.

Noel cruzó los brazos sobre el pecho.

—Si presionamos, lo hará.

—Ya le hemos jodido bastante la cabeza, ¿no te parece? —Jai reflejó la posición defensiva de Noel—. No voy a influir más en él; no quiero volver a hacérselo.

—¡No me refería a eso!

—Es decisión de Riley —intervino Gideon antes de que su discusión aumentara de volumen—. Y lo apoyaremos decida lo que decida.

Derrotado, Noel se dejó caer en el respaldo del sofá.

—Entonces, Brian se sale con la suya.

—¡Y eso es una mierda! —Jai terminó el pensamiento de Noel como si fuera suyo. Ambos se enfurruñaron.

Gideon asintió.

—Sí, lo es, pero no podemos forzarlo. Está en su naturaleza poner la otra mejilla, y denunciar abusos en el pasado solía exacerbar los problemas, no los resolvía. No confía en que las figuras de autoridad velen por sus intereses y, dados los acontecimientos de los últimos días, su confianza en nosotros es poca, en el mejor de los casos.

Por un momento, Gideon aparentó su edad. Los milenios le aplastaban los hombros y esculpían arrugas en su bello rostro.

—Por mucho que me enfurezca darle al señor Mason carta blanca, no estoy dispuesto a arriesgar la confianza de Riley. Y presionar o sugerir demasiado terminará con su confianza en nosotros.

Le dolió, pero Noel aceptó su decisión a regañadientes.

—Lo que Riley necesita ahora es que estemos de su lado, sea cual sea ese lado.

—Es una mierda —repitió Jai.

—Lo es —dijo Gideon.

Noel hizo un mohín obstinado.

—Si no denuncia a Brian, se queda con nosotros. Fin de la historia.

—Lo secundo —dijo Jai.

Con un movimiento de cabeza, Gideon tosió en su hombro.

—Que así sea, pero creo que es imperativo que establezcamos algunas reglas básicas.

La confusión y la molestia se retorcieron a través del vínculo de Noel con su otro, e intercambió una mirada con Jai.

—¿Reglas básicas?

—¿Qué coño significa eso? —preguntó su otro.

Gideon dejó a un lado su taza casi vacía y cuadró los hombros, como si se estuviera preparando para una discusión.

—Significa que tenemos que ser conscientes de qué formas estamos interactuando con Riley.

—¿Qué? —preguntaron Jai y Noel al mismo tiempo.

—Riley no tiene ni idea de cómo funcionan las dinámicas sociales. No entiende las relaciones sanas ni cómo comportarse en una. —Gideon se tiró de la oreja—. Tenemos que ser cuidadosos en cómo procedemos porque la posibilidad de hacerle más daño que bien es muy real.

La mente de Noel se agitó, sobreanalizando sus interacciones con Riley para determinar qué quería decir su primario. La falta de interacción social de Riley era obvia a veces, pero no era tonto. Podía ser torpe y tímido hasta el extremo, y no siempre era rápido para entender las pautas sociales. Pero no era mentalmente incapaz de comprender las normas. Aunque estaba hambriento de afecto, no había perdido por completo su capacidad de comunicarlo. Solo era peculiar.

—Tenemos que ser precavidos —añadió Gideon, y Jai entrecerró los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir —Gideon volvió a pellizcarse el puente de la nariz— que tenemos que vigilar que nuestro afecto no comunique algo que no debería. Ya nos ve como héroes perfectos y lo último que necesitamos es que confunda la adoración al héroe con el interés romántico...

—¿Interés romántico? —Noel se quedó boquiabierto.

Jai resopló.

—¿Adoración al héroe?

—No digo que esa situación vaya a producirse; solo quiero establecer unas directrices para asegurarme de que no ocurra —explicó Gideon—. Aunque Riley ha madurado físicamente, es un niño en ciertos aspectos. Nos mira no solo para entender las interacciones sociales, sino para dictar las suyas propias.

—Eso es un poco exagerado, ¿no crees? —Jai dejó de reírse al ver la severa mirada de Gideon.

—No, no creo que lo sea. Tenemos que pensar muy bien cómo proceder.

Gideon dijo «tenemos», pero el no tan sutil «tienes» estaba implícito. La tez aceitunada de Jai se oscureció bajo su oscura barba incipiente, y el fuego de sus ojos se encendió en iracunda ofensa. Noel se quedó boquiabierto.

—¿Estás insinuando lo que creo que estás insinuando? —Incapaz de evitar que aquel ofensivo dolor se retorciera en su pecho, Noel, abrazándose el torso, añadió distancia entre él y su primario.

Gideon adoptó su sempiterno estoicismo, apoyó los codos en las rodillas y entrelazó los dedos.

—No estoy insinuando nada. Solo digo que nuestras interacciones deben ser... apropiadas. Mantengamos las distancias. No compartamos camas. No más —hizo un gesto hacia el sofá, contrariado— arrumacos durante las películas.

—No estamos jugando con nuestro discípulo —gruñó Jai.

—Lo adoráis. Los dos lo hacéis —dijo Gideon, casi acusador.

La mano de Jai se agitó con fuerza en el aire.

—¡Porque somos sus amigos!

—Cualquiera que nos vea podría sospechar lo contrario.

—Pues siento que no todos seamos robots emocionalmente esterilizados como tú. —Jai enseñó los dientes cuando Noel murmuró una suave advertencia, apretando su vínculo para acallar a su otro. Pero el daño ya estaba hecho.

Gideon se sonrojó y luego palideció. Luego se apaciguó por completo, con el rostro inexpresivo.

—Robot o no, al menos me comporto como corresponde a un guardián. —La voz de Gideon era uniforme y casi aburrida, pero las palabras fueron directas a la yugular. Jai se estremeció.

Noel, horrorizado de ira, observó el intercambio. Una parte de él quería ponerse del lado de Jai y discutir, mientras que la otra temía que Gideon estuviera interpretando algo no sobre su comportamiento, sino sobre la capacidad de Riley para interpretar sus intenciones.

—Gideon, nunca nos aprovecharíamos de él. Jamás lo haríamos. —A Noel se le atragantaron las palabras.

Con otro tirón de orejas, Gideon suspiró.

—Hay una delgada línea entre el consentimiento educado y la aceptación ignorante.

—¿De verdad crees que lo forzaríamos? —Todavía preso de su furia, Jai se paseó por la sala de estar—. ¿Piensas tan mal de nosotros como para creer que le presionaríamos, le pediríamos favores o lo manipularíamos para tener sexo?

Por fin provocó una reacción en Gideon, que se encogió.

—No, nunca os creería a ninguno de los dos capaces de semejante deshonra, pero, si Riley pensara que es lo que queréis, no diría que no. Lo han instruido para que haga lo que se le dice y dejar a un lado su propia comodidad y sus deseos por los demás. —El tono de Gideon estaba

cargado de convicción—. Si alguno de vosotros insinuara siquiera que quiere algo de él, que os haría felices, lo haría.

—Ni siquiera le gustan los hombres —murmuró Noel.

—Lo crio una víctima de abuso del ocultismo. ¿De verdad crees que ha explorado lo suficiente como para saberlo? —Gideon se revolvió en el sofá, incómodo por el tema—. Por supuesto, no es asunto nuestro, en cualquier caso. Es libre de explorar y descubrir sus preferencias sin que nosotros interfiramos.

Un terrible silencio descendió para robar el oxígeno de la habitación. Por mucho que Noel odiara admitirlo, Gideon tenía razón. Janet había sufrido mucho al crecer en una secta ocultista enferma y pedófila, y Riley pagaba ahora el precio de su trauma. Nunca le habían permitido explorar nada remotamente cercano al romance o la atracción. ¿Cómo iba a juzgar Noel dónde residían sus deseos?

Suspirando derrotado, Jai hizo sonar su *piercing* metálico contra sus dientes.

—No podemos retroceder del todo, o Riley se culpará a sí mismo. Pensará que hizo algo malo para alejarnos.

—Jai tiene razón, Gideon. Si de repente actuamos con frialdad, le hará daño. Está hambriento de afecto, afecto platónico —se corrigió Noel antes de que su mensaje se pudiera malinterpretar—. Pero afecto, al fin y al cabo. Nunca ha tenido amigos ni familia ni apoyo o amor incondicionales. Nos necesita. Y, si nos alejamos, pensará que es su culpa.

»Pero tienes que confiar en nosotros. No le haríamos daño y no fomentaríamos nada inapropiado. —Noel tomó la mano de Gideon con vacilación y odió la forma en que este se envaró al tacto. Jai podía ser un imbécil en ocasiones—. Pero necesita saber que le quieren. Eso es lo que hace la familia. Eso es la familia.

—Y nosotros somos una familia, ¿no? —Después de dar una patada infantil al sofá, Jai se dejó caer en el asiento al otro lado de Gideon—. No me malinterpretes, estamos jodidos, pero estamos jodidos juntos.

Gideon asintió y soltó un fuerte suspiro, luego apretó la mano de Noel. Palmeando el hombro de Jai, inspeccionó a sus secundarios.

—Perdonadme, hermanos. No pretendía transmitir desconfianza. Solo me preocupa...

—Lo sabemos. —Noel acarició el hombro de Gideon—. Solo estás cuidando de nosotros.

—Nos vigilan de cerca, y no podemos llamar la atención del Consejo sobre Riley, no ahora. No sabemos quiénes son nuestros aliados ni, lo que es más importante, quién es el enemigo.

Tenemos que protegernos los unos a los otros. —Gideon terminó el discurso emotivo, al menos para él, con un gruñido gutural.

Desanimado, Jai golpeó el hombro de Gideon.

—Antes me he pasado, Gid. Perdóname.

—Ya lo he hecho.

Tras otro pesado silencio, Noel suspiró y alisó el deslucido cabello de su primario.

—Ve a Utopía. Recupera la energía. Nosotros nos quedaremos con Riley.

El hecho de que Gideon no discutiera reflejaba su cansancio. Se limitó a asentir, acariciando cariñosamente el hombro de Noel, y luego el de Jai.

—Llamad si necesitáis algo.

—Por supuesto.

—Sois los únicos a los que quiero a mi lado —dijo Gideon mientras se ponía en pie, mirando la alfombra—. Es un honor para mí servir con vosotros.

Con una sonrisa bobalicona, Noel se levantó y echó los brazos al cuello de Gideon. Inhaló menta y sol.

—Nosotros también te queremos.

—Ah, venga. Corta el rollo antes de que vomite. —Jai fingió fastidio, pero sus labios se curvaron cuando Gideon se sonrojó. Noel le mostró el dedo.

Menudo trío hacían. Jai tenía razón: estaban jodidos, pero estaban jodidos juntos. Y ahora Riley se uniría a su disfuncional familia. Aún no sabían si los uniría o los separaría, pero Noel tenía esperanzas.

Tal vez los temores de Gideon no eran infundados, pero eran el equipo de guardianes más fuerte que había aparecido en cien años.

¿Qué podía hacer un pequeño nefilim contra eso?

CAPÍTULO 1



LAS PESADILLAS NO ME eran ajenas. Habían sido mis compañeras constantes toda mi vida y habían empeorado significativamente a medida que me hacía mayor. Soñaba con muerte y humo, con fuego que llovía del cielo mientras los cuerpos se amontonaban a mi alrededor. Soñaba con manos crueles y extraños que me hacían daño.

Pero, desde hacía un tiempo, las pesadillas habían cambiado. Ahora soñaba con ojos rojos y sombras que bailaban a lo largo de mi visión periférica. Cada vez que me giraba para enfocarlas, la oscuridad desaparecía de mi vista. Permanecía en el fondo de mi mente como un recuerdo terrible, una premonición sombría. Aunque lo que me asustaba más que los ojos ensangrentados y la sombra colgante era el trasfondo de deseo.

En algún lugar de mi interior, deseaba la oscuridad, me deleitaba con ella. Sí, eso me aterrorizaba hasta los huesos.

—Concéntrate, Riley. —La voz cortante de Gideon atravesó mis temblorosos pensamientos y volví al presente.

La hierba me hacía cosquillas en la piel del tobillo, donde los vaqueros me quedaban demasiado cortos —¿por fin se me habían quedado pequeños?—, y una fresca brisa invernal me despeinaba los rizos rebeldes. La atmósfera zumbaba con el poder de Gideon. Una cúpula resplandeciente nos envolvía mientras nos sentábamos en el patio trasero, cruzados de brazos, uno frente al otro.

La magia nos mantenía calientes a la vez que ahuyentaba miradas indeseadas. Si los vecinos fisgones venían a husmear, nos pasaban por alto y no veían más que un jardín vacío. Las llamaba en mi cabeza «guardianes de miradas». Y eran muy útiles, sobre todo cuando los ángeles empezaron a luchar con espadas en medio de mi campus. O si Gideon me obligaba a entrenar.

Me sujetaba las rodillas con las manos y contraí la cara, concentrándome. Incluso entonces, tras semanas de práctica, seguía sin dominar mis poderes de ángel.

—Concéntrate —repitió Gideon.

—Lo intento. —De inmediato me arrepentí de mi tono cortante—. Perdón.

—Vamos a tomarnos un descanso —dijo en lugar de reaccionar a mi actitud insolente o a mis disculpas.

Suspiré, derrotado, abrí los ojos y parpadeé ante el sol de poniente. Delineado por los rayos de sol, Gideon parecía el ángel etéreo que era. Incluso sin el telón de fondo del atardecer y la luz cegadora, su belleza inhumana no dejaba de golpearme el rostro. En general, me ponía nervioso con facilidad, pero mantener la cordura era imposible cuando me enfrentaba a sus profundos ojos verdes, que me radiografiaban el alma y descubrían mis pensamientos más íntimos.

Vale, en realidad no podía leerme la mente. Lo sabía porque se lo había preguntado una vez. La pregunta le pareció muy graciosa y me recompensó con una de sus raras carcajadas. El hoyuelo se le había quedado grabado en la mejilla durante mucho tiempo.

Por desgracia, Gideon ya no reía. Su pelo rubio oscuro se le enroscaba alrededor de las orejas y el cuello, desordenado de tanto pasarle por encima la mano. Las bolsas bajo sus ojos eran pesadas y oscuras, y la sombra de una barba salpicaba su mandíbula firme y cuadrada. El cansancio le aplastaba los hombros y opacaba su piel dorada por el sol.

—Lo siento. —Bajé la cabeza, avergonzado, mientras jugueteaba con los dedos en mi regazo.

—No lo sientas. Respira hondo y vuelve a intentarlo.

Bajo la intensa mirada de Gideon, obedecí. Inspiré profundamente, conté hasta tres, y solté el aire con los labios fruncidos. Luego busqué el lugar que había dentro de mí, el lugar que todos los ángeles —y hasta cierto punto, los humanos— tenían. Gideon lo llamaba mi «centro». Era el lugar donde residía mi poder, la fuente de energía de mi alma.

Todos los seres de los reinos estábamos conectados como un inmenso bosque, me había explicado una tarde. Nuestras raíces eran profundas, se entrelazaban en la tierra y corrían juntas hasta encontrar el camino a una fuente de agua. Los árboles no podían vivir sin ella, y el Creador era la fuente última; nuestros poderes no procedían de nosotros, sino de Él.

Mi alma era un hilo de esta red y, para acceder al poder espiritual que me otorgaba mi linaje, necesitaba encontrar mi fuente, mi centro. A mí me sonaba a galimatías, pero Gideon podría haber hablado de cualquier tema y yo lo habría escuchado encantado. Su voz de bajo retumbaba y su tono era profundo y rico. Me habría sentado en sus rodillas durante horas para escucharle hablar, incluso si se hubiera limitado a intentar venderme jabón friegaplatos.

Aparte de la agradable voz de Gideon, mi entrenamiento como ángel no iba tan bien como esperábamos. Todas las mañanas, Noel me despertaba temprano y me arrastraba al jardín trasero para hacer yoga. Nos estirábamos en posturas extrañas mientras él me ordenaba respirar —como si de verdad me hubiera olvidado de hacerlo— antes de sentarnos con las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Me ordenaba centrar la mente. Y, de nuevo, respirar.

No es que no me gustara pasar las mañanas con Noel mientras retorció el cuerpo en un *pretzel*, pero meditar era aburrido. No entendía lo que quería decir con vaciar y centrar la mente, y nuestras sesiones solían terminar conmigo enfadado por mi fracaso. Sus intenciones eran buenas y yo hacía lo posible por seguir sus órdenes. Pero la mayoría de las veces me quedaba dormido.

Después de yoga, me iba a clase. Los exámenes finales del semestre estaban a la vuelta de la esquina y para mí era más importante que nunca centrarme en mis estudios. Por supuesto, me resultaba difícil preocuparme demasiado por el trabajo de clase. Mi mundo se había puesto patas arriba hacía casi un mes, cuando había matado por accidente a una manada de perros infernales con unos poderes angelicales que no sabía que tenía.

Antes de descubrir todo un nuevo mundo de ángeles, demonios y nefilim, mi mayor preocupación era si debía o no presentarme al examen para el permiso de conducir. ¿Y ahora? Bueno, aprender a conducir era la menor de mis preocupaciones.

Estaba demasiado ocupado meditando, estudiando y haciendo ejercicio como para plantearme siquiera hacer el examen de conducir. Además, Gideon se reunía conmigo varias veces a la semana y me enseñaba a usar mis poderes. Estaba claro que no se me daba muy bien. Pasaba más tiempo con la cara desencajada de concentración mientras débiles chispas chisporroteaban en mis palmas que cualquier otra cosa.

Para ser sincero, temía al poder que latía en mi interior. Si de verdad me dejaba llevar y le daba rienda suelta, no sabía si podría controlarlo. Y entonces me convertiría en la bestia de ojos rojos de mis pesadillas. ¿Cuántos cuerpos se amontonarían a mis pies?

—¿Riley?

¡Maldita sea! Me había distraído otra vez. Así nunca descubriría mi centro.

—Lo siento. —Ya anochece en el patio trasero. Me restregué la cara. Odiaba decepcionar a la gente, pero decepcionar a Gideon era mil veces peor—. Lo siento, déjame intentarlo de nuevo.

—Tal vez deberíamos dejarlo por hoy. Se está haciendo tarde y aún tienes que salir a correr con Jai y hacer los deberes.

—¿Tengo que hacerlo? —me quejé.

El indicio de una sonrisa apareció en la comisura de los labios de Gideon.

—Sí, tienes que hacerlo. Es lo mejor para ti.

—Ya, lo mejor para morir de asco —refunfuñé antes de lanzar una mirada llena de pánico por encima del hombro para asegurarme de que Jai no estaba espiando—. No le digas a Jai que he dicho eso.

Nunca lo admitiría por miedo a herir los sentimientos de Jai, pero, la verdad, no me gustaba salir a correr con él. No era personal; mi cuerpo no estaba hecho para el trabajo duro ni levantar pesas o correr. De hecho, no estaba hecho para nada que implicase un mínimo de actividad. Sin embargo, todas las tardes, sin falta, Jai me obligaba a salir por la puerta y me ladraba como un sargento instructor hasta que acababa sudoroso y jadeante. Era horrible.

Entre risas, Gideon se puso en pie y se quitó el polvo de los pantalones caqui. Unas pocas briznas de hierba y algo de tierra cayeron al suelo. Su mano se estiró hacia abajo y flotó delante de mi cara. Mi vacilación duró menos que unos meses antes, pero aun así tardé un segundo en armarme de valor y deslizar mi mano entre las suyas. Su mano era grande y se tragó la mía por completo.

Me levantó con poco esfuerzo, dado que era mucho más grande que yo. Y no era solo su increíble altura. Gideon era la personificación de los gigantes: ancho de hombros, musculoso, alto como una secuoya. Cuando entraba en cualquier parte, su simple presencia llamaba la atención. Yo estaba descubriendo que era un gigante amable, pero un gigante que, aun así, intimidaba.

—Seguiremos mañana —dijo Gideon mientras me quitaba una hoja seca del hombro.

—Lo siento, Gideon. Lo haré mejor. —Me giré para entrar en el apartamento, pero me detuvo con una mano en el brazo.

Sus dedos me apretaron el bíceps.

—Mírame —me dijo. Y yo nunca podría desobedecerle. Nuestros ojos se encontraron—. No estoy enfadado. Lo sabes, ¿verdad?

Aunque dudaba de su sinceridad, asentí. No me creyó y gruñó con fastidio. Se puso de rodillas, me dio la vuelta para que lo mirara de frente, y enmarcó con las manos mis delgados hombros.

—Lo único que espero de ti es lo mejor, Riley, y sé que me lo estás dando. No te desanimes. Y no pienses ni por un momento que nos estás decepcionando. A ninguno de nosotros. Estamos muy orgullosos de ti. —Me sacudió con suavidad, a modo de énfasis, y me sonrojé de júbilo.

El desprecio hacia mí mismo era como una losa sobre mis hombros, pero quería creerle. Más que a nada.

—No quiero decepcionarte.

—Nunca lo has hecho. —Tuve el impulso de abrazarlo, pero me contuve—. Ahora, cámbiate para ir a correr. Tengo que empezar a preparar la cena.

—Sí, vale.

—Buen chico. —Casi me caí cuando me dio una palmada alegre en el hombro, y me enderezó con un respingo—. Mis disculpas.

A veces, incluso Gideon olvidaba su propia fuerza. Ahogué una risita con la palma de la mano en cuanto volvió a ponerse en pie.

Con más gracilidad de la que debería tener un hombre de su tamaño, se dirigió hacia la puerta de cristal del patio y la abrió. La mantuvo abierta mientras yo entraba en el apartamento, y la menta, el sol y la tierra húmeda me inundaron al pasar junto a él. Inhalé profundamente y mi alma se tranquilizó al percibir aquellos aromas familiares y reconfortantes.

En el cálido apartamento, Jai estaba sentado en el sofá. Buscaba algo en los canales de la tele, tomándose una cerveza... y sin camiseta. Ya estaba en pantalones cortos y deportivos. Había tanta piel... Esplendorosa piel oliva. Intenté no mirar la curva de sus bíceps cuando se llevó la botella de cerveza a los labios ni el movimiento de su garganta al tragar. Lo intenté, pero no lo conseguí.

Después de diecinueve largos años de supresión hormonal e ignorancia sexual, no tenía ni idea de cómo actuar cuando mi cuerpo reaccionaba a la proximidad de mis ángeles. Se me recalentaba la piel, me ruborizaba y gimoteaba como un loco. Era muy embarazoso. No ayudaba que a Jai y Noel les gustara tanto pasear medio desnudos por el apartamento.

Cuando hacíamos ejercicio, Jai siempre corría sin camiseta. Y yo, cada pocos pasos, como un reloj, tropezaba con mis pies porque no miraba por dónde iba, fascinado por las gotas de sudor que serpenteaban por su columna vertebral. El aspecto de modelo de Noel me dejaba sin aliento y su tacto hacía que mi piel se erizara con un calor que solo ahora reconocía como deseo. Incluso Gideon me ponía aceleraba el pulso en los raros momentos en que lo pillaba desvestido, con sus músculos esculpidos en granito.

No estaba acostumbrado a eso, a la atracción y el deseo. Me asustaba casi tanto como me tentaba.

—Hola, enano. ¿Estás listo? —Jai se bebió la cerveza de un trago, apagó el televisor y se levantó. Su torso tonificado se onduló al estirarse, y me obligué a apartar la mirada de su fino y oscuro pelo del pecho. En su lugar, me fijé en el rastro que descendía desde su ombligo, y tragué saliva.

—Solo tengo que cambiarme. —Señalé con un leve gesto hacia los dormitorios.

Un carraspeo me hizo desviar la atención del vello que desaparecían en la cinturilla de sus pantalones cortos y me encontré con sus ojos oscuros e interminables. En sus iris ardían brasas y él ladeó la cabeza, arqueando una ceja oscura.

—¿Piensas cambiarte esta noche? —Sus finos labios se separaron en una sonrisa divertida.

Me ruboricé.

—Sí. Sí.

La perpetua barba incipiente de la mandíbula de Jai era más espesa de lo normal, y sus dientes destacaban relucientes contra el pelo oscuro mientras su sonrisa se ensanchaba. Chasqueó el *piercing* negro de la lengua contra los dientes y soltó una risita.

—Será mejor que nos pongamos ya.

—Vale, sí.

Hui del salón antes de hacer aún más el ridículo. Con un aullido, tropecé con Gideon en la entrada del pasillo. Me agarré a la pared e ignoré su preocupado «¿Estás bien?» mientras corría hacia la habitación de Noel, donde tenía guardada la mochila con la ropa.

Entre refunfuños, me puse una camiseta de manga larga y unos pantalones cortos de baloncesto con los que solía hacer ejercicio. Me reprendí a mí mismo y a mis siempre traidoras hormonas. Correr era la pesadilla de mi existencia. Hacerlo con una inoportuna erección sería imposible. Aunque era probable que muriera antes de humillación.

Saqué del bolsillo de los vaqueros mi nuevo móvil. Gideon me lo había comprado para sustituir a mi viejo teléfono plegable, entré en los mensajes de texto y a la conversación con Danny.

Riley: Si muero esta noche, puedes quedarte con mi portátil. Guarda Zelda en honor a mi memoria.

Danny no tardó en responder.

Danny: ¿Haciendo ejercicio otra vez?

Riley: No creo que lo estoy haciendo se pueda llamar así. Jai probablemente entierre mi cuerpo en el parque para asegurarse de que nunca me encuentran.

Danny: Reina del drama.

Gracias por el portátil.

RIP.

Me reí entre dientes y busqué entre mis emoticonos una lápida. Solo encontré un ataúd. Bueno, era mejor que nada. Se lo envié. Danny respondió con un emoji de risa. Sonreí.

Estaba descubriendo que mandar mensajes era divertido. Nunca me lo habían permitido, pero, después de que Gideon me comprara ese móvil, me dijo que podía darle mi número a quien

quisiera. Mandé mensajes a Danny y Bethany. Y en lugar de esperar a usar el portátil, podía buscar en Google mis preguntas en cuanto me venían a la cabeza, directamente en el teléfono. No siempre era bueno. Internet era un lugar aterrador, pero me ayudó con algunas cosas.

Había aprendido mucho sobre sexualidad en las últimas semanas, a medida que me aclimataba al descubrimiento de que me atraían los hombres o, al menos, tres hombres concretos. No estaba tan seguro sobre el resto de la población masculina.

Para comprobarlo, pasé un día entero mirando a los chicos de mi facultad, buscando en sus caras desconocidas algo que me pareciera atractivo. Me fijaba en algunos rasgos —un par de ojos bonitos o unos lindos hoyuelos—, pero ninguno me hacía sentir como Jai cuando se sentaba demasiado cerca de mí sin camiseta. Nada hacía que mi corazón martilleara en mi pecho como lo hacía el tacto de Noel o que mis mejillas se sonrojaran como lo había hecho la intensa mirada de Gideon.

Así que, ¿tal vez no fuera gay?

Qué gran suerte la de no poder ser normal en mi anormalidad. No solo era, quizás, más o menos gay, sino que estaba interesado en tres no humanos centenarios. No podía encontrar a nadie del sexo o la edad apropiados para mi primer flechazo. Al parecer, ¡ni siquiera era capaz de encontrar a alguien de mi propia especie! Si a eso le añadimos que me sentía atraído por los tres, era un desastre en potencia.

¿No podía haber al menos una cosa en mi vida que fuera sencilla? Llegados a ese punto, no creía que fuera posible.

Bethany me estaba siendo de gran ayuda mientras exploraba e investigaba mi camino a través de mi crisis de identidad sexual. Respondía a mis preguntas sin reírse ni hacerme sentir estúpido, y podía confiarle mis desconcertantes emociones. Me ayudó.

Aún no había tomado ninguna decisión ni tenido una epifanía, y ella seguía diciendo que no debía precipitarme. Me dijo que me tomara mi tiempo. Me animó a probar cosas nuevas, ya que había pasado la mayor parte de mi adolescencia ahogado en baños de hielo por tener una erección matutina; ella no sabía ese detalle, pero era consciente de mi educación estricta y poco ortodoxa.

Como me habían enseñado que cualquier cosa remotamente cercana a la atracción era maligna, era muy cauteloso con mis reacciones ante los chicos, pero intentaba no asustarme. Quería ser normal —tan normal como fuera posible, dadas las circunstancias— y no quería vivir mi vida con miedo a lo que quería.

Tampoco quería explorar el delicioso calor que se acumulaba en mi vientre cada vez que el desaliño de Jai me arañaba la piel o Noel me acurrucaba en su regazo. Pero no quería tenerle miedo. No quería ser cobarde.

Era difícil luchar contra años de lo que Bethany llamaba adoctrinamiento, pero lo intentaba. Solo me había castigado un puñado de veces en las últimas semanas y nunca con la desmesura que solía hacerlo. Me había obligado a vomitar en las pocas ocasiones en que me había excitado al despertarme en brazos de Noel o de Jai, pero después me había sentido culpable, lo cual era nuevo.

Normalmente me hacía sentir mejor. Ahora solo me hacía sentir débil.

Y yo ya no quería ser débil.

Dejé el teléfono en la cómoda de Noel y me dirigí al vestíbulo, donde me calcé las zapatillas de deporte. Jai y Gideon hablaban en la cocina en su incomprensible idioma angelical. Parecían cansados, exhaustos.

Habían buscado mi registro genealógico en los Archivos, pero no había ni rastro. Según Gideon, los arcángeles del Consejo empezaban a preguntar por mí. Dado que mis ángeles habían mentido sobre lo que había ocurrido la noche del ataque de los sabuesos infernales, que el Consejo hiciera preguntas era peligroso. Además, estaban en alerta máxima para asegurarse de que no me volvieran a atacar.

No era de extrañar que estuvieran siempre agotados.

—Hum, estoy listo. Acabemos con esto. —Pasé la mano por la moldura de la puerta de la cocina mientras Jai y Gideon se callaban.

—No parezcas tan emocionado. —Jai frunció el ceño y se tocó la cresta *fauxhawk*.

A duras penas conseguí contener la mirada.

—Lo siento. ¡Vamos, Jai! Estoy deseando correr hasta vomitar. —Agité las manos fingiendo entusiasmo, y su ceño se frunció.

—Ese descaro te va a traer problemas. —Su voz áspera se convirtió en un gruñido, pero en sus ojos brilló un destello de diversión—. Creo que esta noche haremos la ruta larga.

Mis ojos se abrieron de par en par, horrorizados.

—Espera, ¿qué?

CAPÍTULO 2



UNA HORA MÁS TARDE, estaba doblado por la cintura, empapado en sudor, maullando como un gato moribundo. Me dolía el costado y mis pulmones pedían oxígeno a gritos. Por más que jadeaba como un pez fuera del agua, no sentía alivio.

Resoplando, Jai se puso a mi lado con las manos en las caderas. Su torso esculpido brillaba con una ligera capa de sudor, pero parecía casi indiferente a nuestra tortuosa carrera. Qué injusto.

La sal me escocía en los ojos y me limpié la cara con la camiseta empapada. ¿Quién me iba a decir que podía sudar tanto? Nada menos que en invierno.

Jai me palmeó la espalda, llenando el aire a mi alrededor con el aroma del sol y del tabaco, *dokha* especiado de Oriente Medio.

—Vamos, Riles. Nos refrescaremos con un trote ligero y luego caminaremos los últimos cuatrocientos metros.

Negué con la cabeza, aspirando bocanadas de oxígeno.

—No puedo. Jai, no puedo.

—Sí que puedes. Eres más fuerte de lo que crees y tienes esos superpoderes guardados en alguna parte. ¿Cómo crees que te resististe a ese sabueso infernal tanto tiempo?

—¿Tuve suerte?

Eché la cabeza hacia atrás y se rio. Los dilatadores negros de sus orejas brillaban en el crepúsculo y el árbol dibujado en su espalda se movía y ondulaba. Habría jurado que uno de los mirlos de su hombro agitaba las alas como si se estuviera riendo. Tenía muchas preguntas sobre aquel tatuaje mágico.

—Tienes muchas cosas —dijo Jai con una risita—, pero suerte no es una de ellas.

Antes de que pudiera replicar ofendido, se encorvó y frotó su sudorosa frente contra mi hombro, ya que no tenía camiseta propia.

—¡Qué asco! —gruñí, apartando la cabeza.

—Solo es sudor.

—No quiero tu sudor sobre mí.

Algo parpadeó en el fondo de sus ojos oscuros y su sonrisa se volvió lobuna.

—Compartir el sudor también puede ser un buen ejercicio.

La incomodidad y algo parecido a la curiosidad estallaron en mi estómago. Espera, ¿quería decir...?

—Vámonos. El último en llegar a casa tiene que cargar con la culpa de haber metido las corbatas de Gideon en la lavadora. —Jai empezó a trotar y yo me apresuré a alcanzarlo.

—¡No estoy de acuerdo con esa propuesta!

Cuando llegamos al apartamento, tenía las piernas como gelatina. Jai me ladró que estirara y, como estaba doblado por la mitad y no podía verme, le saqué la lengua infantilmente antes de obedecer sus órdenes.

—Y cuidado con el descaro.

Su gruñido hizo que un cosquilleo recorriera mis venas mientras las yemas de mis dedos rozaban la parte superior de mis zapatillas. No era ni de lejos tan flexible como él y Noel, pero, gracias a mis sesiones matinales de yoga, era un poco más ágil de lo que solía ser.

Apestosos y sudorosos, entramos y nos quitamos los zapatos en la entrada. Jai tiró los suyos al suelo y yo coloqué los míos en el zapatero antes de hacer lo mismo con los suyos. A Gideon no le gustaba el desorden.

Seguí a Jai por el pasillo. La puerta del baño se abrió y me abrazaron con entusiasmo. Las lilas y los rayos de sol se arremolinaron a mi alrededor, y chillé cuando Noel me hizo una pedorreta en mi pegajoso cuello.

Medio reí, medio grité.

—¡Para! Estoy sudado.

—No me importa. —Como para demostrarlo, me hizo otra pedorreta en la mejilla—. Date prisa y dúchate. Me muero de hambre y la cena está casi lista.

Me condujo al cuarto de baño, donde había un montón de ropa limpia sobre la encimera del lavabo. Noel tenía tendencia a elegírmela siempre que podía. Esa noche eran unos vaqueros y un jersey verde oscuro que no reconocí.

Después de ducharme y vestirme, me miré en el espejo. Nunca había visto ese jersey, pero me quedaba perfecto. ¿Noel me había comprado ropa nueva?

Mis esfuerzos por domar mis rizos rebeldes fueron inútiles, así que me rendí y salí del cuarto de baño. Jai me esperaba en el pasillo, con ropa limpia en una mano y un mensaje en el móvil en la otra. Se tomó un momento para examinarme, y ese extraño destello de calor volvió a sus ojos.

—Estás guapísimo —me soltó, y tragué saliva cuando su expresión adoptó un tono tenebroso pero familiar.

—Gracias.

Tropecé con mis propios pies y casi caí de bruces sobre la alfombra. Jai se rio detrás de mí al entrar en el baño. La puerta se cerró con un clic.

«Bueno, eso ha sido humillante».

Caminé con más cuidado y esquivé a Noel, que revoloteaba por el salón como una mariposa, colocando platos en la mesa de centro, ya que era la única superficie de la casa donde podíamos reunirnos para comer. Se dobló por la cintura para poner un vaso sobre la mesa, y sus ligeros vaqueros pitillo se le apretaron alrededor del trasero. Inspiré con brusquedad y aparté la mirada.

Nunca me había fijado en los culos de la gente, pero Noel tenía uno muy bonito. Jai también. Vale, todos lo tenían bonito porque eran ángeles y, al parecer, la belleza inhumana era un rasgo común.

El pelo largo y blanco de Noel se alborotó cuando se giró para mirarme, sus ojos incoloros inspeccionaron el jersey verde. Las sutiles estrellas moradas que rodeaban sus pupilas se iluminaron y su boca se abrió en una sonrisa radiante. Sus dientes blancos eran rectos y brillantes, a juego con su tez marfil. Estaba impresionante, como un modelo de revista.

—Sabía que te quedaría bien. —Me pasó la palma de la mano por el pecho y mi estómago dio un vuelco.

—No es mío —dije como un tonto.

—Sí que lo es. Lo he comprado para ti.

—Ah. —No estaba seguro de cómo me sentía al respecto—. No hace falta que me compres cosas. —Cuando la sonrisa de Noel se atenuó, la culpa sustituyó a mi confusión—. Quiero decir, me gusta. Es bonito. Es solo que... Nadie me ha comprado cosas nunca.

Las brillantes facetas púrpuras de sus ojos se apagaron en cuanto las yemas de sus dedos recorrieron mi cuello.

—Eso habla más de los defectos de los demás que de si merece la pena o no gastar dinero en ti. Me gusta comprarle regalos a la gente. ¿Me dejas que te compre cosas alguna vez?

Sentí una culpa irracional ante la perspectiva, porque no tenía mucho dinero para gastar en regalos. Y nuestra amistad ya estaba demasiado desequilibrada. Como mi guardián, Noel me cuidaba y protegía, se jugaba la vida por la mía. ¿Y ahora, además, quería hacerme regalos?

Pero parecía tan dulce y sincero... Suspiré.

—Supongo.

Me envolvió otro abrazo y sonreí en su camisa mientras se lo devolvía. Cada vez se me daban mejor.

Un carraspeo, y Noel se puso rígido. Sus brazos me rodearon los hombros por un momento antes de resoplar y apartarse. Miró a Gideon por encima de la barra del desayuno, sin decir palabra, pero hablando al mismo tiempo. Fuera de lugar y claramente ajeno a la conversación, me rodeé con los brazos y me aparté de Noel.

—Termina de poner la mesa, por favor. —Era una orden disfrazada de petición y, aunque iba dirigida a Noel, me encogí ante la severidad de la mirada de Gideon.

—Por supuesto —dijo él con una sonrisa demasiado azucarada.

Se dirigió a la cocina, no sin antes detenerse a mi lado para pasarme una mano cariñosa por los rizos castaños. Con una sonrisa más sincera, me guiñó un ojo y se fue a cumplir las órdenes de Gideon. El peso en mis entrañas se aligeró.

Para cuando Jai salió de la ducha vestido con un pantalón de chándal gris y una camiseta azul oscuro, la cena ya estaba lista. Los platos llenos de alubias rojas y arroz de Luisiana me abrieron el apetito, y se me hizo la boca agua con las especias cajún que flotaban en el aire.

Vimos *Padre de familia* en Comedy Central mientras cenábamos y, aunque algunos chistes se me pasaban por alto, me reí con ellos. Cuando terminamos, Jai y yo fregamos los platos. Noel y Gideon jugaban a *Mario Kart*.

La verdad, se hacía raro ver a Gideon jugar a videojuegos. Siempre había sido reservado y maduro, el «adulto» de la familia. Por norma, leía un libro o trabajaba con su portátil mientras nosotros jugábamos o veíamos películas. Pero esa noche se acurrucó en el sofá junto a Noel, con el mando del juego en la mano.

—Cómete mi polvo angelical. —Noel dirigía a Mario por la pista.

Gideon sonrió, negó con la cabeza y permaneció en un silencio digno mientras su avatar, Yoshi, corría detrás de Mario. Se pegó a la cola de Noel durante toda la carrera hasta el tramo final de la pista. En el último momento, disparó un proyectil al avatar de Noel para que Mario rebotase, y se hizo con la victoria.

—Gilipollas —murmuró Noel en voz baja. Jai y yo nos unimos a ellos en el sofá.

Jai conectó otros dos mandos y me lanzó uno. Después de que Noel cambiara la configuración de la carrera a cuatro jugadores, Jai y yo elegimos nuestros avatares. Jai eligió a Bowser. Noel y él intentaron intimidarme para que fuera Toad.

—Eres pequeño y mono, como Toad —dijo Noel, que cogió su vaso.

—Entonces, por esa misma regla de tres, también debería tener todo con forma de seta —dijo Jai.

Noel se atragantó con su sorbo de agua y tuvo que golpearse el pecho. Jai soltó una carcajada y Noel se puso colorado. Gideon emitió un sonido reprobatorio entre los dientes, pero no se dieron cuenta. Jai soltó una carcajada y Noel se asfixió. Gideon frunció el ceño.

—¿Eh? —No entendí la broma, pero, a juzgar por el sonrojo de Noel y la irritación de Gideon, había sido inapropiada.

—Ignora a los niños, Riley. Elige a quien quieras —dijo Gideon.

Escogí a Koopa Troopa, elegí mi coche de carreras y esperé a que Noel dejara de toser un pulmón. Cuando respiró con normalidad, bebió un trago de agua con cuidado antes de mirar a su otro. Jai se limitó a secarse las lágrimas de la risa, sin dejar de reír.

—Vale, vale, empecemos. —Jai resopló y se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas—. Prepárate, te voy a destrozar.

Noel puso los ojos en blanco, con las mejillas aún sonrojadas.

—Voy a patear tu huesudo culo.

—Mi culo no es huesudo.

Ignoré sus discusiones y me concentré en mi avatar. A mitad de la carrera, Jai empujó a Noel y Mario se salió de la pista. Como represalia, Noel le arrebató de las manos el mando a Jai. En la pantalla, Bowser rodó hasta detenerse y yo lo adelanté a toda velocidad, así que quedé en primer lugar.

Mientras Jai y Noel luchaban en el sofá, Gideon y yo continuamos la carrera. Me pisaba los talones, revoloteando detrás de mí como había hecho con Noel. Pero yo conocía su estrategia. En la tercera vuelta, derrapé en la curva, reduje la velocidad lo suficiente para que él casi chocara conmigo, y luego le planté una cáscara de plátano.

Yoshi hizo un trompo. Gideon gruñó en el fondo de su pecho. Volé sobre la línea de meta. En primer lugar.

—¡He ganado! —grité, agitando mi mando sobre mi cabeza—. Os he ganado a todos.

—¿Qué? —graznó Noel.

—Bueno, eso no puede ser —dijo Jai.

Un torbellino de movimientos y manos me empujaron hacia atrás. Cuando mi visión se enfocó, me encontré boca abajo en el sofá, con Noel encaramado a mi espalda y Jai sentado en la parte posterior de mis muslos. Mi mando estaba en el suelo, al otro lado de la habitación.

—A Riley ya no se le permite jugar a videojuegos —proclamó Noel cuando empezó una nueva carrera.

—Sí, hace trampas —dijo Jai.

—¡Eso es mentira! —Mi negación contrariada fue amortiguada por la palma de Noel en mi cara.

—Calla. Ahora juegan los mayores.

Me retorcí bajo su peso combinado en un intento por liberarme, pero fue inútil. Incapaz de escapar, me reí hasta que me lloraron los ojos y me quedé sin fuerzas bajo ellos. Siguieron sentados sobre mí durante toda la carrera, y yo me partía de risa cada pocos minutos, cuando Jai me hacía cosquillas en los pies y Noel me pinchaba en el costado.

Gideon no se reía. Nos miraba con el ceño fruncido y los ojos verdes vigilantes. En el momento en que nuestras miradas se encontraron, la expresión desapareció y me ofreció una sonrisa tensa antes de volver a centrarse en la televisión. Quise preguntarle qué me pasaba, pero pronto me distraje con las callosas yemas de los dedos de Jai, que volvieron a hacerme cosquillas en la planta del pie.

Una vez libre de mi prisión en el sofá, Gideon me sugirió que terminara los deberes del día siguiente. Cogí mi mochila y mi teléfono de la habitación de Noel y me senté en la barra del desayuno, donde podía desplegar el ordenador, las carpetas y los libros.

Me esperaban dos mensajes, uno de Danny y otro de Bethany. Abrí primero el de Danny.

Danny:¿Has sobrevivido?

Riley:Apenas.Pero estoy vivo.

Danny: Vaya.Supongo que no hay ordenador para mí.

Riley:Siento decepcionarte.

Danny:LOL¿Estás en el campus?

¿Quieres que estudiemos juntos?

Riley:Esta noche me quedo en el apartamento.

Danny: Oh.

Esperé un momento a que continuara, pero no lo hizo. Mis dedos se posaron sobre la pantalla, sin saber qué decir. ¿Me estaba esperando? Detrás de una pantalla tenía más seguridad en mí mismo, pero se me daba mal leer entre líneas. ¿Era mi turno de hablar?

Tras otro minuto de silencio, comprobé el mensaje de Bethany.

Bethany:¿Vas a volver a los dormitorios?

Riley:No estoy seguro.

¿Por qué?

Bethany:¿Porque te echo de menos?

Hace siglos que no te veo.

Se me encogió el corazón.

Bethany:Ah, y Brian ha estado preguntando por ti.

Cuando leí el nombre de Brian, se me heló la sangre y me quedé sin calor en el cuerpo. No lo había visto desde que me había secuestrado de la cama y me había abandonado semidesnudo en el bosque. De hecho, rezaba para no tener que volver a verlo.

Riley:¿Qué quiere?

Bethany:No lo sé.

A veces solo pregunta dónde estás.

Riley:No se lo digas, por favor.

Bethany:No lo haré. Yo no haría eso.

Riley:Gracias.

Bethany:Por supuesto.

La conversación parecía inacabada, pero, cuando Bethany no dijo nada más, me encogí de hombros y apagué la pantalla.

Terminé los deberes y miré el reloj. Me picaban los ojos. Ya había pasado mi hora de acostarme. Me reí internamente, volví a meter las cosas en la mochila y bajé del taburete de un salto.

Gideon siguió mi movimiento, mirando por encima de sus gafas de leer, mientras dejaba la mochila en el suelo, junto al sofá. Noel estaba acurrucado en el extremo del este, escribiendo en su móvil, y Jai se desperezó en los cojines restantes. En la televisión se pasaban una película de acción que yo nunca había visto. Había muchas explosiones y chorros de disparos.

El único espacio disponible estaba junto a Gideon, y me armé de valor mientras me ponía de puntillas sobre la alfombra. Me doblé a su lado y eché un vistazo al libro que tenía en las manos. No estaba en inglés.

—¿Ha vuelto a llamar Janet? —Cerró el libro y se quitó las gafas.

Me retorcí bajo su completa atención.

—Hum, no desde que le dije que no volvería a casa para las vacaciones de invierno. No le hizo mucha gracia.

Y no estaba exagerando. Se había puesto furiosa. Odiaba cuando gritaba, pero su tono frío y neutro, carente de emoción, me aterrorizaba.

—¿Se puso... agresiva? —Gideon dejó a un lado su libro y sus gafas. Jai y Noel cambiaron simultáneamente su atención hacia nosotros.

Negué con la cabeza.

—Estaba tranquila. Luego dijo que me esperaba en casa cuando acabaran las clases. Y después actuó como si yo no hubiera dicho nada. Dijo que me vería en unas semanas. —Me rasqué la uña del pulgar y me encogí de hombros—. A veces hace eso.

—Es una mujer muy inestable, Riley. Lo entiendes, ¿verdad? —Pensé que su pregunta era retórica, pero, al ver que Gideon no continuaba, asentí. Se pellizcó el puente de la nariz—. No es seguro que estés a solas con ella. Pero es tu decisión. Si quieres ir a casa...

—Quiero quedarme aquí —solté enseguida—. No quiero volver.

Tres miradas pesaban sobre mis hombros, y volví a concentrarme en la hendidura de la uña de mi pulgar. Sonaba un reloj. Alguien —posiblemente Jai— rechinó los dientes.

—Creo que es la decisión correcta —dijo Gideon.

—¿Eso me convierte en un mal hijo?

—Era una madre de mierda, Riles —respondió Jai con voz áspera y sombría—. No le debes nada.

Ya lo sabía. Pero era difícil de aceptar. Me había acogido durante seis años. ¿Por qué lo habría hecho si no me amara al menos un poco?

—Si te llama e intenta coaccionarte, cuelga el teléfono. —Gideon me tocó el hombro, solo las yemas de sus dedos—. Te quedarás aquí con nosotros y ya está.

Con Gideon a mi lado y Jai y Noel asintiendo, fue fácil encontrar la fuerza necesaria. Solo esperaba mantenerla para cuando volviera a llamar. Si volvía a llamar.

—¡Oh! —Noel se sentó erguido, con la cara encendida de emoción—. ¡Eso significa que podemos celebrar la Navidad!

Jai gimió, echando la cabeza hacia atrás en el sofá, y Gideon ladeó la suya, confundido. Sonreí.

La señora Janet nunca celebraba la Navidad porque no era bíblicamente correcto, y la mayoría de los hogares de acogida institucionales no tenían recursos para más que un deprimente árbol artificial. Yo nunca había celebrado la Navidad, al menos no como la había visto en televisión.

—¿Podemos tener un árbol? —Vacilante, miré a Gideon mientras Noel aplaudía.

Gideon me miró, luego a Noel, y de nuevo a mí. Me mordí el labio inferior, intentando no parecer demasiado patético. Suspiró, diciendo mucho en una sola exhalación. Pero lo único que entendí fue la aceptación resignada y algo a regañadientes.

Noel vitoreó y Jai esbozó una sonrisa que trató de ocultar. Me dolían las mejillas de pura felicidad. Con un resoplido, Gideon limpió sus ya inmaculadas gafas con el dobladillo de la camisa.

—Agujas de pino —le oí refunfuñar—. Sucio..., por toda la alfombra...

Su enfado debería haberme llenado de culpa, pero cuando me miró por el rabillo del ojo, había un brillo oculto en sus profundidades verdes. Su hoyuelo se asomó para saludarme antes de desaparecer. Jai y Noel no se dieron cuenta, pero yo sí. Y ya no pude dejar de sonreír.

CAPÍTULO 3



—¿TE QUEDAS CONMIGO ESTA noche? —Noel mantuvo abierta la puerta de su habitación mientras Jai se apoyaba en la jamba de la suya.

—Se quedó contigo anoche, ¿no? —preguntó Jai.

—Hum, no. Se quedó contigo. —Los ojos de Noel se entrecerraron.

Mi mirada se desvió entre ellos.

—Puedo quedarme en el sofá.

—No hables de cosas que no entiendes. —Jai me hizo un gesto con la mano para que me fuera —. Vale, vale. Vete con Noel.

Sacudiendo la cabeza, hice lo que me dijo. A veces era difícil entenderlos. Siempre eran muy competitivos.

—Buenas noches, Jai.

—Buenas noches, enano. —Me guiñó un ojo mientras su puerta se cerraba.

Salté por la habitación de Noel, esquivando los montones de ropa y desorden esparcidos por el suelo. Era como un juego invertido de *El suelo es lava* en el que la alfombra era el camino seguro.

Noel no tuvo ningún problema en pasar por encima del desorden, como si no se hubiera dado cuenta. Seguía mis pasos tambaleantes con un gesto de la cabeza. Entonces se le encendió la bombilla y frunció el ceño.

—¿Qué? —Me senté en su cama—. Eres un poco desordenado.

Sin inmutarse, se quitó la camiseta y me la tiró a la cabeza. La cogí riendo antes de tirarla a lo que esperaba que fuera la pila de la ropa sucia. Por supuesto, eligió ese momento para quitarse la ropa interior. Llevaba unos bóxer. Eran muy... ajustados.

La sangre me recorrió el rostro, así que me metí bajo las sábanas y me puse de cara a la pared. Ignoré el crujido de la tela mientras Noel se cambiaba, y me recordé, una vez más, que no estaba bien que me sintiera así. Era mi mejor amigo, mi guardián, y desearlo no estaba permitido.

El colchón se hundió detrás de mí y, un momento después, un brazo se deslizó sobre mi cintura. Se acercó hasta que nos abrazamos sin que nuestros cuerpos estuvieran en contacto.

Cómo deseaba que me abrazara más fuerte. Cómo recé para no haber deseado eso en primer lugar.

—Buenas noches, cielo. —Noel me dio un pico en la nuca.

Cubrí su mano en mi esternón con la mía, dándole un apretón.

—Buenas noches, Noel.

Tardé mucho en dormirme. La ternura de Noel no ayudaba. Era un mimoso nato, pero no le diría nunca que en realidad me encantaba. Por lo general, yo me dormía primero, pero no esa vez.

A medida que lo invadía la inconsciencia, comenzó a roncar ligeramente y el espacio existente entre nosotros disminuyó. Su pierna se deslizó entre las mías. Su brazo alrededor de mi cintura se tensó. Me estremecí cuando su nariz rozó mi hombro desnudo, donde se había deslizado la camisa de Gideon.

Me encantaba. Lo odiaba.

Cerré los ojos con fuerza y me quedé inmóvil hasta que el sueño me reclamó lenta e inevitablemente.

Mucho más tarde, me desperté de un sueño horrible y maravilloso. Era un fuego que no me dolía mientras me quemaba la piel. Eran unos labios abrasadores que me carbonizaban el cuerpo. Lilas, *dokha* y menta se arremolinaban a mi alrededor y unos dedos rozaban la carne de gallina. Y yo iba a... iba a...

Con un grito quejumbroso, me levanté de la cama. En mi prisa por escapar de los confines de las sábanas, desperté a Noel con una patada accidental en el riñón. Ni siquiera me disculpé. No había tiempo. Tenía que alejarme de él antes de tener un accidente y estropearlo todo.

—¿Riley?

Salí corriendo de la habitación y me refugié en el baño. Cerré la puerta con llave y me apoyé en ella con el pecho agitado. Una mirada hacia abajo reveló una mancha húmeda. El resultado de mi accidente casi había empapado la camisa de Gideon.

«Oh, Dios, ¡no! No, no, no».

—¡Niño malo! —La señora Janet me arrastraba hacia la bañera llena de agua helada—. ¿Cuántas veces debo hacer esto para que aprendas?

No, aquello no estaba bien. La gente no podía controlar sus sueños ni las reacciones de sus cuerpos a esos sueños. Yo no era malo. No era malo. Era bueno; quería ser bueno.

Me quité la ropa sudada resoplando y me limpié de inmediato los restos pegajosos de la ingle con la camisa de Gideon. Le envié una disculpa silenciosa mientras metía la ropa sucia en la lavadora. Con suerte, nadie descubriría aquel desastre.

Mi mente me dijo que me metiera en la ducha y abriera el agua fría. La voz de la señora Janet me exigía que pagara penitencia por mis pecados. Pero se equivocaba. Jai, Noel y Gideon decían que yo no era malo, que no necesitaba castigarme. Pero si era cierto, ¿por qué me sentía tan culpable?

—¿Riley? —Noel llamó a la puerta, su voz tranquila y triste.

Me enjuagué los ojos borrosos. La ducha se abrió y el la neblina helada salpicaba hasta mi sitio en el suelo del baño. ¿Cuándo me había arrodillado? No recordaba haberme arrodillado. Mi cerebro seguía sin ser normal.

—Riley, cielo, abre la puerta, por favor.

—¡No lo dejes entrar! —La señora Janet me gruñó al oído—. No puedes fiarte de él. También te sujetará bajo el agua.

—Cariño, déjame entrar. —El pomo sonó. Si no obedecía, forzaría la puerta. O gritaría tan fuerte que despertaría a los demás. Qué humillante—. ¡Riley!

—Vale. S-solo un segundo. —Me puse de pie y me cubrí con una toalla antes de abrir la puerta.

Noel entró y me observó con desasosiego. Metió la mano en la ducha y gritó al sentir el frío. Cerró el grifo. Frunció los labios.

—No estás mojado —dijo.

—No me he metido.

—Bien. Eso está... bien.

Su expresión era de dolor y dejé caer mi mirada al suelo, avergonzado.

—Lo siento.

—Ay, Riley. —Unos brazos fuertes me acogieron y me alzó en sus brazos. Estaba mortificadamente desnudo, pero lo rodeé con las piernas de todos modos. Su agarre mantuvo la toalla en su sitio mientras nos dirigía a la encimera del lavabo, donde me sentó.

—No quería entrar, pero ella no paraba de decírmelo —confesé contra su clavícula.

—Pero no lo has hecho. Me has dejado entrar para ayudarte. Eso es un gran paso, cariño. —El aliento de Noel se abanicó sobre mi sien mientras me frotaba la espalda—. Gracias por dejarme pasar. Gracias por confiar en mí.

Se me humedecieron los ojos y algunas lágrimas empaparon su camisa de dormir.

—No quiero seguir escuchándola.

Sus labios se posaron en mi frente.

—Lo sé. Te llevará tiempo, pero lo conseguirás. Lo estás haciendo muy bien. —Se apartó lo suficiente para establecer contacto visual. Las estrellas púrpuras brillaron—. Estoy muy orgulloso de ti.

—Lo siento...

Su dedo presionó mis labios.

—No vuelvas a decir que lo sientes, o llamaré a Jai para que te dé unos azotes.

La absurda amenaza me arrancó una inoportuna carcajada.

—¿Qué?

Sacudió la cabeza y soltó una risita torpe.

—No importa. No lo sientas. No tienes nada que lamentar.

Agaché la cabeza, vi mi ingle desnuda y me ahogué. Me apresuré a colocar la toalla en su sitio para cubrir mis partes íntimas. Dios mío, recé para que Noel no me hubiera visto.

—No he mirado. —Sus dedos me levantaron la barbilla y parpadeé a través de las pestañas obstruidas para encontrarme con su intensa mirada—. Puedes confiar en mí.

—Lo sé —susurré sabiendo que era la verdad.

—¿Me puedes decir qué ha pasado? —Me corría el sudor por la frente. ¿Cómo iba a contárselo? Era demasiado humillante. Sacudí la cabeza—. Riley, cielo, sabes que nunca me burlaría de ti ni te juzgaría ni me enfadaría. Pero no siempre sé cómo ayudar. Necesito que hables conmigo.

—Yo solo... —¿Cómo podía hablarle de eso? ¿Cómo podía *alguien* hablar de eso?

—¿Has tenido una pesadilla?

Negué con la cabeza, mirando el hundimiento de su garganta.

—¿Has tenido —su nuez de Adán se movió— otro tipo de sueño?

¿Cómo lo sabía? ¿Lo había visto? Quería derretirme en el suelo y morir. Por desgracia, no lo hice. Permanecí en el lavabo, ahogándome en un silencio vergonzoso.

Noel soltó un largo suspiro por la nariz.

—Vale. Está bien. Cielo, no tienes por qué avergonzarte.

—Dios mío, por favor, no. No tenemos que hablar de esto.

Ignoró mis súplicas.

—Si tener un sueño húmedo te ha hecho lanzarte a por una ducha fría, definitivamente, es algo que tenemos que hablar.

Con la cara ardiendo, lo miré boquiabierto. Me devolvió la mirada sin disculparse. Sus pálidos pómulos se sonrosaron, delatando su incomodidad, pero no apartó la vista.

—Todos tenemos sueños así —dijo con naturalidad—. Todos nos despertamos con una erección matutina y nos masturbamos cuando tenemos ganas. Es biológico, una señal de que tu cuerpo está sano y funciona a la perfección, no algo por lo que debas sentirte culpable o castigarte.

Su franqueza me hizo retroceder y él aflojó su agarre sobre mis hombros para dejar espacio entre nosotros. ¿Cómo podía decir eso? Esas cosas estaban prohibidas. Nunca me había masturbado, sabía que no debía tocarme a menos que necesitara ir al baño o limpiarme. Ni siquiera había querido tocarme cuando lo notaba. La idea me horrorizaba.

Noel dejó que el silencio entre nosotros se alargara hasta que no pudo soportar más la incomodidad.

—Los chicos tienen erecciones. Así es la vida. Yo tengo erecciones a todas horas. Pueden ser molestas e incómodas, pero son saludables. No tienes que avergonzarte de que tu cuerpo haga lo que se supone que debe hacer.

—Esto es lo peor que me ha pasado en la vida —susurré.

Noel se resistió a sonreír.

—Bueno, ahora estás exagerando un pelín. —Lo fulminé con la mirada—. Estoy intentando rebajar nuestro grado de incomodidad, ¿sabes? —Me acarició la mejilla ardiente y me pasó el pulgar por la piel hinchada de debajo del ojo.

—No funciona.

Se sonrojó más y resopló.

—Vale. Bien, como no hay forma de hacer esto menos incómodo, voy a seguir.

—Por favor, no —le supliqué.

—Tengo que hacerlo porque necesitas oírlo. Necesitas creerlo. —Sus manos bajaron a mis caderas—. No tienes por qué temerlo. No te pasa nada. Tener una erección es natural y bueno. No eres malo, cariño. No te hace malo.

»Tu madre adoptiva es una mujer muy confundida. —La piel alrededor de sus ojos se tensó—. Nunca perdonaré ni excusaré lo que te hizo. Jamás. Pero creció en un lugar terrible, Riley. Fue

maltratada por hombres crueles durante la mayor parte de su juventud, ¿vale? Nunca recibió ayuda, y nunca lidió con ese trauma. Y por eso teme a los hombres. Teme todo lo relacionado con el sexo y la intimidad. Y ella te lo inculcó. Te condicionó a tener miedo de cosas que son perfectamente naturales.

En cierto modo, sospechaba que la señora Janet era una víctima. ¿Cómo podía una persona racional creer lo que ella creía o hacer lo que hacía? Sentí mucha pena por ella. Odiaba que la hubieran herido, pero odiaba aún más que me hubiera elegido debido a su propio dolor. No era justo.

—¿Cómo sabes eso? —le pregunté—. ¿Lo de su infancia?

Eludió la pregunta como si fuera una mosca molesta.

—Somos tus guardianes. Es nuestro trabajo saber esas cosas. Por norma, no hablaría de los asuntos de los demás, pero te lo digo para darte perspectiva. Para que entiendas que lo que hizo y dijo no estuvo bien.

»No hay nada malo en reaccionar físicamente ante personas que encuentras atractivas. No hay nada malo en ser curioso o en querer explorar las cosas por uno mismo. Y, si quieres, eso también significa explorar con otra persona. Con suerte, alguien que te importe y a quien tú le importes.

»No digo que debas hacer nada con lo que te sientas incómodo. —Enmarcó mi cara con sus manos, su rostro más serio de lo que nunca lo había visto—. Si alguien intenta hacer algo que tú no quieres, es inaceptable. Pero no hay nada malo en probar cosas, en explorar.

—Noel —lo interrumpí, incapaz de continuar con aquella humillante conversación—. No hay nadie a quien quiera así. No tenemos que hablar de esto.

Se aclaró la garganta, pasándose una mano por el pelo.

—Vale, está bien. No hay que forzar nada, por supuesto. No hay nada malo en satisfacer tus necesidades tú mismo.

Vale, era inocente, pero hasta yo entendí aquella insinuación. Palidecí. Noel se resistió.

—Maldita crucifixión, eso no es lo que yo... En serio, no me refería a la masturbación. No es que sea mala, es una opción saludable. Puedes masturbarte. No es malo. Yo me masturbo. Jai se masturba. Gideon... —Noel arrugó la frente—. Eh, en realidad no sé si Gideon se masturba.

—No pensaba que esta conversación pudiera empeorar, pero aquí estamos.

Noel cedió por fin.

—Tienes razón. Debería haber parado antes de hablar de mi otro masturbándose. Eso ha sido culpa mía.

Se hizo el silencio. El silencio más incómodo que había experimentado nunca, lo cual era mucho decir viniendo de mí.

—¿Estás bien? —preguntó—. Quiero decir, aparte del horror de esta conversación. ¿Estás...?

—Sí, es solo que no quiero hacer ninguna de esas cosas. —Era cierto en su mayor parte. No quería tocarme, y me aterrorizaba la idea de que otra persona me tocara.

—Está bien que te sientas así. No tienes que hacer ninguna de esas cosas a menos que quieras. —Su frente se encontró con la mía—. Pero es importante que sea tu elección, no un problema determinado por el miedo o la vergüenza. ¿Entiendes la diferencia?

Asentí con la cabeza.

Noel exhaló un largo y pesado suspiro.

—Bien. Bien.

Su sonrisa avergonzada era bonita y yo se la devolví. Nos reímos en voz baja y, contra todo pronóstico, el afecto creció en mi interior.

—Es bueno saber que te importo tanto como para incomodarme.

—Claro que sí. Yo me encargo de lo incómodo.

Un golpe en la puerta interrumpió nuestro siguiente ataque de risa, y me agarré a los brazos de Noel, dejando marcas de mis uñas en su piel.

—Eh, hey. —La voz aturdida de Jai atravesó la puerta—. ¿Va todo bien?

—Sí, estamos bien. —Noel besó mi frente.

—Bien —dijo.

Cuando los pasos de Jai se desvanecieron, Noel bajó la voz a un susurro.

—Está bien. No ha oído nada. Nuestro vínculo lo ha despertado y solo ha venido a comprobar si necesitábamos ayuda.

—No se lo dirás, ¿verdad?

—Lo que hemos hablado queda entre nosotros. Lo prometo. —Noel me frotó los brazos para darme calor—. Pero puedes confiar en Jai y Gideon también. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Yo solo...

—Lo entiendo. Está bien. —Me envolvió en otro abrazo. Decidí ignorar el hecho de que todavía estaba muy desnudo y me aferré a él—. ¿Tengo que traerte ropa limpia? —Y volvió la vergüenza. Enterré la cara en su cuello y asentí—. Vale. Ahora vuelvo.

Con un beso de despedida en la mejilla, salió de puntillas al pasillo y cerró la puerta en silencio. Regresó enseguida con un par de calzoncillos y un pijama limpios. No eran míos, sino una mezcla de los suyos y los de Jai. Me conocía demasiado bien.

—Gracias. —Cogí la ropa de sus manos.

Antes de que pudiera retirarme al baño, tiró de mí. Me aferré la toalla para asegurarme de que mi desnudez quedaba cubierta. Me sonrió, con una mirada tan tierna que me derretí.

—Todavía tenemos unas horas antes de que tengamos que levantarnos para ir a yoga —dijo, y yo gemí—. Ya, ya. No te pongas así. Si yo tengo que levantarme al amanecer, tú también.

Me reí entre dientes.

—Supongo que sufriré.

—No tienes elección. —Se inclinó hacia mí y me dio un beso fugaz en la mejilla, su mandíbula suave contra la mía. Exhalé con dificultad—. Vístete y vuelve a la cama, ¿vale?

—De acuerdo.

Me dejó solo para que me cambiara, y lo hice con las piernas temblando. No sé cómo esperaba que hiciera nada después de haberme besado así.

Con un nuevo pantalón de chándal de Noel y la camiseta de Jai, caminé por el oscuro apartamento. Una sombra en el sofá se movió, luego se puso de pie, y yo estuve a punto de chillar como un desquiciado.

—¿Riley? —La voz de Jai hizo que contuviese el grito, pero mi corazón se había acelerado bajo mi pecho.

—Dios mío, me has asustado.

La sombra de Jai rodeó la mesa de café y se acercó. La luz de la luna que se filtraba a través de las puertas del patio iluminaba la habitación lo suficiente como para distinguir un extraño brillo en sus ojos.

—No pretendía asustarte —dijo.

—Ya lo sé. ¿Qué haces aquí fuera?

Algo sonó. Su *piercing*, lo más probable.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien.

Mi corazón palpitó ante su preocupación, y las sombras que nos enmascaraban me hicieron envalentonarme. Arrastré un dedo por su mandíbula, su barba rasposa me arañó la piel con delicadeza. ¿Resultaría tan agradable en otras partes de mi cuerpo? ¿En la mejilla? ¿En el cuello? ¿En otros lugares?

—¿Riles? —Sus labios se movieron bajo las yemas de mis dedos y aparté la mano.

—Estoy bien —dije.

Se acercó más, y la oscuridad entre nosotros se hizo más intensa.

—No quiero entrometerme —dijo—, pero quiero que sepas que, si lo necesitas, podemos... — Su mano encontró mi barbilla y la cogió entre sus dedos. Su pulgar rozó mi labio inferior—. No se me da bien hablar y esas cosas, no como a Noel. Pero puedes contarme cosas. Ya sabes, si quieres. Podemos... hablar.

Era extraño escuchar balbucir a Jai. Era seguro de sí mismo, casi arrogante a veces, pero se aturullaba con las palabras cuando intentaba ser tierno, incluso si no lo hacía de modo espontáneo.

—Lo sé. Gracias. —La luz de la luna resaltó sus anchos hombros y la curva de sus bíceps. Envalentonado por la oscuridad, me acerqué a él y le rodeé la cintura con los brazos. Mi mejilla tocó su esternón y el fino vello de su pecho me hizo cosquillas en la piel. Su olor a *dokha* era más fuerte de lo normal. Seguro que acababa de fumar.

—No deberías fumar.

Jai se rio y me pasó una mano por la espalda.

—No me hace daño.

—Aun así.

—Eres demasiado intenso. —Me acarició la cabeza y juré que sus labios se fruncieron contra mi cuero cabelludo. ¿Acaba de besarme?—. Vamos a llevarte a la cama.

Cuando nos separamos, no lo dejé marchar. Agarré su mano entre las mías y nos sorprendí a los dos al llevarlo al dormitorio de Noel. Me siguió, obediente.

Jai no protestó mientras me metía en la cama de Noel, tirando de él. Me tumbé de lado, con la mejilla apoyada en el hombro de Noel. Él se acercó y Jai se metió detrás de mí.

Con Jai a mi espalda y Noel delante, suspiré. La punzante mandíbula de Jai me arañó la nuca. Me sentí bien. Me gustaba más de lo que debería. La voz de la señora Janet volvió a reprenderme, advirtiéndome de que estaba infringiendo normas tácitas. Pero la ignoré.

Noel se preocupaba por mí. Jai quería abrazarme. Quería sentirme seguro entre ellos. Tal vez las cosas pudieran ser así de simples. Al menos por esa noche.

CAPÍTULO 4



EL SOL SALIÓ PEREZOSO sobre la somnolienta mañana. El aire fresco me heló los pulmones mientras me acurrucaba en la postura del niño, con la frente pegada a la esterilla. Noel me dijo que respirara. Puse los ojos en blanco, pero obedecí. Respiré.

Despertarme esa mañana había sido bastante incómodo. Después de nuestra embarazosa y sincera conversación de la noche anterior, había resultado difícil mirar a Noel a los ojos mientras nos arrastrábamos por encima de Jai para salir de la cama y recoger nuestras esterillas de yoga. Pero, por supuesto, Noel actuó como si nada hubiera cambiado. Aparte de un brillo cómplice en los ojos y un ligero rubor en las mejillas, me miraba igual que antes. No es que esperara menos de él. Era así de increíble.

—¡Riley! —Noel chasqueó la lengua, y mis ojos se abrieron de golpe.

Mierda, me había vuelto a quedar dormido.

—¿Eh?

—¿Has oído lo que he dicho? —preguntó en un tono que daba a entender que sabía que la respuesta era un rotundo no.

—Ajá. Sí. Hum, seguro. Sin duda. —Me quedé mirando la colchoneta que tenía debajo. Los primeros rayos de sol me acariciaron la espalda.

Un momento de silencio. Luego:

—¿De verdad quieres vestirme de *drag* e ir al Orgullo conmigo?

Me incorporé tan rápido que me mareé y casi me caí.

—¿Qué?

—Te he pillado. —Noel se sentó con las piernas cruzadas sobre su colchoneta, con una rubia ceja arqueada a modo de reprimenda—. Te has vuelto a quedar dormido, ¿verdad?

—No, estaba... meditando. —La mentira resonó, patética, y los labios de Noel se crisparon.

—Mmm.

Imité su postura, apoyé las manos en las rodillas y me mordí el interior de la mejilla.

—Hum, sí. Estaba meditando y encontrando mi foco y esas cosas.

—¿Tu foco y esas cosas? —Su boca temblorosa se abrió en una sonrisa al reprimir un bufido divertido—. Hasta cuando mientes de forma tan descarada, consigues parecer mono e inocente.

Mi humor mañanero se ensombreció.

—Los bebés son monos. Yo no soy un bebé.

—Los chicos también pueden ser monos —dijo.

Supuse que tenía razón, pero no creía que fuera eso lo que él o Jai querían decir al llamarme «mono».

—No soy un niño —susurré mientras la burbuja de poder de Noel que nos envolvía ondulaba con suavidad.

Una mirada indescifrable cruzó su rostro.

—Créeme, cariño, lo sé. —Sacudió la cabeza para disipar aquella extraña expresión—. Vale, cierra los ojos e intenta no dormirte esta vez.

Por suerte, conseguí mantenerme despierto. Noel hablaba en tono tranquilizador y yo me concentraba en cada nota. El estrés y las preocupaciones desaparecieron. Mi cerebro se vació de todo lo que no fuera la cantarina voz de Noel. Y, en algún lugar profundo de mi pecho, algo extraño y poderoso palpitó acompasado a los latidos de mi corazón.



—Riley, ¿estás listo para irnos?

Me sobresalté cuando una mano se posó en mi hombro. Había estado mirando al vacío, sin escuchar las instrucciones del profesor. Al parecer, habíamos terminado la clase, pero no me había enterado.

La mano apretó con suavidad.

—¿Ri?

Me sacudí las telarañas del cerebro, me giré para mirar a mi amigo. Danny ya estaba de pie, con la mochila colgada de un hombro huesudo. El pelo castaño le caía alrededor de las orejas, y

le habría caído sobre sus ojos color avellana de no ser por las gafas de montura negra. Se dio un golpecito en el lateral de las gafas con la mano libre mientras movía el peso con torpeza.

Casi tan escuálido como yo, Danny era todo brazos y piernas. Las pecas se mezclaban con cicatrices de acné en la nariz y las mejillas, y sus dos dientes delanteros estaban ligeramente torcidos. Tal vez no encajara en la imagen popular de atractivo, pero su sonrisa era amable y sincera. Cuando reía, lo hacía con todo el cuerpo. A veces, resoplaba.

Tras sentirse más cómodo conmigo, salió de su caparazón y me di cuenta de que era muy hablador. Parloteaba sobre personajes de cómic de los que nunca había oído hablar o sobre los detalles de su partida de *World of Warcraft*. Soltaba datos aleatorios que había aprendido y nunca olvidaba.

Decía:

—¿Sabías que una persona pasa de media seis meses de su vida esperando a que los semáforos en rojo se pongan en verde?

O:

—¿Sabías que un rayo contiene energía suficiente para tostar cien mil rebanadas de pan?

Y:

—Oye, Ri, ¿sabías que puedes oír el latido del corazón de una ballena azul a tres kilómetros de distancia?

Yo no sabía nada de eso, ni si era verdad. Pero yo sonreía, asentía y decía:

—Qué guay.

Hacer amigos siempre me había resultado difícil, pero Danny nunca se burlaba de mí cuando decía algo tonto o raro. Por lo general, me lanzaba una mirada extraña antes de reírse y llamarme gracioso. Me gustaba mucho. Era dulce, honrado y guapo de una manera muy imperfecta y humana. Y ya me había puesto un apodo.

—Hum, ¿Ri?

Me di cuenta de que lo había estado mirando durante más tiempo del apropiado, y me sonrojé.

—Lo siento. Sí, vámonos.

Con prisas, recogí mis cosas y Danny apoyó la cadera en la mesa del laboratorio.

—Así que mi madre y Crystal todavía están discutiendo —dijo mientras metía mi carpeta en mi bolsa.

—¿Por Acción de Gracias? —le pregunté.

Asintió con la cabeza.

—Le dije que no trajera al vago de su novio, pero nunca me escucha. Y eso hizo que mamá bebiera demasiado vino. ¿Me hace mala persona encontrarlo divertido? Quiero a mi hermana y a mi madre, pero las dos son... A veces me pregunto si soy la única persona cuerda de mi familia.

Incapaz de contener una risita, la escondí tras mi mano mientras me levantaba de mi asiento.

—Tu familia da miedo si tú eres el más cuerdo.

Danny fingió ofenderse y me empujó cuando salíamos de la clase, casi alterando su propio equilibrio y el mío. Tenía menos coordinación que yo, si eso era posible. Me reí.

—Estoy seguro de que se reconciliarán —dije—. Quiero decir, ¿no rompió con ese novio un par de días después?

—Sí, y es una de las razones por las que mamá está enfadada. Algo sobre las fotos familiares empañadas para siempre por su jersey demasiado femenino y sus vaqueros caídos. —Se estremeció.

Salimos del edificio de ciencias entre risas.

—Tu familia suena guay —afirmé después de que se nos pasara la risa.

Con un suspiro, Danny cedió.

—Sí, son geniales. Solo que a veces están locos.

—Bueno, yo estuve enfermo en Acción de Gracias, así que más te vale apreciar lo que tienes.

Nuestros codos chocaron y Danny sonrió mientras se subía las gafas en la nariz.

—El peor momento para estar enfermo.

—Sí —comenté, sin saber qué más decir.

Tras el ataque del sabueso infernal, mis ángeles y yo estábamos abatidos y agotados. Gideon se había quedado en el reino celestial para pasar Acción de Gracias. Jai, Noel y yo estuvimos tumbados en el apartamento; vegetando, como lo llamaba Noel. Jai había encontrado un restaurante chino que estaba abierto y que servía a domicilio, y comimos pollo *lo mein*, arroz frito y cerdo agri dulce mientras veíamos la segunda película de *El Señor de los Anillos*.

Había sido lo más alejado de un Día de Acción de Gracias tradicional que se me podía ocurrir, y, aun así, superaba con creces a todos los Días de Acción de Gracias que le habían precedido. Pero como toda la situación era extraña y difícil de explicar, había mentido y le había dicho a Danny que estaba enfermo. En cierto modo era verdad, pero me sentía culpable.

—Entonces, ¿vas a casa después de los finales? —me preguntó.

Nos detuvimos donde la acera se bifurcaba en diferentes caminos, y enganché los pulgares en las correas de mi mochila.

—No, yo..., eh... Voy a quedarme aquí.

—Ah. —Su zapatilla de deporte rozó la acera y evitó mi mirada mientras se aclaraba la garganta—. *Podrías volver a casa conmigo*. —Las palabras se mezclaron, al salir demasiado rápido de su boca.

—¿Qué?

Respiró hondo; sus orejas se pusieron rojas.

—Podrías... venir a casa conmigo. Para las vacaciones de Navidad, quiero decir. Si no quieres quedarte aquí solo.

Su oferta fue conmovedora, abrumadoramente amable. Durante un momento, me escocieron los ojos y tuve que parpadear varias veces para desterrar aquellas lágrimas infantiles.

—O no. —Sus hombros se hundieron al mirar al suelo—. No pasa nada.

—No creo que tu madre quiera a un desconocido allí para las fotos familiares de Navidad.

Una sonrisa burlona asomó por los bordes de su boca.

—Mientras no lles un jersey de chica y pantalones caídos, seguro que no le importará.

—Eso es... —Miré por encima del hombro de Danny y vi una cabeza de pelo blanco. En el momento en que mi mirada se cruzó con la de Noel, sus ojos incoloros se abrieron de par en par y apartó la mirada. Fingió estar absorto en su móvil, pero su atención revoloteaba hacia nosotros cada pocos segundos.

Recordé nuestra conversación de la noche anterior sobre los árboles de Navidad y la emoción de Noel. Si me iba a celebrar la Navidad con Danny, no podría celebrarla con mis ángeles. Y Noel no conseguiría un árbol ni decoraría el apartamento.

—Ha sido una propuesta muy bonita. Quiero decir, que es, casi con seguridad, una de las cosas más bonitas que alguien ha ofrecido —le dije a Danny—. Pero le prometí a Noel que conseguiríamos un árbol y lo decoraríamos juntos. Y, aunque Jai fingió que no le importaba, creo que él también estaba emocionado. Yo... Les di mi palabra.

—De acuerdo. No pasa nada. No sabía que ellos también se quedaban. —Su sonrisa no llegó a sus ojos. Se dio un golpecito en las gafas—. Tengo que ir a trabajar.

Había herido sus sentimientos. No se me daba muy bien socializar, pero lo tuve claro. Antes de que pudiera alejarse, estiré la mano y lo agarré del brazo. Era la primera vez que lo tocaba. Se quedó inmóvil, con los ojos abiertos de par en par al ver mi mano en su brazo.

—Habría dicho que sí, si no hubiera prometido pasar las Navidades en el apartamento. Me habría gustado conocer a tu familia.

Habría sido aterrador, pero tenía la sensación de que Danny se habría asegurado de que estuviera cómodo. Él era así de bueno.

—¿En serio? —Su expresión se iluminó, una tímida sonrisa alegró su rostro—. Quiero decir, genial. Tal vez la próxima vez. En las vacaciones de primavera o algo así.

Incómodo por comprometerme a algo a meses vista, gruñí un ruido afirmativo y moví la cabeza. Mi mano soltó su brazo, pero él la atrapó entre las suyas antes de que me apartara del todo. Me apretó los dedos, con la mano un poco sudorosa. Tragué saliva y luché contra el impulso de rechazar su contacto.

—Genial. Genial. Hum, eso es... genial. Vale, pero tengo que irme o llegaré tarde. Nos vemos esta noche.

Con un último apretón en la mano, Danny me soltó. Caminó en dirección a la cafetería del campus, en la que trabajaba a tiempo parcial. Me quedé mirándolo, y me reí cuando tropezó con una grieta de la acera. Por suerte, recuperó el equilibrio.

No me di cuenta de que Noel se acercaba hasta que el lila y el sol me acariciaron la nariz y me cortaron la visión de la figura de Danny. Fruncí las cejas y la preocupación bulló en mis entrañas en cuanto Noel se mordió el labio inferior. Abrió la boca para hablar, pero se lo pensó mejor. La cerró.

—¿Ocurre algo? ¿Están Jai y Gideon...?

—Están bien, cariño. No pasa nada. —Su débil sonrisa lo traicionó. Mentía. No sobre Jai y Gideon, pero, sin duda, había algo que lo molestaba—. Vamos a llevarte a clase.

Caminando uno al lado del otro, nos dirigimos hacia el edificio de Humanidades. Encontrar las palabras le llevo todo el trayecto, y no pareció encontrarlas hasta que estuvimos frente a los escalones de la entrada.

—Esta es tu vida, Riley. Lo entiendes, ¿verdad? —Sus manos se posaron en mis hombros, su expresión aterradoramente sombría—. No necesitas hacer excepciones ni pedir permiso. Eres un adulto. Puedes tomar tus propias decisiones. Y no necesitas centrar esas decisiones en nosotros. ¿Me entiendes?

La verdad era que no, pero decirlo no parecía la respuesta correcta. Medio asentí, medio me encogí de hombros. Noel soltó un fuerte suspiro por la nariz.

—Puedes pasar las vacaciones de Navidad con Danny.

—Pero íbamos a decorar el árbol juntos.

—Todavía podemos, cariño. Podemos hacerlo antes de los finales.

Odiaba lo confusos que eran a veces.

—Pero dijiste que querías celebrar la Navidad.

—Soy tu guardián, Riley. No puedes basar tus decisiones en lo que yo quiera. No funciona así.
—Su bello rostro se contrajo, la boca estrechada en una línea.

Se me hinchó la garganta, que amenazó con negarme la capacidad de hablar. Mi voz era más un graznido que otra cosa.

—Tú también eres mi amigo.

—Bueno, sí, claro que lo soy, pero...

—Somos una familia. Tú lo dijiste. Lo prometiste.

—Sí, somos una familia.

—Y la familia celebra las fiestas unida.

Noel dio un paso atrás, pasándose una mano frustrada por el pelo.

—No somos humanos, Riley.

¿Qué tenía eso que ver?

—Técnicamente, yo tampoco.

—Danny es humano. Es humano y normal. Es un chico dulce. —Sonaba como si Noel hablara consigo mismo más que conmigo.

Ya me había perdido.

—¿Lo sé?

—Y a él... parece que le gustas mucho. —Había un significado en sus palabras que, al parecer, me estaba perdiendo.

—A mí también me gusta —asentí mientras jugueteaba con la camisa—. Es un buen amigo.

Por un momento, fue como si Noel se mordiera literalmente la lengua. Luego bajó los hombros y las fuerzas lo abandonaron.

—Eso es bueno, Riley. Eso es... muy bueno.

Parecía exhausto.

—¿Estás enfadado? —le pregunté porque ¿cómo no iba a hacerlo?

Al oírlo, su semblante cambió a uno de alarma mientras me cogía con cuidado la cara entre las palmas de las manos.

—No, cariño, no estoy enfadado. Te lo prometo.

—¿No quieres que me quede en Navidad?

—Quiero que te quedes en Navidad. Muchísimo. Y esa es la... —Se le cortó la voz, con la mandíbula apretada—. Las líneas se están difuminando. No pensé que sería así. No pensé que sería tan difícil.

Como siempre, estaba perdido. El instinto actuó y dije:

—Lo siento.

—No lo sientas. Por favor, no lo sientas. No es culpa tuya. —Su frente se encontró con la mía y mi estómago estalló en una lluvia de mariposas y estrellas fugaces—. Olvida lo que he dicho.

—Pero...

—¿Quieres quedarte con nosotros en Navidad? —me interrumpió. Asentí con la cabeza—. De acuerdo. Queremos que te quedes, y tú quieres quedarte. Puede ser así de simple.

Al final dije «De acuerdo», incluso cuando los insectos y el polvo de estrellas se convirtieron en un gran peso en mis entrañas. Mi vida nunca había sido simple. Pero cruzaría los dedos por que Noel tuviera razón.

Después de mi última clase del día, quedé con Bethany en el centro de estudiantes. No quería arriesgarme a encontrarme con Brian yendo a su dormitorio, así que aceptó quedar en otro sitio. Estaba haciendo los deberes cuando se sentó a mi lado envuelta en una agradable nube de perfume afrutado.

—¿Por qué parece que hace siglos que no te veo? —Sus brazos me rodearon los hombros y no pude evitar la parálisis muscular inicial. Me relajé en cuanto su pelo rubio me hizo cosquillas en la mejilla, y le devolví el abrazo.

—Tal vez porque estábamos acostumbrados a vernos todos los días. —Me zafé del abrazo cuando se separó.

—Probablemente. —Sonrió, mostrando unos dientes blancos y rectos—. ¿Cómo te va? ¿Te va bien en el apartamento?

No era la primera vez que me lo preguntaba. Tenía la sensación de que estaba preocupada por mí. Mis ángeles habían aparecido un día y todo había cambiado. Yo, por supuesto, tenía numerosas razones por las que confiaba en ellos lo suficiente como para compartir un espacio vital, pero Bethany no. No podía culparla.

—Sí. No hay mucho espacio, pero no es tan diferente de los dormitorios.

—Me imagino —dijo—. Iba a traerme un té. ¿Quieres uno?

—Sí, por favor. —Busqué mi cartera en el bolsillo, pero ella puso los ojos en blanco y rechazó mi intento de coger mi carné de estudiante.

—Solo es té. Mi plan de comidas lo cubre.

Antes de que pudiera protestar, ya se había levantado y cruzaba la cafetería. Unos minutos más tarde, estaba de vuelta con dos tazas humeantes y una porción de miel.

Con nuestros té de menta calentándonos, fingimos hacer los deberes mientras charlábamos. Me habló de sus clases avanzadas de Psicología y de sus temores, ya que las cosas con Derek se

estaban volviendo muy serias demasiado rápido. Yo no tenía ni idea de relaciones, así que no le di mis inútiles consejos. Me limité a escuchar y a cogerla de la mano cuando se le empañaban los ojos.

Cenamos, y les dimos la bienvenida a la mesa a los habituales de los lunes por la noche a medida que llegaban. Derek estaba sospechosamente ausente, pero como Bethany no hizo ningún comentario al respecto, yo tampoco.

Terminé mi chile de berenjena y miré la hora en el móvil. Había quedado con Danny en la biblioteca unas horas antes de volver a casa. Si me iba ya, conseguiría llegar antes que él.

—Voy a la biblioteca —dije mientras me levantaba de la mesa, solo para caer de nuevo en mi asiento cuando unas manos me empujaron los hombros.

—¿Vas a quedar con tu novio? —me siseó alguien al oído, y se me obstruyó la garganta con un perfume empalagosamente dulce.

Me aparté horrorizado de Kayla. Mi estómago amenazaba con vaciar mis enchiladas por toda la mesa. El fantasma de sus manos en la parte delantera de mis vaqueros me provocó un sudor frío en las palmas, y un miedo irracional me recorrió el tronco encefálico.

Kayla se había detenido en nuestra mesa para empujarme, pero, en el momento en que me marchité bajo su fría mirada, husmeó el aire y reanudó su enfurruñado paseo. La mesa se quedó en silencio por un momento mientras todos luchaban por comprender su desconcertante agresividad y su infantil comportamiento. Bethany fue la primera en reaccionar.

—No es asunto tuyo, zorra. —Bethany me rodeó los hombros con un brazo protector mientras yo parpadeaba para disipar el repentino ardor de mis ojos—. No la escuches, Riley. Solo está enfadada porque no saliste con ella.

Recordé el brillo de labios artificial de uva, me estremecí y me aparté del contacto de Bethany. Quería ayudarme, pero era demasiado.

—Tengo que irme. Danny está esperando. —Me apresuré a salir del comedor sin limpiar mi bandeja, y tan pronto como salí al aire de la tarde, Noel apareció a mi lado.

—¿Estás bien, cariño? —Me abrazó, y yo retorcí mis dedos en la espalda de su camisa gris claro.

Por primera vez en varias semanas, la amenaza de un ataque de pánico me rascó la parte posterior del cerebro. Mis pastillas seguían escondidas en la funda de la almohada. No llegaría a tiempo.

—Necesito mis pastillas —jadeé contra el pecho de Noel. Sus dedos me masajeaban el cuero cabelludo.

—No, no las necesitas. Respira. Estoy aquí. Apoyándote. Respira conmigo.

Como si estuviera meditando en el jardín trasero, cerré los ojos y me aferré a la voz de Noel. Inhalé cuando él inhaló, exhalé cuando él exhaló. Me concentré en su aroma floral, en la solidez de su cuerpo, que me anclaba a la tierra. Los músculos de su espalda se notaban firmes bajo mis manos y le acaricié el esternón mientras la histeria se desvanecía.

—Eso es —arrulló Noel—. Estás bien.

—Lo siento.

—No hay nada que sentir.

Unos labios suaves presionaron mi cabeza y mi corazón se saltó un latido. Agarré con fuerza su camisa y me acurruqué más en su torso. Me abrazó con seguridad. Suspiré.

CAPÍTULO 5



DANNY ESTABA SENTADO EN nuestra mesa habitual, en un rincón de la biblioteca, inclinado sobre un libro muy grueso, con las cejas fruncidas por la concentración. Una vez me burlé de él porque parecía enfadado cuando leía. Se había pasado los minutos siguientes sonriendo como un loco mientras hacía sus deberes de química. Nos reímos tanto que acabamos secándonos las lágrimas.

Tras disculparme en voz baja por mi tardanza, me reuní con él y saqué el portátil de la mochila. Dio un respingo en cuanto me senté, sorprendido por mi aspecto. Se sonrojó y se colocó las gafas torcidas.

—Hola.

—Hola.

—¿Estás bien? Tienes los ojos rojos. —Danny se acercó a mí, pero soltó la mano en cuanto me aparté—. Lo siento.

—No, lo siento yo. —Forcé a mis nervios a calmarse. Era más difícil sin Noel a mi lado—. Me has asustado, pero estoy bien. ¿Qué tal el trabajo?

Sus ojos se entrecerraron tras sus gafas, pero hizo caso a mi petición tácita y permitió el cambio de tema.

—Bien. He conseguido algunas propinas decentes. ¿Qué tal la cena con Bethany?

—Bien. —Abrí el portátil y abrí mi proyecto de Estudios Culturales.

—Genial. —Volvió a su libro de texto.

La primera hora transcurrió en relativo silencio. Danny rellenó un examen práctico para su clase de Matemáticas Avanzadas que yo apenas podía pronunciar. Yo trabajaba en mi proyecto.

Cuando me aburrí y perdí la inspiración, pasé a mi ensayo de Literatura Inglesa sobre el tema del aislamiento en *Jane Eyre*, de Charlotte Brontë.

La segunda hora, mi atención se desvió. Me preguntaba dónde estaría Jai y qué estaría haciendo Gideon. Pensé en la sensación celestial del abrazo de Noel. Sutilmente, olfateé mi camisa y sonreí al percibir un leve indicio de lilas. Luego fruncí el ceño. Era patético.

En algún momento, el brazo de Danny acertó el espacio que nos separaba sobre el tablero de la mesa y me rozó el codo. Tendía a extenderse cuando estudiaba, necesitaba todos sus libros abiertos y disponibles en todo momento. A mí no me importaba, pero ya estaba sentado cerca del borde y no tenía otro sitio adónde ir.

Nuestros antebrazos se apretaron y preferí ignorarlo. No quería interrumpirlo en la hora de estudio, y solo era un brazo. Noel y Jai me tocaban más que eso a todas horas. Era cierto que sus caricias siempre me ponían la piel de gallina y me provocaban mariposas y pequeñas explosiones punzantes en la piel. Danny no. Debía de ser cosa de ángeles.

—Hey, ¿Riley? —Danny, con la voz entrecortada, me sacó de mis pensamientos.

Me giré hacia él, pero no me miraba. Tenía las orejas rojas y los ojos muy abiertos. Su mirada estaba fija en el lugar donde nuestros antebrazos se tocaban.

Me sentí extrañamente avergonzado y me aparté de inmediato. Después de la compañía constante de mis ángeles, donde el contacto entre chicos era abierto y sin prejuicios, lo había olvidado. Los humanos eran diferentes. Aquí los chicos no se tocaban ni siquiera de forma platónica.

Danny tragó saliva, golpeando el lado de sus gafas. Uno de sus hábitos cuando estaba nervioso.

—Riley, eh, yo estaba... Me preguntaba...

Una mano golpeó el borde de la mesa junto a mi portátil con un ¡zas! Danny y yo nos sobresaltamos y me lancé sobre el intruso mientras el corazón me latía en el pecho como un martillo neumático. Jai se apoyó en la mesa, con los ojos negros y un aura amenazadora.

—¡Dios mío, me has dado un susto de muerte! —Me froté el corazón galopante—. ¿Qué haces?

—Es hora de irnos. Recoge tus cosas. —Su chaqueta de cuero crujió al enderezarse.

Danny tragó saliva detrás de mí. Miré el reloj. Jai había llegado casi una hora antes. Con los finales acercándose tan rápido, era importante que dedicara suficiente tiempo a estudiar.

—Pero...

—Ahora, Riles. —Usó mi apodo, pero su tono era duro como el hierro. Estaba enfadado.

—V-vale. —Me sometí y cerré mi portátil.

Danny se movió a mi lado, recordándome su existencia, y me atraganté.

—Lo siento, yo... Danny, este es Jai. Jai...

—Encantado, seguro. —Jai cruzó los brazos sobre el pecho y miró hacia otro lado, golpeando el pie con impaciencia.

Me había acostumbrado a ese comportamiento ocasional, pero su grosería descarada me irritaba. Apreté la mandíbula y lo miré con desprecio mientras metía el portátil en la mochila. Danny no habló.

—Yo no... —En realidad, no tenía ni idea de qué decir para atenuar la incomodidad, que rayaba el miedo, escrita en las facciones de Danny—. Me tengo que ir.

—Está bien. —Su sonrisa se tambaleó.

—Yo...

—Riley —gruñó Jai.

Estallé.

—¡Dame un segundo!

Ninguno de los dos esperaba mi ataque de mal genio, y Jai parpadeó, con los ojos muy abiertos. Sin decir palabra, giró sobre sus talones y se marchó, furioso. La humillación se apoderó de mí mientras me echaba mis cosas al hombro. Incapaz de encontrarme con la mirada de Danny, me mordí el interior de la mejilla.

—Lo siento, te veré más tarde —murmuré antes de correr detrás de Jai.

Para cuando salí de la biblioteca, Jai ya estaba en el coche, con la puerta del conductor abierta y una expresión indescifrable. Tropecé en el aparcamiento, con la preocupación y la frustración intentando dominarme. ¿Había alguien herido? ¿Había ocurrido algo terrible? ¿O solo estaba siendo un enorme imbécil?

—¿Qué...?

—Entra —dijo él mientras se metía en el vehículo.

La parte terca de mí quería darse la vuelta y marcharse. Tal vez me quedara con Danny por la noche o durmiera en mi dormitorio. Pero seguía siendo el hijo adoptivo de la señora Janet y la obligación de obedecer, quisiera o no, estaba inculcada en mí. Subí al coche.

Jai guardó silencio mientras nos alejábamos del campus. Su mandíbula se contrajo y temí que se rompiera por la fuerza de su ira. Sus nudillos se tensaron alrededor del volante. Me sentí mal.

—¿Qué ocurre? —pregunté al cabo de cinco incómodos minutos.

—Nada —respondió.

—¿Ha pasado algo?

—No.

—¿Gideon y Noel están bien?

—Están bien.

—¿Por qué estás enfadado?

Jai se saltó un semáforo en rojo. Un coro de bocinazos se elevó a nuestro alrededor. Apenas parpadeó.

—No estoy enfadado —dijo.

«¡Mentiroso, mentiroso, cara de oso!».

Estaba claro que cualquier intento de conversación acabaría mal para los dos, así que cerré la boca y apreté la mochila contra mi pecho. Jai seguía de mal humor, y mi irritación se agravaba. Cuando llegamos al pequeño *parking* frente al apartamento, mi estómago temblaba de frustración.

La sinceridad era difícil. Me costaba expresarme, incluso si me sentía seguro. En momentos como ese, frente a un Jai enfurecido, no me creía capaz de hablar. Pero la valentía era más fácil de encontrar si Jai estaba cerca —independientemente de su estado de ánimo— y mis emociones en ebullición rompieron el cerrojo que había puesto a mi lengua.

—No tienen por qué gustarte mis amigos —dije mientras Jai apagaba el motor. Sus ojos oscuros lanzaron una chispa de advertencia. Me cuadré de hombros—. Pero creo que es muy egoísta e injusto por tu parte tratarlos mal delante de mí.

Dejó las llaves en el contacto y se dejó caer en el asiento, con la mandíbula desencajada.

—¿Qué?

Quería marchitarme bajo su mirada, pero me obligué a mantener la columna recta.

—Has sido malo y grosero. Has asustado a Danny.

—Bueno, quizá necesitaba un buen susto. Estaba encima de ti, babeando, gritando «Fóllame» con la mirada.

Lo que sea que esperaba que Jai dijera, no era eso. Se me cayó la mandíbula.

—¿D-disculpa?

Jai rio entre dientes, su sonrisa cortante.

—Eres ingenuo, pero no estúpido.

—Danny es mi amigo —dije, porque todas las demás palabras se me habían olvidado.

Con un exagerado entornar de ojos, dijo:

—Sí, un amigo que quiere follarte.

—¿Qué? —Mi cara se encendió, mi voz chillona hirió incluso mis propios oídos—. ¡Eso es ridículo! ¿Por qué...?, ¿por qué dices...?, ¿cómo sabes que es gay?

—¿Cómo puedes no saberlo? Lleva semanas anhelando tu polla.

Retrocedí físicamente ante sus brutales palabras.

—Deja de decir eso.

—Solo digo lo que veo.

—No hace falta que seas tan maleducado.

—Lo siento. —Su tono adquirió un tono burlón—. Quiere que le hagas el amor dulcemente a la luz de la luna.

Las lágrimas obstruyeron mi garganta.

—Jai, para.

—Solo estoy siendo sincero.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás enfadado conmigo?

Eso solo lo enfureció más.

—¡No estoy enfadado contigo! ¿Por qué coño...?

—Por favor, deja de gritar.

—¡No estoy gritando!

—¿Por qué te pones así?

—¿Así, cómo? —ladró, mostrando los dientes, preparado para la guerra.

La manija se clavó en mi columna cuando me apreté contra la puerta. Me tragué el nudo que tenía en la garganta.

—Como si estuvieras librando una batalla sin oponente. —Resoplé y el fuego de sus ojos se apagó. Bajó los hombros. Su mandíbula se aflojó—. No soy tu enemigo, Jai. Deja de intentar luchar contra mí.

Su ira se evaporó y, por un momento, pareció absolutamente hundido. No deseaba otra cosa que escapar de los confines de aquel coche demasiado pequeño. Abrí la puerta de un empujón y salí a la acera. Corrí hacia el apartamento, rezando por llegar antes de que Jai me pillara, lo que era una estupidez. Claro que me pillaría.

Mi mano se cerró en torno al picaporte en el mismo momento en que la palma de Jai golpeó la puerta y la sujetó por si intentaba abrirla. El calor de su cuerpo me abrasó la espalda y me acurruqué lo más cerca posible de la entrada. Su respiración era fuerte. La mano sobre mi cabeza apretó con fuerza.

Permanecimos en tenso silencio durante largos segundos. Unos dedos cálidos se deslizaron por mi nuca, presionando con el pulgar. Pero no me dolía. Jai nunca me habría hecho daño.

—Lo siento. —Apretó los dientes—. Estoy enfadado, pero no contigo. Nunca contigo, Riles. —Su exhalación silbó por su nariz y agitó mis rizos. Estaba tan cerca de mí...—. Tienes razón. Me estoy desquitando contigo, y eso no es justo. Perdóname.

Quise mirarlo, pero su agarre en mi cuello no me lo permitió.

—Disculpa aceptada. —le dije. Su nariz rozó mi nuca y le pregunté—: Jai, ¿qué te pasa?

—Es Noel —dijo como si eso lo explicara todo. Yo estaba más confuso que nunca, pero me quedé callado. Suspiró—. A veces, los ángeles no son perfectos. Tenemos defectos y cicatrices, y tomamos malas decisiones que nos hacen daño. Sabemos que nos dolerá, pero lo hacemos de todos modos porque estamos rotos. A veces, somos autodestructivos.

El corazón me dio un vuelco y me giré, rompiendo el firme agarre de Jai sobre mi cuello. Se inclinó sobre mí, con una mano en la puerta por encima de mi cabeza. El Jai enfadado del coche había desaparecido, sustituido por una versión destrozada que nunca había visto antes.

—Estás preocupado por él. Por Noel. —No era una pregunta. Podía ver la verdad tan clara como el día—. ¿Por qué?

Jai se encogió de hombros, refunfuñando en voz baja, porque la ira era más simple que la vulnerabilidad. Quería pelea. Era algo que podía controlar, más seguro que enfrentarse a emociones que prefería dejar enterradas. Yo no era un luchador, pero lo entendía.

—Noel estará bien. —Puse una mano temblorosa en el pecho de Jai, sobre su corazón. Palpitaba arrítmicamente bajo mis dedos—. No sé por qué temes por él, pero lo cuidaremos. Porque eso es lo que hace la familia, ¿verdad?

Su nuez subió y bajó, Jai asintió.

—Sí, Riles. Eso es lo que hace la familia.

Muy despacio, envolví mis brazos alrededor de su cintura. Mi mejilla se encontró con su esternón y sus brazos rodearon mis hombros. Sus dedos callosos se arrastraron por los rizos de la base de mi cabeza y se relajó.

—Puertas del Infierno, soy un cabrón. Lo siento mucho, joder —me dijo en el pelo.

—Te perdono —contesté, y casi me asfixió con la fuerza de su abrazo—. ¿Os habéis peleado, Noel y tú?

—Algo así. No me gusta la gente con la que está de fiesta esta noche.

Aunque su tono era serio, sus palabras me dieron ganas de reír. Sonaba como un viejo. Pero no era el momento de bromas, así que me tragué mi diversión y me centré en el tema que nos

ocupaba.

—¿Por qué no te gustan?

—Su ex es un gilipollas —dijo Jai, y un inesperado puñetazo de envidia casi me dejó sin aliento.

¿Noel estaba en una cita con un exnovio? Dios, eso dolía más de lo que debería.

—Malaquías es un capullo arrogante. Le encanta llamar la atención. Y ya conoces a Noel. Le encanta adular a la gente, por eso Malaquías lo mantiene cerca. No le importa una mierda Noel, pero él no se da cuenta porque piensa que ese cabrón es la octava maravilla. Así que deja que Malaquías se salga con la suya en todas sus mierdas. Hasta que no puede más, y Noel vuelve corriendo a casa y llora sobre mi hombro. Se está comportando como un puto idiota.

No estaba seguro de qué decir. Me decidí por:

—Nadie es perfecto.

Jai resopló.

—Hay una diferencia entre amar a alguien que está roto y amar a alguien que disfruta rompiéndote.

Una horrible idea me asaltó por dentro.

—¿Maltrata a Noel?

Cuando Jai habló, me alegré de no ver su expresión. Su voz, tan llena de odio que quemaba, ya fue lo bastante mala.

—Sí.

Juré que vi rojo mientras una potente furia se encendía en mi pecho.

—¿Por qué iba Noel a volver con él?

Jai guardó silencio durante tanto tiempo que supuse que no respondería. Pero entonces lo hizo.

—Aceptamos el amor que creemos merecer.

Y eso me rompió el corazón en pedazos.

A veces, era difícil recordar que llevaban cicatrices, igual que yo. Sangraban rojo. Estaban rotos. Pero rotos o no, eran mi familia.

—Entonces, tendremos que demostrarle que se merece algo mejor. —Acaricié la chaqueta negra de Jai. Olía a humo y a *dokha*, a sol y a cuero viejo—. Y si las cosas acaban mal, estaremos ahí para arreglarlo.

—Él es mi otro, Riley. Lo es todo. Y no puedo... Cuando a él duele, a mí también.

Me eché hacia atrás y levanté la cabeza hasta que nuestras miradas se encontraron. Había fuego en sus ojos, desenfrenado, torturado. Me armé de valor.

—Entonces, os curaré a los dos.

Una mirada desgarradoramente tierna pasó por su rostro y me tapó la boca con la mano.

—No..., joder. —Nuestras frentes se encontraron y temblé.

Algo aterrador y estimulante bullía en mi sangre. La distancia entre nosotros era demasiada, pero no suficiente. Quería huir. Quería más. Pero Jai se apartó, y me quedé helado.

Se aclaró la garganta, con voz ronca.

—Entremos. Me estoy congelando el culo.

—Vale. —Un poco mareado, me apoyé en la pared y empujé la puerta. Como no se abría, hice sonar el picaporte y empujé con más fuerza—. Pero ¿qué...?

—Tienes que tirar, Riley. —Jai no pudo ocultar su sonrisa de satisfacción mientras cubría mi mano en el picaporte y tiraba. La puerta se abrió con facilidad—. Siempre ha sido tirar.

Me sonrojé.

—Ya. Gracias.

Voces apagadas reverberaban en las paredes cuando Jai y yo entramos en el apartamento, nos descalzamos y caminamos por el pasillo. Reconocí la cadencia del bajo de Gideon, pero la segunda voz me resultaba desconocida. Jai se detuvo en el arco que daba a la cocina y soltó una maldición en voz baja. No me di cuenta a tiempo de que se había parado y entré en el salón, donde había dos personas sentadas, encorvadas sobre la mesa de café, que estaba llena de papeles y pergaminos, aunque no reconocí el idioma ni los símbolos escritos a mano.

Gideon se enderezó en el sofá, sus severos ojos verdes detrás de sus gafas de lectura. El segundo hombre se puso en pie cuando me detuve en el umbral.

Era alto —más alto que Gideon, aunque bastante más delgado—, de piel morena y pelo corto y negro rapado a la altura del cuero cabelludo. Llevaba pantalones caqui y una camisa abotonada bajo un chaleco. A primera vista, me habría parecido un profesor universitario, pero su rostro angelicalmente hermoso revelaba su verdadera identidad.

Sus ojos eran más claros de lo que esperaba, de un azul frío, como fragmentos de hielo. Pero sonreía con amabilidad, con los dientes destacando contra sus labios oscuros.

—Ah, hola —saludé como un idiota.

—Riley, ¿qué estás...? —Gideon se levantó y miró su reloj—. Llegas pronto a casa.

—Ha sido mi culpa. —Jai mientras se puso a mi lado, apoyando una mano reconfortante en mi hombro—. Lo olvidé. Lo siento.

—No te disculpes, Jairo. —El desconocido habló con voz aterciopelada. Su atención se centró en mí.

—Tú debes ser Riley. —Rodeó la mesita con una gracia felina y, cuando me tendió la mano para que se la estrechara, sentí el aroma a café y a sol. Le cogí la mano porque era la única forma educada de actuar. La energía zumbó entre nuestras palmas. Tuve la sensación de estar ante un ángel antiguo—. Es un placer conocerte por fin. Me llamo Xavier.

—Ho-hola —dije.

—Es el querubín que nos ha estado ayudando en la búsqueda de tu registro genealógico —me explicó Gideon.

—Gracias —dije.

Nos dimos la mano. Me retiré tan pronto como me fue posible, y me protegí junto a Jai. Xavier parecía simpático, pero me intimidaba.

—Ya estábamos terminando, de todos modos. —Gideon metió los papeles en una bolsa y Xavier hizo un peculiar ruido gutural cuando los pergaminos se doblaron y arrugaron.

—¿Tienes que comportarte siempre como un bárbaro? Muestra un poco de respeto. —Le arrebató la cartera de la mano con una mirada burlona y, sorprendentemente, Gideon agachó la cabeza. Xavier alisó los papeles y volvió a enrollar los pergaminos con veneración.

Susurros apagados zumbaban en las páginas, cargadas de poder y misterio. Avancé medio paso, cautivado. Las voces etéreas se interrumpieron en cuanto introdujo el último pergamino en la bolsa y cerró la solapa. Me sentí extrañamente sordo.

—¿Los has oído? —le pregunté a Jai, tirando de su mano. Asintió mientras su pulgar frotaba círculos en el dorso de la mía—. ¿Cómo...?, ¿qué...?, ¿quién...?

—Algunas magias antiguas no se pueden explicar —dijo Xavier con su voz misteriosa, y yo me incliné hacia delante con la esperanza de echar otro vistazo a los pergaminos mágicos parlantes. Se rio—. Es un chico muy curioso.

Gideon me miró, con las comisuras de la boca elevadas.

—No tienes ni idea.

¿Me estaba tomando el pelo o me estaba haciendo un cumplido? Era difícil saberlo. Decidí fruncir el ceño a modo de reprimenda, pero, a diferencia de Xavier, carecía de autoridad para castigar a Gideon. El fantasma de su sonrisa se ensanchó y su hoyuelo se esculpió en su mejilla. Mi ceño fruncido cambió a una tímida sonrisa y aparté la mirada.

—Por cierto —Xavier me lanzó una mirada indescifrable—, el Consejo sabe que he accedido a ciertos pergaminos. Gabriel se puso nervioso cuando me interrogó al respecto. Intentó actuar con despreocupación, pero nunca le han gustado las sutilezas.

Cada músculo del cuerpo de Gideon se convirtió en piedra.

—Eres uno de los guardianes de los Archivos. Tienes acceso a todo. ¿Cómo lo Han sabido y por qué les importa?

—O alguien me ha denunciado, o los pergaminos estaban marcados.

Gideon se pellizcó el puente de la nariz tras quitarse las gafas.

—Si mis hermanos se enteraran...

—No pienses en eso. Aunque lo supieran, tienes que confiar en que guardaron silencio por alguna razón. —Xavier agarró el brazo de Gideon—. ¿De verdad los crees capaces de traicionarte?

—Cualquiera es capaz de traicionar —susurró Gideon, las palabras rotas y crudas.

Xavier no respondió. Apretó su brazo y retrocedió un paso.

—Sea como fuere, no me gusta suponer que hay demonios detrás de cada esquina. Solo quería que lo supieras.

—Por supuesto. Gracias —dijo él.

Mientras Xavier se colgaba la mochila del hombro, inclinó la cabeza en dirección a Jai y a mí.

—Riley, ha sido un placer. Jairo.

—Xavier. —Jai inclinó la barbilla.

El querubín volvió a centrarse en Gideon.

—Si intentas evitar el escrutinio, yo tendría cuidado con las preguntas que haces. Si escarbas lo suficiente, seguro que descubres algo. —Su piel oscura brilló instantes antes de desaparecer con un crujido, sus últimas palabras suspendidas pesadamente en el aire—: Y puede que no te guste lo que encuentres.

CAPÍTULO 6



—ESO..., EH, HA DADO yuyu. —Jai me alborotó el pelo, luego se dirigió a la nevera—. ¿Tenemos algo de comer? Me muero de hambre.

—Ya has cenado —dijo Gideon.

—Estoy creciendo —respondió Jai con la cabeza metida en el refrigerador.

Yo me reí.

—Bueno, ya que has llegado pronto, podemos entrenar esta noche.

Tardé varios segundos en darme cuenta de que Gideon se dirigía a mí.

—¿Qué?

Señaló el patio trasero, iluminado con pequeñas lanternas solares esparcidas por el jardín.

—Noel ha dicho que te ha ido bien con la meditación esta mañana. Aprovechémoslo.

—Pero..., pero... —Me desplomé y dejé caer mi mochila junto al sofá—. Tengo que hacer pis.

Arrastrando los pies, fui al baño y me serví un vaso de agua. Cuando ya no pude pensar en más formas de procrastinar, me uní a Gideon en el patio trasero.

Estaba sentado junto al parterre, sobre una sencilla manta tejida. Su mano acariciaba una flor de colores vibrantes mientras murmuraba palabras en su lengua angelical. La flor tembló y su color anaranjado resplandeció por un instante. Después, los pétalos ondularon y crecieron, ensanchándose hasta dejar al descubierto el centro de la flor. Volvió a hablar, con palabras tranquilizadoras que chispearon en el aire, y las otras plantas se balancearon, bailando al son de su voz.

Me tumbé en la manta, frente a él, con los ojos clavados en la colorida flor que tenía en la mano. La soltó para que se uniera a su familia con una suave sonrisa.

—¿Qué les estás contando? —pregunté en voz baja. Temía romper el hechizo que había lanzado sobre el jardín.

—Que son hermosas y que las queremos mucho —dijo—. Les digo que crezcan fuertes y que brillen. En un mundo lleno de oscuridad, la belleza es la luz.

Sonreí. Me gustó.

—Tu jardín es precioso.

—Gracias.

Permanecimos sentados, con las piernas cruzadas y los ojos fijos, durante varios segundos. No entendí lo que buscaba en mi mirada, pero permití que me sondeara.

Por fin, dijo:

—Esta noche me gustaría enfocar lo de otra manera.

—De acuerdo.

—Muchas veces, sobre todo al principio, nuestro poder responde mejor a las emociones. La ira, aunque es un fuerte motivador, es volátil y puede ser peligrosa. Creo que sería mejor centrarse en lo que sentiste esa noche en el bosque en lugar de en tu encuentro con el señor Mason. ¿Te parece bien? —Como él, apoyé las manos en las rodillas y asentí—. Excelente.

»Cierra los ojos y concéntrate en los detalles que conducen a la oleada. —Su voz vibró en mi cuerpo mientras obedecía—. Piensa en las imágenes, los sonidos y los olores. Recuerda lo que sentiste en ese preciso instante. La energía bullendo. El calor.

El bosque olía a tierra húmeda y savia de pino. El viento era frío y me azotaba el cuerpo al correr entre los árboles. Gruñidos sobrenaturales me perseguían. El sabueso infernal chasqueó su mandíbula a mis pies. Iba a morir. Estaba asustado y solo.

—Estás a salvo, pequeño. Respira. —Gideon me ancló a la realidad y exhalé con lentitud.

Sí, estaba a salvo porque habían venido a por mí. Me habían rescatado en más de un sentido. Gideon apareció, y el alivio... El alivio fue casi palpable en el aire. Pero el miedo volvió porque llegaron más perros infernales. Nos superaban en número. Por mi culpa, morirían. Y yo no podía salvarlos.

Pero ¡tenía que hacerlo! Eran mis mejores amigos, mi familia. Lo eran todo, y prefería morir antes que perderlos. La botella de refresco se agitó y burbujeó, y la energía bajo mi piel chisporroteó. Los protegería. Aunque muriera en el proceso.

—Excelente.

La voz de Gideon atravesó el recuerdo y abrí los ojos. Me miraba las manos, con asombro y orgullo grabados en el rostro. Seguí su mirada, vi mis manos brillantes y grité de inmediato. La

luz chisporroteó y se apagó.

—¡Virgen santa! —Inspeccioné mis manos mundanas, que ya no brillaban—. Ha funcionado.

—Lo has hecho muy bien.

El orgullo hinchó mi pecho ante su elogio.

—Gracias.

—Muy bien. Inténtalo de nuevo.

Por primera vez desde que había calcinado a los perros infernales, sentí el zumbido en las venas. Algo extraño y embriagador me recorría con cada latido de mi corazón, y lo sentía. Era aterrador.

Era la misma oscuridad que se complacía en el sonido de Brian golpeándose la cabeza contra la pared y en los aullidos de agonía de los perros infernales. Era la sombra que rondaba mis sueños. Estaba ahí, muy dentro, oculta bajo la vibración. Me había dicho a mí mismo que había imaginado esa cosa tan oscura, pero podía sentirla.

—¿Riley?

—No puedo controlarlo —dije.

—Todavía no —afirmó Gideon—. Pero aprenderás. Es un músculo que no has usado antes. Solo tienes que estirarlo. Es tu poder. Tú lo controlas, no al revés.

—Cada vez que lo he usado, le he hecho daño a alguien. No quiero lastimar a nadie más.

Y ese era el quid de la cuestión: yo sabía que podía dañar a la gente si quería. Tenía esa capacidad.

Una mano enorme me cogió de la barbilla y me inclinó la cabeza. Gideon parecía casi triste.

—Usaste tu poder para proteger, no para hacer daño. Te motivaban la lealtad, la familia y la justicia. Tu poder estará motivado por lo mismo.

—Pero ¿y si mi poder es malo?

—Todo poder puede usarse para el bien o para el mal. La elección está en manos de quien lo ejerce. Tú eliges en qué se convierte tu poder, no al revés. —Me soltó la barbilla y acunó mis manos entre las suyas, sus palmas calentando los dorsos—. Confío en que tomarás la decisión correcta.

En lugar de confesar las sombras enterradas en mi interior, asentí.

—Lo intentaré.

—Lo sé. —Me apretó las manos con una sonrisa alentadora—. Venga, otra vez.

Así lo hicimos. Cerré los ojos e invoqué la energía temblorosa que crepitaba bajo mi caja torácica. Me concentré en la feroz protección que sentía por mis ángeles, en el deseo de

seguridad y felicidad. Y, sí, sentía rabia hacia los perros infernales por intentar dañar lo que era mío, pero el amor por mi familia la eclipsaba.

Algo caliente me recorrió las venas. Brotó de mi pecho y bajó por mis brazos, prendiéndome fuego hasta que chispeó en mis palmas. La energía tiró del hilo que la unía a mi pecho, exigiendo más libertad, pero tensé la cuerda.

—Increíble —suspiró Gideon.

«Ya lo creo que sí».

Aquel extraño pensamiento me distrajo. Abrí los ojos cuando aflojé el hilo. Arcos de electricidad estallaron y crepitaron en mis palmas, pero, al aflojar un poco la tensión, los hilos salieron disparados. Mi grito de alarma se apagó en mis labios cuando Gideon hizo girar su mano y atrapó la corriente eléctrica en su palma.

—No, no, no —gimoteé, reprimiendo mi poder, sin querer hacerle daño.

Gideon jadeó cuando la electricidad rebotó en su palma y le rodeó la muñeca.

—Riley —dijo mi nombre en voz tan baja que casi no lo oí, pero me gustó cómo sonaba. Al parecer, a mi poder también.

Surgió con una fuerza que no esperaba. Hundí mis talones metafóricos para contenerlo, incluso cuando la corriente capturó la otra mano de Gideon. Flexionó los dedos y unas llamas blancas envolvieron mis manos. Un profundo poder inundó mi organismo y su magnitud me derribó. Era fuerza y autoridad, convicción y seguridad inquebrantables. Era Gideon, puro y sin adulterar.

La menta cubrió la parte posterior de mi lengua mientras su energía parpadeaba sobre mis manos como una cálida hoguera. Mi poder se calmó y se sometió al de Gideon. Tal vez gimiera de felicidad, pero nunca lo admitiría.

Las llamas me lamieron las palmas, retorciéndose y enroscándose alrededor de la red eléctrica que envolvía nuestras manos. Nuestros poderes danzaron, dos entidades separadas que se encontraban por primera vez. Se entrelazaron el uno con el otro. El fuego de Gideon silbaba mientras mis chispas crepitaban.

Hacía calor, pero no quemaba, como cuando te envuelves en una manta gruesa delante de una chimenea en pleno invierno. Era increíble, adictivo, delicioso. Y quería más.

La sombra olió la debilidad y se arrastró, voraz, a través de nuestra conexión. Estaba hambrienta de lo que Gideon había prometido, ávida de algo más que el tentador sabor que nos había dado. Lo queríamos todo.

—¡Riley, basta! —La orden fue como un jarro de agua fría que apagó el anhelo al instante.

Me aparté de él de un tirón, cortando de golpe nuestra conexión. Me dolió cuando nuestros poderes se desgarraron.

—¡Oh, no! Dios, lo siento mucho.

Antes de que pudiera alejarme, Gideon me atrapó. Luché contra él, aterrorizado de hacerle daño. ¡Porque esa parte oscura de mí lo deseaba! ¿Por qué no podía entenderlo?

—Riley, cálmate. —Me cogió la cara entre las manos—. Todo va bien. Estás aquí, y estás a salvo. Todo está bien.

¡No, nada iba nada bien!

—No quería hacerte daño. Lo siento. No era mi intención. —No me di cuenta de que lloraba hasta que su rostro se volvió borroso.

—No me has hecho daño, pequeño. —Sonaba medio exasperado, medio divertido. Un pañuelo se deslizó por mi rostro y secó mis lágrimas histéricas—. Te lo prometo, no me has hecho daño.

—Pero tú... estás enfadado.

Ese suspiro, lleno de sufrimiento, era tan poco característico de Gideon... Vacilé en mis disculpas. Él aprovechó mi silencio, su mirada penetrante sobre mí.

—No estoy enfadado contigo. Me has sorprendido. No esperaba... Lo que has intentado no ha sido exactamente... respetuoso. —Desvió la mirada, tirando de su oreja—. Intercambiar poder sin permiso es... Bueno, no es una conexión que se deba crear a la ligera.

¿Yo había forjado una conexión? No lo había sentido así. Me había parecido mucho menos inocente, como si algo maligno dentro de mí hubiera querido devorar a Gideon para el desayuno hasta que no quedara nada.

—No era mi intención —repetí.

—Sí, lo sé. Como he dicho, solo ha sido inesperado. —Levantó su mano para detener mi siguiente disculpa—. Ha sido culpa mía. Hemos intentado demasiado de una sola vez. Había pensado que usar mi poder te ayudaría a estabilizarte, pero ha sido un error de cálculo por mi parte, no tuyo.

—Pero dijiste que no podía tomar tus poderes. Dijiste que no había conexión entre un discípulo y un guardián que lo permitiera

—No eres humano. Eres nefilim. Eso cambia las cosas —me explicó—. Los ángeles pueden intercambiar y combinar poder si es necesario. Durante la batalla, por ejemplo. Es posible compartirlo por un corto tiempo, que es lo que hemos comenzado a hacer.

—Pero ¿lo he fastidiado todo?

—No, no lo has hecho. No ha sido tu culpa. Has recurrido al instinto. Digo, no es instintivo iniciar... Lo que quiero decir es... —Nunca había visto a Gideon aturullarse con las palabras así. Era sorprendentemente encantador—. Hay diferentes tipos de conexiones, razones variadas y maneras de intercambiar. Pero no serían apropiadas para nosotros, ¿entiendes —No del todo. De todas formas, asentí—. No has hecho nada mal. Necesitas entender eso.

No sabía si creerle, porque había sentido esa sombra como cualquier cosa menos amigable. Cedí por el bien de Gideon.

—Ok. Entiendo.

Me reacomodé sobre mis talones, mis rodillas tocando las de Gideon mientras él se arrodillaba frente a mí. Se agachó para hacerse más pequeño, menos imponente. Casi me reí. Era imposible que Gideon fuera pequeño.

—Vale, lo has hecho muy bien. Deberías estar orgulloso de ti mismo. —Guardó su pañuelo en el bolsillo. Sus pómulos estaban sonrosados—. Estoy orgulloso de ti.

Y, así como así, mi culpa desapareció e irrumpió la alegría. Quería hacerlo sentir orgulloso, hacerlos sentir orgullosos a todos. La felicidad burbujeaba en mi estómago mientras sonreía a mis manos. Una chispa diminuta estalló entre mi dedo índice y el pulgar.

—Gr-Gracias.

Gideon abrió la boca para hablar, pero unos gritos amortiguados provenientes del apartamento lo interrumpieron. Yo me puse de pie y corrí hacia la puerta antes de siquiera registrar mis acciones. Gideon me seguía de cerca.

Entramos en la sala de estar. Noel aparecía muy alterado, Jai estaba justo detrás de él. Tuve que tomar aliento dos veces para oxigenar lo suficiente mi cerebro mientras observaba el atuendo de Noel. Llevaba unas mallas de cuero negro que se adherían a sus piernas como el látex, marcando la forma de sus pantorrillas delgadas, sus musculosos muslos y su trasero firme. Su camisa rosa pálido, se deslizaba por un hombro en lo que deduje era una elección de intencional, y su cabello blanco brillaba bajo la luz, recogido en una trenza lateral que colgaba sobre su hombro.

Por último, una bufanda gris rodeaba su elegante cuello. Era chic, hermoso y peculiarmente femenino, de una manera que no era mala, pero que me incomodaba. No solía ir tan elegante si solo estábamos en casa. Y así volvió la fea envidia.

—¿Qué demonios te pasa, Jairo? —Noel se giró hacia su otro, con los puños apretados—. ¿Tienes idea de lo humillante que ha sido eso?

—Él ni siquiera me ha visto hasta...

—¡Yo te he visto!

—Y *él* no lo habría hecho si hubieras fingido que no pasaba nada. —Jai cruzó los brazos sobre su pecho.

—Ah, así que es mi culpa que seas, literalmente, un imbécil dominante colosal.

Un ápice de culpa pasó por la cara de Jai antes de que la ocultara con una máscara dura.

—Solo estaba comprobando cómo estabas.

—¿Comprobando cómo estaba? —Noel soltó una risa mordaz—. Si hubieras querido hacer eso, solo habrías tenido que tirar del vínculo de vez en cuando. O enviarme un mensaje de texto, ¡no quince! ¡Uno! Y, sobre todo, no habrías aparecido en mi cita y merodeado en las sombras como un acosador.

—No confío en él.

—¡Entonces, confía en mí! —Noel se arrancó la bufanda, parpadeando con rapidez, como si luchara contra las lágrimas—. Soy adulto. Puedo cuidarme solo. Solo era un café.

La cáscara defensiva de Jai se quebró; su expresión, destrozada.

—Nunca es solo un café.

—¿Parezco recién follado? —Noel extendió los brazos a lo amplio y giró para mostrar cada ángulo—. Santos y pecadores, era solo un café. Y, aunque no lo fuera, no es asunto tuyo.

Al girarse para marcharse, Noel nos vio a Gideon y a mí parados en la puerta del patio. Soltó un chillido y su rostro se tiñó de vergüenza.

—Riley, yo... —Su mirada iba y venía entre Jai y yo antes de que apretara la mandíbula y se dirigiera al pasillo. La puerta de su dormitorio se cerró de golpe. El apartamento quedó en silencio.

—¿En serio lo has espiado en su cita? —preguntó Gideon.

Jai se encogió, arrugando la nariz como si oliera algo ácido.

—No lo he espiado. Solo...

—Es su elección, Jairo.

—Ya lo sé, pero está tomando la decisión equivocada.

Tras cerrar la puerta del patio detrás de nosotros, Gideon cruzó la sala de estar y colocó una mano en el hombro de Jai.

—Sí. Pero sigue siendo su decisión.

—¿Y cuando regrese de nuevo a casa con moretones?

Gideon no respondió. Jai apartó su mano, miró al imponente hombre y luego siguió el camino de Noel a través del apartamento hasta su propio cuarto. No me dirigió ni una mirada. La puerta se cerró con un silencioso clic.

CAPÍTULO 7



DORMÍ EN EL SOFÁ por primera vez esa noche. Fue un sueño agitado; el sofá era incómodo y tuve pesadillas. En mis sueños, Jai y Noel luchaban entre sí hasta quedar ensangrentados y rotos. Gideon sostenía mi mano, su fuego lamía mi piel. Absorbía su energía, lo drenaba mientras la sombra en mi pecho rugía, siempre insatisfecha. Tiré y tiré hasta que Gideon no fue más que una cáscara vacía.

Cuando desperté, estaba aturdido y de mal humor. Gideon estaba callado. El humor de Jai era tan oscuro como los dilatadores de obsidiana de sus orejas, y Noel no salió de su habitación; no hicimos yoga.

Jai me llevó al campus. Pasé el día en un letargo exhausto y nervioso mientras caminaba hacia mis clases. Tropecé varias veces con mis propios pies e incluso choqué de frente contra un hombre despistado y derramé su café sobre él.

Me disculpé profusamente y retrocedí por el pasillo, ya tarde para mi próxima clase. El hombre no dijo una palabra, solo me miró con sus ojos marrones claros muy abiertos. Pedí disculpas de nuevo antes de huir de la incómoda situación y su mirada inquietante.

En el camino de regreso al apartamento, Jai guardó un silencio inusual. Tenía la sensación de que él y Noel no habían hablado desde su discusión.

Decidí lanzarme a la piscina:

—Deberías disculparte con él.

Jai sorteó el tráfico, apretando la mandíbula en silencio.

—Va a volver con él —dijo unos minutos después, cuando yo había asumido ya que iba a ignorarme—. Y Malaquíás le va a mentir y engañar. Es controlador y manipulador. Y en algún momento le hace daño. Lastima a mi otro, y se supone que solo debo quedarme al margen y

observar. —El volante chirrió, los dedos de Jai se blanqueaban alrededor de él—. Le prometí que lo cuidaría, y lo decía en serio. Protegeré lo que es mío.

—Cuanto más empujes, más se alejará. Y se irá. —Estudié mi regazo mientras hablaba, incapaz de presenciar el impacto de mis palabras—. Se irá a los brazos de Malaquíás.

Al aparcarse, Jai exhaló un suspiro de frustración.

—Esto no acabará bien. Nunca lo ha hecho, y nunca lo hará, no con alguien como ese imbécil arrogante. Y cuando todo esté dicho y hecho, ya sea mañana o dentro de diez años, seré yo quien tenga que recoger los pedazos y volver a armar a mi otro.

Mi corazón dolía por ambos. Por Noel, que no entendía lo increíble que era y no podía ver que merecía algo mejor. Por Jai, que sufría junto a su otro, impotente para hacer algo más que limpiar el destrozo que quedaba cuando terminaba.

—¿No podemos denunciarlo a la policía de los ángeles o algo así? Quiero decir, la violencia doméstica no está permitida en el Cielo, ¿verdad?

—Malaquíás es un arcángel, aprendiz de Gabriel. Es un consejero en formación. —Su mandíbula se endureció, su *piercing* de la lengua chocó con sus dientes—. Las personas poderosas tienen una habilidad especial para librarse de todo. Sobre todo si sus pecados solo afectan a los que estamos abajo.

—Eso no es justo.

—La vida nunca lo es, ni siquiera para los ángeles. —Su mano se retorció, capturando mis dedos. Apretó una vez, luego deslizó su pulgar por el dorso de mi mano. Terribles y asombrosos hormigueos subieron por mi brazo. Hice lo mejor que pude para enterrar la sensación.

El resto de la semana transcurrió en una tensa incomodidad mientras Noel se encerraba y Jai se consumía. Gideon los dejó a su aire. Dijo que era mejor cuando no se metía. Pensé que se equivocaba. Era más fácil para él no involucrarse, pero no era lo mejor, aunque me guardé ese pensamiento.

Como Jai era demasiado terco para hacerlo él mismo, me disculpé con Danny en su nombre. Le dije que Jai estaba muy gruñón porque él y Noel habían discutido. Los ojos de Danny se abrieron, como si hubiera recibido una epifanía iluminadora.

Dijo:

—¡Oh!

Y:

—Entonces, están... como, hum, ya sabes... Lo entiendo.

Y:

—Eso tiene más sentido. Ahora lo entiendo.

En realidad, no estaba seguro de qué hablaba, pero me alegré de que lo entendiera y no guardara rencor. Me alegré cuando las cosas volvieron a la normalidad entre nosotros. Al menos, por unos días. Luego, el viernes por la noche, me besó en la mejilla, y las cosas volvieron a no ser normales.

Después de que le preguntara si podíamos pasar tiempo juntos la siguiente semana antes de que se fuera de vacaciones de Navidad, él se iluminó, luego se sonrojó y tartamudeó:

—S-Sí, claro. Podríamos pasar tiempo juntos. Hay un sitio agradable. Bueno, no demasiado agradable, solo es un café. Pero mejor que la comida de la universidad. No muy lejos. Y podríamos, ya sabes, si quisieras... O no. Podríamos relajarnos en mi dormitorio. No es que quiera que estés en mi dormitorio, a menos que tú quieras... hum...

Luego hizo un ruido estrangulado en la garganta, y yo dije:

—¿Eh?

—Comida. Podríamos comer. Juntos. Quiero decir, como..., en el mismo lugar. Si quisieras.

—Ah. —Reflexioné sobre las acusaciones de Jai antes de apartar el pensamiento. Los amigos comían juntos. Danny y yo éramos amigos. Él no lo había llamado cita, y nunca había coqueteado. Seguro que Jai se equivocaba, así que dije—: Ok.

—Genial. Genial. —Se tocó el borde de las gafas y luego me atrajo con un abrazo espontáneo.

No era tan alto como Jai o Noel. Su cuerpo era más suave. No estaba acostumbrado a ser el robusto. Comparado con la mayoría de los hombres, era delicado, pero, en contraste con la suavidad de Danny, me sentía casi varonil, como si su cuerpo pudiera ceder al mío. No tenía los músculos endurecidos ni los hombros anchos. Pero era cálido, y olía a detergente fresco para la ropa con matices de sudor «mundanamente humano». Me reí entre dientes.

—¿Qué tiene de gracioso? —Su aliento cosquilleaba sobre mi oreja.

Como no podía expresar un pensamiento tan peculiar, me limité a sacudir la cabeza.

—No estoy acostumbrado a los abrazos. —Eso sonó mucho más patético en voz alta de lo que lo había hecho en mi cabeza—. Quiero decir, como, eh...

—Eres bueno abrazando —dijo él.

—Ah, gracias. Tú también.

El abrazo fue incómodo pero agradable y parecía contento de quedarse en aquel abrazo más tiempo que yo. Cuando la picazón de mi piel se volvió excesiva, me solté con tanta rapidez y amabilidad como me fue posible.

Sus mejillas, antes rosadas, habían adquirido la tonalidad de los ladrillos. Empujó sus gafas hacia arriba. Luego se inclinó y presionó sus labios sobre mi mejilla en una caricia fugaz.

—Buenas noches, Riley.

Y eso fue todo. El momento pasó y Danny se alejó, dejándome de pie, congelado, en la acera. Ay, cielos. Quizás Jai tuviera razón.

Como si hubiera leído mis pensamientos, Jai apareció. Sus botas resonaron en el pavimento mientras fruncía el ceño al ver que la figura de Danny se alejaba.

—Te lo dije, quiere acostarse contigo.

Me quedé boquiabierto. Él dio una calada a su *medwakh*. Mi cuerpo actuó sin pensar y lo pateé en la espinilla.

—¡Hijo de puta! —ladró—. Discípulo o no, voy a patearte ese trasero esmirriado.

Así que hice lo más lógico: me giré y corrí por mi vida. Jai me persiguió. Fue tan emocionante como aterrador, y terminé estallando en risas histéricas en dirección al aparcamiento. Di la vuelta por la parte trasera del coche de Gideon y Jai se detuvo en el morro.

Mi pecho jadeaba mientras rodeábamos lentamente el coche; él por un lado, yo por el otro. Se detuvo en la parte trasera, y me apoyé en el capó, tratando de recuperar el aliento. Él apenas tenía dificultad para respirar.

—Cada vez eres más rápido.

—Ahora tengo superpoderes, ¿recuerdas? —Saqué la lengua como un niño.

—Listillo. Cuida esa lengua tuya antes de que le encuentre un uso mejor. —Su voz era grave. Un escalofrío recorrió mi columna.

—¿Qué quieres hacer con mi lengua? —pregunté, curioso de verdad. ¿Me haría limpiar el suelo con ella? ¿O lamer el fregadero limpio de la cocina?

Se rio bajo en su garganta, su expresión casi siniestra.

—Quizás un día te lo muestre.

Dimos otra vuelta al coche.

Su *piercing* en la lengua brillaba en el crepúsculo mientras presionaba su lengua contra la parte trasera de sus dientes.

—Sabes que podría teletransportarme hasta ti, ¿verdad?

—No te teletransportas en este reino. No es bueno para ti —respondí.

—Algunos sacrificios valen la pena. Aunque no necesito hacerlo para atraparte. Puedo atraparte cuando quiera.

Me mordí el labio inferior, luchando contra la sonrisa malévola de mi cara. Aquel era un juego divertido.

—Entonces, ¿por qué no lo has hecho?

Se detuvo, una vez más, en el morro del coche. Golpeó sus nudillos sobre el capó, estudiándome. Su sonrisa burlona había desaparecido, reemplazada por una maliciosa que hizo temblar mi estómago. El fuego en sus oscuros ojos rugía como un infierno.

Su voz bajó una octava a un ronroneo ronco.

—A lo mejor me gusta perseguirte.

Por un momento fugaz, pensé que estaba coqueteando conmigo. Pero luego recordé que a él le gustaban las chicas y nunca haría eso con su discípulo nefilim de diecinueve años, que apenas diferenciaba entre burlas platónicas y coqueteo juguetón. Y las alegres mariposas de mi estómago se detuvieron.

¿Por qué quería lo que no podía tener? Era injusto. Jai ni siquiera me estaba tocando, pero mis terminaciones nerviosas habían cobrado vida y mi piel hormigueaba. ¿Por qué no podía sentir eso con alguien más, alguien como Danny? Era dulce y amable y quizás me gustaba en serio. Su abrazo y su beso habían sido agradables.

Pero no había mariposas, ni chispas. Maldita sea.

Al notar mi cambio de humor, Jai dejó de lado el personaje del cazador juguetón. Se me acercó con cautela, con las cejas fruncidas.

—¿Estás bien?

—S-Sí. Lo siento, solo... Supongo que estoy cansado. —Sonreí, pero no debí transmitir la tranquilidad que pretendía porque Jai frunció el ceño.

—Vamos a casa.

Con una mano, me guio hacia el lado del pasajero y abrió la puerta. Los pelos de la nuca se me erizaron, y lo miré por encima del hombro. Esa sensación pegajosa de ser observado se deslizó sobre mi piel, y eché un vistazo al aparcamiento y al patio que había más allá. Habría jurado que había visto una sombra moverse detrás de un árbol, pero había desaparecido demasiado rápido como para estar seguro.

—¿Riles? —Jai apretó mi hombro, siguiendo mi línea de visión. Sus ojos se estrecharon y añadió presión—. Entra en el coche.

—Jai, ¿es...?

—Al coche. Ahora.

Me apresuré a entrar, y me sobresalté cuando los cerrojos se activaron.

—¡Jai!

Él no dijo nada. Caminó hacia el maletero, cuerpo tenso, ojos alerta. Sus manos brillaban. Mis asustadas respiraciones eran ruidosas. Había algo allí afuera.

—¡Jai!

Pasó otro minuto de tensa observación antes de que Jai se relajara y avanzara hacia la puerta del conductor. Se acomodó en el vehículo y salió disparado del estacionamiento.

—No hay nada, Riley —dijo—. Tal vez lo había, pero se ha ido. Estás seguro conmigo.

—Lo sé —dije, aunque temblaba como una hoja.

A la altura de la consola central del coche, tomó mi mano en la suya. Era cálida y sólida, y me ayudó a ser valiente. Sostuvo mi mano durante todo el trayecto.

Cuando llegamos de vuelta al apartamento, Jai le contó a Gideon y a Noel el posible avistamiento de un demonio en el aparcamiento. Calenté un tazón de macarrones con queso caseros mientras discutían cómo reforzar la seguridad. No había muchas posibilidades que nos permitieran libertad sin atraer atención no deseada, tanto de fuerzas malignas como del Consejo de los Arcángeles. Era una línea fina que equilibrar.

—Mantente cerca. Mantén tus ojos y tus oídos abiertos. Pensaremos en soluciones más permanentes una vez que termine el semestre. Podremos pensar mejor cuando tengamos un descanso. —Gideon le dio una palmada en el hombro a Jai y cruzó una mirada con Noel, quien estaba apoyado contra la pared—. Riley, ¿estás bien?

Con la boca llena de macarrones, no pude responder educadamente en voz alta. Me conformé con asentir y soltar un ahogado:

—Mhm.

—¿Hay algo más? —preguntó Gideon.

Jai me observó de reojo, con un destello de travesura y algo más oscuro en su mirada. Fruncí el ceño. Él sonrió con malicia. Oh-oh.

—Riley tiene una cita la semana que viene. —Casi gruñó las palabras, y me atraganté con los fideos.

—¿Qué? —Noel se enderezó, sus ojos incoloros se tornaron en un púrpura tan oscuro que casi eran negros.

Las cejas de Gideon se elevaron en su cabello rubio oscuro.

—Yo no —tosí en mi brazo— tengo una —me estaba sofocando, me moría— ¡cita!

Jai arqueó una ceja.

—Estoy bastante seguro de que es una cita.

—No es una cita. —Aparté los traicioneros macarrones—. Somos amigos, y los amigos comen juntos.

—Él quiere hacer muchas cosas más aparte de comer. Incluido comer, de hecho —murmuró Jai.

—¡Jairo! —gritaron Noel y Gideon a la vez. La cara de Noel se tintó de un rojo furioso mientras las orejas de Gideon adquirían un tono delicado de rosa.

Mi rostro ardía.

—Ni siquiera... No es así. Él no..., yo no... ¡Solo somos amigos!

—Está bien si es una cita —dijo Gideon, que lanzó una mirada sombría a Noel cuando este balbuceó una objeción ininteligible—. O si no lo es. Los amigos suelen cenar juntos.

—No amigos que quieren acostarse con sus otros amigos.

—¡Jairo!

Y de repente, no pude respirar. Tartamudeé negaciones entre bocanadas por tomar oxígeno. Dios, estaba hiperventilando.

Noel me tomó la cara con sus manos y murmuró amables palabras de consuelo. Me ahogué en su lilas mientras me decía que respirara y me relajara.

—Respira conmigo, cariño —dijo.

Lo hice. Copié cada una de sus inhalaciones, la mano presionada sobre su corazón. Perdido en su mirada estrellada, me calmé.

—Estupendo. Lo estás haciendo muy bien. Buen trabajo. —Su sonrisa era tensa y no llegaba a sus ojos—. Solo respira.

—Siempre olvido coger la medicina de mi dormitorio —dije entre exhalaciones.

—Ahora que estás manifestando poderes, es mejor que no tomes medicamentos humanos. No se mezclan bien con la biología angelical. —Acarició mi cabello y alisó algunos de mis rizos rebeldes—. Y quizás por eso nunca reaccionaste bien a los medicamentos cuando eras más pequeño.

Interesante. Tenía tantas preguntas..., pero me las callé.

—No es una cita —dije en cambio.

—Está bien. —Noel asintió, la acción casi condescendiente mientras me complacía. Como Jai, pensaba que era una cita. No creía que pudiera hacerlos cambiar de opinión.

Me irritaba. Me aparté con brusquedad del contacto de Noel y les fruncí el ceño a ambos. Gideon observaba a mis secundarios con clara desaprobación en su fruncido ceño.

—Riley puede cenar donde y con quien elija —dijo él en tono neutro, casi desafiando a Noel o Jai a contradecirlo. Cuando ninguno de ellos lo hizo, se dirigió a mí—. Estoy seguro de que tendrás una velada agradable con el señor Richards.

—Seguro. Será un puto espectáculo. —Jai cruzó los brazos sobre su pecho, enfurruñado como un niño.

—Sí, es un tipo estupendo —añadió Noel en tono cortante.

Estaba... perdido. Era consciente de que Jai no aprobaba mi amistad con Danny, sobre todo si pensaba que estaba románticamente interesado en mí, pero Noel nunca había mostrado que no le gustara mi amigo. Por el amor de Dios, había sido él quien me había animado a pasar la Navidad con Danny.

Incluso si hubiera sido una cita, que no lo era, habría sido hipócrita por parte de Noel molestarse. Él había tenido una cita y había intentado ocultármela. Si a él le estaba permitido salir con terribles exnovios, yo debería poder cenar con mi no terrible amigo.

Y Jai estaba siendo crítico, aunque él coqueteaba con cualquier mujer que conociese. Toda la situación era injusta, pero no sabía cómo verbalizarlo. Así que balbuceé y tartamudeé y al final forcé una patética queja:

—¡Estáis siendo muy malos! —Luego hui al baño.

Mi ducha duró más de lo normal, pero no me sentí culpable por usar toda el agua caliente. Bueno, quizás un poco, un ápice. Pero estaba más bien irritado.

Cuando salí del vapor, vi un montón de ropa en la encimera. La camisa de Gideon era enorme. Me caía de un hombro y casi me llegaba a las rodillas. Era casi un camisón, pero olía increíble, como menta y sol.

Por desgracia, los pantalones eran de Jai. Llevaba la ropa más holgada que Noel, aunque eran del mismo tamaño. El resultado fue un par de pantalones de chándal que se negaban a quedarse arriba, no importaba lo fuerte atara los cordones. Me rendí. De todos modos, no quería llevar la ropa de Jai porque él era un grandísimo idiota.

Gideon me apoyaba en el asunto de Danny; su camisa era aceptable.

De puntillas, ya fuera del baño, tiré del dobladillo de la camisa de Gideon. Iba a escabullirme al cuarto de Noel y recuperar un par de mis propios pantalones de pijama, y nadie sería más listo que los demás. Por supuesto, mi plan quedó frustrado de inmediato.

—Perfecto —dijo Gideon en cuanto entré en la sala de estar—. Jai y Noel tienen algo que... ¿Dónde están tus pantalones?

Por primera vez, la voz de Gideon se quebró. No de manera emocional, sino como la de un chico prepubescente. Era extraño.

—Eh...

—¿A quién le importa? —La mirada de Jai bajó por mi cuerpo, ardiente como lava fundida. Sus labios se extendieron en una sonrisa bastante peligrosa, y mis pies se prepararon para echar a correr. Los detuve en el último momento porque, a juzgar por su expresión depredadora, me habría perseguido de nuevo con casi total seguridad.

—Que el Creador tenga misericordia —gruñó Noel. La nuez le tembló mientras jugaba con el extremo de su trenza suelta.

—Los pantalones de Jai no me quedan bien —dije con voz temblorosa—. Se me caen.

Noel gimoteó y Jai emitió un sonido de aparente satisfacción. Gideon se tiró de la oreja.

—Habré cogido los equivocados... —Su frase quedó en el aire.

Jai palmeó el sofá junto a él.

—Ven y siéntate a mi lado, enano.

—Eres un perverso —espetó Noel, luego me lanzó una sonrisa—. Siéntate junto a mí, cariño. Soy mejor compañía.

—No quiero sentarme con ninguno de los dos —dije, pero me ignoraron.

—Podría sentarse entre nosotros —sugirió Jai.

Noel sacudió la cabeza.

—No hay suficiente espacio.

—Hay de sobra. —Jai se deslizó hacia la esquina del sofá y señaló el cojín libre entre ellos—. Mira, podemos compartirlo.

Con un chillido, Noel se volvió hacia Jai tan rápido que le crujió el cuello. Sus ojos se agrandaron, la boca entreabierta. Jai inclinó la cabeza en confusión momentánea antes de que sus cejas se elevaran. Noel se sonrojó. Jai sonrió con deleite. Yo me estaba perdiendo algo otra vez.

—Una palabra inapropiada y te lanzaré a las llamas eternas —gruñó Noel—. Aún no te he perdonado por espiarme.

La sonrisa de Jai se desvaneció.

—Lo siento, ¿vale? —suspiró—. No debería haber aparecido en tu cita ni haberla interrumpido a propósito

—Lo sabía.

—Ni haber metido pis de perro en el café de Malaquíás.

—Espera, ¿qué?

—Pero no puedes esperar que esté de acuerdo. Lo odio, Noel, con cada fibra de mi ser. —Jai vaciló antes de alcanzar y colocar un mechón de cabello blanco detrás de la oreja de Noel—. No es justo que esperes que lo reciba de nuevo en tu vida con los brazos abiertos. No confío en él; nunca lo haré.

—Jai.

Noel se movió para cogerle la mano, pero Jai la retiró antes de que pudiera y centró su atención en mí.

—Siento ser un idiota, Riles. No te molestaré más con Danny, aunque definitivamente quiere —crucé mis brazos sobre mi pecho y lo fulminé con la mirada. Él modificó su declaración en el último minuto— pasarlo bien contigo.

Con un resoplido, Noel estalló en risas, cubriéndose la boca con la mano.

—¿Qué?

Gideon contuvo su propia sonrisa, sus mejillas ruborizadas de nuevo. Nunca había oído el término, pero entendí la insinuación. La cara de Jai se oscureció bajo su barba mientras agitaba las manos.

—¿Qué se supone que debo decir? Me pone esa cara de estreñido cuando digo follar o tirárselo.

—¿Así que has optado por «pasarlo bien»? —Noel se secó las lágrimas.

—¡Es una frase humana popular!

—Sí, en los noventa.

—Todas las décadas se mezclan. —Jai se hundió en el sofá; hacía pucheros de nuevo. Noel reía a carcajadas. Gideon sonreía, y yo me sonrojé, sin estar seguro de si todavía estábamos molestos unos con otros o no.

En cuanto Noel y Jai comenzaron a discutir sobre qué película ver, asumí que el la verdadera discusión había terminado. Bien. Odiaba cuando todos estaban cabreados. Me retorció el estómago en nudos desagradables.

Como de costumbre, no consiguieron ponerse de acuerdo con la película. Las elecciones de Noel eran demasiado cursis. Las opciones de Jai, demasiado inapropiadas. Gideon sugirió la tercera película de *El Señor de los Anillos*, pero Jai se quejó por la falta de escenas subidas de tono.

—No estamos viendo una película por el valor de las escenas picantes, Jairo. —Noel lo golpeó en la cabeza con un cojín.

Jai gimió, como si su vida fuera agotadora e injusta.

—No sugiero que veamos una porno, pero un poco de escote nunca está de más.

—¿Escote? ¿En serio?

—Quiero ver *El Señor de los Anillos* —dije, pero no me estaban escuchando.

Jai y Noel discutían. Gideon me observaba y desviaba la vista de mis piernas en el momento en que parecía darse cuenta de que me estaba mirando. Me acurruqué en la esquina del sofá, tirando de la camisa de Gideon sobre mis rodillas huesudas hasta que me las cubrió por completo.

La verdad es que debería haberme puesto pantalones.

CAPÍTULO 8



LA SEMANA DE LOS finales pasó en un torbellino de guías de estudio y tareas de última hora, noches en la biblioteca, exámenes durante el día y, por supuesto, entrenamiento cuando podía encajarlo. Estresado al máximo, incorporé cada pedazo de conocimiento que pude en mi cerebro mientras escribía ensayos y terminaba proyectos como si mi vida dependiera de ello.

La señora Janet me llamó a principios de semana, pero no respondí. Dejó un mensaje en mi viejo teléfono plegable que terminaba con «Nos vemos este fin de semana». No sonaba prometedor, pero, aparte de devolverle la llamada para corregir el error —que era menos un error y más una negación total—, no había nada que hacer. No le devolví la llamada. Si no pensaba en ello, no ocurriría.

Noel continuó enviándole mensajes a Malaquías, y eso irritaba a Jai. Yo lo odiaba tanto como él, pero tendía a evitar el conflicto cuando era posible. Mientras Jai gruñía y hurgaba en la herida, yo la ignoraba, esperando que desapareciera por sí sola.

La evitación era la mejor política, razón por la cual nunca le pregunté a Danny sobre el beso o una aclaración sobre nuestra cena... no cita. Los exámenes ya eran bastante malos sin que los dramas personales se interpusieran. Una vez que sobreviviera a esa semana, enfrentaría todo lo demás.

El viernes tenía mi último examen —Economía— y, al dejar la prueba en el escritorio del profesor, sentí que me quitaba un peso de los hombros. Había completado oficialmente el primer semestre de mi primer año universitario. Y estaba bastante seguro de que me había ido bien.

Salí al aire frío de diciembre y sonreí al sol. El patio estaba lleno de estudiantes, la emoción de las vacaciones de invierno y la Navidad se palpaba en el aire. Sin razón aparente, quise reír. Así que lo hice.

Mientras bajaba con torpeza las escaleras, me reí para mí mismo. Salté el último escalón, pero antes de que mis pies tocaran el cemento, unos brazos fuertes me sacaron del aire. Grité cuando me lanzaron sobre un hombro que olía a *dokha* y sol.

—¡Primer semestre de universidad superado! —Jai cantó mi nombre mientras giraba en círculo. Chillé como un niño de secundaria, colgado precariamente de su espalda como un saco de patatas.

—¡Bájame! —grité, y casi caí al suelo cuando el agarre de Jai se aflojó. Me atrapó antes de que me partiera la cara contra el asfalto.

La risa de campanillas precedió la aparición de Noel.

—Intenta no matar a nuestro discípulo, Jai. Nunca te lo perdonaría.

Colgando boca abajo, estiré el cuello para encontrarlo.

—¡Ayúdame!

—Si dejara de retorcerse, no tendría de que preocuparme que se caiga y muera —se quejó Jai.

Eché a caminar hacia el aparcamiento y Noel lo siguió. Lo fulminé con la mirada mientras la diversión bailaba en sus ojos. Luego golpeé la espalda de Jai y pateé con piernas.

—¡Esto da mucha vergüenza! Bájame.

Jai y Noel se rieron de mí, pero ignoraron mi exigencia. Llamamos bastante la atención. Al final, acepté la derrota, me dejé caer como un muñeco de trapo y permití que Jai me dejara en el asiento del pasajero del sedán de Gideon. Mi peso muerto no lo disuadió como esperaba. ¡Estúpidos ángeles y su superfuerza angelical!

En cuanto llegamos al apartamento, Noel me tomó la mano y me arrastró hacia la puerta de entrada. Jai nos seguía, una sonrisa cómplice en su rostro. De nuevo tenían algún secreto. Mi estómago dio volteretas por la emoción mientras nos quitábamos los zapatos y los abrigos.

Con una risa eufórica, Noel me empujó por el pasillo hacia la sala de estar. Habían movido el sofá. Antes se conectaba en forma de ele, y ahora se encontraba dividido en dos piezas. Y en la esquina de la habitación, entre los sofás separados, había un árbol de Navidad.

Todavía no estaba decorado, pero cajas de adornos y luces led, espumillón y guirnaldas llenaban la mesa de café y el suelo circundante. Noel vibraba de emoción a mi lado. Jai sonreía. Gideon entró en la sala desde el pasillo de los dormitorios, con el cabello mojado por la ducha.

—Felicidades por terminar tu primer semestre —dijo—. He pensado que tal vez te gustaría decorar el...

No terminó la frase. Solté la mano de Noel, salté por la habitación y me lancé sobre Gideon. Él emitió un sonido sordo cuando mis brazos rodearon su robusta cintura.

Le llevó varios segundos devolverme el abrazo. Incluso entonces fue una simple palmada en la cabeza seguida de un apretón en mi hombro. Pero fue suficiente.

—Gracias.

Solté a Gideon y abracé a Noel a continuación. Él me estrechó hasta dejarme sin aliento; luego me pasó a Jai, que revolvió mi cabello mientras lo abrazaba.

—¿Podemos decorarlo ahora? —pregunté.

—Eh, supongo. —Jai lanzó una mirada interrogativa a Noel y Gideon, pero Noel ya estaba abriendo una caja de adornos plateados.

—¡Este va a ser el mejor árbol de Navidad de todos los tiempos! —Noel vació los adornos sobre la mesa—. Vamos, Riley. Coge uno. Puedes colgar la primera bola.

Gideon empujó un extremo del sofá para que pudiéramos acceder mejor al árbol. Pusimos adornos y espumillón, y envolvimos guirnalda roja alrededor del árbol. Incluso Jai ayudó. Gideon observaba, y nos trajo chocolate caliente y un plato de galletas de azúcar caseras. Me reí cuando Jai comenzó a tararear villancicos en voz baja.

Me reí más fuerte en cuanto Noel y él se lanzaron a un dúo armonizado de *The Christmas Song*. El tenor de Noel era suave y ligero, y se fusionaba con la voz ronca de barítono de Jai. Su entrega era exagerada y sarcástica, pero sus armonías ajustadas me erizaron la piel.

Para cuando terminamos, el árbol se inclinaba bajo el peso de las decoraciones. El espumillón y las guirnalda no combinaban, y los adornos eran demasiado chillones. La punta del árbol, de entre todas las cosas, tenía un ángel. Pero Noel había hecho algunos cambios creativos.

Le había añadido dos cabezas extra al pobre ángel, a las que luego pegó fotos de él mismo, Jai y Gideon.

Las fotos eran divertidas por sí mismas. Jai parecía que acababa de despertarse, con los ojos y la boca entreabierta. Gideon fruncía el ceño. Noel, por supuesto, estaba deslumbrante mientras sonreía a la cámara.

Pero las fotos, combinadas con las grotescas cabezas adicionales, hacían de él un ángel espantoso. De hecho, todo el árbol era horrendo. Era evidente que ninguno de nosotros había decorado uno antes. Pero no me importó. Pensé que era lo mejor que había visto.

—Es feísimo. —Noel simuló tristeza.

Jai sorbía su chocolate caliente.

—Sí. Salud. —Chocó su taza contra la de Noel.

—Me encanta. —Tomé la mano libre de Jai y luego la de Noel—. Es el mejor árbol de Navidad que he visto nunca.

—Tantas agujas de pino —se lamentó Gideon, que recogía un montón de la mesa.

Por insistencia de Noel, nos apretujamos frente al árbol para tomarnos un selfi. Gideon era reacio, pero al final se rindió ante los pucheros de Noel y los míos. Se agachó para caber en el encuadre. Jai rodeó mi cintura y me levantó en el aire para que mi cabeza estuviera al nivel de la suya y la de Noel. La mejilla de Noel se presionó contra la mía.

Con su móvil, este último logró capturar nuestras caras, así como un decente pedazo del feo árbol que había detrás de nosotros. Jai mostró los dientes en una mueca. Noel sonrió de esa forma tan hermosa. Gideon parecía lamentar sus decisiones vitales. Y yo me reía, asombrado de que esa fuera mi vida.

Noel tomó la foto.

—Es perfecta —dijo.

Mientras Gideon y Jai colocaban las piezas del sofá alrededor del árbol, Noel y yo limpiamos los utensilios de decoración.

Con la Navidad a menos de una semana, se me estaba acabando el tiempo para comprar regalos. No sabía si esperaban aquel intercambio; no lo habían mencionado, pero era una tradición. Al menos, una humana.

Quería comprarles algo, incluso si ellos no me daban nada. Ya habían hecho tanto por mí, que era lo mínimo.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo. Un mensaje de Danny apareció en mi pantalla cuando lo saqué. Miré el reloj. ¡Jolines!

—Ay, necesito que alguien me lleve. —Le respondí a Danny que me recogiera en mi dormitorio en una hora—. Lo había olvidado. Lo siento. Le prometí a Danny que pasaríamos tiempo juntos esta noche antes de que se fuera de vacaciones, pero con la decoración del árbol... ¿Alguien puede llevarme de vuelta al campus?

La atmósfera feliz en la habitación se ensombreció. Noel frunció los labios como si hubiera probado algo amargo. La mandíbula de Jai se tensó. Gideon fue el único que no reaccionó de forma negativa. Simplemente asintió.

—Jai te llevará —dijo.

Él puso los ojos en blanco.

—Sí, por lo que veo, yo te llevaré.

—Puedo cancelarlo.

—No harás tal cosa —dijo Gideon con firmeza—. Disfrutarás tu noche. Jai te traerá a casa cuando termines.

Jai hizo una mueca y extendió su puño hacia Noel.

—Juguemos a piedra, papel o tijera.

—Por el Hades, no. Saldré esta noche.

La expresión malhumorada de Jai se congeló por completo.

—¿Esta noche?

—Sí.

—¿Adónde?

—Solo a salir.

—¿Quién?

—En realidad, es «con quién» —dijo Noel con una sonrisa excesivamente inocente.

Con un gruñido, Jai cruzó la habitación hasta ponerse cara a cara con su otro.

—Está bien. ¿Con quién vas a salir?

Noel no respondió. Su enfrentamiento duró un buen minuto, pero Noel fue el primero en apartar la mirada.

—No hagas esto, No. —Los hombros de Jai se hundieron. Su voz era sorprendentemente suave, con un toque desesperado.

—Jai

—Por favor. —Pronunció la palabra tan bajo que apenas la oí, pero estaba cargada de desesperación. Jai le estaba suplicando.

—Es un grupo de amigos. Solo vamos a tomar algo. No es nada. —Noel se movía inquieto, evitaba la mirada de su otro. Se marchitó bajo los recriminatorios ojos de Gideon. Se sonrojó cuando encontró mi mirada fugazmente—. Por el amor de la Trinidad, todos estáis actuando de un modo absurdo.

Dio media vuelta, se dirigió al pasillo y desapareció en su habitación. Jai lo miró marcharse un momento antes de exhalar un suspiro derrotado. Sin decir una palabra, se puso su chaqueta de cuero, sacó su *medwakh* y salió del apartamento.

Gideon y yo nos quedamos en la sala, incómodos. Froté la alfombra con mis pies en calcetines, con las manos en los bolsillos para evitar que jugaran con el dobladillo de mi camisa. Gideon carraspeó.

—Si me permites, quería darte un consejo —dijo tirando de su oreja.

—Hum, está bien.

—Si Danny intenta pagar la cena, no lo dejes hacerlo sin más. Si insiste, déjalo, pero ofrécete luego a comprar el postre. Es de buena educación.

—¿Luchar por la cuenta, y luego pagar el postre?

—Aunque podéis dividir la cuenta por la mitad. Pero solo tenlo en mente.

Me mordí el interior de la mejilla.

—Está bien —mascullé—. Lo recordaré.

Al pasar junto a mí, Gideon sonrió y me dio una palmadita en el hombro.

—Bien hecho.

Cuando me quedé solo, revisé mi cartera y me estremecí. Mi asignación mensual nunca daba para gastar mucho dinero. Esperaba que nuestros planes no fueran muy caros.

Jai regresó en un torbellino de humo, *dokha* y frustración. Palmeó las llaves del coche de Gideon.

—¿Listo, Riles? —preguntó.

—Hum, sí, supongo. —Guardé la billetera en mi bolsillo.

Una puerta se abrió, y los pasos de Noel se acercaron. Para evitar otro enfrentamiento, intenté llevar a Jai hacia la puerta principal. Él se mantuvo firme mientras Noel entraba.

Los vaqueros ajustados se pegaban a las interminables piernas de Noel. Una camisa gris claro y larga drapeaba su torso, y una bufanda rosa rodeaba su garganta. Su cabello blanco y brillante caía sobre sus hombros, y había delineado sus ojos con negro.

—Diviértete esta noche, cariño —dijo Noel al pasar, alborotándome el pelo—. Hay ropa sobre mi cama si quieres cambiarte para tu cita.

—No es una cita —dije.

Su serenidad fingida titubeó, y su sonrisa se volvió condescendiente.

—Claro.

—¡No lo es!

Al alejarse de mí, Noel enderezó su bufanda con un resoplido,

—Bueno, espero que te asegures de que Danny lo sepa.

No supe por qué, pero sus palabras me dolieron. Me abracé a mí mismo y me encogí tanto como pude. Un cuerpo se movió detrás de mí y una mano calentó mi espalda, un gesto reconfortante.

—Deja de comportarte como un idiota, Noel —espetó Jai.

—Solo estoy diciendo...

—Entonces, dilo cuando ya te hayas ido, ¿vale?

—Que te jodan.

Noel lo escupió con lengua envenenada. La mano de Jai en mi espalda se cerró en un puño en mi camisa, la única indicación de que le había afectado. Su expresión permaneció inmutable.

Por un momento, el remordimiento parpadeó en el rostro de Noel. Sus mejillas se ruborizaron de vergüenza. Un brillo acuoso brilló en sus ojos.

Pero el instante pasó. Noel apretó la mandíbula y corrió hacia la puerta.

Gideon estaba en la cocina, encorvado sobre el fregadero. Sus manos, agarradas a la encimera, tenían los nudillos blancos. No dijo una palabra.

En cuanto Jai tiró de mi camisa, lo dejé llevarme a la habitación de Noel. Me dijo que me cambiara antes de cerrar la puerta entre nosotros. Obedecí por inercia.

Metí la camisa blanca de botones en mis vaqueros y me deslicé el suéter azul oscuro sobre la cabeza. Alisé el cuello de la camisa blanca sobre el cuello de algodón. Los vaqueros ajustados que había elegido Noel aplastaban mis testículos cuando intenté abotonarlos. Los dejé sobre la cama.

Una vez arreglado, me encontré con Jai de nuevo en la sala. Gideon se había ido. El apartamento estaba silencioso de más. Cuando Jai revisó mi atuendo, fruncí el ceño.

—Parece que vaya a la iglesia —dije.

Él soltó una risa.

—Un poco. Aquí, déjame...

Escudriñándome, Jai chasqueó su *piercing* de la lengua contra sus dientes. Me remangó hasta el antebrazo, desabrochó mi camisa blanca para que colgara por debajo del dobladillo del suéter. Hizo un movimiento para arreglar el desastre de rizos de mi cabeza, pero cambió de opinión. Dejó el despeinado montón tal como estaba.

Después de otro repaso, asintió.

—Ahí está mejor.

—Gracias.

—Vamos, enano. Cita o no, es de mala educación hacer esperar a alguien.

Fruncí el ceño mientras seguía a Jai por el pasillo.

—¡No es una cita!



Era una cita.

El café estaba lleno. Los universitarios recién liberados se apiñaban alrededor de las mesas, riendo y sin parar de charlar. Un barista agobiado gritaba nombres y entregaba cafés sobre el mostrador. La cocina sonaba ruidosa y, de vez en cuando, un plato se estrellaba en la parte de atrás.

Habíamos pedido nuestra comida en el mostrador. Danny había desestimado mis intentos de pagar mi propio sándwich, así que le dije que compraría el postre. Se rio.

Después de abrimos paso a través de un grupo bullicioso de chicas de una hermandad, encontramos una pequeña mesa cerca de la esquina.

—Lo siento —dijo Danny mientras nos sentábamos—. No pensé que estaría tan abarrotado.

—Está bien —dije.

Danny sonrió y empujó sus gafas hacia arriba. Sorbí mi vaso de agua con hielo. El barista llamó a una Courtney, pero nadie se acercó.

Mientras esperábamos nuestros sándwiches y papas fritas de hervidor —fuera lo que eso fuera — hablamos de nuestros exámenes finales. Como yo, Danny estaba bastante seguro de que sus resultados serían buenos. Era muy inteligente; no creía que necesitara preocuparse, y se lo dije. Se sonrojó ante el cumplido.

—Estoy seguro de que has aprobado. —Pasó la mano sobre la mesa y la colocó en mi antebrazo descubierto. No la retiró.

—Es-espero que sí —tartamudeé, concentrado en su mano sobre mi piel.

—Lo sé.

Su pulgar rozó la parte interior de mi muñeca. Mi estómago se contrajo, y tomé otro sorbo de agua. De repente, el café estaba muy caliente.

Por suerte, llegaron nuestros sándwiches y Danny tuvo que retirar su mano. Traté de no sentirme aliviado. Era agradable y guapo y siempre sabía datos curiosos. Nos llevábamos bien, entendía y aceptaba mi torpeza. Habría apostado a que salir con Danny era fácil, o tan fácil como cualquier relación conmigo podría ser.

Pero no lo quería. No había mariposas. Solo había afecto amistoso. No era justo.

Noel estaba con su exnovio. A Jai le gustaban las chicas. A Gideon no parecía gustarle nadie. Sin embargo, ellos eran lo que yo quería. No Danny. ¿Por qué no podía quererlo? Habría sido más simple.

Para no estropear nuestra noche, me guardé mis pensamientos e hice mi mejor esfuerzo por disfrutar nuestro tiempo juntos. Los bocadillos estaban buenos. Danny se comió mi pepinillo, y

yo me terminé sus patatas fritas cuando me las ofreció. Compré un trozo de tarta de queso de frambuesa para compartir.

Fue agradable. Solo... agradable.

—¿Quieres salir de aquí? —preguntó Danny después de que raspáramos el último pedazo de tarta de queso del plato.

—Vale.

Nos llevó de vuelta al campus y me preguntó si quería dar un paseo. Le dije que sí y aparcó el coche cerca de mi residencia. Seguimos el camino que rodeaba el estanque artificial que había cerca. La noche era fría. Me subí la cremallera del abrigo y metí las manos en los bolsillos.

—Podemos entrar —dijo él. Sus ojos se agrandaron y sus mejillas se sonrojaron—. Quiero decir, podrías. Tú solo. O conmigo. —Se encogió—. Lo que quiero decir es que no tenemos que caminar si tienes frío.

—Estoy bien.

—De acuerdo. —Miró hacia adelante, golpeando el lateral de sus gafas—. Guay.

Nuestro paseo fue silencioso. No resultaba embarazoso *per se*, pero tampoco era cómodo. La tensión flotaba en el aire, entre nosotros. Porque era una cita, y ninguno de los dos sabía qué hacer ahora que estaba llegando a su fin.

No podía creer que pensara que no era una cita. Jai y Noel me lo recordarían el resto de mi vida. Jopelines.

En el momento en que rodeamos el estanque y el edificio de mi dormitorio quedó a la vista, Danny reunió el coraje para hablar. Quería decirle que no lo hiciera. Quería darle las gracias por la agradable velada y salir corriendo antes de que dijera algo que ninguno de los dos pudiéramos olvidar. Pero no lo hice.

No era justo para él. Noel y Jai, tan duros como habían sido, tenían razón. Danny, por alguna extraña razón, estaba interesado en mí. Y yo no podía engañarlo cuando si sabía que no habría nada más que amistad entre nosotros.

—Danny...

—Me gustas —me cortó, volviéndose hacia mí—. Creo que eres increíble, y me gusta salir contigo. Y tal vez, cuando vuelva después de las vacaciones, podríamos salir de nuevo. Al cine, a la bolera o al minigolf. Lo que tú quieras.

Parecía tan esperanzado... La luz de la luna jugaba con su pelo castaño y resaltaba el rubor de sus mejillas. Sonreía con timidez, los dos dientes delanteros torcidos.

Había un montón de cosas que debería haber dicho, como que ni siquiera estaba seguro de si me gustaban los chicos. O que las relaciones físicas me aterrorizaban. Quizá debería haberle hablado de la señora Janet y de que nunca me había sentido atraído por nadie hasta hacía unos meses. Debería haberle dicho que estaba enamorado de otra persona, de más de una.

Pero no le dije nada de eso.

Le dije:

—Yo también creo que eres increíble.

Afirmé:

—Eres uno de mis mejores amigos y me gusta mucho salir contigo.

Y después:

—Nunca he ido al cine.

Danny sonrió. Me sonrió como si hubiera atrapado la luna para nosotros, y supe que me había equivocado.

Y entonces hizo lo último que yo quería que hiciera: me rodeó la cara con las manos, se inclinó y me besó en la boca.

CAPÍTULO 9



LOS LABIOS DE DANNY estaban secos y calientes. Eran más finos que los de Kayla, pero, aun así, suaves. Me besó con lentitud, moviendo su boca sobre la mía, como si me mostrara cómo besarlo. Fue agradable y dulce. Sabía a tarta de queso y frambuesa y a capuchino.

Hubo un momento en el que quise devolverle el beso, una fracción de segundo en la que mi estómago se llenó de calor ante la idea de que alguien me deseara. Fue un momento desesperado, egoísta y cruel. Fue injusto por mi parte cuando sabía que nunca podría darle a Danny lo que se merecía. Pero durante esa pequeña, minúscula fracción de segundo, profundicé el beso.

No sabía nada de besar a nadie, sobre todo a un chico. Así que imité la forma en que Danny deslizaba sus labios sobre mi boca. Él suspiró.

Fue agradable. Solo... agradable.

Y fue todo porque varias cosas sucedieron a la vez. El beso se interrumpió, y abrí los ojos. Por encima del hombro de Danny, envuelta en la sombra del edificio de mi residencia, me encontré con la furiosa mirada de Jai, que desapareció del plano existencial en un destello de luz. Entonces oí la única voz que nunca habría querido oír, sobre todo si un chico me abrazaba.

—¡Riley Shepard! ¿Qué significa esto?

Me invadió un miedo gélido que me recordó a las bañeras heladas y a los arcones congeladores sin usar. Nunca le había hablado a Danny de mi pasado. Sabía lo mínimo, pero no lo suficiente. Por eso no entendía por qué mi cuerpo temblaba como una hoja. O por qué, de repente, no podía respirar.

—¿Ri? —La mano de Danny se deslizó hacia abajo para acariciar mi cuello mientras miraba por encima de su hombro en la dirección de la voz de la señora Janet.

Brinqué lejos de él, como si me hubiera prendido fuego; mis pulmones se contrajeron. Y allí estaba ella, que cargaba hacia mí desde el aparcamiento. Sus labios se estaban apretados y desaparecían en la más fina de las líneas. Las cejas canosas se arqueaban. Las fosas nasales abiertas. Un músculo de su mejilla temblaba por la fuerza con la que cerraba la mandíbula. Y sus ojos. Dios, sus ojos.

Eran glaciales, duros trozos de hielo del color del aguanieve sucia. Prometían castigarme. Un terror como nunca había conocido me congeló en la acera. Aquello era peor que enfrentarme a los perros del infierno. Iba a matarme.

—Llevo horas aquí, esperando —dijo.

Los tacones de la señora Janet sonaban contra el asfalto mientras se acercaba. El pelo rubio canoso, recogido en un moño apretado sobre la cabeza, le tiraba de las patas de gallo. Su maquillaje era modesto, igual que su vestido hasta la rodilla, con el cuello abotonado. Las medias de fibra sintética coloreaban de negro sus pálidas piernas. Llevaba el abrigo desabrochado, ondeando detrás de su excesiva delgadez. Tenía que estar helada.

—Te preguntaría dónde has estado, pero —sus fríos ojos se desviaron hacia Danny, su cara se contrajo en una familiar mueca de «Estoy oliendo algo asqueroso»— ahora lo sé.

—Usted debe de ser la madre adoptiva de Riley —dijo Danny, que se planchaba, inconscientemente, el abrigo con las palmas—. Encantado de conocerla. Soy Danny.

Como un caballero, extendió el brazo para estrecharle la mano. La expresión de la señora Janet se agrió aún más al verlo. Le miró la mano con desdén hasta que él la bajó, con las mejillas teñidas de rojo.

—Creo que es hora de que te vayas —dijo ella.

Las cejas de Danny se alzaron de asombro.

—¿Cómo dice?

Hasta ese momento, yo había estado paralizado por el *shock* y el miedo. Pero su grosero despido me hizo salir de mi aturdimiento. Me ardió la cara, mortificado por su comportamiento. Quise disculparme en su nombre, pero sabía que no debía. Me mordí la lengua.

La señora Janet lo despidió con un movimiento de muñeca.

—Vete. Riley y yo tenemos mucho que discutir. —Su atención se centró en mí—. ¿Verdad?

Se me encogió el alma y volví a ser una niño al que regañaban por cosas que no podía controlar. La valentía era fácil cuando no me enfrentaba a lo que más temía, pero mi mayor miedo ahora estaba ante mí. La sumisión era una elección simple. Tal vez así no pasara nada.

—S-sí, señora.

Para cualquier otra persona, la señora Janet habría parecido serena. Tal vez distante, no demasiado afectada. Pero yo había vivido con ella durante años. Su furia se reflejaba en cada línea de su rostro, en cada músculo rígido.

Caminó alrededor de Danny, dejando un amplio espacio, como si fuera contagioso. La mirada de Danny saltaba entre mi rostro y el suyo. Sus manos se aferraron a sus costados. Para mi sorpresa, se acercó a mí, no se alejó.

—¿Riley? —Sus dedos rozaron el dorso de mi mano.

Me aparté de un tirón por costumbre mientras las lágrimas brotaban de mis ojos.

—No pasa nada. Todo va bien.

Ignorando por completo a la señora Janet, Danny invadió mi espacio, apartándome de su vista. Su expresión era sombría y furiosa; nunca había visto una emoción tan horrible en su rostro. Sabía que no iba dirigida a mí, sino a mi madre adoptiva.

—Vuelve conmigo —susurró—. Quédate en mi dormitorio esta noche.

No era una proposición, sino una oferta de gracia salvadora. Una que deseaba mucho aceptar. Pero no podía. Los ojos de la señora Janet escupieron fuego por encima del hombro de Danny y me encontré negando con la cabeza. No me dejaría entrar en su coche, aunque lo intentara. Me arrastraría de vuelta, pataleando y gritando.

—Solo quiere hablar —mentí—. Te veré más tarde.

—Riley. —Me cogió la mano con las suyas, frotando calor en mis dedos entumecidos—. Por favor, Ri. Ven conmigo.

—Te llamaré más tarde. Te lo prometo. —Mi voz carecía de emoción, era robótica. Apreté su mano, luego me retiré—. Por favor, vete. Lo siento.

Al principio, pensé que no me escucharía. Su ira se transformó en dolor. Se le humedecieron los ojos detrás de las gafas. Parpadeó con rapidez y dio un paso atrás.

—Llámame dentro de quince minutos —me ordenó, sin intentar bajar la voz—. Llámame tú, Riley.

Con tal de perderlo de vista, habría accedido a todo lo que me pidiera. Asentí con la cabeza. Lanzó a la señora Janet una mirada llena de odio. Ella se irguió en un movimiento que me había asustado durante años. Sin embargo, al verla de pie junto a Danny me di cuenta de lo pequeña que era. Incluso con tacones, era más baja que él. Qué... extraño.

Sin decir palabra, Danny se dirigió a su vehículo, con los hombros tensos. Su coche rugió y se puso al ralentí. No salió del aparcamiento en un minuto. Ni la señora Janet ni yo movimos un

músculo. Se quedó callada, con las manos apretadas delante de la cintura. Yo me acobardé como un cachorro al que han dado una patada.

La apariencia de estatua de la señora Janet no se quebró hasta que el coche de Danny desapareció calle abajo. Su mano se enroscó alrededor de mis bíceps. Gemí mientras el dolor me subía por el brazo. Me arrastró hacia el edificio de mi residencia, su rostro como una máscara vacía. Tropecé para seguirla.

—Después de todo lo que he hecho por ti —siseó—. Después de todo lo que he sacrificado.

—Señora Janet...

—¡No me interrumpas! —La saliva me salpicó la mejilla mientras me empujaba hacia la puerta principal—. Te enseñé a ser un buen chico, pero nunca escuchas. Eres un chico malo.

»Sabía que dejarte venir era un error. —Al final de la escalera, me soltó el brazo, hablando más consigo misma que conmigo—. Le enviaré un *email* al decano. Sí, eso es lo que haré. Anularé la matrícula y las clases. Te llevaré a casa. Sí, sí. Debo hacerlo.

No podía hacerlo, ¿verdad? ¡No podía sacarme de la universidad! Acababa de terminar mi primer semestre. No quería irme.

—No, por favor.

—Debería haberte dejado en casa, donde pudiera vigilarte —murmuró—. Si te pierdo de vista, ¿qué pasa? Nada más que pecado.

—Señora Janet, por favor...

En sus ojos brilló una locura furiosa cuando se abalanzó sobre mí.

—¿Ya te ha profanado? ¿Le has dejado entrar en tu cuerpo como si fueras un puto?

—¡No!

—¡Pequeño mentiroso! —Me empujó.

Me tambaleé y perdí el equilibrio. Con un grito, caí por los escalones por los que ella me había arrastrado. El hormigón me raspó la piel y me crujió los huesos. Mi maltrecho cuerpo aterrizó desmadejado al pie de la escalera.

—Puto. Sodomita. Lo supe en cuanto te vi —despotricó.

—Por favor, pare. —Las lágrimas caían sin control mientras luchaba por mantenerme en pie.

Sus ojos se tornaron vidriosos y sucumbió a la locura. Ya no podría alcanzarla. No hasta que pagara la penitencia por mis pecados.

—He intentado salvarte, pero siempre has sido malo —dijo.

—No lo soy —repliqué.

—Estás podrido hasta la médula. —Una horrible calma se apoderó de ella mientras me ponía de pie—. Ahora, nos vamos. Tenemos que limpiar el diablo que llevas dentro. Para hacerte mejor.

Pero yo no tenía que ser mejor. Porque yo no era malo. Estaba equivocada sobre mí. ¡Tenía que estar equivocada!

Me arrastró hacia el aparcamiento, donde estaba aparcado su sedán. El pánico se apoderó de mí. No podía dejar que me metiera en el coche. Me llevaría y me encerraría de nuevo en el sótano. Nunca me dejaría salir. Nunca volvería a la universidad ni vería a mis amigos.

—No.

Pensé en Jai, Noel y Gideon. Bethany. Sharon. Danny. Mis amigos. Mi familia. No quería dejarlos. No quería morir.

«¡Lucha!».

Por primera vez, peleé. Clavé mis talones y combatí contra su agarre.

—¡No! Suélteme. No voy a ir con usted.

Desesperado, saqué mi teléfono del bolsillo para llamar... a alguien. Cualquiera serviría. Gideon me salvaría. Jai, ¿por qué me había dejado? Me había prometido...

Me arrebató el móvil. La señora Janet miró el aparato, su cara de un blanco fantasmal.

—¿Qué es esto? ¿Cuántas veces te has arrodillado para conseguirlo?

La agarré con fuerza.

—Devuélvame. Es mío.

—Niño desagradecido.

Me escoció la mejilla. La sangre corrió a mi cara, calentando el lugar donde me había abofeteado. Nunca me había pegado. Sollocé y retrocedí cuando levantó la mano para golpearme de nuevo.

—Maricón egoísta —me espetó.

Una mano le sujetó la muñeca y detuvo el descenso de su palma. Me rodearon el sol y el *dokha*.

—Vuelve a tocarlo y pasarás el resto de tu existencia tomando tus comidas con pajita.

Cada palabra se retorció de rabia mientras Jai sacudía a la señora Janet como a una muñeca de trapo. Me aferré a su chaqueta de cuero y me escondí detrás de él.

—¡Suéltame, rufián! —chilló ella. Uno de sus tacones crujió bajo sus pies.

En cuanto estuve fuera de su alcance, mi oscuro ángel la soltó, y ella retrocedió varios pasos, trastabillando. Se tambaleó peligrosamente sobre su altura desigual, con el rostro pálido

enrojecido por la rabia.

—¿Quién...?

—No importa quién soy. —El cuerpo de Jai estaba rígido, todos los músculos tensos mientras luchaba por controlarse. Sus puños temblaban—. Entra en tu coche. Lárgate de aquí. Riley no irá a ninguna parte contigo. —Dio un solo paso amenazador hacia delante, cerniéndose sobre mi madre adoptiva, y ella se alejó aterrorizada—. Y si vuelves a ponerle las manos encima, si le tocas un solo pelo de la cabeza, acabaré con tu existencia de todas las formas que temes.

Un destello de compasión me recorrió cuando la señora Janet gimió de miedo. Jai era el ángel oscuro que parecía: era el poder, el temor y el peligro encarnados en forma física. Y ella era tan pequeña... Siempre me había parecido grande y amenazadora, más fuerte que yo. Pero, al retroceder ante Jai, con la boca temblorosa, se me antojó frágil y patética.

Bien.

La lástima se evaporó y una oscura satisfacción ocupó su lugar. Era su turno de encogerse de miedo. Se lo merecía.

Mientras la señora Janet se escabullía por el morro de su coche, Jai volvió a mi lado y me rodeó los hombros con un brazo protector. Lágrimas silenciosas corrieron por mis mejillas cuando me refugié a su lado.

—Riley, cariño, ven conmigo. —El tono de la mujer era suave y amable, con los brazos extendidos, como si quisiera abrazarme—. Te echo de menos y he estado muy preocupada. Aquí estás solo. No debes tener miedo de ese hombre desagradable. Entra en el coche como un buen chico.

El cambio de personalidad me dio un latigazo. ¿Tenía idea de lo que me había hecho hacía unos momentos? ¿Recordaba siquiera haberme abofeteado?

—Riley, mi dulce niño. Entra en el coche. —Cuando no hice más que sollozar al lado de Jai, su ternura se enfrió—. ¡Sube al coche!

Sin paciencia, Jai me levantó en sus brazos, y me enredé alrededor de él como un koala.

—¿Qué quieres, Riles? Dime lo que quieres.

—Llévame a casa —le supliqué.

—Con mucho gusto.

Acunándome contra él, Jai se alejó del aparcamiento y de mi madre adoptiva. Ella gritaba tras nosotros, primero suplicando, luego maldiciéndome. Me escondí en el cuello de Jai. Cuando me estrechó con más fuerza, mi dolorido cuerpo protestó, pero no solté ni una queja.

En el momento en que giramos tras el edificio de mi residencia, fuera de la vista de la señora Janet, Jai se encendió como la noche del Cuatro de Julio.

—No me sueltes.

—¡Jai, no!

Pero era demasiado tarde.

El ambiente zumbaba y se me erizaron el vello de los brazos. Un anzuelo se enganchó en mi columna y tiró. Fui absorbido por el espacio y el tiempo, arremolinándome a través de las galaxias. Como si estuviera atrapado en un tubo demasiado pequeño, me sentí apretado y presionado. No podía respirar.

Luego me escupieron al otro lado del agujero de gusano. Jai se tambaleó un paso hacia delante y, por un momento, temí de verdad que me dejara caer. Recuperó el equilibrio en el último segundo.

Se me revolvió el estómago. La bilis me llenó la garganta.

—Me ahogo.

—Hay que joderse —murmuró Jai.

Luego me incliné sobre el fregadero de la cocina del apartamento y vacié mi sándwich de pavo y queso con patatas fritas. Me dieron arcadas. Ahí iba la tarta de queso y frambuesa.

—Estás bien. Déjalo salir. —Jai me frotó la espalda.

Abrió el grifo y me echó agua fría en la cara; me limpió la saliva de la boca. El agua se calentó y el vapor ondeó sobre mi rostro sudoroso mientras Jai enjuagaba el fregadero, que se llevó mi vómito por el desagüe.

—¿Estás bien, Riles? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Bien. Porque yo estoy... —Me dejó en el suelo y retrocedió, estrellándose contra la encimera que había detrás de nosotros. Se deslizó al suelo sobre su trasero, con los ojos muy abiertos, vacíos.

—¿Jai?

Nunca hubiera pensado que fuera posible que alguien de su complexión estuviera pálido. Me equivocaba. Tenía la piel cenicienta y sudorosa. ¿También iba a vomitar?

—Jai, ¿qué pasa? —Me arrodillé ante él, con la mano en su rodilla—. Es que... ¿Por qué te has teletransportado? No es bueno para ti.

—Tenía que sacarte de allí —balbuceó—. Estoy bien. Solo dame un segundo.

Enterró la cara entre las manos, inspiró profundamente por la nariz y luego espiró por la boca. Poco a poco recuperó el color y sus ojos se aclararon. Se quejó.

—Odio saltar en este reino.

Asentí.

—Tampoco creo que sea mi forma favorita de viajar.

Sus ojos oscuros se encontraron con los míos y la ira que había contenido volvió a encenderse.

—¿Estás bien? Por las llamas del infierno, Riley, ven aquí. —Me guió hasta su regazo, con las rodillas a horcajadas sobre sus muslos. Incliné mi cabeza e inspeccioné mi mejilla palpitante—. Maldita zorra. Debería haberle arrancado la médula espinal.

Aunque no iba dirigida a mí, me estremecí bajo la fuerza de su ira.

—A veces te pones un poco asesino, ¿lo sabías?

—Solo por ti —susurró.

¿Qué quería decir con eso?

Con una mueca, me apartó de su regazo y se puso en pie utilizando el mostrador como apoyo.

—¿Cómo se nos ha podido pasar esto? —dijo—. Yo ni siquiera...

—Lo siento.

—No es culpa tuya. Es culpa nuestra. La vigilamos, pero nunca pensé que perdería así la cabeza para llevarte de vuelta. —Se restregó la cara.

El temblor volvió a mis manos.

—Iba a llevarme lejos. No quiero que me lleve.

Unos dedos callosos limpiaron las lágrimas de mis mejillas.

—Shh, estás bien. Estás a salvo, Riley. Nunca dejaré que se te lleve. ¿De acuerdo?

—¿Me lo prometes?

Agachado ante mí, Jai enmarcó mi cara y me obligó a encontrarme con su mirada feroz.

—Juro por mis alas que nunca lo permitiré. —Su nariz rozó la mía y sonrió. Otro tipo de estremecimiento me sacudió las entrañas—. ¿Me oyes? Te quedas aquí. Conmigo.

Durante un breve instante, sus ojos se posaron en mi boca y su expresión parpadeó..., pero luego desapareció. Demasiado rápido para saber si había sido real. Y la decepción se apoderó de mí, seguida por la culpa.

¿Tan desesperado estaba por su afecto? Mi imaginación estaba desbordada si creía ver deseo en sus ojos. No debería haber querido que me mirara así. Porque era mi guardián y mi amigo. Y ya había besado a una persona esa noche; no necesitaba... ¡Dios mío, Danny!

Estaba esperando mi llamada. Estaría preocupado por mí, y allí estaba yo, babeando tras alguien que nunca podría tener...

«Concéntrate, Riley».

—Necesito llamar... —Me aparté del contacto de Jai, me puse de pie y palmeé mis bolsillos. ¿Dónde estaba mi teléfono?—. Prometí que llamaría...

—Tienes que calmarte. No deberías llamar a nadie así.

—Está esperando. Me dijo que llamara, ¿dónde está mi teléfono?

Jai se enderezó y algo parecido al dolor pasó por su rostro. Luego se apartó de mí y su expresión se transformó en una máscara inexpresiva. Vacilé en mi búsqueda del móvil.

—¿Jai?

—Estoy seguro de que Danny puede esperar cinco putos minutos. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos ahora mismo.

Esa vez su ira iba dirigida a mí, y me estremecí.

—Yo... no sé dónde... —Recordé a la señora Janet agitando el teléfono delante de mí, y la sangre abandonó mi cara—. La señora Janet tiene mi teléfono.

—Te conseguiremos uno nuevo —me dijo.

Pero no lo entendía. Vería mis mensajes de texto. Leería mis conversaciones con Bethany. Mis preguntas sobre mi sexualidad. Y, peor aún, los mensajes entre mis guardianes y yo. Mi bandeja de entrada estaba llena de preguntas y conversaciones angelicales. Lo vería todo.

—Jai, tiene mi móvil.

—¿Entonces, supongo que Danny tendrá que esperar! Estoy seguro de que puedes sobrevivir una noche sin tu nuevo novio.

Sus palabras me cayeron como una bofetada. Jadeé.

—No es mi novio.

Una risa sarcástica rasgó su garganta. Sus labios se curvaron en una sonrisa cruel.

—Claro. Como si lo de esta noche no hubiera sido una cita, ¿verdad?

¿Por qué estaba enfadado?

—Yo...

La energía crujió a través del apartamento cuando Gideon apareció en la sala de estar. Dio vueltas en círculo hasta que nos localizó en la cocina. Sus ojos brillaban peligrosamente.

—¿Qué ha pasado?

Jai me empujó y se dirigió al pasillo.

—Pregúntale al puñetero Casanova.

Las lágrimas volvieron a escocerme los ojos. Gideon se detuvo en la puerta de la cocina, mirando hacia el pasillo. La puerta principal se abrió.

—¿Adónde vas? —preguntó Gideon, desconcertado.

—Fuera. —Esa fue la cortante respuesta de Jai.

—¿Dónde?

—¡Afuera!

La puerta principal se cerró de golpe. Gideon se quedó boquiabierto al ver el vestíbulo vacío, luego volvió su atención hacia mí.

—Riley, ¿qué...?

Me tragué la confusión y el dolor, preparándome para contárselo todo. Pero las palabras se me atascaron en la garganta. En lugar de responderle como un adulto maduro, rompí a llorar como un bebé.

Sin saber qué hacer conmigo o con mis patéticos sollozos, Gideon se acercó con cautela y me dio unas palmaditas en la parte superior de la cabeza.

—Ya está, ya está —me dijo.

Si no hubiera estado tan angustiado, me habría reído. Sin embargo, me lancé sobre él y le rodeé la cintura con los brazos mientras le empapaba la camisa. Me puso una mano enorme en la cabeza y me masajé el cuero cabelludo. La otra me frotó el hombro.

Tragó saliva. Luego suspiró.

—Por la Santísima Trinidad.

CAPÍTULO 10



—¿RILEY? —GIDEON INTENTÓ APARTARME del santuario de su pecho. Me negué. Esconderse era mejor. Gruñó con impaciencia—. Riley, entiendo que estés enfadado, pero necesito que te calmes y me cuentes lo que ha pasado. ¿Puedes hacerlo? ¿Por mí?

Podía, aunque no quería. Pero negarle algo a Gideon era imposible, así que solté un suspiro tembloroso y alcé la mirada a través de las pestañas obstruidas por las lágrimas.

—La señora Janet, ella... ella...

—¿Janet? —Su mandíbula se desencajó como si fuera lo último que esperaba que dijera. Moví la boca sin pronunciar palabra—. Riley —insistió, expectante.

Se me soltó la lengua y se me escapó todo. No era elocuente ni tenía tacto. Me aturullé con las palabras, apenas tenían sentido cuando le relaté mi cita con Danny... ¡Que al final sí era una cita, por cierto!

—Pagué la tarta de queso, tal y como dijiste —añadí mientras Gideon sacaba su pañuelo del bolsillo y me limpiaba la cara—. Pero la he vomitado en el fregadero.

A pesar de la gravedad de la situación, soltó una carcajada.

—¿Qué?

—Danny me besó, y la señora Janet lo vio. Ella estaba... Y dijo... Y luego Jai estaba allí, y mi móvil.

Gideon me acarició la cara.

—Respira, pequeño.

Lo intenté, pero el pánico volvía a apoderarse de mí.

—Me va a sacar de la universidad. Llamará al decano y anulará mis clases. ¡No puedes permitírselo! Por favor, no dejes que me saque.

—No puede hacerlo —dijo él, siempre la voz de la razón—. Puede llamar al decano todo lo que quiera, pero, sin tu permiso, no puede cambiarte las clases. Eres mayor de edad. No puede obligarte a nada, ¿entiendes?

—Pero ella ha dicho...

Sobre una rodilla, Gideon tomó mis manos entre las suyas, su rostro sombrío.

—Mírame y escucha. Es muy importante que entiendas esto: Janet no tiene ningún control sobre lo que te ocurre. Eres un adulto capaz de tomar sus propias decisiones. No hay ninguna circunstancia en la que ella pueda obligarte a dejar las clases.

—Es mi tutora —dije.

—En tu cuenta bancaria y solo para fines médicos. Y, créeme, la destituiremos como tu tutora tan pronto como sea posible. Y, aun así, solo tiene la autoridad para tomar decisiones si tú fueras médicamente incapaz de tomarlas por ti mismo. No puede obligarte a hacer algo que no quieres hacer, no cuando estás en tu sano juicio para tomar la decisión por ti mismo. ¿Lo entiendes?

—¿No puede llevarme? —pregunté para que me lo aclararan.

—No, no puede. Y, si alguna vez lo intentara —la expresión de Gideon se ensombreció—, la destrozaremos.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Mi ansiedad se calmó y apoyé la frente en su hombro.

—Gracias.

Con un gruñido, me frotó la columna con la palma de la mano a modo de consuelo, pero me dolió la espalda. Grité y me aparté de él. Me había olvidado de la caída por las escaleras y de los moratones que la señora Janet había dejado a su paso. Pero ahora que mi pánico había remitido, el dolor había pasado a primer plano.

Gideon debió de leerlo en mi cara porque me abrazó y se dirigió decidido hacia el baño.

—Estoy bien —le dije.

Me ignoró. Entró en el cuarto de baño, me colocó sobre la encimera del lavabo y me levantó el dobladillo de la camisa sin miramientos. Apretó la mandíbula y un gruñido inhumano vibró en su pecho.

—¿Qué ha hecho? —Me subió la camisa, con los ojos clavados en el reflejo de mi espalda en el espejo. Cuando la camiseta ya no pudo subir más, resopló—. Quítatela.

Me puse rígido ante la dura orden y me agarré el jersey. No podía desnudarme con él en la habitación. De acuerdo, me había visto desnudo y en ropa interior en más de una ocasión, pero

eso era diferente.

—¿Riley? —Su voz era suave mientras me levantaba la barbilla con la yema del dedo índice—. Perdóname. Solo quería decir... ¿Te parece bien si te quito la camiseta? Me gustaría ver si tus heridas son graves.

—Estoy bien. —Era una segunda naturaleza ignorar mi malestar, pero a Gideon eso no le importaba.

—No, no lo estás. Estás herido y me gustaría curarte. —La luz del sol y la menta me bañaron cuando se puso entre mis rodillas y me pellizcó suavemente la barbilla con los dedos índice y pulgar—. ¿Me dejas atenderte, *kapara*?

Me sobresalté al oír el título extranjero. Nunca me había llamado así. No sabía lo que significaba, pero lo decía con ternura. No pude evitar derretirme como la mantequilla. Incapaz de negarme, asentí.

—Buen chico —dijo.

Agarró el dobladillo de mi jersey y me lo levantó por encima de la cabeza. Cuando me dolió la espalda, me ayudó. Sus gruesos dedos desabrocharon con pericia la camisa que llevaba debajo. Al deslizar la tela sobre mis hombros, las yemas de sus dedos rozaron mi piel. Reprimí un escalofrío.

Se me puso la piel de gallina tras desnudarme ante él, mi mirada fija en el pliegue de su garganta. Aquello no tenía nada de sexual ni romántico, pero se me calentó la sangre. Gideon se colocó entre mis piernas. Me estaba tocando. Me costaba concentrarme.

En cuanto me quitó la camiseta, siseó con una mueca. Y ahí se fue la calidez. ¿Era yo tan repulsivo para él?

—Ay, Riley. —Esas dos palabras estaban cargadas de tristeza. Sus ojos se estrecharon de dolor.

Por curiosidad, me miré en el espejo por encima del hombro. La sangre seca manchaba mi piel. Tenía abrasiones en la espalda y moratones que se oscurecían bajo la superficie. Tenía la mejilla hinchada y enrojecida, y el brazo mostraba las huellas de unas manos enfadadas.

—No me había dado cuenta... —Me sobresalté cuando la yema de su dedo recorrió las marcas de los dedos de la señora Janet en mi brazo. Con la esperanza de restarle importancia a la fea coloración, dije—: Me salen moratones con facilidad.

—Nadie debería ponerte las manos encima si está enfadado —afirmó.

Me encogí de hombros.

Después de calentar una toallita bajo el grifo, Gideon me limpió la sangre descamada de la espalda. Hice lo posible por no inmutarme cuando pasó por encima de los arañazos dejados por los escalones de hormigón. Era bastante íntimo permitirle que me tocara así. No sabía muy bien cómo sentirme.

La adrenalina hacía tiempo que había desaparecido y el cansancio me invadía como una pesada manta. Mi frente chocó con su esternón y me desplomé contra él.

En cuanto terminó de lavarme, me abrazó con timidez. Al principio me puse rígido, sorprendido por su atrevimiento. Gideon siempre era reservado en su afecto físico; no me lo esperaba, pero era exactamente lo que necesitaba.

Más que palabras, más que regalos o promesas, anhelaba su afecto, sus caricias cariñosas. Solo quería la seguridad de que alguien se preocupaba por mí. Necesitaba saber que alguien me quería.

Pero Gideon no era de los que acariciaban. No podía ofrecerme mucho y, cuando se alejó, lo dejé ir.

—Me cogió el móvil —dije, alisando una arruga de su camisa—. Y hay cosas de ángeles y otras cosas personales. Ella lo verá.

—Pido disculpas por la invasión de tu privacidad. Es lamentable pero inevitable, me temo. —Se ocupó en limpiar la toallita y mi camisa ensangrentada—. Pero no hay peligro para nosotros. En cuanto a cualquier conversación angelical que pueda leer, dudo que se las crea.

—Porque ya piensa que estoy loco —le contesté.

No refutó mi afirmación.

—Lo siento.

Algo pesado se asentó en mis entrañas, y odié el dolor que excavaba en mi corazón.

—Ha dicho que yo era malo. Me ha llamado... maricón.

—Siempre habrá gente, tanto humana como sobrenatural, que te despreciará por razones triviales —dijo Gideon—. Pero su odio nunca debe dictar tu vida. Solo tú sabes quién eres, Riley, y ellos no pueden quitártelo. —Me acarició la mejilla intacta y me quedé cautivado por sus ojos verdes.

»Eres amable y compasivo. Eres fuerte, leal y protector. Eres un chico único, y cualquiera, independientemente de su sexo, que consiga ganarse tu afecto será muy afortunado. Y eso habla más de tu carácter que del sexo de quienes desees. Tu orientación no tiene por qué definirte. Es solo una pieza del todo.

Sus palabras fueron un bálsamo tranquilizador que limpió mi alma. Me aterrorizaba aceptar la verdad de quién era. No quería que me forzaran a adoptar formas estereotipadas, definidas por algo como mi sexualidad.

Sí, era una parte de mí, una parte importante, pero no lo era todo. No tenía por qué cambiar quién era yo. Podía seguir siendo Riley. Era todo lo que quería, en realidad. Ser la persona que mis ángeles veían cuando me miraban.

Para ellos, yo era más que un niño tímido o un nefilim perdido con un pasado trágico. Me veían a mí. Para ellos, yo era Riley; me querían y me aceptaban tal y como era, y eso era lo único que importaba.

Tal vez por eso los amaba.

No sabía qué era el amor; tenía muy poca experiencia. Pero sabía que sentía algo. Era felicidad y satisfacción, aceptación y afecto, deseo y desesperación. Era lealtad desinteresada y feroz protección. Eran mi familia, mi todo.

Tal vez no fuera amor..., pero podría serlo.

—Gracias. —Temblé bajo el peso de la aceptación de Gideon mientras se rompían los grilletes que habían atado mi corazón.

Una vez más, me abrazó, compartiendo ese embriagador momento conmigo, y mi alma cantó. No se preocupaba por mí como yo me preocupaba por él, pero seguía queriéndome a su manera. Tenía que creer que sería suficiente.

—Se está haciendo tarde —dijo—. Deberías descansar un poco.

—¿Puedo...? —Vacilé—. ¿Puedo dormir en tu cama esta noche?

Gideon no respondió al principio, pero al final se aclaró la garganta.

—Supongo que sería aceptable.

Después de ayudarme a bajar de la encimera del lavabo, apagó las luces del cuarto de baño. Cerró la puerta principal y me siguió por el pasillo hasta el salón, apagando las luces a medida que avanzábamos. Eché una mirada nostálgica al árbol de Navidad y recordé nuestra bonita tarde juntos decorando el árbol.

¿Cómo se había estropeado todo tan rápido?

Cuando el piso se quedó a oscuras, seguí a Gideon hasta la puerta de su habitación. Nunca había estado allí, y tuve medio segundo para asustarme antes de que la abriera y entrara.

No había ningún motivo racional para asustarme; fue bastante decepcionante.

La habitación de Gideon estaba limpia y ordenada. Todo tenía su lugar. La cama. La cómoda. El escritorio con el portátil encima. Las paredes estaban desnudas, salvo por algunas obras de

arte; me pregunté durante un instante si las habría pintado Noel. A diferencia de Jai y Noel, Gideon tenía un armario. Estaba entreabierto: las corbatas pendían de un corbatero en la puerta y dentro colgaban chaquetas de traje.

Era una habitación bastante clínica, carente de detalles personales, salvo su escritorio. Crucé la habitación sin pensarlo y estiré la mano para tocar el borde de uno de los muchos marcos de fotos. Jai y Noel sonreían a la cámara, vestidos como si estuvieran en los ochenta.

Ah, espera: esa foto podría haber sido de verdad de los años ochenta.

Noel llevaba vaqueros claros y una chaqueta vaquera a juego sobre una camisa rosa neón; el pelo corto y despeinado. Sus brazos rodeaban los hombros de Jai y su boca se abría en una amplia y exuberante sonrisa.

Jai vestía una cazadora de cuero —cero sorpresas— sobre una camisa oscura desabrochada hasta la mitad del pecho y pantalones del mismo material. Llevaba el pelo más largo y desgredado, de corte *mullet*. Una sonrisa de satisfacción curvaba sus labios por tener a Noel apoyado en él. Los dos llevaban delineador de ojos.

La siguiente fotografía era en blanco y negro, con tres hombres que no reconocí al principio. Era surrealista ver a Noel, Jai y Gideon vestidos con trajes de épocas pasadas. Noel llevaba el pelo corto, pegado al cuero cabelludo, y Gideon llevaba un sombrero de copa. Jai llevaba la camisa desabrochada, algo rebelde incluso en los años veinte.

Se los veía elegantes y correctos mientras posaban junto a un Ford antiguo. Tuve que apartar la mirada o me estallaría el cerebro.

La última foto de la colección era la que nos habíamos hecho esa misma tarde delante del árbol de Navidad. Aún no estaba enmarcada. Estaba encima del portátil cerrado de Gideon, recién impresa. Se me inflamó el corazón al trazar mi cara risueña aplastada entre Jai y Noel.

—Me gusta esa foto —dijo Gideon detrás de mí.

—A mí también. —Le sonreí por encima del hombro.

Me ofreció una de sus camisas y se frotó la nuca.

—Puedes ponerte esto si quieres.

—Gracias.

Me la pasé por la cabeza. El dobladillo me llegaba hasta las rodillas. Después de quitarme los vaqueros, los doblé y los coloqué en el suelo junto a su cama. Dejé los zapatos al lado.

Vestido con la camisa de Gideon, mi ropa interior y mis calcetines, me senté en el borde de su enorme cama. Tracé con la punta de los dedos el estampado plateado de su colcha gris mientras él rebuscaba en su cómoda.

Sin previo aviso, empezó a desnudarse y casi me tragué la lengua. Se despojó de la camisa y se quitó la camiseta blanca del torso. Los músculos de su espalda se tensaron en cuanto metió los brazos en las mangas de una sencilla camiseta blanca. Casi gemí a modo de protesta cuando se ajustó la camiseta, cubriendo de nuevo su piel desnuda.

Sus pantalones fueron los siguientes en caer, revelando un par de calzoncillos marrones que envolvían su firme trasero. Tenía las piernas gruesas y musculosas, cubiertas de vello rubio. Era pura fuerza; podría partirme por la mitad con sus muslos.

Por suerte, se subió los pantalones del pijama a cuadros y puso fin a la tortura. Cuando se dio la vuelta, hice ademán de escrutarle las cutículas, rezando para que no se hubiera dado cuenta del repaso que le había dado. No debería haberlo visto cambiarse, pero yo era humano. O humano en parte. Era una excusa suficiente.

Gideon envió algunos mensajes e hizo algunas llamadas. La persona a la que llamaba no contestó y frunció el ceño, consternado. Murmuró en su lengua angelical mientras cruzaba al otro lado de la cama.

En cuanto se sentó, me tomé la libertad de acurrucarme bajo sus mantas de menta. Tras unas cuantas llamadas fallidas más, se estiró bajo la sábana. La lámpara se apagó y dejó la habitación a oscuras.

La cama era lo bastante grande como para no tocarnos, y luché contra la necesidad de escurrirme por el colchón para apretarme contra el costado de Gideon. La tensión en el aire indicaba su incomodidad conmigo en su cama y no quería empeorar las cosas.

Me quedé en mi lado y él, en el suyo. Tardé mucho en dormirme, pero, al final, la respiración profunda y uniforme de Gideon, y el aroma a sol y menta, me arrullaron hasta que me quedé inconsciente.

CAPÍTULO 11



ME DESPERTÉ SEDIENTO. TENÍA la garganta reseca y la lengua hinchada y pesada. Tragué saliva para humedecerme la garganta, pero no funcionó.

Cuando abrí los ojos, tardé un momento en orientarme en esa habitación desconocida: la habitación de Gideon. La cama de Gideon. Me acordé de todo.

Hecho un ovillo, estaba tumbado con las rodillas y los brazos aplastados contra un respaldo firme y la cabeza apoyada en una almohada que no era mía. La mayor parte de la cama estaba vacía desde que, al parecer, había perseguido el calor del cuerpo de Gideon por el colchón. Él había hecho todo lo posible por escapar y ahora se tambaleaba en el borde de la cama mientras yo me pegaba a su espalda.

Ah. Jope.

Volví a mi lado del amplio colchón, reprendiéndome. Las sábanas estaban frías y me estremecí. Me incorporé y me froté los ojos. Según el reloj de la mesilla, eran más de las dos de la madrugada.

Pero tenía frío. Gideon roncaba fuerte. La garganta me pedía agua.

Con un suspiro, me arrastré fuera de la cama y me moví silenciosamente sobre la alfombra. Gideon no se movió mientras yo arrastraba los pies hasta la puerta y la abría muy despacio.

Estreché mi pequeño cuerpo a través de la rendija, caminé de puntillas por el pasillo. Apreté el oído contra la puerta de Noel. Silencio. Me asomé al interior. Vacía. La habitación de Jai estaba igual.

Ninguno de los dos estaba en casa. Había muy pocas razones para que no estuvieran en casa a esas horas. Las náuseas revolvían mis entrañas.

Mis ángeles no eran castos y puros, lo sabía, pero entender que Noel estaba durmiendo en la cama con otro hombre me dio ganas de vomitar. O de golpear algo.

A pesar de que no nos conocíamos, odiaba a Malaquías. Probablemente era muy alto y guapo, con grandes músculos. Aposté a que era seguro de sí mismo y experto en seducción. Era todo lo que yo no era.

Mis celos me sorprendieron. Nunca me había permitido tener pensamientos sexuales sobre mis ángeles. Me atraían y me preguntaba cómo sería estar cerca de ellos, incluso besarlos, pero nunca me había planteado algo más íntimo.

El sexo me resultaba extraño y aterrador, fuera de mis posibilidades; era una tontería siquiera contemplarlo. Pero al pensar en Noel en brazos de un desconocido no podía evitar preguntármelo.

¿Cómo sería?

Durante un breve instante, mi mente evocó numerosos escenarios —todos escandalosos y con demasiada piel— y mi cuerpo se ruborizó. Una buena dosis de terror me invadía ante la perspectiva de permitir que alguien, incluso mis ángeles, se acercara tanto a mí, pero también había una cantidad vergonzosa de anhelo.

¿Me sentiría bien rindiéndome a sus grandes y macizos cuerpos? ¿Quería saber qué sentiría al tener sus manos en partes de mí que nadie me había tocado antes? ¿Podría alguna vez permitir tal confianza entre nosotros como para aceptar los abrazos íntimos?

No es que importara. Noel estaba en ese momento con otra persona, y no tenía ni idea de dónde estaba Jai. Tal vez con alguna chica sin nombre, haciéndola sonreír y sonrojarse como a mí.

Dejé a un lado los pensamientos fantasiosos, llegué a la cocina y llené un vaso de plástico con agua. Me lo bebí de un trago y volví a llenarlo.

Me pregunté qué estaría haciendo Danny. Esperaba que estuviera bien, que no se preocupara demasiado. Luego pensé en Jai y la furia en sus ojos al ver a Danny besarme. Imaginé la frustración de Noel cuando dijo que no debería ser tan difícil, que las líneas se estaban difuminando.

Mi agotado cerebro entendía esas cosas, pero no podía comprender la verdad que había detrás de ellas. Como un espejismo fuera de mi alcance, la respuesta se burlaba de mí. No debía intentar pensar a las dos de la mañana.

Vací mi tercer vaso de agua y me quedé helado cuando sonó el pomo de la puerta principal. Apreté el vaso y me apoyé en la esquina de la encimera. La puerta se abrió. Las llaves tintinearón y alguien susurró. Una risita ahogada se perdió en cuanto la puerta se cerró con fuerza.

¿Alguien había forzado la entrada? ¿O se estaba colando Jai como un adolescente rebelde?
¿Había decidido Noel volver a casa?

Reconocí la voz áspera de Jai, su frase cortada en un gruñido. Alguien soltó una risita, alguien que no era Jai en absoluto.

—Si no estuviera borracho ahora mismo, me daría miedo estar aprovechándome de ti —susurró una voz masculina con un bufido.

Los cuerpos se tambaleaban por el pasillo, ruidosos y descoordinados. Jai murmuró algo ininteligible. Luego dijo:

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no hables?

—Oh, lo siento —ronroneó el desconocido—. ¿Le doy un mejor uso a mi boca?

—Es lo único para lo que sirve —balbuceó Jai.

El desconocido volvió a soltar una risita, un sonido entrecortado, casi femenino.

—Menos mal que no soy sensible, o ahora mismo habrías herido mis sentimientos.

—Por el Hades, ¿nunca dejas de hablar?

Algo retumbó. Los cuadros de la pared temblaron. Alguien gimió.

Apreté el vaso de agua contra mi pecho mientras luchaba por entender lo que pasaba. Quería aferrarme a mi ignorancia, pero no era idiota. Sabía muy bien lo que Jai y ese chico estaban haciendo. ¡Pero no tenía sentido! Porque a Jai no le gustaban los chicos.

Siempre hablaba maravillas de las chicas con faldas cortas y pechos. ¿Actuaba? ¿O le gustaban ambos?

La tela crujió y el desconocido gimió. La envidia volvió, más ardiente que la primera vez. Me quemaba las venas. ¿Quién demonios era ese chico? ¿Quién se creía que era, viniendo aquí, riéndose y arrullando y tocando a mi ángel? ¡Mi ángel!

Y Jai, que me había dejado confundido y herido para salir a buscar a un chico y... ¡Ugh, me estaba poniendo furioso!

No debía mirar, no quería mirar, pero estaba colérico y agotado. No pensaba con claridad mientras caminaba con cautela hacia el arco de la cocina. El corazón me latía con fuerza en los oídos. Respiraba entrecortadamente.

Sentía un dolor agudo en el pecho, como si un atizador caliente estuviera hurgando en mi interior, apartándome los órganos en busca de algo que abrasar.

«No mires, Riley».

Pero miré de todos modos.

No había mucha luz. Los escasos rayos de luna llegaban al pasillo desde las puertas del patio. Pero era suficiente. Ojalá no lo hubiera sido.

Sin camiseta, con los vaqueros caídos sobre las caderas, Jai estaba en medio de un apasionado abrazado, con la boca pegada al desconocido. Su alto cuerpo se inclinaba para alcanzar la menor estatura de su compañero. Una de sus manos se enredó en el pelo del hombre más bajo y la otra desapareció bajo la camisa del chico.

Las manos del intruso se deslizaron por la espalda tatuada de Jai, trazando su columna vertebral. Se curvaron sobre las caderas de Jai y luego desaparecieron entre sus cuerpos. Él hizo un ruido de lo más erótico, una mezcla entre gruñido y gemido. Me alejé del arco cuando el inconfundible sonido de una cremallera bajándose llegó a mis oídos.

¡No!

Me arrancaron el corazón del pecho y lo metieron en una batidora. Al parecer, añadieron mis pulmones al batido de órganos, ¡no podía respirar! ¿Por qué Jai hacía aquello? ¿Por qué quería a ese chico?

Y lo que era más importante, ¿por qué no me quería a mí?

Me tragué un sollozo estrangulado y me alejé corriendo del pasillo, incapaz de mirar un segundo más. Mis calcetines resbalaron en el linóleo. Miré con los ojos muy abiertos cómo la taza vacía se me escurría de los dedos. Cayó como a cámara lenta, y aterrizó con un fuerte estruendo.

—¿Qué coño ha sido eso? —jadeó Jai.

Presa del pánico, giré en círculo buscando dónde esconderme, pero la cocina era demasiado pequeña. Aparte de zambullirme en un armario, no había ningún sitio donde refugiarme. Estaba atrapado.

—¿Riley? —Jai llenó la puerta, la cabeza ladeada en señal de confusión. Parpadeó con lentitud, balanceándose sobre sus pies. Podía oler el hedor a alcohol desde donde estaba.

—Tenía sed —dije, como si eso fuera a mejorar las cosas.

Una cabeza se asomó alrededor del cuerpo de Jai, y grité. Tiré del dobladillo de la camisa de Gideon para cubrirme más las piernas. No llevaba pantalones otra vez.

—Uy. —El desconocido salió de detrás de Jai—. Nos han pillado.

El tipo era solo unos centímetros más alto que yo, con el pelo castaño desgredado que le caía sobre la frente y se metía detrás de una de sus orejas perforadas. Tenía los ojos oscuros, como los míos, y las pestañas muy marcadas. O quizá llevaba maquillaje; era difícil distinguirlo en las sombras.

Sus rasgos eran andróginos y, para mi disgusto, era injustamente guapo. Su sonrisa de borracho me irritaba porque parecía genuina mientras se metía las manos en unos vaqueros ajustados y ridículos.

Jugaba con el fino anillo plateado de su labio inferior y nos miraba a Jai y a mí.

—Perdona por, ya sabes —señaló hacia el pasillo—, empezar en el pasillo. No sabía que había alguien. —Cuando ni Jai ni yo hablamos, se aclaró la garganta—. Soy Beau, el... amigo de Jai.

¡Amigo de Jai, sí, y un cuerno!

—Riley —murmuré por educación.

—Encantado de conocerte —chistó. Tropezó hacia adelante, con sus propios pies, al extender una mano y casi se cayó. Se rio a carcajadas cuando se agarró a la encimera de la cocina—. ¡Vaya! Cuidado. El suelo se mueve. Todo el mundo tranquilo.

Mientras Beau se reía histéricamente, miré a Jai con los ojos entrecerrados. Seguía boquiabierto, como si no pudiera entender cómo estaba yo allí. Casi se le cayeron los pantalones. Tenía el pelo revuelto. Parecía estúpido, estúpido y guapo, y nunca lo había odiado tanto como en ese momento.

—Así que... —Beau nos miró a Jai y a mí con curiosidad, luego suspicaz. Volvió al lado de Jai y le dio un codazo en la cadera—. ¿Deberíamos...? Ya sabes.

El golpe en el cuerpo de Jai lo despertó de su aturdimiento y parpadeó. Miró a Beau como si lo viera por primera vez. Su expresión pasó de la perplejidad horrorizada a la ira.

—Vete a la mierda —dijo.

—¿Cómo? —Beau se llevó las manos a las caderas.

—Oh, ¿me has oído tartamudear? —Jai señaló hacia la puerta principal—. Lárgate.

—Te recuerdo que tú me invitaste. No actúes como si fuera culpa mía ahora que te arrepientes.

—¡Fuera, Beau!

Una neblina nebulosa se enroscó alrededor de los puños del guaperas de Beau mientras miraba a Jai. Se me erizaron los pelos de la nuca y me alejé del ángel enfadado. Porque sin duda era un ángel.

Mi movimiento captó su atención y volvió a inspeccionarme. La comprensión centelleó en sus ojos y se abalanzó sobre Jai.

—¡Por el Creador, tienes que estar bromeando!

—Beau —advirtió Jai.

—Por favor, dime que este no es tu discípulo.

—Si sabes lo que te conviene, cerrarás la boca.

—¿Es esa la camisa de Gideon? —cacareó Beau—. Alguien ha sido muy malo.

Jai agarró la muñeca de Beau y lo empujó contra la nevera.

—No sabes de lo que estás hablando.

—A Gabriel le va a dar un ataque.

—¡No es eso! —El antebrazo de Jai presionó el pecho de Beau—. No es..., no hemos...

Beau me lanzó una sonrisa diabólica.

—Repito, ¿es la camiseta de Gideon? No sabía que por fin había descubierto su gusto por las largas y dulces piruletas.

—Una palabra más y te arranco tus bonitas alas azules.

—¡Vete a la mierda, gilipollas egoísta! —El humo salió de las manos de Beau y cubrió los brazos de Jai.

Jai se estremeció, y yo reaccioné por instinto. No hubo pensamiento consciente mientras mi poder crepitaba en el aire como defensa.

—¡Riley, no!

Las palabras de Jai llegaron demasiado tarde. Mis manos se encendieron, mi electricidad silbó y estalló como advertencia mientras miraba la magia brumosa que se burlaba del cuerpo de Jai. Si a Beau se le ocurría lastimar a mi ángel, lo freiría como había hecho con los perros infernales.

—Por la Inmaculada Concepción. —Los ojos de Beau se abrieron de par en par mientras su poder se evaporaba—. ¿Es un nefilim?

—Es nuestro discípulo —tartamudeó Jai.

—¿Tu discípulo es un nefilim?

—Me ha parecido reconocer tus chillidos, Beauregard. —La voz cansada de Gideon acabó con la histeria—. Jairo, libera al Dominio. Riley, Jai está bien. Contén tu energía.

Con cierta dificultad, conseguí aplacar mi poder antes de herir a nadie. Jai soltó su agresivo agarre sobre Beau, y el hermoso ángel se enderezó la ropa. Su mirada no se apartaba de mí. Me picaba la piel.

—Beau, perdona la rudeza de mi secundario y el descontrol de mi discípulo. —Gideon se acercó a nosotros, pasándose la mano por el pelo desordenado—. Si estás dispuesto, te sugiero que demos un paseo.

—Huelo drama y cotilleos y secretos —dijo Beau con una sonrisa traviesa—. ¡Me encanta! No estoy seguro de lo sobrio que estoy ahora mismo, pero haré lo posible por estar a la altura.

—Estoy seguro de que lo harás genial. —Gideon lanzó a Jai una mirada de advertencia—. Me ocuparé de ti más tarde.

—Sí. —Beauladeó la cadera, señalando con un dedo acusador a Jai—. La próxima vez que necesites un polvo rápido, puedes besar mi apretado y alegre culo.

Jai le mostró el dedo corazón.

—Que te jodan.

—Basta. —Gideon se restregó la cara y señaló hacia la puerta—. ¿Vamos?

—Sí. —Beau me dedicó una sonrisa de vértigo y se despidió con la mano antes de girar sobre sus talones y danzar borracho antes de desaparecer de mi vista.

Sin mediar palabra, Gideon lo siguió.

Apoyado en el mostrador, Jai se pellizcó el puente de la nariz y suspiró.

—Joder.

Ahora que estábamos solos, lo último que quería era estar cerca de él. Me agaché y recogí la taza que había iniciado toda esta debacle y la metí en el lavavajillas. Jai seguía todos mis movimientos.

—Riles...

—Deberías irte a la cama —le dije—. Necesitas dormir la mona.

Pasé junto a él, retrocediendo en cuanto me alcanzó. Se acercó a mí con un sonido ahogado, pero se detuvo en cuanto sus vaqueros dejaron de sujetarle las caderas y le cayeron por los muslos. Refunfuñó al subírselos y abrocharse el botón.

El recuerdo de dónde habían estado exactamente las manos de Beau me golpeó como una ola helada. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Me tragué el sollozo que me subía por la garganta. No tenía motivos para sentirme así, como si Jai me hubiera traicionado de alguna manera. Era irracional; Jai no era mío.

—Riley, espera. —Sus dedos rodearon mi muñeca.

Me zafé de su agarre.

—No me toques.

Cuando salí corriendo de la cocina, tropezó conmigo y se enganchó en la espalda de la camisa de Gideon.

—Riley...

—Suéltame. —Mi voz se quebró por las lágrimas que luché por contener.

—No, no, no. No llores, cariño. —Me empujó hacia él, con las manos en los hombros—. Me rompe el puto corazón cuando lloras.

—Entonces, no me hagas llorar —le dije, y Jai gimió como un animal herido y cayó de rodillas.

Enterró su cara en mi vientre, sus manos se aferraron a la espalda de mi camisa. Ojalá hubiera tenido fuerzas para apartarlo, pero no pude. En lugar de eso, hundí los dedos en su pelo corto y oscuro, apretándolos con rabia. ¿Cómo podía seguir preocupándome por él si me hacía tanto daño?

—Lo siento —dijo con la voz amortiguada por mi camisa—. Soy un cobarde, un gilipollas egoísta. Pero no me odies. No puedo vivir contigo odiándome. Por favor, Riley. Por favor, no me odies.

—No te odio. —Le acaricié la nuca con una mano mientras pasaba la otra por su pelo corto—. No podría odiarte, Jai.

—Deberías. —Apenas capté su susurro, pero me partió el corazón magullado.

Sus manos presionaron las tiernas heridas de mi espalda y me estremecí.

—¡Ay!

Con un gruñido, me apretó la camisa con los puños y me la subió hasta la mitad del torso.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te has hecho daño?

—¡Jai!

Ignoró mis protestas, me hizo girar y me empujó, casi con brusquedad, contra la pared.

—¿Qué ha pasado? —Hubo un instante de silencio mientras Jai me examinaba la espalda. Sus dedos rozaron las abrasiones—. No me di cuenta... Oh, Riley, perdóname.

—No es culpa tuya —dije—. Estaré bien.

—Sí, lo estarás. —Su aliento me recorrió la columna vertebral, a escasos centímetros de mi ropa interior. Me sobresalté cuando su boca se frunció contra mi piel—. Voy a arreglar esto.

Extendió las manos a ambos lados de mi columna y sus palmas se calentaron. Un resplandor llenó el pasillo, procedente de su piel. Una cuerda blanca y palpitante serpenteó desde sus manos y se enrolló alrededor de mi torso.

Su poder me golpeó con fuerza. Era áspero y abrasivo, impregnado de lealtad feroz, brutalidad sin remordimientos y fuerza inquebrantable. Sentí el sabor de las especias en la parte posterior de la lengua.

—Jai, no.

Curar requería demasiada energía, y él ya había gastado mucha teletransportándome fuera del campus. Mis heridas no eran más que rasguños; no merecía la pena. Pero Jai me ignoró, como de costumbre.

Su energía me atravesaba con cada latido de su corazón, demasiado ardiente para soportarlo. Pero todo terminó tan rápido como había empezado. La cuerda retrocedió, arrastrándose

ásperamente sobre mi carne sensible. El dolor de espalda había desaparecido. El moratón de mi brazo había desaparecido.

Jai me acarició la espalda y depositó el beso más dulce sobre mi coxis, sus labios rozando la banda de mi ropa interior. Me estremecí.

—Riley, mi Riley —murmuró somnoliento. Su boca recorrió mi espalda y mi cuerpo se calentó por una razón totalmente distinta.

—¿Jai?

—¿Hmm?

—¿Por qué te has ido? —susurré contra la pared.

Él escondió su cara en mi espalda.

—He tenido que hacerlo. Tenía que alejarme antes de hacer algo de lo que ambos nos arrepintiéramos.

—No entiendo qué he hecho mal.

—¡Nada! —Se puso en pie, tambaleándose, y me hizo girar hasta que mi espalda recién curada chocó con la pared—. No has hecho nada malo, Riles, ¿me oyes? No ha sido culpa tuya, nunca es culpa tuya. He sido yo. Soy un cabrón.

Su frente se encontró con la mía.

—Jai, por favor.

Sacudió la cabeza, con los ojos cerrados como si le doliera.

—No puedo. No está permitido. Quiero, pero no puedo. ¿No lo ves?

Lo agarré por la cintura y le clavé las uñas en la piel.

—No lo entiendo.

Con los ojos medio enloquecidos, trazó el oleaje de mi mejilla con el dedo índice. Siguió el recorrido de mi nariz, delineó la forma de mi boca.

—Se supone que no debo querer esto —dijo en un susurro, como si compartiéramos un terrible secreto—. No se me permite desearte.

Mis labios se separaron en un jadeo. Apretó la punta del dedo entre ellos, deslizándose por la carne húmeda de mi labio inferior.

—No puedo tenerte, Riley. —Sus ojos siguieron la trayectoria de su dedo—. No puedo tenerte, pero soy egoísta. Tampoco quiero que nadie más te tenga. Ni Kayla. Ni Bethany ni Sharon. Ni Danny.

Su boca se mofó del nombre de Danny con tal repulsión que me ahogué en una carcajada. Pensé que tal vez ahora entendía su odio. Odiaba a Danny como yo odiaba a Beau. Por tomar lo

que no era suyo, por tocar lo que no era suyo.

Porque Jai... ¿me quería?

La revelación me golpeó. Era asombroso. Busqué algo que decir. Pero las palabras ya no tenían sentido.

Así que dije lo único que podía.

—No quiero que me tengan.

Inhalando bruscamente, me tapó la boca con la mano.

—No digas eso. Cariño, no puedes decir eso.

Le aparté la mano, observándolo. La esperanza y el miedo luchaban en mi pecho. No sabía de dónde había sacado el valor. ¿La hora tardía, tal vez? O la presencia de Jai, que siempre me infundía una valentía que no creía tener.

—No quiero que me tengan —repetí, esta vez con más fuerza.

Mis manos temblaban en su cintura, pero las obligué a moverse. Se deslizaron sobre sus músculos endurecidos y sus huesos afilados. Un escalofrío lo recorrió. Por mi culpa. Era una idea poderosa que yo pudiera afectarle así.

Acaricié su cara, su mandíbula desaliñada me mordió las palmas.

—Jai.

—No, Riley. No. No digas mi nombre así. —Su tono agónico me desgarró—. Joder, Riles. No puedo. No puedo.

Pero lo hizo. Me levantó en sus brazos, sus manos se extendieron sobre mi culo. Para la estabilidad, por supuesto. Posiblemente. ¿Quizás no?

Lo rodeé con mis extremidades para asegurarme en sus brazos mientras él avanzaba a trompicones por el apartamento. Se detenía de vez en cuando para atraparme contra la pared y pasarme las manos por encima. Serpentearon bajo mi camisa y se deslizaron por mis caderas, bajando por mis piernas, donde me apretaron justo por encima de las rodillas.

La magnitud de la sensación me abrumó. Nunca me habían tocado así. Mi cuerpo nunca había respondido así. Mi sangre coreaba y mis nervios hormigueaban. Como si estuviera ardiendo por dentro, todo se cocía a fuego lento y me abrasaba. Pero mientras las llamas rugían, yo no me quemaba.

CAPÍTULO 12



DE ALGUNA MANERA, LLEGAMOS a la habitación de Jai sin que me dejara caer. Entró tambaleándose y cerró la puerta de un portazo. Luego tropezó. Me llevé la peor parte cuando chocamos con la moldura de la puerta, sin llegar a tocar el pomo.

Gruñí por el impacto.

—Riley, no puedo. No deberíamos. —Su aliento me abrasó el cuello y retorcí los dedos en su pelo para agarrarme a él—. Cariño, no me lo permitas.

Como siempre, no lo entendí. Su boca decía «Basta, basta, basta», pero sus manos decían «Sí, sí, sí». Frustrado, le tiré del pelo. Gruñó.

—Si crees que estoy demasiado borracho para ponerte sobre mis rodillas, te vas a sorprender mucho. —Su palma golpeó la parte inferior de mi muslo. Chillé al sentir el golpe.

¿En serio acababa de intentar azotarme?

—Jai... —Mi voz se cortó en cuanto su dedo rozó el borde de mis calzoncillos. Tenía las manos por todas partes. Me quemaban cada centímetro cuadrado de piel que tocaban, y sucumbí al infierno, temblando en su abrazo.

El deseo era extraño. La lujuria era algo inaudito. Mi cerebro no conseguía comprender la necesidad que palpitaba en cada terminación nerviosa. Mi cuerpo no era capaz de interpretar los instintos simultáneos de acercarme y alejarme. Estaba asustado y abrumado, pero, por debajo del terror, me sentía bien.

Ni siquiera me di cuenta de que estaba empalmado hasta que las caderas de Jai se movieron contra las mías y se me clavó la hebilla suelta de su cinturón. Oh, no. Oh no, no, no, no. Aquello no estaba bien. No debía hacerlo.

Pero entonces sus labios rozaron el pliegue de mi garganta y la voz que coreaba «Más, más, más» se hizo más fuerte que mi miedo. Mi cabeza cayó contra la pared. Volvió a besarme —una, dos, tres veces— y sus labios siguieron un rastro por mi cuello.

Aquello no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. El beso de Kayla me había dado asco. El beso de Danny había sido muy soso. Pero ¿esto?

Me habían arrojado al horno para dejarme a merced de las codiciosas llamas. Una parte de mí quería arder. Una parte de mí gritaba por escapar. Porque el fuego era peligroso. Sin embargo, disfruté del calor. No quería que terminara nunca.

Jadeando, retorciéndome, luché contra el pesado cuerpo de Jai incluso mientras me esforzaba por acortar la distancia.

—Jai. Jai, por favor, estoy...

Ruidos vergonzosos se escaparon de mis labios cuando él me mordisqueó la oreja.

—Eso es, cariño. —Se rio entre dientes—. Di mi puto nombre.

Unos dedos callosos me recorrieron las costillas, su nariz se arrastró por la mandíbula. Mi piel estaba enrojecida y tensa. Me costaba encontrar oxígeno y jadeaba al empujar los hombros de Jai, pero lo acercaba agarrándole el pelo.

Unos labios rozaron la comisura de los míos. Algo duro se acurrucó entre mis piernas, alineándose junto a mi erección. Tardé demasiado en comprender lo que era, porque nunca había sentido la excitación de otro hombre. Él era... Jai era... ¡Dios!

—¡Jai!

El fuego era excesivo. Quería y necesitaba, pero el terror que todo lo abarcaba lo eclipsaba todo. No estaba preparado para aquello. Me estaba quemando. Era demasiado. No podía respirar.

—Riley. ¿Cariño? Mierda, Riley, respira para mí. —La voz de Jai me sacó del precipicio. Salí a la superficie con un gemido patético. Mi cuerpo se convulsionaba como si tuviera un ataque. Le estaba tirando del pelo con tanta fuerza que tuve que hacerle daño, pero no se quejó.

—Lo siento. Lo siento —repetí sin parar.

—Shhh, no, no, Riley. No seas... No, está bien. Tú estás bien. Nosotros estamos bien. Todo está... —Tragó saliva con fuerza y se oyó pasar por su garganta—. Maldito Hades. No tengas miedo. No tengas miedo. Nunca te haría daño, cariño. Jamás. Solo respira para mí.

Respiré. Mi mente se despejó y mi corazón galopante se calmó hasta trotar. Estaba claro que había exagerado. Pero mi miedo parecía racional cuando me moví en sus brazos, y la de Jai... estaba justo ahí.

—Riles, ¿estás conmigo? —Una nariz rozó la mía. Parpadeé y me encontré con unos ojos oscuros y vidriosos—. ¿Cariño?

—Sí, estoy... Hum.

Soltó una exhalación entrecortada y sus labios apenas rozaron los míos. Tragué saliva. Era el momento, el punto de no retorno. Si me besaba, no habría vuelta atrás, ni para mí ni para él.

Nuestro aliento jadeante se mezcló entre nosotros. Saboreé el fuerte aguijón del alcohol que había consumido. Mi miedo se transformó en culpabilidad al estudiar su rostro ceniciento, las bolsas bajo sus ojos, el aturdimiento casi inexpresivo tras sus iris.

Cerré los ojos con fuerza, tratando de encontrar la convicción necesaria. Jai estaba borracho y me necesitaba. No podía dejar que me besara así. No debía permitir que me tocara de esa manera mientras estaba bajo los efectos del alcohol.

—Para —supliqué, separando nuestras bocas con la mano. Cubrí sus labios con dedos temblorosos—. Jai, para.

Una fracción de segundo de irritación apareció en su rostro, pero luego su cuerpo se hundió de alivio. Apoyó la cara en mi cuello.

—Gracias —suspiró.

Le froté la nuca con las uñas romas. Gimió y se soltó de mis muslos. Me deslicé por su cuerpo hasta que mis pies tocaron el suelo, pero él no retrocedió. Su excitación se clavó en mi estómago. Tragué saliva.

Vaya, estaba... Bien bendito.

—Lo siento. No he debido... No hemos debido. Lo siento.

La disculpa se cortó, pero levanté la barbilla y dije:

—No lo siento.

Por primera vez desde que había llegado a casa, Jai sonrió. Estaba atontado y borracho, pero me derretí al verlo. Era hermoso.

—Creo que tengo que sentarme. Voy a... —Se balanceó, golpeando la pared por encima de mi cabeza para mantener el equilibrio—. No me encuentro muy bien.

Ahora que el rubor de su excitación desaparecía, estaba anormalmente pálido. El sudor le perlaba la frente y sus ojos se tornaron de un marrón turbio. ¿Era el alcohol? ¿O era por haberme teletransportado y curado la misma noche?

—¿Jai?

—Oh, mierda.

Lo agarré cuando sus rodillas cedieron y de alguna manera usé su impulso para arrastrarlo hasta su cama, donde se desplomó. Maldijo contra la almohada, con los brazos agitándose como un pez fuera del agua.

—La próxima vez, no bebas tanto —le reprendí mientras le desabrochaba las botas.

—Ufff.

Se dio la vuelta, quejándose. Una vez que estuvo casi recto en el colchón, le quité las botas de un tirón y las dejé cerca de la puerta.

—¿Quieres el pijama?

—No, está bien. Pero sin vaqueros —dijo quitándose los pantalones.

De inmediato, me moví para ayudarlo, pero mis manos se congelaron en su cintura mientras mi cerebro se ponía al día. Miré con recelo el evidente bulto de sus calzoncillos.

—No te va a morder. —Jai soltó una carcajada maníaca.

—Ya lo sé.

Respiré hondo para aliviar el temblor de mis manos. Hice acopio del coraje que me quedaba en el cuerpo, obligué a mis dedos a engancharse en la banda de sus vaqueros y tirar. La risa desquiciada de Jai me puso de los nervios al bajarle los pantalones por los muslos.

—Nunca pensé que vería el día... —Se quedó dormido, tapándose los ojos con un brazo.

Tras otro brusco tirón de los vaqueros, sus calzoncillos bajaron también unos centímetros. Aparté la mirada del espeso vello oscuro que salpicaba su pubis.

—Jai, tus bóxers. —Le señalé la ingle.

Levantó la cabeza para comprobarlo. Una sonrisa de suficiencia se dibujó en su rostro.

—No me importa que me veas.

¡Por el amor de Dios!

—Pues a mí sí. —Crucé los brazos sobre el pecho, negándome a ayudarlo hasta que se recolocara la ropa interior. Cuando estuvo bien cubierto, le quité los vaqueros de las piernas. Lo metí bajo las mantas y me senté junto a su cuerpo tendido.

—¿Estás bien? No tienes buen aspecto.

Hizo un gesto despreocupado, ya medio dormido.

—Estoy bien. Solo necesito dormir la mona.

—Vale.

—Buenas noches, Riley —murmuró, pasándome un brazo por encima del regazo.

Le acaricié la cabeza, rascándole el cuero cabelludo como a él más le gustaba.

—Buenas noches, Jai.

Me senté a su lado hasta que su respiración se hizo más profunda. Cuando estuvo totalmente desmayado, le metí el brazo bajo la manta para mantenerlo caliente y me levanté. La puerta de la habitación de Jai se abrió en cuanto me puse la camisa demasiado grande de Gideon sobre los muslos. Me giré de golpe.

—Oh, ahí estás —dijo Gideon, con la mitad superior de su cuerpo inclinada hacia la habitación.

Sorprendido por las confesiones de Jai y nuestro inapropiado abrazo, me había olvidado por completo de Gideon y Beau, incluso de Noel. Los nervios explotaron en mi vientre al cruzar la habitación de puntillas.

—Sí, él... necesitaba ayuda —dije mientras el rubor se deslizaba por mis mejillas.

Gideon miró por encima de mi hombro a Jai, que dormía, y apretó la mandíbula. Temiendo por la seguridad de Jai, cogí a Gideon de la mano y tiré de él para sacarlo de la habitación. Cerré la puerta con firmeza.

—Necesita dormir —susurré.

—Una patada en los pantalones es lo que necesita —refunfuñó Gideon, pellizcándose el puente de la nariz.

Resoplé en la palma de la mano.

—Eso suena como algo que diría un padre. —Su mueca me hizo reír—. Lo siento, no importa. Déjalo estar. Puedes gritarle mañana.

Todavía con la mano en la suya, lo llevé a su habitación. Lo último que quería era a Gideon cerca de Jai mientras estaba ebrio. Era muy probable que le contara lo de nuestro *casi* beso, y tenía el presentimiento de que le iría fatal.

Si podía creer las divagaciones de Jai, no deberíamos habernos tocado, y no porque Jai estuviera bajo los efectos del alcohol. Él era mi guardián; yo era su discípulo. Los límites estaban claramente delineados.

—Las líneas se están difuminando —había dicho Noel.

¿Era eso lo que quería decir? ¿Sabía Noel de los sentimientos de Jai por mí? ¿Jai sentía algo por mí?

Obviamente le había privado de la liberación física con Beau debido a mi interrupción. Y estaba borracho. ¿Estaba interesado en mí? ¿O se había conformado conmigo porque era el cuerpo más cercano?

No, Jai era muchas cosas. Era brusco y prepotente, sobreprotector y grosero. Pero también era amable y leal, y, cuando era necesario, podía ser dulce y gentil. Él no me habría usado de esa

manera; no era ese tipo de hombre.

—¿Te ha dicho algo? —Gideon me sacó de mis pensamientos, apartó las mantas de su cama y me indicó que me tumbara.

Me subí y me acurruqué bajo las mantas para ocultar mi rubor instantáneo.

—No. Solo estaba un poco irritable.

Con una risita, apagó la lámpara de la mesilla.

—Sobrio o no, suele estarlo.

Mientras Gideon ahuecaba la almohada, me mordí el interior de la mejilla.

—Creía que el alcohol no afectaba a los ángeles.

No era una pregunta, pero él la trató como tal.

—Por sí solo no, pero, si se mezcla con ambrosía, los efectos son los mismos.

—¿Ambrosía?

—Hay bares y clubes en el reino de los mortales que atienden a los sobrenaturales que residen aquí. Sirven bebidas con ambrosía. Es para los ángeles lo que el alcohol es para los humanos.

—Oh. Por eso Jai no paraba de caerse.

—Exacto.

El silencio llenó la habitación, las sombras se aclararon cuando mis ojos se adaptaron. Estudié el contorno de Gideon, retorciendo la sábana entre mis dedos.

—¿Ahora tenemos problemas? Es decir, porque Beau me ha visto —pregunté por fin.

La cama crujió cuando Gideon se puso de lado para mirarme.

—No. Beau es un dominio que reside en el reino mortal. Comprende la difícil situación de los nefilim. Prometió guardar nuestro secreto.

Intenté recordar qué era un dominio.

—¿Es una Parca? —No esperaba que un segador y transportista de almas viniera en un paquete tan pequeño y bonito.

—Estoy seguro de que esa descripción le parecerá bastante graciosa. Pero, sí, entrega almas a sus lugares de descanso final.

—¿Está de nuestro lado?

—Sí.

Me hice un ovillo y dije:

—Siento haber perdido el control. Pensé que iba a lastimar a Jai.

—Lo entiendo; ha sido noble de tu parte, pero aún no estamos seguros de a quién podemos confiar la verdad de tu linaje. La próxima vez, sería prudente que no lanzaras tus chispas.

—Lo siento.

Su mano se posó en mi cabeza y acarició mis rizos.

—No pasa nada. Beau ha ofrecido su ayuda. Siempre es bueno tener aliados.

Al amparo de la oscuridad, fruncí el ceño. No quería a Beau como aliado. Lo quería lo más lejos posible de mis ángeles. Gruñí sin miramiento.

Con otra risita, la mano de Gideon se retiró.

—Tiene mucha personalidad, pero es un buen ángel. Tiene contactos en este reino y en el reino maldito. Será un buen aliado.

—¿Por qué tiene contactos en el Inframundo? Creía que ese reino no era seguro para los ángeles.

—A los dominios se les concede inmunidad para viajar por el Inframundo para entregar almas. Por supuesto, no todos los demonios siguen el protocolo. Incluso ellos deben estar alerta, pero pueden viajar por allí con relativa seguridad.

—¿Los demás ángeles tienen vía libre?

—Visitar el reino maldito es desaconsejable para la mayoría de los ángeles. Nuestra sangre es más fuerte que la humana; tanto caídos como demonios no se lo pensarían dos veces antes de atacar, sobre todo si el ángel está en su territorio.

La mirada de Gideon pesaba mucho sobre mí, incluso en la oscuridad. Me acerqué de manera inconsciente.

—¿Por eso los demonios también atacan a los ángeles en el reino mortal? ¿Aunque sea terreno neutral? ¿Porque no pueden evitarlo?

—Con la edad llega el control. Los demonios más jóvenes son siempre más volátiles, pero cada alma demoníaca está manchada con los pecados de su creador. Por eso llevan la maldición de los caídos, dependen de la sangre de otros para su sustento. En el momento de su creación, el alma del demonio está infectada, por así decirlo, y ya no se parecen a los humanos que eran antes de sus tratos con el diablo.

»Se suponía que la muerte era definitiva. Revivir almas es un asunto desagradable. —El tono de Gideon se retorció con repulsión, sus ojos brillaban en la oscuridad—. ¿Pueden luchar contra su naturaleza? No, supongo que no. Pero no son tontos. Los demonios pueden ser tan peligrosos como los caídos.

—Por eso los matas —dije—. Para proteger a los que no pueden protegerse a sí mismos.

No contestó. Permanecimos en silencio durante largo rato. Su respiración era lenta y uniforme. Si no hubiera sido por el peso de su mirada en la oscuridad, habría pensado que se había

dormido.

—Gracias por cuidar de Jai —dijo por fin—. No es la persona más fácil de cuidar, sobre todo cuando está ebrio.

Agradecí que las sombras ocultaran mi sonrojo avergonzado.

—Básicamente, se ha quejado y luego se ha quedado dormido —evadí.

—¿No... no habéis hablado? —Su forzada despreocupación me hizo sentir un calambre en el estómago.

Me sudaron las manos.

—En realidad, no. —Nos habíamos tocado mucho más que hablado, pero nunca lo admitiría—. Ha dicho que lo sentía.

Gideon tarareó.

—¿Eso es todo?

—Mhm.

No estaba seguro de lo que Gideon buscaba, pero supuse que no podría acusarme de mentir si me limitaba a hacer ruidos sin compromiso. Por suerte, abandonó el interrogatorio.

—Intenta dormir un poco —dijo.

—Buenas noches.

Me di la vuelta, le di la espalda a Gideon y me hundí en la almohada. El colchón era vasto y frío entre nosotros, pero no acorté la distancia. Tenía la sensación de que no estaba acostumbrado a compartir la cama con otra persona, y mucho menos a acurrucarse. Además, acostarse en la cama, acurrucarse con otro, habría sido como traicionar a Jai.

Lo cual era una tontería. Jai no era mío. Y yo nunca podría ser suyo. Jamás tendría a mis ángeles como yo quería, pero era egoísta. Mi corazón se retorció de pena y envidia al pensar que otro ocuparía mi lugar en el corazón de Jai, en la cama de Gideon, en los brazos de Noel. No podía tenerlos, pero tampoco quería que nadie más los tuviera.

Tal vez entendiera a Jai mejor de lo que pensaba.

CAPÍTULO 13



LOS PRIMEROS RAYOS DE sol se colaron por las persianas de la ventana de Gideon, y se me clavaron en los globos oculares a través de los párpados. Mi cara se estrelló contra un cuerpo duro y cálido. Mis manos se extendieron sobre la carne caliente. Olía a menta y a sol.

Antes de abrir los ojos, supe dónde estaba y contra quién. Había vuelto a perseguir a Gideon por la cama. Al parecer, también había metido las manos bajo su camisa. Los músculos de su espalda resultaban firmes bajo mis dedos. Tenía que dejar de abusar de él mientras dormía.

Gemí, me aparté de él e intenté volver a dormirme. Pero la cama estaba fría y tenía muchas ganas de hacer pis.

Con un resoplido de frustración, salí.

De camino al baño, miré hacia la habitación de Jai. Estaba tumbado en la cama, medio caído del colchón. Su piel aceitunada seguía antinaturalmente pálida. Roncaba fuerte y babeaba sobre las sábanas. Tenía un aspecto ridículo, pero entrañable.

Cerré la puerta para no despertarlo.

La cama de Noel estaba intacta cuando entré en su habitación. Se había quedado fuera toda la noche. Con Malaquías. Intenté que no me doliera, pero me dolió. El rechazo de Noel, la traición de Jai, el desinterés de Gideon, dolían. Yo era una persona terrible.

Cogí ropa limpia y caminé por el silencioso apartamento. El improvisado baño de la noche anterior no había sido suficiente y me sentía asqueroso. Me metí en la ducha y me sumergí en el agua caliente.

La voz de la señora Janet en mi cabeza me dijo que enfriara el agua. Debía pagar mi penitencia. Había besado a Danny. Casi había besado a Jai, nada menos que mientras estaba borracho. Mi corazón estaba dividido en tercios, anhelando a tres hombres diferentes.

No podía elegir a Jai. Lo quería a él, pero no podía evitar querer a los otros. Si elegía a Jai, no los estaría eligiendo a ellos. La idea era impensable.

Lo que significaba que no tenía que elegir a ninguno. Pero temía no ser lo bastante fuerte para sobrevivir a esa opción.

La señora Janet tenía razón; yo era un egoísta.

Temía ceder y castigarme, así que salí de la ducha, me sequé y me vestí. En la cocina, miré con recelo la cafetera. Nunca había hecho café, pero Sharon había dicho una vez que el café era la cura para la resaca. Imaginé que Jai se despertaría con una mala.

No podía ser tan difícil hacer café, ¿no?

Después de encontrar la molienda, llené la cafetera de agua y los coloqué en el filtro. Sin mi teléfono, no podía buscar en Google cuántas cucharadas añadir. Eché a ojo.

La satisfacción me hinchó el pecho cuando la cafetera siseó y escupió líquido oscuro en la jarra. Lo había hecho todo yo solo. Limpié mientras el café burbujeaba.

Unos pasos torpes se acercaron y me giré cuando Jai se tambaleaba al doblar la esquina. Con los ojos inyectados en sangre y la piel de un color espantoso, se apoyó en la pared para sostener su peso. El sudor le brillaba en la frente y se encogía al tragar saliva.

No me dedicó ni una mirada mientras avanzaba a trompicones por el pasillo hacia el baño. Se oyó el ruido de algo pesado. Luego, el sonido de las arcadas llenó el apartamento. Bueno, era de esperar.

Abandoné el café que me había preparado y corrí al baño. Arrugué la nariz al percibir el olor agrio y saqué una toallita del cajón. Jai estaba acurrucado alrededor del váter, y todo su cuerpo se estremecía con cada sacudida de su estómago. Moje el paño en agua fría.

—Vete. —Tosió en la taza—. No quiero que me veas así.

Puse los ojos en blanco. Era demasiado orgulloso.

En lugar de irme, me agaché detrás de él y le froté la espalda tatuada, con la toallita preparada.

—Sácalo todo. Te sentirás mejor.

—Puertas del Infierno, me muero —graznó cuando pasó la primera oleada.

Le di el paño, me estiré sobre él y tiré de la cadena. Se limpió la boca mientras su malestar se alejaba.

Otra oleada lo golpeó y volvió a abrazarse al retrete. Vomitó violentamente, con un sonido casi doloroso. Enjuagué la toallita y le pasé la tela fría por la frente y la nuca. Vacilé al sentir el calor que desprendía su piel. Estaba ardiendo.

Tenía la piel de gallina en los brazos y la espalda, pero sudaba a mares. ¿Todas las resacas eran tan malas? ¿O estaba enfermo de verdad? No creía que los ángeles enfermaran.

—¿Jai? Tienes fiebre. —Le sequé el sudor de la frente con la toallita. El inodoro volvió a tirar de la cadena y el agua burbujeó de color rosa—. ¿Estás vomitando sangre?

Mi voz subió una octava cuando Jai se desplomó en mis brazos. Casi me caí bajo su peso, pero conseguí acunar la parte superior de su cuerpo en mi regazo. Su piel estaba caliente como una estufa y sus ojos miraban al techo, sin ver. Algo iba mal.

—¿Jai? Jai. —Lo sacudí suavemente. Estaba desganado en mis brazos—. ¡Jairo!

—Riley —murmuró mi nombre, luego sus ojos se pusieron en blanco. Se quedó completamente flácido.

—¡Gideon! —grité, agarrándome al pecho sudoroso de Jai—. ¡Gideon, ayuda!

Dos segundos después, Gideon irrumpió en el baño blandiendo una ballesta como un loco.

—¿Qué pasa?

—¿Qué estás...? —Me acobardé ante el arma agitándose—. ¡Ayúdalo!

Después de evaluar la escena, Gideon tiró la ballesta a la bañera y se agachó a mi lado. Me quitó a Jai de encima cuando empezó a convulsionarse. Se agarrotó mientras Gideon lo tumbaba en el suelo.

Los labios de Gideon formaron una línea y el aire se llenó de estática. Las llamas de su poder brotaron de su palma en cuanto se encorvó sobre el cuerpo tembloroso de Jai.

Con un grito, retrocedí como un cangrejo, encajándome entre el mueble del lavabo y el retrete. El baño era demasiado pequeño para todos nosotros. El calor de la energía de Gideon me golpeó la cara mientras se solidificaba en una bola de fuego arremolinada en su palma.

Brillaba como un letrero de neón y esperó.

Jai dejó de convulsionar. Gideon respiró hondo, brillando más que el sol. Luego estrelló la crepitante esfera de fuego contra el pecho de Jai. Grité.

Por un momento, temí que lo hubiera matado. Su cuerpo rígido se inclinó, y la parte posterior de su cabeza sonó contra la baldosa. Brilló con las chispas del fuego de Gideon, luego su cuerpo lo absorbió y cayó al suelo de golpe.

Todo había terminado enseguida. Gideon se sentó sobre los talones, jadeante. Jai abrió los ojos de golpe. Se sentó de golpe, jadeando.

—¡Joder! —Se agarró el pecho—. ¡Maldita crucifixión!

Con un gruñido, Gideon golpeó la nuca de Jai.

—¿Por qué, en nombre de los siete príncipes, estás vacío?

¿Vacío? Había oído el término de pasada, aunque nunca había visto a ninguno de mis ángeles sufrirlo. Pero tenía sentido. Jai se había teletransportado al reino de los mortales conmigo como acompañante. Luego me había curado la espalda.

Acurrucándose en posición fetal, Jai gimió.

—Gid, me duele.

—Tengo la sensación de que te lo mereces. —Gideon se pellizcó el puente de la nariz—. ¿Cómo estás de recarga?

—Me curó la espalda —solté—. Anoche. Me curó la espalda.

—¡Idiota! Eran heridas superficiales. Se habría curado en un día.

—Le dolía...

—No has estado en Utopía en años, saltas al reino mortal con un compañero, y luego curas un cuerpo que no es el de tu otro. —Mientras Gideon enumeraba las transgresiones de Jai, la luz sobre nuestras cabezas parpadeó—. ¿En qué estabas pensando? Me sorprende que no cayeras en coma anoche.

Jai apretó los dientes.

—Estaba herido.

—¡Pero no era por tu culpa!

Jai retrocedió ante la mirada fulminante de Gideon, pero su discusión se interrumpió cuando el aire se llenó de energía. Con un estallido, Noel apareció en la puerta del baño.

—¡Santa comunión! ¿Qué demonios está pasando?

Ojeras negras oscurecían la piel bajo los ojos de Noel, contrastando con su piel de porcelana. Su pelo blanco caía de su moño descuidado, y su ropa del día anterior estaba arrugada y colgaba de su cuerpo de cualquier manera.

—Me despierto con una maldita pistola eléctrica en el pecho. Tengo una resaca de cojones. Jai está vacío. —La voz de Noel alcanzó un falsete chillón—. Me voy una maldita noche, y se desata el infierno. Voy a patearos a todos si alguien no... ¿Riley? —Su diatriba terminó, con los ojos muy abiertos—. ¿Qué estás haciendo aquí? —Miró entre Jai y Gideon—. ¿Qué está haciendo aquí?

¿Por qué todo el mundo se sorprendía al verme en ese apartamento? ¡Vivía allí!

—Tal vez si hubieras contestado tu maldito teléfono, lo sabrías. —Jai lanzó le una mirada fulminante.

Una genuina confusión aflojó su mandíbula.

—¿Qué?

Cuando Gideon se puso en pie, el ambiente zumbó. La lámpara tintineó y el cristal del espejo tembló. Jai, Noel y yo nos alejamos de su ira.

—Ya basta. —No levantó la voz. Su tono era plano, frío. Habría sido menos aterrador si hubiera gritado—. He tenido que aguantar mucha mierda de vosotros dos a lo largo de los siglos. Vuestra terquedad, vuestro infantilismo, vuestro total desprecio por las normas. Os he defendido frente quienes os habrían castigado o, peor aún, despojado de vuestros títulos de guardianes. En más de una ocasión me he sentido decepcionado con vosotros, pero nunca me había avergonzado de llamaros mis secundarios. Hasta anoche.

A Noel se le aguaron los ojos. Jai agachó la cabeza. Apreté las manos en puños hasta que las uñas me rompieron la piel.

Gideon se dirigió a Jai.

—Has abandonado a tu discípulo herido sin una sola explicación. Has permitido que tus problemas personales te cegaran ante posibles amenazas a su seguridad. Has huido, te has emborrachado y has traído a un ángel al mismo apartamento donde dormía tu discípulo, que además es un nefilim. ¡Si hubiera sido otro ángel, uno menos comprensivo que Beau, estaríamos en serios problemas! No solo has puesto en peligro la seguridad de Riley, sino también la nuestra.

—Jai, ¿qué has hecho? —exigió Noel.

—Oh, tú eres el siguiente. —Gideon se abalanzó sobre Noel, y mi ángel retrocedió, casi subiéndose al lavabo para escapar de su ira—. Las noches libres son un privilegio, no un derecho. No has dado señales. Has bloqueado los lazos como un niño testarudo. Te he llamado y no has contestado al teléfono. No me importa si te estás follando a todo un equipo de *fútbol* al estilo conga. ¡Contestarás tu puñetero teléfono, Noel!

Una lágrima resbaló por la mejilla de Noel.

—Yo no...

—No, ninguno de los dos pensó mucho anoche. —Gideon retrocedió y exhaló bruscamente para contener su temperamento—. Lleva a tu otro a Utopía. Puede que tengas que llamar a un sanador. Está bastante mal.

Noel se agachó junto a Jai y lo ayudó a ponerse en pie. Cuando Jai se tambaleó hacia un lado, Noel lo cogió y lo levantó en brazos.

—Hueles bien —balbuceó Jai, acariciando la garganta de Noel.

—Cállate, Jairo. —Noel ajustó su agarre alrededor de la espalda de Jai y bajo sus rodillas. Evitó mi mirada y carraspeó con timidez—. Mi teléfono no tenía batería esta mañana. No lo he

apagado, Gideon. Yo nunca apagaría mi teléfono. Habría contestado si...

—¿Cuántas copas te tomaste anoche?

Noel se encogió.

—Yo... no me acuerdo.

Gideon suspiró.

—Nunca lo haces.

Un sollozo sacudió el cuerpo de Noel mientras se giraba. Jai acarició la cara de Noel, arrullándolo en un consuelo sin sentido.

—No pasa nada, Noel. No llores. —Le agarró un mechón suelto y se lo frotó en la cara—. Me encanta tu pelo. ¿Te lo he dicho alguna vez?

—Solo... —Puso los ojos en blanco—. Cállate, Jairo.

Vi cómo todo se desarrollaba ante mí como un accidente grave de coche. Se suponía que no debían pelear: eran un equipo, una familia. Se suponía que la familia no debía sufrir así.

Mientras Noel se dirigía al pasillo, un móvil sonó en algún lugar del apartamento. Él se detuvo y miró a Gideon. Jai tenía la cabeza ladeada y el pelo de Noel aún le rodeaba los dedos. Gideon pasó junto al dúo y Noel le pisó los talones. Obligué a mi cuerpo a descongelarse y trastabillé tras ellos.

El teléfono se silenció y volvió a sonar un momento después. Gideon desapareció por el pasillo hacia los dormitorios para volver con el teléfono en la mano. Tenía los hombros tensos y la cara desencajada.

—Es Gabriel —dijo.

Noel palideció. Jai parpadeó con lentitud, arrugando la nariz.

—¿Quién es Gabriel? —pregunté.

Nadie me respondió.

De mala gana, Gideon se llevó el teléfono a la oreja.

—¿Sí?

La persona que estaba al otro lado de la línea —Gabriel, supuse— le gritó. No entendí las palabras, pero incluso desde el otro lado del salón oí la voz enfadada. Gideon apretó el teléfono con fuerza y el plástico crujió bajo la presión.

—Gabriel, ahora no es un buen momento... —Gideon se puso rígido. Noel y Jai observaban absortos a su primario. Me quedé boquiabierto—. ¿Qué? Por supuesto que no... Si estás insinuando lo que yo creo... —Gabriel interrumpía a cada momento, gritando a través del teléfono. Una terrible calma se apoderó de Gideon.

»Entiendo. No hemos visto ningún motivo para llamar la atención... Bueno, no estábamos seguros... Sí, estaré allí en cuanto... —Apretó los dientes y perdió el control—. Tengo que hacer los preparativos. Tengo un secundario vacío y no puedo dejar a mi discípulo solo.

Gabriel chilló de nuevo.

Gideon enseñó los dientes.

—Si crees que voy a llevarlo... No te acercarás a menos de treinta metros de mi discípulo si puedo decir algo al respecto, hermano. Llegaré cuando llegue.

Colgó, mirando el teléfono mientras le temblaban las manos. Como si necesitara todo su autocontrol para hacerlo, Gideon dejó el móvil sobre la mesita antes de dirigirse a Noel.

—¿Qué hiciste exactamente anoche, Noel?

Nunca pensé que vería a Noel temer a Gideon. Fue horrible de presenciar.

El labio inferior de Noel tembló. Su nuez tragó.

—Fuimos al club.

—¿A cuál? —preguntó Gideon.

—El club de Hosiah.

—¿Con Malaquías?

—Algunos de sus amigos estaban allí también. —Noel sujetó a Jai más firmemente—. Gideon, ¿qué ha pasado?

—Nuestro discípulo nefilim es la comidilla del Cielo. —Esa terrible calma había regresado—. Excelente trabajo, Noel.

—No, eso no es... Yo no... —Él sacudió la cabeza—. Gideon, yo nunca...

—Malaquías lo ha confirmado. Ha dicho que se lo habías contado todo.

—No, no, no, eso no es lo que pasó. —Noel se ahogó en lágrimas—. Nunca traicionaría a Riley. —Me miró, suplicante—. Riley, no lo hice. Nunca lo haría. Tienes que creerme.

No sabía qué pensar. Ni siquiera estaba seguro de entender lo que estaba pasando.

—Tengo que reunirme con el Consejo para evaluar los daños. —Gideon hundió las manos en su pelo. Parecía agotado, asustado. No creía que fuera posible que tuviera miedo—. Reclaman a Riley, pero pensaré en algo.

—Gideon, yo no...

—¡No importa! Lo hecho, hecho está. Ellos lo saben. —Gideon cerró los ojos con fuerza—. Joder.

—No me acuerdo... —Noel lloró, y Jai le secó las lágrimas de la mejilla.

—Lleva a Jai a Utopía. —Gideon despidió a Noel con un gesto seco de la mano.

—Lo siento —susurró Noel, perdido—. Lo siento.

Entonces se iluminó como el sol, y él y Jai desaparecieron con un chasquido.

No estaba seguro de lo que esperaba que ocurriera a continuación, pero no que Gideon se desplomara sobre la mesa de café y enterrara la cara entre las manos. La vulnerabilidad no era propia de él. Despertó mi instinto protector y crucé el salón antes de tomar una decisión consciente.

Con cautela, puse la mano en su hombro. Al ver que no reaccionaba, me armé de valor y deslicé la palma de la mano hasta su cuello y luego hasta su pelo. Permaneció en silencio, rígido como una tabla, mientras yo pasaba los dedos por sus grandes bucles.

Gideon era nuestra roca, los cimientos inquebrantables de nuestra turbulenta familia, pero no era infalible. Quizá me tocaba a mí ser fuerte por él.

—Todo va a salir bien, Gideon —dije con toda la confianza que conseguí reunir—. Lo iban a descubrir tarde o temprano. Solo era cuestión de tiempo.

—No sé qué pasará —admitió, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas en el regazo.

—No es tu responsabilidad saberlo todo. Eso es imposible. —Imité la forma en que siempre se dirigía a mí, tomando su barbilla, y le levanté la cabeza. Sus ojos verdes mostraban cautela. Hablé antes de que se apartara—. Venga lo que venga, lo afrontaremos juntos. Eso es lo que hace las familias. Y nosotros somos una familia, ¿verdad?

Me miró durante unos largos segundos, como si yo fuera un misterioso descubrimiento nunca explicado. Como si me estuviera viendo, viéndome *de verdad*, por primera vez.

—Sí. Sí, somos una familia.

—Entonces, lucharemos juntos —dije.

Muy despacio, la determinación se solidificó en su mirada, y asintió. Una vez.

—Juntos.

Me soltó la mano y se levantó. Nos sorprendió a los dos al abrazarme con rapidez. Me había abrazado más en las últimas veinticuatro horas que en todos los meses que llevaba conociéndole. Se lo devolví.

Me revolvió los desordenados rizos y me dijo:

—Sigues sorprendiéndome, *kapara*.

Yo sonreí.

CAPÍTULO 14



DESPUÉS DE PONERSE SU conjunto habitual de pantalones, camisa de vestir y corbata, Gideon hizo algunas llamadas. Le llené la taza con el café que había preparado y luego me senté en el sofá y lo observé pasear por el salón. Cuando colgó, se puso sus relucientes mocasines y cogió su café para llevar con una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias. Xavier llegará pronto.

—De acuerdo.

—Volveré en cuanto pueda.

Asentí.

—Lo sé.

—Me ocuparé de todo —me aseguré, y sonreí.

—Siempre lo haces.

Gideon vaciló; casi dejó caer el móvil. Tragó saliva.

—Sí, bueno, tengo que irme.

—Vale. —Junté las manos en mi regazo.

—Todo se arreglará. —¿A quién se lo decía: a mí o a sí mismo?—. Hazle caso a Xavier. Pórtate bien.

—Siempre me porto bien.

Con un arco de ceja dubitativo, Gideon brilló con un blanco etéreo.

—Claro. —Luego desapareció en el vórtice.

A solas en el apartamento, me acurruqué en el sofá y contemplé con nostalgia nuestro feo árbol de Navidad. Quizá Xavier pudiera llevarme a comprar los regalos. Era cierto que las no habría celebraciones navideñas si todo se iba al garete, pero intentaba ser optimista.

Llamaron a la puerta, seguida de una voz casi familiar.

—¿Riley? Soy Xavier. ¿Puedo pasar?

Le había prometido a Gideon que me portaría bien, y parte de eso consistía en ser precavido. Me asomé por la mirilla. Unos sorprendentes ojos claros me devolvieron la mirada. Piel oscura. Pelo corto y negro. Se parecía a Xavier.

Abrí la puerta y saludé.

—Hum, hola.

—Hola. Me alegro de volver a verte. —Xavier sonrió, pero no hizo ningún movimiento para cruzar el umbral—. Vengo con regalos.

Entrecerré los ojos.

—¿Qué clase de regalos?

Su sonrisa se amplió.

—Un móvil nuevo. El medio para recuperar los contactos de tu teléfono. Y he traído unos pergaminos para que los leas. He pensado que te gustarían.

Bueno, si había una manera de sobornarme para que lo dejara entrar, era esa.

—¿En serio?

Sí, de verdad que había traído regalos. El teléfono que me entregó era exactamente igual al mío, pero no tenía el fondo personalizado. Utilizó su ordenador —y lo que yo estaba seguro de que eran técnicas ilegales de pirateo informático— para transferir mi lista de contactos de la cuenta de mi antiguo teléfono a una nueva tarjeta SIM.

—Gracias. —Acuné el teléfono con el pulgar sobre el contacto de Danny.

Sabía que antes o después tendríamos esa conversación, aunque no quisiera. Danny era mi amigo y no quería hacerle daño. Pero tenía que ser sincero con él. Se lo merecía.

—¿Estás bien? —preguntó Xavier, que me observaba desde el otro lado del sofá.

—Tengo que hacer algo, pero temo que le haga daño a mi amigo. No sé cómo no herirlo. Puede que ya no quiera mi amistad, y eso sería horrible ...

Él suspiró.

—Perdóname si me meto donde no me llaman, pero siempre encuentro que la verdad es la mejor opción.

—¿Aunque duela?

—Sobre todo si duele.

Resignado, me encogí de hombros bajo una de las sudaderas de Jai y escapé al jardín trasero. Acaricié una de las flores de Gideon, con los pétalos suaves y resbaladizos por el rocío. Luego

marqué el número de Danny.

Sonó tanto tiempo que pensé que no contestaría. Justo antes de colgar, la línea se conectó.

—¿Diga?

—¿Danny?

Un silencio, y luego:

—¿Riley?

—Hola...

—¡No me llamaste! ¿Tienes idea de lo preocupado que he estado? Te mandé mensajes y te llamé. Incluso conduje hasta tu dormitorio anoche y esta mañana —despotricó—. ¿Dónde estás? Me prometiste que llamarías y no lo hiciste. ¿Y de quién es este móvil? Estoy como loco desde anoche. Eres... eres... ¡Estoy tan cabreado contigo! Ni siquiera se me ocurre un buen insulto.

—Lo siento. —Caminé por el césped—. Quería llamarte, pero no tenía mi teléfono.

—¿En serio? —dijo dubitativo.

—¡Sí! La señora Janet, mi madre de acogida, me quitó el móvil anoche. Te prometo que te estoy diciendo la verdad. Quería llamar, pero las cosas se complicaron un poco y... Danny, lo siento.

La línea se quedó en silencio durante varias respiraciones.

—¿Ella...? Ri, ¿te hizo daño?

Me mordí el interior de la mejilla hasta que me supo a metal.

—La verdad es que no. Esta vez no ha ido mal.

Tras un silencio sofocante, Danny preguntó con voz tensa:

—¿Qué quieres decir con «Esta vez»?

—Es complicado. Ella... no es la persona más fácil de complacer.

—Ya te digo. ¡Tenía ojos de loca! Ojos de loca de verdad, Riley. No puedo... Menuda pieza es tu madre.

Una risita sin gracia salió de mi pecho.

—Sí, es difícil.

—Eso parece un eufemismo.

Danny no era de entrometerse, pero capté la sutil curiosidad mezclada con su preocupación.

—Vivir con ella no fue fácil. Siento que fuera tan grosera. Nunca pretendí que la conocieras.

—No parecía gustarle.

—No creo que le guste nadie. —Me senté en la hierba y arranqué los delgados tallos del suelo —. Siento lo de anoche, lo de... Bueno, todo.

—No sé nada de todo. Antes de que apareciera tu madre adoptiva, creía que iba bien. —Su tono era esperanzador, y mi estómago se encogió.

—Danny...

Suspiró.

—Maldita sea. —Lo dijo resignado, decepcionado pero resignado.

—Lo siento —susurré por milésima vez—. Yo... Eres uno de mis mejores amigos y me gusta mucho cuando salimos. Y...

—No pasa nada, Riley. No tienes que darme explicaciones. Sabía que no tenía muchas posibilidades.

Ojalá hubiera podido verle la cara. Era difícil capear esa conversación sin señales visuales. Debería haberlo hecho cara a cara. Pero ya era demasiado tarde.

—Ojalá las cosas fueran diferentes. —Amontoné hierba en un montículo a la altura de mis rodillas.

—No hagamos esto —dijo Danny—. Yo no... Creo que eres genial, Riley. Eres mono y dulce, y divertido incluso cuando no sabes que estás siendo divertido. Y yo soy tu amigo. Nos lo pasamos bien juntos, y no quiero que las cosas se pongan raras ahora solo porque tenga un estúpido cuelgue. Quiero decir... —se rio—, ni siquiera eres mi tipo.

¿Me estaba insultando? ¿Era uno de esos cumplidos indirectos?

—Eh...

—Lo siento, ha sonado mal. No he querido decir eso. Solo quiero que sepas que me has sorprendido. Y, como nos llevamos tan bien, pensé que tal vez podríamos ser más. Pero tú no sientes lo mismo, y está bien. —Se aclaró la garganta y me lo imaginé dándose golpecitos en el lateral de las gafas—. Al principio, ni siquiera sabía si eras gay. Envías señales contradictorias.

—Lo siento. Nunca he querido...

—Lo sé. —Oí la sonrisa en su voz—. Eres una de las personas más transparentes que he conocido. Era difícil discernir si estabas coqueteando o solo eras inocente.

Bueno, pues de perdidos al río.

—Nunca he hecho esto antes —dije antes de perder los nervios—. Ya sabes, citas y esas cosas. Ni siquiera sabía que anoche era una cita hasta que estuvimos allí y me invitaste a cenar e intentaste cogerme de la mano.

Danny se echó a reír.

—Lo siento. No debería reírme, pero... Riley, eres tan despistado.

Esbocé una sonrisa.

—¡Bueno, tampoco es que tu fueras muy comunicativo con tus intenciones!

—¿Intenciones? Dios mío, a veces no puedo contigo.

Me enfadé mientras Danny se reía a carcajadas. Pero, técnicamente, lo estaba rechazando, así que lo dejé reír. Era mejor que hacerle llorar.

—Vale, entonces, ¿puedo asumir que anoche fue tu primera cita con un chico?

Resoplé.

—Anoche fue mi primera cita sin más.

—Joder, ¿en serio?

El rubor se deslizó por mis mejillas al asentir.

—Sí. Antes no me lo permitían.

—¿No te permitían tener citas? ¿O no te permitían tener citas con chicos?

—Ambas cosas. Las citas no estaban permitidas y, definitivamente, menos con chicos.

El humor desapareció de su voz.

—Eso es... Vaya. Lo siento, yo no... Yo no... Pensaba que solo eras tímido. No sabía que aún no habías salido.

—¿Salido?

—Del armario. —Se me hizo un nudo en la garganta al captar su significado, y él procedió con cautela, su tono inseguro—. A menos que... Ri, ¿eres gay?

Llevaba semanas haciéndome esa pregunta.

—Yo... —Inspiré hondo—. La verdad es que no lo sé.

Fue el silencio más largo de mi vida. Ahora tenía tres montones de hierba delante de mí. La brisa sopló uno y esparció los tallos muertos por el césped.

—Deberíamos tener esta conversación en persona, porque ahora quiero abrazarte. —Suspiró al teléfono—. Ri, lo siento.

—¿Por qué lo sientes? Has sido la mejor persona del mundo. Yo soy el que lo ha estropeado todo.

—No has estropeado nada, ¿vale? Ante todo, eres mi amigo. ¿Me oyes? —Murmuré una frase inteligible, pero al parecer no fue suficiente. Resopló—. Escucha. ¿Tú y yo? Por lo que a mí respecta, estamos bien. Supongo que depende de ti si podemos seguir siendo amigos. Espero no haber estropeado eso.

—Quiero que seamos amigos —afirmé.

Suspiró, aliviado.

—De acuerdo. Yo también.

—De acuerdo. —Me esparcí hierba por la rodilla y luego me la quité con un cepillo—. Entonces, ¿seguimos siendo amigos?

—Sí, Ri. Seguimos siendo amigos. —A juzgar por su tono, sonreía de nuevo—. Es decir, creo que sobreviviré a tu rechazo.

Me sonrojé.

—Eso no es...

—Lo sé. —Danny rio con sequedad—. Escucha, tengo que salir pronto hacia casa, o tendré que parar en un hotel y pasar la noche.

—Ay, claro. Siento haberte retrasado.

—Anda, cállate. Aún tenemos que hablar de tu madre y de qué demonios pasó anoche. Pero creo que esa conversación es mejor tenerla en persona, ¿no? —Gruñí en como afirmación, y él se aclaró la garganta—. De acuerdo. Bueno, quedaremos cuando vuelva al campus, ¿vale?

—Vale.

—Pero todavía puedes llamar. En caso de que necesites..., si tienes preguntas. Sobre chicos y esas cosas.

Me ahogué en una risa, mi cara ardiendo.

—Hum, sí, vale.

—O si solo quieres hablar.

—Gracias, Danny.

—Bueno, ¿para qué están los mejores amigos?

Nos reímos un poco antes de despedirnos. Prometí mantenerme en contacto durante las vacaciones, e hicimos planes para encontrarnos cuando regresara en el nuevo semestre. Fue incómodo y sabía que las cosas no volverían a ser como antes, al menos por un tiempo, pero fue un comienzo.

Colgué el teléfono con un suspiro de alivio.

Pasé el resto del día preocupado por mis ángeles mientras escuchaba a Xavier traducir y leer pergaminos angélicos. Eran interesantes registros históricos que documentaban la evolución de las funciones de los ángeles a medida que el reino mortal se llenaba de humanos. Normalmente, me habría muerto de ganas de leer algo así, pero mis ojos se desviaban hacia el teléfono cada pocos segundos con la esperanza de recibir noticias de Gideon.

Nunca llegaban.

Xavier era una compañía agradable, pero yo no tenía la capacidad para disfrutarla. Después de cenar comida china a domicilio, vimos una película de la que me enteré a medias. No recordaba

el nombre ni siquiera unos instantes después de que terminara. Me duché, me puse mi pijama y le di las buenas noches.

Tumbado en la cama de Gideon, miré la pantalla del móvil, intentando armarme de valor para llamar a su número. Mi inseguridad ganó. Apagué la pantalla y lo dejé a un lado. Permanecí despierto durante horas, escuchando a Xavier moverse por el apartamento. En algún momento, las luces se apagaron y la noche se sumió en el silencio. Estuve mirando hacia el techo durante mucho tiempo.



Estaba en medio del desierto. El viento caliente me golpeaba la cara. Pequeños granos de arena se clavaban en mi piel y el sol no daba tregua. Me limpié el sudor de la frente y observé las dunas que me rodeaban.

¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Dónde estaba?

Las dunas se extendían durante kilómetros hasta que el marrón rojizo se unía al cielo gris. No había nada ni nadie, era un páramo vacío. Estaba solo.

Qué sueño tan extraño.

Cuando se levantó viento, un remolino de polvo entró en mi campo de visión. Se espesó. El viento aulló. Luego terminó igual de rápido, la arena cayó al suelo en una sábana silenciosa. Y ya no estaba solo.

Un hombre estaba delante de mí, descalzo, con unos pantalones vaqueros deshilachados y una camiseta de Minecraft. Llevaba el pelo rubio rizado alrededor de las orejas. Su piel era dorada y sus ojos del color del océano más azul.

Tragando saliva, di medio paso atrás, preparándome para huir del desconocido, pero su sonrisa me hizo detenerme. Me desarmaba y me atraía, perezosa pero curiosa. La brisa del desierto me tostó la piel, olía a humo y ceniza, a sábanas de algodón y salitre.

—Hola —dijo él.

Me sobresalté al oír su voz suave en medio de la nada del desierto.

—Hum, hola.

No hablamos durante un tiempo indeterminado. El hombre parecía tranquilo, pero yo estaba inquieto bajo su falsa sensación de serenidad. Estaba de pie en un desierto, sin nada más que mi

pijama. Ni siquiera llevaba zapatos. La situación no tenía nada de relajante, pero él estaba sereno como un monje.

Cansado del silencio, lo rompí.

—¿Quién eres?

Se encogió de hombros, metiendo las manos en los calzoncillos.

—¿Dónde estamos? —Como no contestó, crucé los brazos sobre el pecho con un resoplido—.

¿Por qué estamos en un desierto?

Su sonrisa se amplió.

—Supongo que es culpa mía. ¿Esto te gusta más?

En un instante, el desierto desapareció. Ahora estábamos en un bosque, con una ominosa niebla enroscada alrededor de los árboles. El repentino cambio del calor al frío me hizo estremecer y me abracé con fuerza. Deseé volver al apartamento.

Y entonces lo estábamos.

El rubio parpadeó sorprendido por el cambio de paisaje y giró la cabeza para explorar el jardín de Gideon. Yo estaba tan sorprendido como él. Claro que era mi sueño, así que era lógico que pudiera cambiar de lugar.

—Interesante —susurró.

—¿Quién eres? —volví a preguntar, pero no respondió.

En su lugar, extendió la mano para tocar una de las flores de Gideon. Se estremeció como si le doliera.

—¡Eh, para! —Me abalancé sobre él y le aparté la mano de un manotazo.

Frunció el ceño y se la frotó. Me preocupé por el triste pétalo de la flor. Se había replegado bajo el tacto del desconocido, y yo la tranquilicé con un arrullo.

—No pasa nada —le dije—. Gideon vendrá a saludarte pronto. No tengas miedo.

El pétalo tembló antes de desplegarse, y sonreí.

—Así está mejor.

—Eres una cosita muy extraña, ¿verdad? —dijo el hombre detrás de mí—. Eres mucho más pequeño de lo que esperábamos.

Después de asegurarme de que la flor estaba bien, me volví hacia él.

—Eso no es muy amable.

Se rio, un sonido irritantemente agradable. Todo en él era tentador. Era atractivo, de sonrisa relajada. Incluso olía bien, como las siestas entre sábanas de algodón de los domingos perezosos en la playa. Me dio sueño.

—¿Qué haces aquí? —Retrocedí unos pasos.

El hombre seguía todos mis movimientos.

—Inspección. La mente es fascinante y muy buena para defenderse. Pero el sueño abre puertas que suelen estar bien cerradas. Necesitábamos estar seguros.

—Seguros ¿de qué?

Su expresión se enfrió, la risa se apagó como una llama sin oxígeno.

—De que eres tú a quien buscamos.

Me tembló el estómago.

—¿Quiénes?

—Mis hermanos y yo.

—¿Por qué...? —Se me quebró la voz y me tragué el miedo que me atenazaba las vías respiratorias—. ¿Por qué me buscáis?

—¿De verdad no lo sabes? —Sonrió, esta vez mucho más triste, y se pasó una mano por las ondas desordenadas—. Qué mala suerte.

Estaba asustado. No me gustaba ese sueño.

—Quiero despertar.

—Puedes hacerlo cuando quieras. Después de todo, es tu sueño.

—¿Quién eres? —repetí mi pregunta inicial.

No esperaba que contestara, pero lo hizo.

—Mis amigos me llaman Bel.

—¿Eso significa que somos amigos?

Esta vez, el ceño fruncido que le afinaba la boca parecía más genuino.

—Quizá en otra vida.

El aire a nuestro alrededor onduló, el patio trasero se deformó como un holograma de ciencia ficción con un fallo. Bel soltó un suspiro pesado y afinó sus facciones. Parecía aburrido.

—Se nos acaba el tiempo.

—¿Me estoy despertando?

—Creo que sí. —El mundo que me rodeaba se oscureció y la figura de Bel onduló como un espejismo. En unos instantes, desapareció. Sus palabras persistieron en la oscuridad—. Adiós, Riley. Ya nos veremos.

CAPÍTULO 15



MIS ÁNGELES NO VOLVIERON a casa durante tres días.

Xavier se quedó conmigo dos. Me leyó pergaminos, me ayudó a preparar los regalos de Navidad —por si teníamos Navidad— e incluso se ofreció a enseñarme a usar una espada.

La última sugerencia llegó la segunda noche. Ya habíamos comido y yo tenía la mirada perdida en la televisión. Era un programa de búsqueda de casas para ricos que no sabían qué más hacer con su dinero que comprar una vivienda para las vacaciones en alguna isla tropical.

Xavier trabajaba en su portátil. Yo tenía los ojos vidriosos. Miraba el móvil cada pocos minutos, como un tic. Gideon me había enviado varios mensajes. No me dio detalles, solo me aseguró que todo el mundo estaba bien. No era suficiente, pero al menos era algo.

—¿Hacemos algo más productivo? —Xavier cerró el portátil y se levantó, estirando su cuerpo alto y ágil—. Me siento un poco rígido.

—Vale. —Apagué el televisor y, a instancias de Xavier, me calcé las zapatillas de deporte.

Lo seguí hasta el patio trasero y escudriñé los alrededores, medio esperando ver al extraño rubio de mi sueño. No apareció y respiré más tranquilo cuando Xavier lanzó una ondulante mirada de soslayo sobre el jardín.

—¿Alguna vez has entrenado con armas? —Una reluciente espada apareció en la mano de Xavier, con la hoja de un extraño material anaranjado. ¿Era algún tipo de piedra preciosa? Brillaba como si estuviera hecha de gemas, pero yo no era geólogo. No podía asegurarlo.

De golpe, recordé que me había hecho una pregunta: negué con la cabeza.

—No. —Miré con recelo su gran espada y apenas conseguí no retroceder por instinto—. Nunca he tocado una espada.

—Bien. Empezaremos por el principio.

Una espada de metal más pequeña se materializó en su otra mano y me la ofreció con la empuñadura de cuero extendida. Me armé de valor y la rodeé con los dedos. La espada zumbó bajo mi contacto e hizo vibrar mis huesos.

—No tengas miedo —me dijo—. Al igual que tu poder es una extensión de ti mismo, también lo es la espada.

El arma era más ligera de lo que esperaba, pero su sutil peso me reconfortó. Una pequeña sonrisa curvó mis labios cuando se amoldó a mi mano como si hubiera sido forjada solo para mí. Como la primera vez que había accedido a mis poderes, me sentí fuerte, poderoso.

—¿Seguro que nunca has empuñado un arma? —Xavier observó cómo agarraba la espada mientras yo asentía—. Entonces, tienes talento. Tu agarre y tu postura son muy buenos.

No tenía ni idea de a qué se refería, ya que había adoptado la que me resultaba más natural y cómoda. Reflexionó sobre mi postura un momento más antes de empezar con sus instrucciones.

Hurgó en mi cuerpo y me recolocó ligeramente hasta que tuve los pies más separados y la columna más recta. Cuando estuvo satisfecho, primero me enseñó un sencillo movimiento de pies para que no perdiera el equilibrio ni tropezara al empuñar el arma. Más tarde, pasó a los bloqueos sencillos.

Para mi sorpresa y la suya, aprendí bastante rápido. Nunca se me había dado bien nada por naturaleza, pero, mientras pasábamos horas en el patio trasero blandiendo nuestras espadas, algo encajó. Por fin había encontrado algo que se me daba bien.

Xavier me animaba a dominar movimientos sencillos. Corregía mis errores y elogiaba mis ejecuciones precisas. Cuanto más practicábamos, más perplejo estaba.

—A Gideon no le suelen gustar las bromas pesadas —dijo durante una pausa—. Pero me preocupa que me esté gastando una broma ahora mismo. ¿Estás seguro de que no te han entrenado?

El cumplido encubierto hinchó mi pecho de orgullo. Me limpié una capa de sudor de la frente.

—No, nunca había tocado una espada.

—Increíble. —Sonrió, estudiándome. Ni siquiera respiraba con dificultad después de nuestras extenuantes actividades—. De verdad que tienes un talento natural.

Juré que levitaba del suelo, mi sonrisa hacía que me dolieran las mejillas.

—¿Podemos repetirlo?

Levantó su espada de gemas naranjas, movió las cejas juguetonamente.

—Si crees que puedes seguir el ritmo...

Yo carecía de la destreza que él había perfeccionado tras siglos de entrenamiento, pero tenía que admitir que manejaba la espada con una facilidad pasmosa. Era como un conocimiento profundo, un instinto que residía en mis venas. Había poca delicadeza; mis movimientos eran toscos y algo predecibles, pero no solté la espada. Sonreí de verdad por primera vez en casi tres días.

Aquella noche dormí profundamente; no soñé nada.

La tercera tarde, me estaba volviendo loco. Xavier y yo ya habíamos jugado en el patio y yo ya me había duchado. Era Nochebuena y no sabía nada de mis ángeles desde el mensaje de Gideon del día anterior, en el que me aseguraba que Jai no había muerto.

Los echaba de menos. Quería que volvieran a casa.

Xavier entró en el salón con el ordenador y las maletas en la mano. Me enderecé en el sofá y silencé la película de Pixar que emitía la televisión.

—¿Te vas?

—He alargado mi estancia todo lo posible —dijo—. Tengo responsabilidades y debo volver a ellas.

—Por supuesto. Comprendo. Hum...

—He hablado con Gideon, y hemos hecho arreglos para ti.

Grandioso. Otro niñoero.

—Me quedaré en el apartamento. Estaré bien hasta que...

—El apartamento es seguro, pero las guardas no son infalibles. No solo te protegemos de fuerzas demoníacas. —Xavier dejó las maletas y me puso una mano en el hombro—. No es seguro dejarte solo.

Me desplomé, derrotado.

—No soy un niño.

—Lo sé.

Hice un mohín y cogí la funda del móvil mientras Xavier se encogía de hombros y se ponía la chaqueta y los zapatos. El timbre sonó cuando Xavier se anudaba los cordones. La ansiedad me revolvió el estómago.

¿Quién ocuparía el lugar de Xavier? ¿Y si eran aburridos, molestos o raros? No se me daban muy bien los desconocidos.

—Respira. —Xavier sonrió cuando la puerta principal se abrió con fuerza, golpeando contra la pared del pasillo—. Sé que parece un poco exagerado, pero tiene buen corazón.

¡Oh, no!

—¡Xavier, has dejado la puerta abierta! Eres el peor guardaespaldas del mundo. —Beau entró en la habitación con dos pizzas en una mano y un pack de seis bebidas en la otra. Se le iluminó la cara al verme en el sofá, boquiabierto de horror—. ¡Riley! Vamos a hacer una fiesta de pijamas. ¿Estás tan emocionado como yo? Sí. He traído pizza y cerveza, pero no es cerveza. Son refrescos con un poquito de vino porque, puaj, cerveza. ¿A que sí?

Sin esperar respuesta, se dirigió a la cocina y colocó las pizzas sobre la encimera antes de dejar el pack de seis botellines en la nevera.

—No puedes dejarme con él —siseé mientras Xavier se levantaba y recogía sus maletas. El querubín se echó a reír. Traidor.

Beau entró bailando en el salón.

—¿Te gusta la limonada con un toque de alcohol? A mí me encanta. Pero no bebas demasiada, porque podría afectarte, ya que eres medio humano y todo eso. Y Gideon podría castrarme si te emborracho, así que solo puedes tomar una. Ni se te ocurra ponerme ojitos de cachorro porque seré fuerte y me resistiré. No te vas a emborrachar.

Me fulminó con la mirada como si hubiera sido yo el que había sacado el tema de beber alcohol. Su dedo índice se movió en mi cara mientras mi boca se movía sin decir palabra. Tomó mi silencio como un acuerdo.

—Excelente —dijo—. Ahora, primera orden del día: ¿tienes Netflix? No puedo sobrevivir si no podemos ver Netflix. *Riverdale* es lo mejor.

—Beauregard. —Xavier interrumpió la diatriba del guaperas.

Girándose hacia él, Beau sonrió.

—Xavier, estás para morderte esta noche. Si supiera que no acabaría con nuestra amistad para toda la eternidad, te comería como a un trozo de tarta de chocolate.

Él rio y se dobló por la cintura para recibir del ángel más bajito un húmedo beso en la mejilla.

—Adular te sienta bien, querido. Sé bueno.

—¿Dudas de mí? —Beau sacó el labio inferior.

—Jamás se me ocurriría dudar de ti. Pero pórtate bien. —Tras un arquear las cejas como advertencia, Xavier besó la frente de Beau como si fuera un niño—. Y divertíos.

Beau me lanzó una sonrisa aterradora.

—Oh, vamos a divertirnos. Manicura, pedicura y —bajó la voz a un susurro— máscaras faciales, porque a la mierda el género. A los tíos también nos gusta la piel suave.

—Parece que estás en buenas manos —me dijo Xavier—. Ha sido un placer, Riley. Espero con impaciencia nuestro próximo combate.

—Eh...

La atmósfera zumbó y Xavier resplandeció. Desapareció con un chasquido, y me abandonó con mi nuevo archienemigo. Aunque a juzgar por la emoción que el cuerpo de Beau, no había entendido nuestra disputa tácita.

Qué inconveniente, ya que había decidido detestarlo para toda la eternidad.

—Te gusta la pizza, ¿verdad?

Mi estómago traicionero gruñó y caminé tras él hasta la cocina. Llené un plato de papel y me refugié en el sofá para continuar con mis obstinadas cavilaciones. Inmune a mi mirada no tan sutil, Beau parloteaba a mil por hora.

Puso la tele en el programa que había mencionado y hablaba entre bocado y bocado. Intenté concentrarme en sus palabras, pero hablaba demasiado deprisa y saltaba de un tema a otro mientras agitaba sus dedos llenos de anillos. En ambas orejas llevaba pendientes de plata y, en el centro de su regordete labio inferior, un aro fino.

El pelo castaño le cruzaba la frente, recogido detrás de una oreja con una diadema adornada con flores. Sus vaqueros ajustados llevaban pedrería brillante —la había puesto él mismo, me enteré por su incesante charla— y su camisa amarilla chillona dejaba ver su vientre y tenía un hombro caído que revelaba un colorido tatuaje floral.

Junto con sus rasgos andróginos, su conjunto creaba un efecto sorprendentemente femenino. Por un momento me pregunté qué pronombre debía usar antes de recordar que tanto Gideon como Xavier se dirigían a Beau en masculino.

Para no avergonzarme, me quedé callado, comiéndome mi pizza mientras Beau interrumpía su propia conversación para gritarle a los personajes de la pantalla.

—Y es la única vez que me he acostado con una mujer. Gracias al Creador por los arneses, ¿verdad? —Beau soltó una risita legítima.

No sabía qué era un arnés ni por qué compartía detalles personales de sus aventuras sexuales. Bebí agua, luché contra el rubor de mis mejillas y gruñí sin interés.

Cuando Beau se aburrió de *Riverdale*, vimos varios episodios de otro drama paranormal adolescente sobre hombres lobo. Beau se comió una pizza entera. Yo lo dejé a las tres porciones. Después de que me convenciera de que no me emborracharía, di un sorbo cauteloso a una botella de limonada. Era dulce y ácida, con un toque de alcohol. La bebí despacio.

Para cuando terminé mi bebida, Beau había vaciado cuatro botellas y estaba abriendo la quinta. Compartió unos sorbos conmigo antes de tomarse el resto.

—Para proteger tu inocencia, me sacrificaré —dijo guiñándome un ojo.

Odié la risa que se me escapó. Su sonrisa de respuesta fue dulce, y mi odio disminuyó un poco. Aparte de lo de besarse con Jai, no era tan malo.

Vimos un programa sobre vampiros y luego algo llamado *Queer Eye*. En cuanto Beau puso una película —«Dios mío, ¿nunca has visto *Call Me by Your Name*? ¿Qué clase de marica eres?»—, me excusé para ir al baño.

Envié un mensaje a Gideon preguntándole si todos estaban bien y cuándo volverían a casa. No recibí respuesta. Con un suspiro, arrastré los pies por el pasillo.

—¿Te has hecho alguna vez un tratamiento facial? —me pregunto Beau al ver que regresaba al salón.

—¿No es algo que hacen las chicas? —Volví a acomodarme en el sofá con los ojos entrecerrados.

—Chorradas. Las normas de género están para romperlas. Es bueno para la piel, refrescante y divertido. —Cruzó los brazos sobre su estrecho pecho—. No voy a dejar de hacer las cosas que quiero solo porque soy un hombre. A la mierda con eso.

—Lo siento. —Bajé la mirada en señal de sumisión.

La expresión feroz de Beau se suavizó.

—No pasa nada. Es solo que me gusta disfrutar de la vida. Si quiero llevar un vestido de cóctel con tacones de veinte centímetros o un traje de rayas con pedrería, lo haré. Si quiero trabajar seis meses como leñador con las uñas pintadas de color verde lima fosforito, lo haré. —Se dirigió a la cocina, llenó un cuenco con agua tibia y le añadió una mezcla en polvo. La removió hasta que espesó.

»Y ahora mismo —dijo—, quiero untarnos la cara con una sustancia que nos dejará la piel suave como el culito de Cupido.

Volví a sonrojarme, pero no me quejé cuando me apartó los rizos de la cara con una cinta que había traído. El mejunje de la mascarilla era acre. Las hierbas embriagadoras me hicieron lagrimear y sentí un cosquilleo en la piel en cuanto Beau me la untó en las mejillas y la nariz. Una sonrisa cómplice se dibujó en sus labios perfectos mientras me cubría de mugre verde.

En cuanto terminó, se hizo lo mismo, y no pude evitar que otra carcajada brotara de mi garganta ante lo ridículo que parecía... Que parecíamos.

—Huele a culo, lo sé. —Hizo una mueca mientras dejaba a un lado el cuenco con los restos—. Pero te sorprenderá tu cutis.

—Pareces un monstruo del pantano —dije antes de pensar mejor el insulto.

Beau echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Creo que nunca me había gustado tanto que me insultaran. ¿Sabes?, eres bastante guay para ser un nefilim. —Volvió a la cocina y rebuscó en los armarios hasta encontrar una bolsa de palomitas instantáneas. Las metió en el microondas, puso el temporizador y apoyó los codos en la barra—. Me gustas, *chamud*. Creo que vamos a ser buenos amigos.

El apelativo extranjero se mezcló con afecto, y mis emociones traidoras se calentaron aún más hacia Beau. Mi plan para odiarlo estaba perdiendo rápidamente su fuerza.

—¿Quieres ser mi amigo? —le pregunté.

Sus ojos, del color del café expreso, brillaron.

—Por supuesto. Tengo la sensación de que tu llegada va a agitar el avispero. Ya era hora de que el Cielo se pusiera patas arriba.

No sabía de qué hablaba. Aparté la mirada, luchando contra el impulso de rascarme el gel que se me estaba secando en la frente.

Después de que sonara el microondas, Beau se dejó caer en el sofá a mi lado y se metió un puñado de palomitas en la boca. Se había comido una pizza entera. ¿Cómo podía seguir teniendo hambre?

—Ay, qué maleducado soy. —Dirigió la bolsa de palomitas hacia mí—. ¿Quieres?

Negué con la cabeza y él se encogió de hombros, metiéndose más palomitas en la boca.

Nuestras mascarillas acababan de secarse cuando la atmósfera se onduló y aparecieron tres cuerpos en el salón. El resplandor desapareció, y vimos a Noel, Jai y Gideon. Salté del sofá con un grito de alivio sin palabras.

Jai era el que estaba más cerca y gruñó en cuanto me lancé sobre él como un loco.

—¡Estás vivo! —Enterré la cara en su pecho, inhalando *dokha* y sol. Un tercio de mi corazón suspiró.

—¿Qué coño tienes en la cara? Pareces la criatura de *La Cosa del Pantano* —dijo Jai.

—No sé qué es eso —dije entre risas aliviadas.

—Una mala película de los ochenta. No importa. —Jai lo descartó con una risita, restregándose una mano por mis rizos—. Hola, enano.

—Te estabas muriendo. —Vi que escamas secas de mi cara se habían pegado a la camisa de Jai al retirarme para buscar signos de enfermedad—. ¿Estás bien?

Con una sonrisa tímida, Jai se quitó la camisa.

—Estoy bien, Riles. No me muero tan fácilmente.

Alguien resopló, lo que me recordó que teníamos público, y me zafé del abrazo de Jai, con las mejillas ardiendo bajo la máscara. Gideon me observaba con mirada intensa. Noel evitó mirarme

por completo. Se sentó junto a Beau y se recogió el pelo en un moño desordenado.

—Huele fatal —dijo—. Quiero un poco.

Gideon pasó junto a mí y me tocó el hombro. Me lo apretó una vez y luego me pasó el dedo índice por el brazo mientras caminaba hacia la cocina.

—¿En serio, Beau? ¿Mascarillas faciales? —Jai hizo una mueca. Beau ya untaba las mejillas de Noel con mugre verde.

—No me jodas. Vamos a tener una fiesta de pijamas de puta madre, ¡muchas gracias! ¿Verdad, Riley? —Beau me miró mientras le tapaba la nariz a Noel.

—Eh...

—¿Ves? —Beau sonrió—. Riley está de acuerdo conmigo.

—Estoy bastante seguro de que no le has dejado opción. —Jai sacudió la cabeza con un suspiro exagerado y sufrido.

Beau se envaró al instante, y yo protesté:

—Solo estás enfadado porque no te hemos invitado a nuestra fiesta de pijamas.

Las cejas de Jai se alzaron hasta la línea del cabello y Beau soltó una carcajada.

—Muy buena, Riley. Sabía que tenías una reina descarada escondida en alguna parte.

—¿Cuándo os habéis hecho tan amigos? —Jai refunfuñó al mismo tiempo que yo preguntaba un desconcertado: «¿Qué?».

Beau movió las cejas.

—Al tener sexo desenfrenado en tu cama. Eso nos ha unido de verdad. —Noel soltó una risita en la palma de la mano y Jai resopló. La risa de Beau se impuso a mis vergonzosas negaciones—. Por cierto, ya puedes lavarte eso. Está seco. —Beau me hizo un gesto en la cara con los dedos, y yo acepté encantado la excusa para escapar.

—¡No hemos hecho nada desenfrenado! —chillé mientras huía del salón.

Sus risas me siguieron.

Cuando volví, ya sin aspecto de monstruo del pantano, Beau se estaba restregando la cara con una toallita, con un pronunciado mohín en el labio inferior.

—¡Sois unos aguafiestas! —Agitó la toallita sucia en mi dirección—. Nos estábamos divirtiendo. ¿Verdad, Riley?

—¡Le has dado alcohol! —Gideon estaba ante la mesa de café, con los poderosos brazos cruzados sobre su grueso pecho. Jai igualó el ceño fruncido de Gideon. Noel estudiaba sus cutículas, con la cara embadurnada de mugre verde.

Beau volvió a meter en la mochila el material para la fiesta de pijamas, con la cara desencajada.

—Por la Santísima Trinidad, está bien. Aunque fuera totalmente humano, una botella de limonada con un pelín de alcohol no le afectaría. Deja de ponerte nervioso.

—Nunca ha tomado alcohol, no tiene tolerancia —dijo Jai.

—Por no hablar de que es menor de edad —espetó Gideon.

Una sonrisa cruel se dibujó en los labios de Beau.

—¿Seguro que ese es el argumento que quieres utilizar cuando pillé a tu discípulo semidesnudo en mitad de la noche y no llevaba nada más que tu camiseta?

Nunca había visto a Gideon tan pálido. Su rostro se puso blanco y retrocedió ante las palabras de Beau.

—Eso no... no fue...

—¿Estás amenazando a mi primario? —gruñó Jai.

—¡Basta! —Noel se levantó y le dio una colleja a Beau—. Nos hiciste un favor y te estamos agradecidos, pero deja de comportarte como una mala perra. —Dirigió su atención a su secundario—. Jai, por supuesto que no está amenazando a Gideon. Riley no tiene la edad legal para beber, no la edad legal de consentimiento, idiota. Eso da igual.

Gideon balbuceó, la cara roja como la remolacha, y Noel puso los ojos en blanco.

—Y, Gideon, Riley duerme con toda nuestra ropa. Deja de darle una importancia que todos sabemos que no tiene. —Suspiró, parecía agotado bajo la mascarilla—. Ahora, no he dormido en tres putos días. Voy a ducharme y luego me voy a la cama.

Sin decir nada más, Noel se marchó por el pasillo. Me quitó la mano de encima cuando se la puse en el brazo al pasar junto a mí. El rechazo me dolió en un tercio del corazón.

—¿Duerme con toda vuestra ropa? —Beau me hizo un escandaloso movimiento de cejas.

—De verdad, vete a la mierda —dijo Jai.

Beau resopló.

—He oído cosas increíbles sobre tu polla, pero luego te comportas como un capullo integral y mi culo se estrecha más que un corsé victoriano.

Jai hizo una mueca.

—Créeme, lo último de lo que quiero oír hablar ahora mismo es de tu culo.

Balanceando su bolso sobre su estrecho hombro, Beau gruñó.

—¿Por qué quise que me follaras?

—Porque has oído hablar maravillas de mi polla, claro. —Jai se encogió de hombros con una sonrisa de suficiencia.

Con la cara aún roja, Gideon se retiró a la cocina mientras yo luchaba contra la fea mezcla de vergüenza y celos que se retorció en mi estómago. No necesitaba que Jai y Beau me recordaran lo que casi habían hecho.

—Créeme, puedo encontrar una polla mejor y que me dé menos dolores de cabeza. —Beau ignoró las risitas de Jai y se volvió hacia mí con una sonrisa socarrona y tímida—. Ha sido divertido, *chamud*. Quizá podamos volver a quedar. No se permiten aguafiestas. —Miró a Jai.

—Hum, sí, tal vez. Supongo —dije, jugueteando con el dobladillo de la camisa.

Beau sonrió.

—Sabía que estábamos destinados a ser mejores amigos. —Me sobresalté cuando se inclinó y frotó nuestras mejillas—. ¿Ves? Suave como el culo de Cupido. —No pude evitar soltar una carcajada—. Adiós, monada. —Me dio un beso en la mejilla.

—Adiós.

Con un guiño, un gesto con el dedo y un destello de luz brillante desapareció.

—No sé cómo has sobrevivido toda una tarde con él. —Las cejas de Jai se fruncieron mientras miraba el lugar en el que Beau había desaparecido.

—Imagino que ha sido todo un calvario —coincidió Gideon, que sacaba un bol de ensalada de pasta de la nevera.

Por alguna razón, lo defendí.

—No es tan malo. Es simpático.

—Tan bueno como el ántrax —dijo Jai.

—Si lo odias tanto, ¿por qué te lo ibas a...? —Me atraganté al final de la frase, incapaz de pronunciar esas palabras tan inadecuadas. Mi rostro se llenó de sangre. Jai se puso rígido y abrió los ojos. Gideon emitió un sonido estrangulado desde la cocina—. Lo siento, ha sido inapropiado. No es asunto mío. No importa. —Mortificado, me tapé la boca con la palma de la mano para detener mi vómito de palabras.

Jai apretó la mandíbula y sus mejillas se ensombrecieron bajo su vello facial desaliñado.

—Sexo y sentimientos no son lo mismo.

Auch. Aquello dolió.

Recordé cómo me había abrazado, cómo me había tocado, cómo había susurrado mi nombre como una plegaria. Pensaba que había significado algo. Para mí, había significado algo. De verdad que era un ingenuo.

Mis emociones debieron de reflejarse en mi cara porque la expresión de Jai se contrajo. Se acercó a mí, con la mano en el aire, pero retrocedí un paso. Gideon se aclaró la garganta. Jai se

llevó la mano al costado.

—Yo... —Jai tragó con fuerza, luego cargó hacia su dormitorio—. Me voy a correr.

Con el corazón encogido, me subí a un taburete, apoyé los codos en la barra del desayuno y apoyé la barbilla en las manos. Gideon echaba cucharadas de ensalada de pasta en un bol y me escudriñaba.

Cambié de tema antes de que me preguntara por la extraña discusión entre Jai y yo.

—¿Qué ha pasado con el Consejo?

—No están contentos con que les hayamos ocultado información. Mentimos en unos cuantos informes oficiales. Han sido atacados por humanos y demonios por igual y los han herido durante nuestra guardia. —Gideon enumeró sus transgresiones como un robot—. Han reprendido a Jai y Noel formalmente. Y, como guardián primario, la responsabilidad es mía. Estoy oficialmente a prueba.

Un escalofrío me recorrió.

—¿Qué significa eso?

Las arrugas de sus ojos se marcaron.

—Significa que debemos ser precavidos.

—Gideon...

—No es nada de lo que tengas que preocuparte, Riley. Pase lo que pase, cuidaremos de ti. —Después de solo dos bocados de pasta, apartó su tazón, su apetito había desaparecido—. Los concejales quieren verte. Lo he retrasado todo lo posible, pero estoy atado de manos. Debo llevarte a Utopía por la mañana.

El frío se hizo más profundo y heló mi sangre.

—¿Me van a separar de vosotros?

La estoica máscara de Gideon se resquebrajó.

—Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para asegurarme de que no ocurra. —Su mano se posó en mi cabeza y masajéó suavemente mi cuero cabelludo—. Noel y Jai aún no saben lo de la reunión. No quería estresarlos mientras Jai se recuperaba, y Noel ya tiene bastante en lo que pensar.

Cuando Jai dobló el pasillo vestido con pantalones cortos de correr y una camiseta sin mangas, Gideon retiró la mano y se dedicó a limpiar la cocina. Jai nos escrutó un momento antes de salir. La puerta se cerró tras él.

En cuanto volvimos a quedarnos solos, me entró el pánico.

—¿Qué tengo que hacer mañana? ¿Qué tengo que decir? No se me da bien hablar en público.

—Cálmate. —Gideon me cogió la cara y me clavó la mirada—. De lo único que debes preocuparte es de descansar esta noche. Mañana me seguirás la corriente. Me dejarás hablar a mí. Todo irá bien.

—No puedes prometer eso —dije—. No quiero que separarme de vosotros.

—No se lo permitiré —prometió, pasándome una vez el pulgar por la mejilla—. Nunca dejaré que se te lleven.

Le creí. Creo que incluso él lo creyó. Pero la fe tenía un límite y no sabía si sería suficiente.

CAPÍTULO 16



CUANDO LA PROMESA DE Gideon se desvaneció, me sacó de la cocina con instrucciones de que me preparara para ir a la cama. Nunca sabré cómo esperaba que durmiera con la inevitable reunión del Consejo rondándome la cabeza. Además, la Navidad estaba oficialmente arruinada.

Tenía la sensación de que Gideon había olvidado por completo qué día era el siguiente. El intercambio de regalos y la alegría navideña no encajaban con la preocupante ambigüedad que traería el amanecer. No habría regalos, ni chocolate caliente, ni películas navideñas.

Era egoísta por mi parte estar disgustado cuando había cosas más importantes de las que preocuparse, pero la decepción se había pegado a mí como una sanguijuela.

Jai no había vuelto de correr y Noel seguía en el baño. Para asegurarme de que este no pudiera evitarme, me acomodé en su cama y jugué al solitario en mi móvil. Quizá Gideon tenía razón y todo fuera bien, me quedase con mis ángeles y la vida no cambiara.

Por desgracia, la suerte nunca había estado de mi lado. Si ocurría lo peor, quería estar preparado. Y no quería dejar mi relación con Noel como estaba. Estaba enfadado, ya fuera consigo mismo, por la debacle que había creado sin querer, o conmigo. Fuera cual fuera el motivo, quería arreglarlo antes de que fuera demasiado tarde.

Noel entró en su habitación y no llevaba nada más que una toalla enrollada alrededor de las caderas. El pelo mojado le colgaba de los hombros y le goteaba por el pecho desnudo. Se me cayó el móvil de entre los dedos y me quedé boquiabierto.

Mierda, no había pensado bien aquello.

Me miró y gritó, agarrándose el corazón.

—¡Puertas del Infierno! Riley, ¿qué haces aquí?

—Lo siento, no quería asustarte. —Aparté la mirada de su piel mientras el rubor se apoderaba de mis mejillas—. Quería hablar contigo.

—Bueno, ahora estoy un poco desnudo. —La irritación tiró de las comisuras de sus labios—. Podemos hablar mañana.

Me aferré a mi valentía y negué con la cabeza.

—Quiero hablar ahora.

Levantó las cejas.

—Entonces, disfruta del espectáculo, porque tengo que cambiarme.

—No quería decir... —Mi frase se ahogó cuando Noel dejó caer su toalla al suelo.

No estaba preparado para la extensión de piel de marfil. Se me cortó la respiración y no conseguí recordar cómo inhalar. Estaba... tan desnudo.

Mi sangre burbujeó como lava bajo mi piel y estalló. Intenté apartar la mirada, pero no fui capaz. Observé su pecho, sus pezones sonrosados, cada línea de sus abdominales. Un vello fino y claro cubría las suaves líneas de sus interminables piernas, y se engrosaba en una fina mancha en la ingle.

Tampoco estaba circuncidado. Como yo, ¡lo que era un pensamiento de lo más extraño! Porque ese era su pene, y yo lo estaba mirando. Y, Dios mío, ¿por qué estaba así de desnudo?

—¿Riley?

De mis guardianes, el aspecto de Noel era el más angelical. Su cabello blanco y ondulado, sus rasgos impecables y sus alas de un blanco puro eran de lo más pintoresco. Nunca había pensado que pudiera ser más hermoso, pero me había equivocado. Era la perfección personificada.

Sentí unas ganas locas de acortar la distancia que nos separaba y restregarme contra su cuerpo como un gato. Por alguna razón, mis vaqueros me apretaban más de lo normal. Me moví para aliviar la incomodidad.

—¿Riley?

Levanté la mirada de la entrepierna de Noel a su cara y me estremecí al ver los intensos ojos violetas que me devolvían la mirada. Oh, estaba enfadado; tenía todo el derecho a estarlo. Había observado su pene como un perverso. Y yo estaba sonrojado y excitado... ¡Dios, estaba excitado!

Me llevé las rodillas al pecho para ocultar la reacción de mi cuerpo ante su desnudez. El ángulo pellizcaba mi erección de mala manera, pero no me atreví a reacomodarme. Me merecía la agonía porque todo aquello estaba mal.

Noel siguió mi movimiento, con los orificios nasales abiertos y la mandíbula apretada. Con los ojos cerrados, se giró —las manos en las caderas, los hombros tensos— mientras soltaba un suspiro tembloroso. Cogió un par de pantalones cómodos de la cajonera y se los subió.

Cuando se inclinó, me mordí la lengua para contener el gemido ahogado que me atenazaba la garganta. Tenía un culo... realmente bonito. Era redondo y pálido y... Dios santo, tenía que dejar de admirar su trasero. Ya estaba furioso conmigo.

—Tienes que salir de mi habitación —dijo él con la voz tensa.

—Lo siento. —Me levanté de la cama; las lágrimas me escocían los ojos. Me tapé la entrepierna de la forma más sutil que se me ocurrió y me cubrí los ojos con la otra mano—. ¡No quería decir... ¡Lo siento!

Mi huida se vio frustrada por el desordenado suelo de Noel. Mis pies se enredaron en un pantalón suelto y perdí el equilibrio. La gravedad me arrastró hacia abajo, pero unos brazos firmes me atraparon antes de que cayera. Porque Noel siempre me cogía.

—Riley, cariño...

—Lo siento. No quería mirar. Lo siento. —Me tragué un sollozo patético mientras Noel me ponía de pie, con su pecho apretado contra mis omóplatos.

—Shhh, está bien. No estoy enfadado. No has hecho nada malo. —Su aliento me hizo cosquillas en la oreja y me estremecí—. Esto ha sido cosa mía. Soy yo quien lo siente.

Una estúpida lágrima resbaló por mi mejilla y rogué por que mi erección desapareciera. Era imposible, dado que el calor de Noel me cubría la espalda y su aroma a lilas me inundaba.

Aquello era malo. Primero Jai, luego Noel. ¿Por qué no podía ser normal?

—Creía que estabas enfadado conmigo —dije.

—¿Por qué iba a estarlo?

Me encogí de hombros.

—Yo... Me estabas evitando.

—Lo siento. Pensaba que estarías enfadado conmigo. Quiero decir, que deberías estarlo. —Tragó fuerte contra mi oído—. Todo esto es culpa mía.

—Noel...

—No sé lo que pasó. De verdad que no lo recuerdo, pero todo el mundo dice que te he traicionado. Y lo siento.

Giré en su abrazo y odié la humedad que brotaba de sus ojos.

—Tú no harías eso.

—Pero lo he hecho.

—¡Ha sido un accidente! Tú cuidas de mí, Noel. Siempre me has cuidado. —Le quité la única lágrima que le caía por la cara—. Lo que sea que hayas hecho, no lo has hecho a propósito. Tú no eres así.

—Lo siento.

—Y te perdono. —Mi mano acunó su mejilla, su cara a centímetros de la mía—. Solo te he echado de menos y quería que vinieras a casa.

Me rodeó la cintura con los brazos, me acercó y me dio un beso en la nariz.

—Siempre volveré a casa.

—¿Siempre? —susurré contra su boca.

Asintió con la cabeza, sus ojos violetas destellaban.

—Siempre.

El aire entre nosotros crepitó. Mis manos se extendieron sobre sus pectorales desnudos y mis dedos le acariciaron la piel. Era sol, lila y aliento a miel. Sin pensarlo, me acerqué más y mi entrepierna rozó su muslo. Sus ojos se abrieron de par en par. Yo jadeé.

—¡Lo siento! —Intenté desenredarnos, ocultar la vergonzosa reacción de mi cuerpo, pero sus brazos se afianzaron a mi alrededor—. No era mi intención. Lo siento.

—No, cariño, no. No lo sientas. —Su frente se encontró con la mía mientras mis ojos se humedecían—. No pasa nada. Tú no... Quiero decir, no es culpa tuya. Los ángeles son creados para ser atractivos, deseables. Es biología. No tienes por qué avergonzarte, ¿recuerdas?

Aun cuando la humillación se deslizaba por mis mejillas, asentí con la cabeza, deseando que mi boca se moviera, que dijera algo. Lo que fuera.

—Seguiría pensando que eres hermoso, aunque no fueras un ángel.

Cualquier cosa, menos eso.

Los labios de Noel se separaron sorprendidos por mi franqueza.

—¿Crees que soy hermoso? —Hipnotizado por su lengua que mojaba su labio inferior, conseguí mover la cabeza en una especie de asentimiento. Sonrió—. Yo también creo que eres muy guapo.

El corazón me dio un vuelco en el pecho y se me derritió el cerebro. Su piel era cálida y suave, pero su cuerpo era firme y robusto. Me incliné hacia él y le acaricié la clavícula con las yemas de los dedos. Se me puso la carne de gallina y me invadió una extraña sensación de poder. Reaccionaba ante mí, a mi tacto.

¡Guau!

—Riley, yo... —Me gustaba que dijera mi nombre así, entrecortado y débil—. Cielo, no deberíamos... Por la Inmaculada Concepción, ¡brillas!

—¿Eh?

Parpadeé a través de la niebla y me miré las manos. La electricidad crepitaba a lo largo de mi piel, arqueándose sobre mis dedos, y se extendía hacia Noel.

Chillé y retrocedí para darle la oportunidad de escapar, pero no la aprovechó. No, dio un paso hacia mí, con la mano extendida.

—¡Noel! —Retiré mi poder, pero era demasiado tarde.

Los hilos de mi energía se dirigieron hacia su palma abierta y saltaron a lo largo de sus dedos, su pulgar, su muñeca.

—Orillas del Elíseo. —Sonrió y suspiró, como si mi poder fuera la sensación más placentera.

Sus dedos se flexionaron y una cinta blanca salió disparada de su mano. Giró alrededor de mi corriente, acariciando mi poder con su suavidad satinada. La sedosa serpentina giró hacia mí hasta rozarme los dedos. Al igual que la de Gideon y Jai, la fuerza de Noel me sobrecogió.

Su energía recorrió mi sangre, iluminándome desde dentro. Colorida pasión, feroz coraje y tierna vulnerabilidad; todo me llenó hasta que me ahogué en él, con la dulzura de la miel cubriéndome el dorso de la lengua.

Nuestros poderes se fusionaron, meciéndose en una danza sensual, y esa parte oscura de mí se despertó con un ronroneo. Estaba hambrienta de Noel; quería más, pero no podía dejar salir a la oscuridad. Se suponía que no debíamos conectar así; no era seguro.

Con una fuerza que no sabía que tenía, corté nuestra conexión. Trastabillé hacia atrás y Noel se echó hacia un lado, confuso. Recuperamos el equilibrio, el pecho agitado. Volvía a tener los ojos violetas.

—Noel, lo siento. Yo...

Pero no terminé porque de repente él estaba allí. Sus manos enmarcaban mi cara, sus dedos se hundían en mis rizos. Y me estaba besando. Sus labios carnosos se deslizaron por mi boca, suaves pero decididos. Y yo...

No estaba preparado, nunca podría haberlo estado. Nada me podría haber preparado para la explosión de calor en mi sangre, el cosquilleo de mi piel, la magnitud de la sensación que me atropelló como un camión. El beso fue tierno y suave, pero recorrió mi cuerpo como un huracán.

Un quejido terriblemente vergonzoso escapó de mis labios, y Noel gimió. Dios, gimió, y fue el sonido más increíble que jamás había oído. Pero en el momento en que me recuperé del *shock* e intenté devolverle el beso, se había ido.

—¡Mierda! —Se tapó la boca con la mano y sacudió la cabeza—. Lo siento, Riley. No debería haberlo hecho. No estaba pensando.

—¿Mmm? —El incómodo ruido gorgoteó en mi garganta, con la lengua paralizada.

—Soy tu guardián. Eres mi discípulo. Y Danny... Es un buen chico. Sería bueno para ti.

¿Noel trataba de convencerme a mí o a sí mismo? ¿Y por qué no se movía mi boca?

—No debería haberlo hecho. ¿Estás bien? —Me miró como si esperara que tuviera una combustión espontánea—. No has hecho nada malo, Riley. No hay nada malo en explorar estas cosas, ¿recuerdas?

¿De qué hablaba? ¿Creía que tenía miedo?

Bueno, tal vez lo tenía, un poco. Besar a Danny no había sido lo mismo. Y Kayla... Me estremecí. Había asumido que no me gustaba besar, pero solo había estado besando a las personas equivocadas. Porque besar a Noel había sido... Vaya.

La puerta se abrió detrás de mí y Noel se apartó de un salto, como si le quemara. Se pasó una mano temblorosa por el pelo mojado mientras fingía una sonrisa indiferente.

—Hola.

—¿Hola...? —dijo Jai, que alargó la palabra como una pregunta.

Entumecido, confuso, dolido por el aparente rechazo de Noel, miré por encima del hombro. Jai estaba de pie en la puerta, con la camiseta de tirantes pegada al torso y el sudor perlándole la piel. Su mirada suspicaz iba de mí a Noel y luego volvía a mirarme. La nuez de Noel se movió.

—Tengo sed —me encontré diciendo, con la garganta de pronto seca—. Voy a tomar algo.

Sin mirar a ninguno, crucé la habitación. Me encogí bajo el brazo de Jai y arrugué la nariz ante el desagradable hedor a *dokha* mezclado con pies sudorosos. Ninguno de los dos habló, pero sentí sus ojos clavados en mí cuando desaparecí al doblar el pasillo.

No me detuve en la cocina. Gideon levantó la cabeza y me vio pasar, sus manos se detuvieron en el acto de llenar el lavavajillas. Me llamó por mi nombre, pero no respondí.

No me detuve en el baño. La humedad flotaba en el aire alrededor de la puerta abierta. El cuarto de baño estaba oscuro. El espejo seguía empañado tras la ducha de Noel.

No me pregunté adónde iba hasta que mi mano se cerró alrededor del pomo de la puerta principal. A una parte de mí no le importaba. El apartamento era sofocante y necesitaba un poco de aire. No podía respirar.

El frío de la noche me golpeó en la cara. Inhalé el aire helado, deleitándome con el dolor de mis pulmones. Alguien ladró mi nombre desde el apartamento, pero no podía volver aún. El

dolor me acechaba allí. El rechazo de Noel. La desconfianza de Jai. La inevitable desaprobación de Gideon.

Hacía apenas unos días, Noel había pasado la noche con su ex mientras Jai abrazaba a otro chico. Las confesiones de borrachos no significaban lo que deberían. Y las palabras pronunciadas desde el arrepentimiento eran igual de dudosas. Me rodeaban líneas difuminadas, y temía que cruzar una significara cruzarlas todas. No quería saber qué pasaría si las líneas convergieran al final.

Nunca me había considerado una persona cruel. Pero quizá todos lo éramos en el fondo. Bajo las máscaras y los pretextos, todos éramos criaturas maliciosas y egoístas empeñadas en vaciar cuanto nos rodeaba hasta hincharnos y enfermar, pero sin quedar nunca satisfechos. Tal vez la maldad estuviera arraigada en nuestros huesos.

Cuando crucé el aparcamiento, mi paseo se convirtió en trote. Luego en una carrera. Y, finalmente, en un esprint. Para escapar de mis demonios, para huir del dolor, para dejar atrás los sentimientos que me ataban a mis guardianes, corrí.

CAPÍTULO 17



NO TENÍA NI IDEA de cuánto tiempo había corrido. El sudor serpenteaba por mi sien y cubría mi piel para humedecer la camiseta. Los vaqueros me apretaban y me resultaban incómodos, me rozaban los muslos. Los pies me escocían por la suciedad de la acera.

Después de lo que me parecieron años, se me agarrotó la pantorrilla y el dolor me obligó a detenerme. Jadeaba y temblaba, con el sudor enfriándose al instante en el frío de diciembre. Estiré la pierna para aliviar el dolor y gemí. Al día siguiente me dolería.

Mientras tomaba cada bocanada de aire, escudriñé mi entorno por primera vez desde que había echado a correr. Tal vez mi mente no estuviera en su mejor momento, pero mi cuerpo trabajaba con memoria muscular. Estaba en el parque por el que Jai y yo solíamos trotar.

Al otro lado, entre los árboles, había un barrio pintoresco y tranquilo lleno de casas de ladrillo con garajes para dos coches. Habíamos pasado por delante alguna que otra vez y admirado las lujosas luces navideñas.

A estas horas de Nochebuena, el parque estaba vacío. Una fina capa de escarcha cubría los juegos infantiles de metal. La brisa movía suavemente los columpios y las bisagras chirriaban.

Salir corriendo del apartamento en calcetines, vaqueros y una camiseta de manga corta no había sido mi idea más brillante. La última vez que había salido solo tan tarde, me habían rastreado y atacado unos sabuesos infernales. Jopelines, ¿en qué estaba pensando? Tenía que volver.

Giré sobre mis talones, preparado para arrastrar mi pierna dolorida detrás de mí como un perro cojo. Me tambaleé hacia atrás con un chillido vergonzosamente agudo cuando una aparición fantasmal llenó el camino.

—¿Dios mío, me has asustado! —grité mientras Noel se plantaba las manos en las caderas, con el pecho subiendo y bajando perezosamente.

No llevaba nada más que unos pantalones de chándal bajos, temblaba de frío y su aliento empañaba el aire.

—¿Has terminado de correr? —preguntó.

—¿Me has seguido?

Se recogió el pelo y se hizo un moño.

—Por supuesto. No hay ningún lugar al que pudieras correr que yo no te siguiera. Pero ¿por qué corres?

—Me ha parecido una buena idea —castañeeé entre dientes.

—¿En pleno invierno, sin abrigo y sin zapatos? ¿En serio te ha parecido una buena idea? —Me encogí de hombros. El aire silbó por su nariz al exhalar—. En eso te pareces a Jai —reflexionó—. Cuando sus emociones son muy intensas, huye. A veces me pregunto si es el mal de todos los hombres. Siempre huimos de nuestros sentimientos. —Soltó una risita despreocupada.

—¿Tú también huyes?

Su triste sonrisa se desvaneció.

—Sí, solo que en otra dirección. Jai va hacia delante: la siguiente copa, la siguiente cara bonita, la siguiente cama que lo mantenga caliente, al menos durante unas horas. Pero entonces las sábanas se enfrían y el sudor se seca, y él se queda helado.

»Yo corro hacia atrás. Vuelvo a lo que conozco. Incluso si lo que conozco es terrible. Incluso si no es más que dolor y angustia, voy con los brazos abiertos. Porque es familiar. Porque es un dolor que puedo esperar. Porque, cuando inevitablemente llega el frío, estoy listo. Al final, los dos acabamos helados.

Noel miraba al cielo, mascullando su poesía más para sí mismo que para mí. Pero entonces bajó la barbilla y se encontró con mi mirada, sus ojos incoloros se arremolinaban con demasiadas emociones para contarlas.

—Pero tú eres cálido. Eres lo más cálido que he sentido en décadas.

—Noel... —Me tragué el oleaje de lágrimas acumuladas en mi garganta.

—¿Y a ti qué pasa, *ahuvi*? —Acortó la distancia que nos separaba y me cogió la barbilla con la mano—. ¿Por qué huyes?

—Porque es muy intenso. —Me llevé una mano al corazón—. No sé qué hacer con esto. Si no corro, me ahogo. Si no corro, explotaré.

Algo crepitó en las estrellas moradas de Noel.

—Entonces, explota. ¿Crees que no podremos soportarlo? ¿Que no te querremos de todos modos? Explota y confía en nosotros para recoger los pedazos cuando hayas acabado.

—Tengo miedo. Estoy tan confundido... No sé qué hago ni dónde encajo. Ni siquiera sé quién soy.

Noel se inclinó y me acarició la nariz.

—Yo también tengo miedo. De muchas cosas. No tengo todas las respuestas, creo que nadie las tiene. Lo hacemos lo mejor que podemos en el tiempo que tenemos. Cometemos errores, pero aprendemos y seguimos adelante. Nos mantenemos unidos y nos cuidamos unos a otros. Y, cuando fracasamos, nos levantamos unos a otros. Es lo que hace la familia.

Familia. Lo que anhelaba por encima de todo, pero que estaba destinado a destruir. Porque no debería sentir eso por él, por ellos. Aunque ¿de verdad era tan malo si me hacía sentir tan bien?

La forma en que Noel me abrazaba, el toque de sus labios en los míos era agradable. El recuerdo de las yemas de los dedos de Jai deslizándose por mi espalda, el roce de su pelo en mi cuello, eso estaba bien. La inmensidad de las manos de Gideon acunando las mías y la sonrisa especial que me dedicaba si se sentía orgulloso de mí, ¡me encantaba!

Pero no podía tenerlos a todos y no podía elegir solo a uno. Era una cruel imposibilidad, esa vida que intentábamos mantener. Estábamos en equilibrio sobre un cable de detonación; si uno de nosotros caía, caíamos todos.

—Ven a casa. —La frente de Noel se encontró con la mía, nuestro aliento empañado en medio —. Tú nos perteneces. Encajas con nosotros. El resto, lo resolveremos juntos.

Muy despacio, con cuidado, depositó un casto beso en mis labios. Suspiré y, vacilante, rodeé su cintura desnuda con los brazos. Su piel estaba fría y húmeda por el sudor. Tendría que volver a ducharse. Solté una risita.

Sonrió contra mi boca.

—¿Qué?

Quería besarlo. Quería descubrir hasta dónde podía llegar el calor. Pero dudé. Y lamentaría haber dudado.

Noel se puso rígido cuando la sensación aceitosa de unos ojos me recorrió la espina dorsal. La atmósfera se espesó con oscuras promesas y el azufre impregnó el aire con malicia.

Detrás de mí, una voz inquietantemente familiar se mofó.

—Qué bonito. Es tan dulce que me dan ganas de vomitar.

Rápido como un látigo, Noel me puso tras él para protegerme con su cuerpo. Me agarré a su cintura y miré alrededor de su torso, incapaz de comprender lo que mis ojos me decían que era

real.

La luz de la luna se reflejó en su calva en cuanto salió de la sombra de un gran árbol. Sus ojos brillaban con jubiloso apetito y sus gruesas cejas se inclinaban, divertidas. Cuando sus labios se separaron en una sonrisa siniestra, sus afilados colmillos centellearon.

Sentí un cosquilleo en el cuello al recordar cómo se habían hundido en mi carne.

Pero aquello no estaba bien; no podía ser real, porque el demonio que teníamos delante estaba muerto. Había visto a Gideon decapitarlo en un callejón hacía meses. Había visto su cuerpo resquebrajarse y convertirse en cenizas. ¿Cómo podía estar allí?

Las espadas de ópalo se materializaron en las manos de Noel mientras maldecía en voz baja.

—Quédate detrás de mí —ordenó.

Los ojos rojo sangre del demonio me buscaron y se rio.

—Hola, sangre de barro. —Volvió su atención a Noel, y su expresión se torció en algo enfermizo—. Hola, angelito. Me alegro mucho de que estés aquí.

—No puedo decir lo mismo.

Unas alas blancas como el marfil brotaron de la espalda de Noel y me bañaron de lilas, sol y una pluma perdida. Giró en el aire, delante de mi cara, y la cogí por instinto. Me la metí en el bolsillo mientras miraba a través de las plumas, siguiendo el rastro del demonio.

Agazapado en posición defensiva, Noel tensó los músculos y apretó las espadas a modo de preparación. Le puse una mano en la columna, donde las alas se unían. Un escalofrío le recorrió la espalda. El retumbar de su pecho sonó más como un ronroneo que como un gruñido de reprimenda, y sonreí.

El demonio sacó su espada de la nada y se apoyó en ella.

—Qué valor. ¿Tenemos que repetir esta farsa una vez más? —Deslizó su mirada lasciva por el cuerpo de Noel—. Se me ocurren juegos más divertidos para nosotros.

—Si tanto me deseas, ven a por mí —lo desafió él, con la piel reluciente.

Una risita de suficiencia retumbó en el pecho del demonio.

—¿No te acuerdas de la última vez? ¿De verdad crees que puedes vencerme solo?

Con un chasquido y un revoloteo de plumas iridiscentes de medianoche, apareció un cuerpo junto a Noel. *Dokha*. Sol.

—Menos mal que no está solo —gruñó Jai, blandiendo sus cuchillas de ónice.

—Oh, qué alegría, el que no para de hablar. —El demonio se pellizcó el puente de la nariz antes de levantar la espada y apuntar a mis ángeles, que se agacharon ante mí—. Mata al oscuro. Déjame el a para mí. Hagas lo que hagas, llévate al híbrido vivo.

Noel y Jai se lanzaron miradas confusas. ¿Con quién hablaba?

El azufre inundó el aire, tan espeso que me dieron arcadas. Las sombras se separaron de los árboles que nos rodeaban. Hombres. Mujeres. Grandes. Pequeños. La masa de demonios nos rodeó. Una niña risueña de no más de doce años saltó al tiovivo y mostró sus colmillos y sus ojos rojos.

—Que el Creador tenga piedad de nosotros. —Noel palideció.

—¡Mierda! —Jai se acercó a mí mientras Noel le agarraba la camiseta. Su mano rodeó mis bíceps y comenzó a brillar intensamente. Un anzuelo se enganchó a mi columna vertebral, pero no tuvo tiempo de sujetarse porque un rayo de energía roja destelló entre nosotros y explotó.

Durante un segundo, me sentí ingrátido. Me di cuenta de que los dedos de Jai se soltaban y de que el anzuelo se evaporaba. Volé por los aires y caí a tierra. El suelo helado me rompió el cráneo y las estrellas giraron sobre mí.

No podía respirar. Alguien gritó mi nombre. Una sinfonía de gruñidos resonó en mis oídos.

La luna brilló sobre mí antes de ser borrada por una sombra. Mis ojos se centraron en unos iris azules rodeados de esclerótica roja. La niña demonio sonrió con los dientes afilados como cuchillas. Rugió y su rugido me hizo salir del *shock*. Grité. Y le di un puñetazo en la cara.

De su nariz brotó sangre negra que me bañó el cuello y la camisa. Se me revolvió el estómago, pero me negué a vomitar. Noel y Jai estaban en peligro. Los aullidos de los demonios y el choque de metales corroboraron mis temores.

En el fondo de mi cabeza, me pregunté dónde estaría Gideon, pero el pensamiento fue fugaz mientras rodaba para apartarme de las garras.

Una horda de demonios, que blandían armas, colmillos y zarpas, se enfrentaba a mis valientes secundarios. Nos habían separado a los tres, eliminando nuestras posibilidades de teletransportarnos a un lugar seguro. También habían debilitado las estrategias defensivas de Jai y Noel. Solos, eran vulnerables. Y su atención se dividió entre sus peleas y mi ubicación.

Los gritos me ensordecían y la sangre negra salpicaba el suelo como gotas de lluvia. Era imposible saber quién iba ganando o perdiendo. El caos de la batalla no era más que colores borrosos y los sonidos inconexos de los muertos y los moribundos.

—Por el Creador. —La niña se limpió la nariz ensangrentada, y yo cambié mi atención a la refriega que tenía entre manos—. Hueles divinamente.

Mostró los dientes con una sonrisa asquerosa. Caminé hacia atrás como un cangrejo. Saltó hacia mí con las garras extendidas.

«A la mierda».

El poder me invadió y tiñó de rojo mi visión. Levanté las manos y dejé que fluyera. Mi electricidad envolvió a la demonio, chisporroteando y estallando con furia. Gritó cuando le inyecté mi energía.

Saboreé el alquitrán negro de su sangre y la maldad corrupta de su corazón. Quienquiera que hubiera sido en su vida humana, ya no existía. Era malvada hasta la médula, así que envié otra oleada de electricidad a través de mi poder. Sus gritos se cortaron con un gorgoteo desgarrador. Luego se desplomó sobre la tierra helada, con los ojos en blanco. Su cuerpo se resquebrajó y estalló en una nube de polvo.

—¡Riley! —gritó Noel, que se abría paso entre los demonios para llegar hasta mí.

Jai estaba más lejos, acorralado contra el parque infantil por cinco criaturas con garras. El demonio calvo serpenteó hacia mí, silbando una alegre melodía, sin importarle lo que ocurría. Sonrió, y la rabia rugió en mis oídos como un tren de mercancías.

Lleno de determinación y una buena dosis de locura, me puse en pie y me lancé sobre el demonio más cercano. Salté sobre su espalda y atrapé su cabeza entre mis palmas. Mi poder chisporroteó y su cerebro se sobrecalentó. Cayó con un ruido sordo, arrastrándome con él. Rodé sobre mis rodillas y envié un rayo al pecho de la mujer que se abalanzaba sobre mí. La atravesé con mi poder y ella también cayó.

No sabía lo que estaba haciendo. Reaccionaba por instinto, mi visión oscilaba entre el rojo y el multicolor. Como un pasajero en mi propio cuerpo, vi cómo esquivaba espadas y zarpazos, y enviaba un disparo de energía tras otro al enemigo.

Alguien gritó y no pude esquivar un puño. Volé hacia el balancín y el metal me dejó sin aliento.

Noel gimió de agonía mientras a Jai le clavaban una daga en las tripas. Con una mueca de dolor, Jai arrancó le arrancó la cabeza al atacante. Y Noel se iluminó como una supernova.

Con el pelo blanco levitando y los ojos tan oscuros que parecían negros, brilló como el sol. De sus manos salieron cintas brillantes que se anudaron con la cuerda pulsante que serpenteaba desde la palma de la mano de Jai. Su poder se combinó y el suelo tembló.

Me puse a cubierto. La onda expansiva estalló. Los demonios volaron hacia atrás, y los menos afortunados, que estaban cerca de la conexión, se desintegraron con el impacto.

Jai cayó de rodillas y se sacó la daga del estómago. Pálido como la muerte, Noel siguió luchando. Yo corrí al lado de Jai, lo que sobresaltó a la demonio que obstruía mi camino, y que chilló y convulsionó antes de caer al suelo.

—¿Jai?

—Debemos irnos. —Tosió, poniéndose en pie con dificultad—. ¡Noel, tenemos que irnos!

Noel corrió hacia nosotros, con el pecho desnudo arañado y ensangrentado. El pánico se reflejó en su cara, sus ojos se vaciaron de color. Los demonios se interpusieron entre nosotros, separándolo de Jai y de mí, y el terror de su expresión me heló la sangre.

Pero el terror se transformó en pena y luego en determinación. Gritó algo que no pude oír. Sus ojos se encontraron con los míos. Sus labios pronunciaron mi nombre.

Entonces, levantó la palma de la mano y empujó.

Un muro invisible se levantó entre nosotros, empujándonos a Jai y a mí hacia atrás. Una red de ribetes se retorció como un tapiz suelto, atrapando a los demonios en su interior. Dejándonos fuera. Y a Noel dentro.

—¡No! —Jai se tambaleó hacia adelante, con la espada en alto, como para cortar la barrera de satén de su otro.

—¡Vete, idiota! —gritó Noel en medio de la masa de demonios—. Coge a Riley...

El demonio calvo apareció detrás de él. Clavó su espada en la espalda de Noel. Le atravesó el pecho que estalló en una lluvia de sangre.

Jai se ahogó.

La sangre goteaba por la comisura de los labios de Noel. Las alas blancas sufrieron un espasmo. Las cintas se atenuaron y empezaron a deshilacharse. Los demonios más cercanos a la barrera se volvieron contra nosotros mientras él gemía, con un sonido agudo en el silencio repentino de la noche.

Como si estuviera atrapado bajo el agua, el sonido me llegaba embotado. Mi alma aullaba, una agonía aguda me recorría el pecho. Noel se atragantó con su propia sangre y luego se desmadejó como una marioneta. Tardó años en caer, como si el tiempo hubiera decidido ralentizarse sin otro motivo que atormentarme.

Luego, de repente, desapareció entre el enjambre de demonios.

Jai me alzó en sus brazos.

—Agárrate a mí —sollozó.

—¡No! —Me agarré y pataleé, luchando contra el anzuelo que se me clavaba en la columna.

Tenía que llegar hasta Noel. Tenía que salvarlo.

Pero Jai me arrastró a la eternidad, lejos de su otro. Volamos a través del tiempo y el espacio. Abandonamos a Noel y lo dejamos morir solo.

Aterrizamos en la sala de estar, las lágrimas recorrían mis mejillas. Sentí arcadas y vacié mi estómago sobre la alfombra. Jai gimió.

—Lo siento, lo siento, lo siento —murmuró con la frente pegada al suelo mientras su sangre empapaba las fibras de la alfombra—. Noel, lo siento. Lo siento.

Acunando su cabeza entre las manos manchadas de sangre, Jai enterró la cara en la alfombra y gritó.

Nunca hubiera imaginado a Jai capaz de emitir semejante alarido. Eran fragmentos de cristal y ácido ardiente. Me arrancó la piel a tiras. Yo lloraba. Aquel grito torturador y desgarrador de devastación me perseguiría para siempre.

Jai gritó y gritó y gritó.

Nunca olvidaría aquel sonido.

No mientras viviera.

CAPÍTULO 18



EL SILENCIO ERA ALGO extraño. Podía ser reconfortante y sereno, pesado y expectante. Era el trozo de eternidad que precedía a la revelación de la verdad, el pequeño espacio de tiempo que precedía a un beso. Pero también podía ser cruel. Asfixiaba y ahogaba. A veces, el silencio era ensordecedor.

El silencio después de que Jai dejara de gritar fue el más doloroso que jamás había experimentado. No podía respirar. No creo que quisiera respirar. Porque la muerte tenía que ser mejor que esa agonía, ese tormento que lo abarcaba todo.

Noel estaba muerto. Había muerto por nosotros. Por mí. Por Jai. Y lo habíamos abandonado para que muriera solo.

El silencio nos estranguló. Nos robó nuestros sollozos sin palabras. Estábamos perdidos en nuestro dolor, llorando al hombre que ambos amábamos. Y sí, Jai lo amaba. Quizás no de la misma forma que yo, pero era amor, al fin y al cabo. Era imposible que tal agonía naciera de algo que no fuera amor verdadero e incondicional.

Alguien se agachó ante mí, con los ojos verdes muy abiertos y aterrorizados. Me gritó en la cara, sacudiéndome, pero no entendí nada de lo que decía. No era más que estática en mis oídos.

Un dolor agudo me punzó la mejilla y parpadeé. Aspiré aire cuando Gideon volvió a sacudirme. Me crujieron los huesos y estallé en una nueva oleada de lágrimas.

—¡Háblame, maldita sea! ¿Qué ha pasado?

Sollocé, mirándome las manos manchadas de sangre.

—¡Riley! ¿Dónde está Noel?

—Noel —su nombre me sofocaba—. Él... él... Yo no..., no pude... Se ha ido.

—¡Lo sé! ¿Dónde? —Su pecho se encogió mientras se arrodillaba en mi vómito, las manos apretaron mi cara con demasiada fuerza—. Sus emociones son muy confusas. No puedo entenderlas. ¿Dónde está Noel? ¿Qué ha pasado?

—Está muerto —dije.

Horror sin adulterar parpadeó sobre sus rasgos. Un sonido de dolor raspó su garganta, con el eco de Jai en algún lugar detrás de él. Gideon negó con la cabeza.

—No, no lo está. Aún lo siento. No está muerto.

¿Qué?

—¿Está vivo?

—¡Sí! —Se pasó las manos por el pelo, tirando de sus mechones como un trastornado—. Sí, está vivo. ¿Qué coño ha pasado? ¿Dónde está?

—Yo... —Busqué a Jai, deseando que me lo explicara. Porque yo no podía. No podía poner palabras a la atrocidad—. No lo sé. Se estaba muriendo y lo dejamos. Dios, Gideon, lo abandonamos.

Sollozando entre mis manos, me mecí hacia adelante y hacia atrás. Las palabras caían de mis labios en un caos discordante, pero Gideon consiguió entender lo esencial.

Me arrastré hasta donde yacía Jai en posición fetal, temblando como una hoja. Le empujé el hombro.

—¡Tenemos que volver! Tenemos que ir a por él. Nos está esperando. Jai, ¡levántate!

—Déjalo. —Gideon se puso en pie, con el teléfono ya en la oreja—. No podemos llegar a él ahora. Está con Noel.

¿Con Noel?

Gideon ladró al móvil con voz temblorosa. Xavier apareció menos de un minuto después. Habló con Gideon, pero este seguía gritando al teléfono. Al momento, Xavier estaba a mi lado. Sus manos revoloteaban sobre mí, buscando heridas inexistentes. Aparte de los arañazos y los músculos magullados, estaba bien. Volvió su atención hacia Jai.

Mientras le curaba la puñalada, Xavier lanzaba preguntas —o lo que yo suponía que eran preguntas, ya que no entendía el idioma— a Gideon. Su rápido parloteo pasó por encima de mi cabeza, yo flotaba en puro *shock*.

Un paño caliente me pasó por las mejillas.

—Ven aquí, niño. Estás cubierto de sangre. —Xavier me levantó en volandas del suelo. Me encogí al ver el vómito y la sangre que empapaban la alfombra.

—Gideon odia la sangre en la alfombra —dije.

—Ya se le pasará. —Me dio unas palmaditas en la cabeza al tiempo que me dejaba de pie en el baño—. Vamos a limpiarte.

Debería haberme molestado que un desconocido me desvistiera, pero permanecí inmóvil mientras me quitaba la ropa. La ducha estaba abierta. El vapor me envolvía la cara. Mi piel apestaba a muerte.

—Lo siento —murmuré. Xavier me limpiaba un grumo de sangre coagulada del pelo—. Los demonios se han desangrado encima de mí.

Con ojos claros, negó con la cabeza.

—No pasa nada. Todo va a salir bien.

—¿Dónde está Noel?

Se le entreabrió la boca y no contestó.

En lugar de eso, me metió en la ducha. Me estremecí cuando el agua caliente roció mi sensible piel. Estaba desnudo delante de Xavier. Debería sentir algo al respecto, ¿no?

Pero no.

Me quitó la horrible carnicería del cuerpo y me sacó de la bañera. En cuanto terminó de secarme, me vistió como si fuera un niño: metió mis brazos por las mangas de una camiseta limpia, me levantó los pies y los colocó en las perneras del pantalón. Me subió el chándal por las piernas y me lo puso por encima del culo.

Me temblaba la barbilla.

—Ahora tienes que ser valiente, Riley —dijo con el rostro serio—. Noel necesita que seas valiente.

Una lágrima se deslizó por mi mejilla. Xavier la limpió. Entonces inhalé y construí un dique dentro de mi pecho. Mi confusión, mi dolor, los encerré tras la barrera. Porque Noel me necesitaba. Sería valiente.

Cuando volvimos al salón, todo había cambiado. Las piezas del sofá habían sido empujadas hacia la esquina y aplastaban nuestro perfectamente horrible árbol de Navidad. La mesa de centro estaba pegada al sofá para crear más espacio.

Gideon iba de un lado a otro con el teléfono en la oreja. Jai lo seguía, con las alas agitadas y manos preocupadas. Miraba a Gideon con desesperación.

En cuanto entré, Xavier siseó y me empujó hacia atrás, mientras un tercer cuerpo se movía en una esquina. Llevaba el pelo rubio platino recogido en un elegante peinado y la boca pintada con un carmín rojo brillante. Puso los ojos color ámbar en blanco al ver la reacción del ángel.

—Xavier, me alegro de verte. Pareces —sonrió, mostrando un atisbo de colmillos blancos— decadente.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó.

La mujer lo ignoró, más interesada en mí, que me encogí tras él.

—¿Así que esta es la criatura por la que todo el mundo está alborotado? Es bastante pequeña.

—Si valoras tu vida, Tabitha, te abstendrás de hablar con él.

Xavier siempre había sido el epítome de la cortesía. Su hostilidad me sorprendió.

—Está aquí para ayudar —espetó Gideon antes de volver a su llamada telefónica.

Tabitha sonrió, victoriosa.

—Sí, estoy aquí para ayudar.

Gideon colgó la llamada, interrumpiendo así la refutación de Xavier.

—Tengo que irme. Debo solicitar un equipo de extracción, y Gabriel no estará muy dispuesto a concedérmelo. Tendré que suplicarles. ¿Te quedas con ellos?

No miró a nadie en particular, pero Xavier asintió.

—Por supuesto.

—Tabitha, ¿estás segura? —Gideon tocó el hombro de la rubia, y ella se inclinó hacia él—. No puedo equivocarme.

—Solo puedo decirte lo que he oído. —Ella le puso una mano en la mejilla, transmitiéndole una familiaridad que aborrecí de inmediato—. La historia es que un ángel está cautivo en Estigia. Esa es la que escuchará tu Consejo. Pero no está allí. Un ángel ha sido llevado al Infierno. Lo han visto en el calabozo de Lucifer.

—¿Por qué Lucifer se involucraría personalmente en el secuestro de un guardián secundario? —preguntó Xavier. Todos los ojos se volvieron hacia mí—. Ah, claro.

Pellizcándose el puente de la nariz, Gideon exhaló.

—¿Puedes confirmar que es él?

—No sin cierta dificultad —dijo Tabitha—. No sin un precio.

—Dilo y es tuyo.

—¿Cualquier cosa? —Ella se acercó y paseó sus dedos por el esternón de mi protector—. ¿De verdad, Gideon?

La expresión de Gideon era pétrea, pero asintió.

—Alimentación semanal durante una década —dijo ella.

—Alimentación mensual. Un año.

Tabitha hizo un mohín.

—No seas tan malo. Alimentación semanal. Dos años.

—Mensual durante cinco —dijo Gideon apretando los dientes.

—Trato hecho. —Su sonrisa era depredadora mientras extendía la mano. Los dientes de Xavier rechinaron cuando Gideon se la estrechó. Ella soltó una carcajada—. Veré lo que puedo hacer.

Antes de que pudiera romper todos y cada uno de los dedos con los que Tabitha se habría atrevido a tocar a Gideon, brilló en rojo y desapareció en una nube de humo.

Xavier gruñó.

—Gideon, no puedes hablar en serio...

—Mis asuntos no te conciernen —le espetó él—. ¡Mantenlos con vida hasta que vuelva!

En un abrir y cerrar de ojos, él también había desaparecido.

Deslizándose por la pared, Jai cayó de culo y se tapó los oídos con las manos. Se balanceaba de un lado a otro, gimoteando. Xavier y yo conseguimos guiarlo hasta el cuarto de baño. Era lo bastante consciente como para ducharse solo, y yo me quedé mirando al suelo con decisión mientras se desnudaba.

Cargué de forma mecánica la lavadora con su ropa y la mía, ambas ensangrentadas. Lo dejé en las hábiles manos de Xavier y salí del cuarto de baño. Por más que lo intenté, no conseguí evitar mirar por encima del hombro y ver el reflejo desnudo de Jai mientras entraba en la ducha.

No había lugar para la lujuria o el deseo, estaba emocionalmente muerto por dentro. Pero seguía siendo hermoso. Planos duros y piel oscura. Aparté la mirada, disgustado conmigo mismo por espiar cuando él estaba tan vulnerable.

En el salón, me dediqué a limpiar el vómito de la alfombra. La sangre no saldría. La fregué de todos modos.

—Riley, no tienes que preocuparte por eso —dijo Xavier.

Lo ignoré.

Vestido con ropa limpia, Jai se paseaba murmurando entre dientes. A veces se detenía, cerraba los ojos y apretaba y aflojaba los puños. Otras veces se estremecía y gemía, y sus miembros reaccionaban a estímulos que yo no podía ver.

Con un grito ahogado, Jai golpeó la pared con la mano, apretando los dientes.

—¡Joder! No te atrevas a rendirte. Estoy aquí. Estamos bien. Te tengo, *neshama sheli*. Estamos bien. Estamos bien.

Sus alas se abrieron, la izquierda se retorció, y cayó de rodillas con un grito de dolor.

Cuando di un paso hacia él, Xavier me puso una mano en el hombro para detenerme.

—¿Qué...?

—El vínculo entre los otros es uno de los más fuertes de nuestro mundo. Es casi tan fuerte como un vínculo comprometido —dijo.

—No sé qué es eso. —Una lágrima rodó por mi mejilla mientras Jai gimoteaba.

—Es la conexión compartida entre almas gemelas —me explicó Xavier.

—¿Como el matrimonio? —murmuré, sin que me importara la respuesta.

—En cierto modo, sí. —Volví a dar un paso adelante, pero Xavier me apretó el hombro con más fuerza—. Ahora mismo no está aquí con nosotros. Está con Noel.

Le aparté la mano.

—Me necesita.

—Podría arremeter...

—¿Jai nunca me haría daño! —Miré fijamente a Xavier, acortando la distancia entre la forma acurrucada de Jai y yo—. Jamás.

Xavier estaba preparado para sacarme del peligro si era necesario, no lo entendía. Jai, Noel y Gideon habían dedicado sus vidas a protegerme. Habían estado ahí desde el principio y nunca me habían abandonado, ni siquiera cuando no podía verlos. Pasara lo que pasara, nunca me harían daño.

—¿Jai? —Con cuidado, puse una mano en el reverso de su ala más cercana. Se encogió, pero no se apartó—. Jai, está bien. Ya estoy aquí. Todo va a salir bien... Estoy aquí.

—Riley. —Mi nombre sonó roto en su lengua.

Cuando él me alcanzó a ciegas, tomé su mano. Dejé que me arrastrara hasta su cuerpo, su cara metida en mi cuello. Lo acuné contra mí, murmurando tonterías vacías y palabras tranquilizadoras. Le rasqué el cuero cabelludo, como sabía que le gustaba. Le froté los músculos tensos del cuello y los hombros. Mis dedos recorrieron sus plumas negras.

Al girarnos, Jai apoyó la espalda contra la pared y me aplastó contra su pecho. Me senté a horcajadas sobre sus caderas, atrapado entre sus brazos. Le acaricié el pelo corto con una mano y, con la otra, la mejilla.

—No pasa nada, Jai —le dije, acariciándole la mandíbula—. Estás bien.

—Noel no está bien —susurró.

Se me cerró la garganta y se me humedecieron los ojos. Besé su mejilla rasposa, su nariz, su frente. No importaba que Xavier nos observara. No me importaba que no estuviera permitido. Mi corazón sangraba y Jai se rompía. Éramos el único consuelo que teníamos.

Apretando mis labios contra la comisura de su boca, dije:

—Lo recuperaremos. Vamos a recuperarlo.

—¿Lo prometes? —Los ojos oscuros de Jai estaban vidriosos, atormentados.

No tenía ni idea de si recuperaríamos a Noel. Así que mentí.

—Lo prometo.

CAPÍTULO 19



ESTUVIMOS SENTADOS MUCHO TIEMPO. Y esperamos.

No hablamos, solo compartimos la silenciosa vigilia mientras Jai sufría junto a Noel. Xavier estaba sentado en un taburete de la barra, observándonos con una mirada atenta y curiosa, pero no nos interrumpió. Se limitó a compartir nuestro dolor, un espectador silencioso de nuestro sufrimiento.

Al cabo de otro tiempo inconmensurable, el ambiente cambió. Jai levantó la cabeza y casi me rozó la barbilla. Caí de su regazo mientras él se ponía en pie.

Gideon apareció en el salón, pálido y derrotado. Xavier maldijo.

—No —gimoteó Jai—. Gid, no.

—Lo siento.

Jai cayó de rodillas y enterró la cara entre las manos. El rostro de Xavier se retorció de rabia. Apretó los puños.

—No es posible que...

—No confían en mis contactos —dijo Gideon—. Están esperando que confirmen su ubicación. No podemos hacer otra cosa que esperar.

—¡Pero le están haciendo daño! —Me levanté, agitando las manos hacia Jai—. ¡Lo están torturando! No podemos esperar.

Gideon asintió con la cara desencajada.

—Lo sé, pero no podemos hacerlo nosotros. Sería un suicidio.

—Lo están matando, Gid. —Jai se hizo un ovillo, lloriqueando.

Xavier negó con la cabeza.

—No. No lo matarán si creen que aún hay una posibilidad de que vayas por él.

—Es un cebo —comprendí—. Lo están usando para atraernos. Es una trampa.

Atacar a mis guardianes, capturar y torturar a Noel: todo para llegar a mí. Era culpa mía.

—Tenemos que hacer un intercambio —interrumpí la conversación de Gideon y Xavier—. Yo por Noel.

—Por supuesto que no. —Gideon pasó la mano por el aire y cortó la idea por las rodillas antes de que pudiera crecer—. Nada de intercambios.

—Me quieren. Todo esto es por mí. Le están haciendo daño, y es mi culpa.

Jai agarró mi mano, tiró hacia abajo y me puso a su nivel, y me cogió la cara entre las manos.

—Entregarte cuando Noel se ha sacrificado para salvarte es una mala forma de devolvérselo, ¿no crees? —me espetó, con los ojos medio enloquecidos—. No eres una puta moneda de cambio. Conseguiremos un maldito equipo de extracción. Traeremos a Noel...

Cada músculo del cuerpo de Jai se puso rígido. Sus ojos se vidriaron mientras su mente viajaba lejos del apartamento, a Noel.

—No —suplicó, el miedo atravesando la solitaria palabra.

Me empujó con una fuerza que no esperaba. Me crispó la muñeca al agarrarme. Xavier me arrastró varios metros hacia atrás mientras el rostro de Jai se contorsionaba en algo inhumano, algo trastornado.

—¡No!

Gideon gimió y se le doblaron las rodillas.

—El Creador tenga piedad.

Jai se agarró la cabeza y se tiró del pelo.

—No, por favor. Creador, por favor, no. No mi Noel. No mi... ¡No!

Las alas negras y marchitas cayeron al suelo mientras él se deshacía en sollozos desgarradores. Jai no lloraba; nunca lloraba. Sin embargo, ahora sollozaba, implorando clemencia a entidades desconocidas.

Apesadumbrado, con los ojos verdes empañados, Gideon movió los labios en una oración silenciosa. El dolor se grabó en las líneas de su rostro, que se endureció hasta convertirse en una rabia escalofriante. Se levantó y desapareció por el pasillo. Regresó con tres enormes bolsas de tela, llenas hasta los topes. Cayeron al suelo con un estruendo metálico.

Xavier se puso junto a Gideon al instante y abrió las bolsas. Sacaron un arma tras otra. Pistolas, espadas, ballestas y lo que yo creí que era una granada salieron por montones de las bolsas sin fondo.

—Es un suicidio —recordó Xavier.

—Mejor morir haciendo algo que vivir con las consecuencias de no hacer nada. —Gideon organizó los terribles instrumentos de la muerte sobre la mesa de café mientras Jai se lamentaba en la alfombra, detrás de mí—. No espero...

—¡Si crees por un segundo que voy a dejarte entrar a cañonazos sin ayuda, entonces eres tan estúpido como imprudente! —chilló Xavier, arrebatándole una escopeta.

Se miraron un momento antes de que Gideon pusiera una mano en su hombro.

—Gracias.

—Noel es un buen chico. El Consejo se equivoca esta vez. —Se dieron una palmada en los hombros antes de dedicarse a la tarea de elegir las armas.

—Prepárate —ladró Gideon—. Salimos en cinco minutos.

Tardé un segundo más en darme cuenta de que no me hablaba a mí, sino a Jai. Jai, que ya no lloraba en posición fetal. Jai, que estaba de pie, sin rumbo, en medio de la habitación, la cáscara vacía de un hombre.

Un muerto viviente.

El pensamiento me hizo sentir un rayo de terror.

—¿Adónde vamos? —pregunté mientras Jai caminaba hacia su habitación. Gideon y Xavier me ignoraron, discutiendo cuántas armas podían llevar sin que les impidiera avanzar a toda velocidad—. ¿Adónde vamos? —repetí en voz más alta.

—Nosotros nos vamos —gruñó Gideon—. Tú te quedas aquí y...

—No. —Una potente furia rugió por mis venas ante la obstinada mandíbula de Gideon—. Me voy con vosotros.

Su bufido burlón avivó el fuego en mi sangre y mis manos se crisparon. Mis uñas dejaron formas de media luna en mis palmas, y las luces de la habitación parpadearon. Mi visión pasó de normal a roja una y otra vez.

—No me dejarás atrás.

Gideon dejó una ballesta sobre la pila con un golpe seco.

—De ninguna manera, ni en este reino ni en ningún otro, dejaré que pongas un dedo del pie en el Infierno.

—¡No me dejarás aquí! —La bombilla sobre mi cabeza explotó, bañándonos en cristales—. No te atrevas a dejarme aquí.

Con una expresión dura como la piedra, Gideon se abalanzó sobre mí, abriendo sus alas doradas.

—¡Harás lo que yo te diga!

Necesité todo el valor que poseía para no marchitarme bajo su intimidante mirada. El aire se cargó con su poder y mi propia energía crepitó en mi palma.

—Puedo ayudarte. Por favor, déjame ayudarte.

—Siéntate. —Su voz estaba cargada de autoridad, y todo mi cuerpo decía: «Sométete, sométete, sométete».

Para su sorpresa y la mía, no lo hice.

—¡No! —Empujé su pecho tan fuerte como pude. Ni siquiera se tambaleó—. No puedes pedirme que me quede aquí esperando a que nunca vuelvas a casa.

—Te quedarás aquí, donde es seguro.

—No te perdonaré. —Lo empujé de nuevo, y él lo aceptó sin tomar represalias—. Nunca te perdonaré si me dejas aquí.

Un dolor genuino se reflejó en su rostro, pero su máscara insensible se deslizó en su lugar, sofocándolo.

—Es un sacrificio que estoy dispuesto a hacer para garantizar tu seguridad.

Me dio la espalda y, por primera vez, lo odié con toda mi alma. Quería darle un puñetazo en su estúpida y perfecta cara. Todos iban a morir, y yo me quedaría allí solo. Otra vez.

Miré a Gideon a la espalda.

—Dijiste que yo formaba parte de esta familia. Dijiste que en las familias se cuidan los unos a los otros. Dijiste que lucharíamos juntos. Eres un mentiroso.

—Se defendió bien de los demonios —dijo Jai mientras entraba en la sala vestido de negro de pies a cabeza—. Derribó a varios sin ayuda.

—Tiene talento natural con la espada —añadió Xavier.

Los miré, boquiabierto. ¿Estaban de mi lado?

Furioso por la traición, Gideon se giró y sus ojos verdes escupieron fuego.

—No es posible que estés sugiriendo llevar al Inframundo a tu discípulo, el chico al que juraste proteger.

—Podría ayudarnos —dijo Jai.

—¡Morirá!

—Todos tenemos que morir algún día. —Jai deslizó una daga brillante en la funda de cuero que cruzaba sobre su pecho—. Mejor morir juntos.

Gideon se hartó de balbucear, casi mudo de ira.

—Él es tu discípulo.

—Es mucho más que eso. Siempre lo ha sido, y lo sabes. —Jai endureció los hombros y respondió a la mirada de Gideon con su propio desafío—. Es parte de esta puta familia, y en esta familia nos cuidamos todos.

—¿Has perdido la cabeza?

—Es probable. —Jai se encogió de hombros—. Pero sin Riley, no tenemos ninguna posibilidad.

Un músculo hizo tic en la mejilla de Gideon y sus dientes rechinaron. La mirada de Xavier saltó entre los dos ángeles. Jai se negó a retroceder. Yo permanecí en silencio como un ratón, con la esperanza luchando contra el miedo en mi pecho.

—Es pequeño, y aún no ha alcanzado todo su poder. —Un brazo delgado se deslizó alrededor de mis hombros, asustándome mientras el pino y el sol me hacían cosquillas en la nariz—. Su presencia puede pasar desapercibida, al contrario que la tuya. Me quedaré a su lado y me aseguraré de que no lo maten. Tenemos más posibilidades de colarnos que cualquiera de vosotros.

La aparición de Beau entre nosotros había pasado desapercibida hasta que habló. Todo el mundo se centró en el precioso ángel, y él sonrió, satisfecho. Estaba lejos de ser una sonrisa agradable; era peligrosa.

—Ah, y Noel no está en el Infierno. Estaba, pero lo trasladaron cuando alguien se chivó.

—¿Dónde está? —exigió Jai.

Con una mueca de dolor, Beau dejó caer su brazo de mis hombros y pasó los dedos anillados por su cabello.

—Está en el Purgatorio.

Jai palideció y Gideon maldijo. Xavier siseó en su idioma angelical.

—¿Por qué es malo el Purgatorio? —pregunté—. ¿Qué hay en el Purgatorio?

—En el Purgatorio no hay más que dunas de arena —dijo Beau.

Cuando abrí la boca para exigir una explicación mejor, Jai susurró:

—Allí el tiempo funciona de otra manera. No sigue las mismas reglas que los otros reinos. Noel lleva fuera unas horas en este reino, pero en el Purgatorio...

—Para él, ha estado allí durante días —terminó Beau.

Mi estómago amenazó con rebelarse de nuevo, pero me lo tragué. Ay, Noel.

Jai agarró a Gideon del brazo.

—¡Tenemos que irnos ya! Gid, no hay tiempo...

—Ni siquiera sabemos si está allí.

—Está allí. —Beau cruzó los brazos sobre su estrecho pecho, con los ojos brillantes.

—¿Por qué es la primera vez que lo oímos? ¿Por qué el Consejo está convencido de que lo retienen en Estigia? —preguntó Gideon.

—Los príncipes tienen espías, igual que nosotros, y tu Consejo no es inmune. ¿Por qué crees que están dando largas? —Beau dejó que aquello calara hondo antes de continuar—. Noel está en el Purgatorio, y resulta que tengo un plan para sacarlo. ¿Estás dispuesto a escucharme? ¿O piensas irte desfilando al Infierno y hacer que te maten junto con tus secundarios?

Su silencioso enfrentamiento duró un minuto entero, pero, cuando los hombros de Gideon se hundieron, suspiré aliviado.

—Bien —dijo Beau. Señaló a Jai—. Equipa a Riley y, por la Santísima Trinidad, que vaya armado. Gideon, Xavier, sé que me superáis en rango, pero escuchadme.

Un torrente de movimientos siguió a la actitud mandona de Beau. Me empujaron y tiraron de mí en distintas direcciones, y acabé en el dormitorio de Noel. Jai me lanzó ropa con la orden de que me vistiera. Obedecí.

Sin embargo, ni siquiera la amenaza de una muerte inminente fue suficiente para disuadir mi pudor. Le di la espalda a Jai mientras me quedaba en ropa interior. Resopló, pero no pude discernir si se debía al estrés o al humor.

En cuanto estuve vestido con un conjunto negro similar al de Jai, me di la vuelta. Ya estaba arrodillado ante mí, y me colocaba una especie de cinturón. Metí los pies en un par de botas flexibles, de tipo militar. Me puso una gorra oscura en la cabeza y metió los rizos sueltos bajo el borde de tela.

Por un segundo, casi me reí de aquel atuendo de espía. Pero entonces vi la cama vacía de Noel y las ganas de llorar volvieron con todas sus fuerzas.

Jai me aseguró una espada a la espalda y me ajustó la correa de cuero al pecho. Palidecí cuando encajó varias dagas afiladas en el cinturón de mi arma. Añadió cinco cargadores llenos de munición antes de mostrarme una pistola negra.

Negué con la cabeza, petrificado ante la idea de tocar la herramienta de la muerte. Jai me cogió la barbilla con la mano y me pellizcó hasta que chillé de incomodidad.

—Solo te dejaré venir con nosotros si puedo confiar en que sabrás defenderte. Si no puedes usar esta pistola, te quedas aquí, ¿me oyes? Te ataré a mi cabecera si es necesario, y no de una manera divertida. —¿De manera divertida?—. Coge el arma, Riley.

Con manos temblorosas, rodeé la pistola con los dedos, el frío metal me heló la piel.

—Nunca he usado una.

—Lo sé. —Jai me explicó cómo funcionaba—. Este es el seguro. Si está en la funda, el seguro está puesto. Cuando quieres usarla, el seguro se quita. ¿Entendido? —Asentí con la cabeza.

»El dedo permanece fuera del gatillo hasta que estés listo para disparar. Apunta al centro de la masa. Es el blanco más grande. No dejes de disparar hasta que tu objetivo deje de moverse.

Me quitó la pistola y me enseñó a cambiar el cargador. Me dio las instrucciones tan rápido que apenas conseguí seguirlo.

—Vale, enséñame lo que acabo de hacer.

Lo hice a tientas. Me corrigió varias veces hasta que pude hacerlo yo solo.

—Apunto al centro del objetivo, y no dejo de disparar hasta que... hasta que dejen de moverse.

—Buen chico. —Jai acarició mi mejilla, luego abrió una pequeña mochila negra—. Esto es para Noel. Ropa limpia y medicinas. —Levantó varias jeringas precargadas una a la vez—. Esta es un coagulante. Úsalo para detener la peor hemorragia. Esto es como morfina. Le duele mucho, así que inyéctale esto en el bíceps o en el muslo, en algún sitio donde tenga más carne. Puede que le haga perder el sentido, pero lo ayudará a superar el dolor. Eres demasiado pequeño para cargar con él.

»Esta es como la epinefrina humana. Estimulará su reflejo de lucha o huida si está apático o somnoliento. Acelera su adrenalina. —Volvió a meter el material médico en la bolsa y me ayudó a pasar los brazos por las correas—. No hay forma de prepararte, pero tienes que estar listo. No va a tener buen aspecto; está muy jodido, ¿vale? Así que tienes que ser fuerte por él. —Tragó con fuerza, los ojos vidriosos y desorbitados—. Está herido, Riley. Está muy mal.

Recé para no parecer tan asustado como me sentía.

—Lo sacaré, Jai. Te lo prometo.

—Sé que lo harás. —Él ahuecó mi cara, sus pulgares barrieron mis pómulos—. Eres tan valiente, Riles...

—No me siento valiente.

Me abrazó con fuerza y me apretó la nuca.

—Ninguno nos sentimos valientes, ni siquiera cuando somos más valientes. —Separándonos, apretó su frente contra la mía—. Nunca he estado más orgulloso de ti. Ha sido un honor y un privilegio ser tu guardián.

—Deja de hablar como si te estuvieras despidiendo. —Luché contra las infantiles lágrimas mientras él buscaba en mi cara—. Esto no es un adiós.

Con apenas unos centímetros entre nosotros, memoricé cada línea y pliegue perfectos de su piel. Olía a sudor y a sol, con un toque de *dokha*.

—Jai, yo... yo... yo...

—A la mierda —dijo.

Entonces entrechocó nuestras bocas con tanta fuerza que nuestros dientes sonaron.

Ese beso no fue como los otros que había experimentado. No fue lento y metódico como el de Danny, o suave y dulce como el de Noel. No, ese beso fue duro y doloroso, nacido de la desesperación y la tristeza. Sus labios secos atacaron mi boca con rudeza, su arduo vello me mordió la piel.

Con un grito ahogado, le eché los brazos al cuello y nos aplasté hasta que no quedó espacio entre nosotros. Las dagas atadas al pecho de Jai se clavaron en mi estómago mientras permanecía de pie sobre su cuerpo arrodillado. Pero no me importó. Le devolví el beso con un hambre apenas disimulada, mis labios descuidados y sin práctica.

Terminó en cuestión de segundos, pero los dos estábamos sin aliento cuando nos separamos. Fue corto, pero lleno hasta el borde de necesidad y pasión. Pero así era Jai. Nunca hacía nada a medias, ni siquiera besar.

—No te mueras. —Gruñó las palabras, sus puños retorcidos en mi camisa.

Mi mano en su nuca se cerró en su pelo, y tiré.

—Tú tampoco.

Mis contundentes palabras y acciones nos sorprendieron a los dos, pero antes de que pudiera disculparme, Jai se inclinó hacia mí y me besó por última vez. Fue más suave, sus finos labios saborearon los míos. Capturé el momento y lo guardé en mi mente. Cuando muriera esa noche, quería que ese fuera mi último recuerdo, junto con el tierno beso de Noel y el abrazo de Gideon.

Sí, esos serían mis últimos pensamientos.

Nos separamos.

—Tenemos que irnos —dijo.

—De acuerdo —contesté.

Se puso en pie, entrelazó nuestros dedos y volvimos al salón, cogidos de la mano. Gideon, Xavier y Beau estaban inclinados sobre varias hojas de planos, y yo me apoyé en el brazo de Jai mientras me agarraba la mano con más fuerza. Era el momento.

—¿Está listo? —preguntó Beau, y Jai puso los ojos en blanco.

—No, le he enseñado unos pasos de baile en vez de prepararlo. Claro que está listo.

—¡Presta atención! —espetó Gideon, aún enfadado al ver que los acompañaba.

Con toda probabilidad, todos moriríamos esa noche. Estaba lejos de ser un suicida, pero no había lugar en el que prefiriera estar que al lado de mis ángeles. Si ellos luchaban, yo lucharía. Si

ellos morían, yo moriría. Para mí, no había otra opción.

Pasamos quince minutos estudiando los planos del almacén donde supuestamente estaba encerrado Noel. Me obligué a prestar atención a cada detalle, memorizando las rutas que Beau y yo seguiríamos por el edificio. En cuanto estuvimos todo lo preparados que podíamos estar, salimos del apartamento arrastrando los pies.

Gideon se había puesto la misma ropa de espía que llevábamos Jai y yo. Xavier también se había cambiado. La ropa le quedaba holgada, lo que sugería que no era suya. Él y Gideon iban cargados de armas. Jai añadió más a su propio conjunto.

La luna llena se burlaba de nuestro atuendo furtivo mientras nos agrupábamos en el patio trasero. Recé para que las noches fueran más oscuras en el Purgatorio. Necesitábamos toda la ayuda posible.

—Si sobrevivimos a esto —Gideon miró fijamente a Xavier y luego a Beau—, todos tendremos un infierno que pagar a nuestro regreso. Vosotros dos caeréis con nosotros.

Beau se burló, metiéndose el pelo desgreñado en una gorra negra.

—Vuestro Consejo de Arcángeles puede irse a la mierda.

—Cada alma es sagrada —dijo Xavier—. Sacrificar inocentes nunca debería ser la elección correcta. Noel nos necesita, y eso es lo único que importa.

—Estamos en deuda con vosotros. —Gideon inclinó la cabeza—. Gracias.

Por primera vez, la ferocidad de Beau vaciló, revelando tristeza y ansiedad.

—Noel haría lo mismo por nosotros.

Jai me apretó la mano y yo le dediqué lo que esperaba que fuera una sonrisa confiada.

—Lo traeré a casa —juré.

—Tráete a ti también a casa. —Tras un último apretón, me soltó la mano.

Enfrente de mí, Gideon me fulminó con la mirada. Me negué a acobardarme, pero no podía dejar que nos separáramos así.

—Todo va a salir bien, Gideon —le dije—. Ya lo verás.

—No dudo de ti. Así que no dudes de ti mismo. Lucha como el hombre que sé que eres.

Las lágrimas me quemaban la garganta. Quise acortar la distancia que nos separaba y abrazarlo, pero él ya resplandecía. Cogí la mano de Beau mientras el terror amenazaba con engullirme.

—Hasta que volvamos a vernos —dijo Gideon.

El patio trasero se iluminó con su fulgor angelical. Esperé el ya familiar anzuelo. Se enganchó en mi columna y cerré los ojos con fuerza.

Y caímos en espiral.

CAPÍTULO 20



BEAU Y YO ATERRIZAMOS en una duna de arena, los granos asaltaron inmediatamente mis botas en busca de una abertura. La lúgubre luz de la luna iluminaba el vasto y solitario desierto. Los colores que me rodeaban eran apagados y sin brillo, como si todo mi espectro cromático estuviera sesgado. Entrecerré los ojos a través de las sombras desvaídas, temblando por la brisa fresca.

—¿Estás bien? —Beau se enderezó y sus ojos agudos observaron nuestro entorno—. No vas a echar la pota, ¿verdad?

Me había teletransportado un total de tres veces, pero mi estómago se negaba a aclimatarse a la agitación celular. La bilis me lamió la parte posterior de la lengua, pero en mi estómago no quedaba nada que vomitar. Tragué saliva varias veces, respirando profundamente.

—Estoy bien. —Mi susurro sonó fuerte en la desierta extensión de arena.

Señaló la colina que se alzaba ante nosotros.

—Subamos.

Hundimos las botas en la arena y subimos. El viento me lanzaba granos gruesos a la cara, como si fuera una venganza personal. La arena se metió bajo mi ropa y me arañó la piel, introduciéndose en espacios que ni siquiera sabía que existían.

En la cima de la duna, Beau se puso boca abajo y se deslizó por la cresta. Lo imité.

Un edificio se alzaba como salido de la nada. Nos mantuvimos pegados al suelo. El almacén parecía fuera de lugar, una estructura solitaria en medio de aquel páramo.

—¿Es este el único edificio de Purgatorio? —Apenas me atreví a formular la pregunta por miedo a que alguien la oyera.

Negó con la cabeza mientras sus ojos recorrían la enorme estructura.

—El Purgatorio tiene la habilidad de jugarte malas pasadas. Está diseñado para joderte. Ese su objetivo, por eso nadie viene aquí de forma voluntaria.

—Excepto nosotros.

Beau se rio.

—Sí, excepto nosotros. Hasta el amo de este lugar lo odia.

—¿El amo? —Era un momento terrible para ser curioso, pero me siguió la corriente.

—Sabes quiénes son los Siete príncipes, ¿verdad? —preguntó, y yo asentí—. Bueno, cada uno preside diferentes partes del Inframundo. Belphegor es el amo aquí, pero casi nunca está en casa.

—Seguro que sabes mucho sobre el reino maldito.

Se encogió de hombros.

—Tengo el desafortunado trabajo de entregar almas aquí para el castigo eterno. Si estás aquí el tiempo suficiente, aprendes cómo funciona.

—Entonces, ¿hay diferentes ciudades?

—Más o menos. Todo el reino es como un laberinto, un lugar se funde con el siguiente hasta que las almas no pueden distinguirlo. Está creado para hacerte enloquecer, por eso los demonios, las almas perdidas e incluso los caídos que residen mal de la chaveta.

¿Quizás por eso el aire se notaba pesado, seco como un hueso? Respiraba, mis pulmones se inflaban, pero era como si no pudiera recuperar el aliento. Mi cabeza evocaba imágenes y recuerdos que era mejor dejar enterrados en la arena. Me sentía torpe y ni siquiera estaba de pie.

—No te rindas, Riley —me dijo Beau con un apretón mortal en el brazo—. El Inframundo se alimenta de tus peores pesadillas, de tus recuerdos traumáticos, de tu cordura. Nuestra debilidad es su fuerza.

Hablaba de ese reino como de un organismo vivo. Mientras mis dedos tamizaban la arena, tuve que darle un poco de crédito a esa idea. Algo latía bajo mis dedos: como un tambor constante, palpitaba a través de la arena. Tambores de guerra, los cascos de la Muerte, el pulso del mismísimo Satán.

Ese lugar era maligno, pero la pequeña y oscura criatura de mi pecho ronroneaba, feliz de estar en casa.

—Riley, no hay vuelta atrás. Lo entiendes, ¿verdad?

Me observó como muchos lo habían hecho antes, como si temiera por mi mente. Luché contra el impulso de poner los ojos en blanco. Ya sabía que estaba loco. No tenía que preocuparse por eso. Mi cordura ya estaba en entredicho antes de ir allí. Pero, si pude sobrevivir a que la señora

Janet me ahogara en una bañera con hielo y me encerrara en un congelador sin usar, podría sobrevivir a eso.

—Estamos perdiendo el tiempo. —Me arrastré hasta la cima de la duna—. Tenemos que irnos.

—Una vez que veamos la señal de Jai...

Los focos que rodeaban el edificio parpadearon, nos pusimos en pie y corrimos colina abajo. El suelo tembló cuando Xavier y Gideon activaron su distracción, una bomba que voló la entrada principal. Tropecé en la arena. Escupí los granos amargos de la boca mientras Beau me levantaba y volvíamos a correr.

—No te detengas —me recordó, y su mano rodeó mi muñeca.

Moví mis piernas más rápido. Nos dirigíamos directamente hacia una sólida puerta de hierro. Esperaba que Beau pudiera hacer lo que nos había dicho en casa, porque estaba a dos segundos de romperme todos los huesos.

Su poder brumoso se arremolinó a nuestro alrededor y una extraña ligereza invadió mi cuerpo. La ingravidez duró una fracción de segundo, pero fue suficiente. Atravesamos la puerta metálica como si fuera de papel de seda. Se solidificó tras nosotros. ¡Acabábamos de atravesar una puerta!

Sacudí la cabeza con asombro.

—Eso ha sido raro.

—Los dominios tenemos varios ases bajo la manga.

Beau se enderezó y sacó una pistola negra de su funda. El pasillo vacío estaba inquietantemente silencioso. Con las luces superiores apagadas, las lámparas de emergencia proyectaban un resplandor apagado a través del pasillo. Combinado con el espectro de colores del Inframundo, me hacía daño a los ojos, que lloraban mientras me pegaba a la espalda de Beau.

Repetí mentalmente nuestra ruta, siguiendo los pasos insonoros de Beau. La siguiente sala también estaba vacía. El objetivo del asalto directo a la entrada había sido despejarnos el camino a Beau y a mí, pero, aun así, esperábamos encontrar resistencia. ¿Por qué era tan fácil?

—No pensaba que el plan funcionaría tan bien —murmuró, reflejando mis pensamientos—. Esperan un rescate. Deberían... Saben que estamos aquí.

Llegamos a una te en el camino, y Beau se pasó la lengua por el aro del labio.

—Tal vez deberíamos separarnos.

—Nos quedamos juntos. —Repetí las instrucciones de Gideon—. A menos que uno de nosotros esté muerto, permaneceremos juntos.

—Sí, sí. —Señaló con la mandíbula hacia la izquierda, y seguimos caminando.

Al doblar la siguiente esquina, Beau maldijo cuando una flecha pasó junto a mi cabeza. El aire silbó y juré que sentí el pinchazo de un metal en la concha de mi oreja. Pero me empujó al suelo, y su arma ya escupía balas hacia el pequeño grupo de demonios que esperaba para emboscarnos.

Me cubrí la cabeza con las manos y cerré los ojos, rezando por sobrevivir. Vaya, sí que era valiente.

El arma de Beau acribilló al desprevenido grupo. Los cuerpos se retorcieron en el suelo. Disparó a la cabeza de cada demonio al pasar junto a sus cadáveres. Se resquebrajaron y se convirtieron en polvo. Ni siquiera parpadeó.

—Vamos. —Agitó el arma y me arrastré sobre mis piernas gelatinosas—. Eso ha sido solo el comité de bienvenida. La fiesta está dentro.

Llegamos al final del corredor. Según los planos, el pasillo daba a una sala con cuatro puertas. Teníamos que tomar la de la derecha. A juzgar por el hedor a azufre, nos esperaba otra emboscada.

Beau sacó una granada de humo de su cinturón y me observó.

—Pistola. —Su boca formó la palabra en silencio.

Saqué la aterradora arma de su funda y él asintió. Temblando como si estuviera enfermo, quité el seguro y apoyé el dedo índice junto al gatillo, no sobre él.

«No vomites, no vomites, no vomites».

La granada de humo rodó por el suelo de cemento, escupiendo un humo espeso. Alguien gritó en la habitación. Beau cargó hacia delante y disparó. El aire estalló en detonaciones. Aunque el miedo amenazaba con nublarle la vista, perseguí al dominio.

Una sombra se abalanzó desde la oscuridad, con la intención de estrellarse contra la espalda de Beau, y levanté mi arma.

El retroceso fue más fuerte de lo esperado. Estuve a punto de perder el equilibrio, pero me recuperé a tiempo. Volví a apretar el gatillo, rezando una plegaria de perdón a los cielos. No dejé de disparar hasta que el demonio dejó de moverse.

Cegado por el humo, disparé a todo lo que se movía. Mi arma se vació rápido y, presa del pánico, no conseguí recordar cómo recargarla. La guardé en la funda y recuperé la espada que llevaba a la espalda. Mi miedo disminuyó un poco; aquello era mejor.

En cuanto el humo se disipó, vi a Beau moviéndose por la habitación mientras despedazaba a los demonios restantes. Sus alas azules eran más pequeñas que las de mis ángeles, pero eso favorecía su agilidad. Se agachaba y zigzagueaba con más gracia incluso que Noel. Las hojas de zafiro cantaban, manchadas de sangre negra.

Cuando el último demonio estalló, se enderezó con una mueca. Se levantó la camisa y maldijo tocándose el sangrante agujero de bala sobre la cadera.

—Vaya, mierda.

—¡Dios mío! ¿Estás bien?

—Creo que me has disparado. —Hizo un mohín—. Zorra, creía que éramos amigos.

—¡¿Qué?! —chillé.

Beau se rio entre dientes.

—Solo te estoy jodiendo. Es un tiro limpio, ha entrado y ha salido. Al final me curaré. — Señaló hacia la puerta—. Vamos, estamos perdiendo tiempo.

—¿Estás seguro...?

—No es la primera vez que me disparan. Y no será la última. —Recargó su arma con un indiferente encogimiento de hombros.

Mi mano rodeó el pomo de la puerta.

—Vale.

Tiré para abrirla. La puerta de enfrente estalló en el mismo instante. Beau lanzó un haz de humo blanco a la corriente de demonios que entraba en la habitación. Con una mano disparó a los demonios y levantó la otra hacia mí. Un pulso de energía me golpeó el pecho y salí volando de la habitación al pasillo vacío.

Con una mueca de arrepentimiento, agitó la mano y la puerta se cerró de golpe entre nosotros.

—¡Beau! —Me abalancé sobre el metal y tiré del pomo. No se movió. ¿La había cerrado con llave?—. ¿Beau?

Dios, estaba solo. No, no, no, no podía hacerlo solo.

—Beau, por favor. —Golpeé la puerta con los puños, pero la única respuesta fue el chillido de los demonios del otro lado.

Me había dejado fuera, pero ¿significaba eso que los demonios estaban encerrados dentro? ¿O iban a perseguirme?

Retrocedí y miré el pomo. Cuando lo vi moverse, di media vuelta y hui. Siguiendo mi mapa mental, corrí por los pasillos. Pasé por salas equipadas con material médico y salas que simulaban oficinas. Una habitación en particular me erizó la piel, cubierta de azulejos blancos del suelo al techo, del que colgaban ganchos vacíos para carne. Había un desagüe en el suelo.

Casi podía saborear el dolor de los torturados allí. Moví las piernas más deprisa.

Con los pulmones a punto de reventar, ignoré los calambres en las piernas, el ardor en los músculos. El dolor no importaba porque Noel me necesitaba. Había prometido llevarlo a casa.

Mantendría esa promesa aunque muriera.

Excepto que no podía porque ahora me enfrentaba a un callejón sin salida. ¿Cómo...?

Volví sobre mis pasos, repasando el plan que habíamos ensayado. Lo había hecho todo bien, lo sabía. Entonces, ¿por qué estaba en un callejón sin salida? Debería haber habido una puerta.

—Hmm, algo huele muy dulce —siseó una voz detrás de mí.

Empuñé con fuerza la espada y miré hacia la boca del pasillo. Mi salida estaba bloqueada por tres cuerpos. Una mujer demonio flanqueada por dos hombres con espadas en sus manos. Tenían las escleróticas rojas y los colmillos extendidos. De sus dedos crecían garras negras que terminaban en puntas de navaja.

—¿Has venido a jugar, niño? —La mujer movió las garras hacia mí.

Levanté la espada.

—He venido a recuperar lo que es mío.

Uno de los hombres se rio.

—Qué boca más dulce tienes.

—Sus gritos serán música para nuestros oídos —dijo el otro.

—Vamos a jugar a un juego —arrulló la mujer.

Una columna de humo surgió detrás del trío.

—Juega con alguien de tu tamaño —gruñó una voz grave.

Los hombres se volvieron contra el intruso mientras la mujer atacaba. Bloqueé su primer golpe con mi espada. De algún modo, conseguí defenderme también del segundo. Intenté recordar las instrucciones de Xavier, pero esto no se parecía en nada a la práctica. Esto era a vida o muerte. Armas de verdad. Acero afilado. Zarpas que desgarraban.

La demonio capturó mi muñeca y la retorció. Mis huesos amenazaron con romperse. La espada cayó de mis dedos espasmódicos, y las estrellas bailaron en mi visión cuando su puño se estrelló contra mi cara. Me clavó las garras en la piel de la garganta, me levantó por completo y me estampó contra la pared.

Me agité, luchando por agarrarme, pero no podía respirar. Me lloraban los ojos y me ardía la garganta.

—No eres más que un niño. —Acortó la distancia entre nosotros, arrastrando la nariz por mi mejilla húmeda—. Me gustan las comidas frescas.

Me llevé la mano al cinturón, y mis dedos se cerraron en torno a la empuñadura de una daga.

«No morir. Salvar a Noel. Sobrevivir».

Palmeé el cuchillo y hundí la hoja en su cuello. Ella chilló, y su agarre en mi garganta se tensó. Así que la apuñalé de nuevo. Y otra vez. Liberé la hoja de su garganta, solo para clavársela de nuevo.

Su sangre negra se precipitó sobre mis manos, caliente y pútrida. Caímos al suelo mientras yo lanzaba un grito de guerra. La apuñalé una y otra vez hasta que dejó de resistirse, salpicándome la cara con gotas abrasadoras. Mi mano no vaciló hasta que se quedó inmóvil debajo de mí.

La daga empapada resbaló entre mis dedos mojados. Chocó con el cemento. Me puse en pie, aturdido, mirando a la criatura irreconocible que tenía a mis pies.

Su rostro había desaparecido, rebanado. No había más que un abismo sangrante donde debería haber estado. Entonces su cuerpo se resquebrajó y ¡puf!

—En polvo te convertirás —susurré.

Luego me agaché y me dieron arcadas, la bilis y el agua abrasándome la garganta. Mi estómago vacío protestó, pero, aun así, se contrajo.

Mientras me limpiaba la boca, una sombra se movió en mi visión periférica y retrocedí con un gemido. Tenía una segunda daga en la mano y apunté al desconocido con la hoja temblorosa.

Unos ojos castaño claro siguieron el cuchillo, y el hombre levantó las manos, con las palmas hacia fuera. Ríndete, decía su postura. Pero no le creí.

—A-trás. —Se me quebró la voz.

—Cálmate, Riley —dijo.

—He dicho que no... ¿Cómo sabes mi nombre? —Parpadeé en medio de mi histeria, asimilándolo de nuevo.

Ojos marrones claros. Rizos oscuros. Me lo imaginé de pie en el pasillo del edificio de Humanidades de mi universidad, con la camisa manchada de café derramado.

—Te conozco —balbuceé. —Dio un paso adelante y yo retrocedí hasta que mi espalda se pegó a la pared—. ¡Aléjate de mí! —Sonó más como una súplica que como una orden.

—Si quisiera hacerte daño, niño, ya lo habría hecho. Respira hondo e intenta calmarte.

—¡Aléjate!

—Respira.

—¡Estoy respirando! —chillé.

Su boca se crispó, luchando contra la diversión. Noel también se reía de mí. Cada vez que me ordenaba respirar durante el yoga y yo le contestaba con un chillido, Noel se reía; sonaba como campanillas de viento. Mi Noel.

Un sollozo me subió por la garganta, las lágrimas me quemaron los ojos.

—¡Para! —ladró el hombre del café—. No puedes permitirte ser débil ahora. Sé que tienes miedo, pero tienes que ser fuerte de todos modos. Las lágrimas vienen después de la lucha; no tienen lugar en el campo de batalla.

Me tragué mi terror y mis lágrimas, mirándolo con desconfianza.

—¿Quién eres?

—Un amigo.

Resoplé con incredulidad.

—No te creo.

—No hay nada que pueda hacer o decir para demostrar mi lealtad. Supongo que tendrás que confiar en mí. —Mantuvo las manos en alto, la mirada intensa—. Estoy aquí para ayudarte. Sé dónde está tu ángel, pero se le acaba el tiempo. —Se detuvo cuando la punta de mi daga hizo hoyuelos en su camisa oscura. Olía a humo y jarabe de arce.

—¿Cómo puedo confiar en ti?

Sonrió, satisfecho.

—No tienes elección, chico.

Bueno, ahí tenía razón.

En contra de mi buen juicio, bajé la daga y la guardé en el cinturón. Manteniendo la distancia entre nosotros, recuperaré mi espada y la empuñé por si se volvía contra mí.

—¿Sabes dónde está Noel? —le pregunté.

—Lo sé.

—Muéstreme el camino. —Hice un gesto con la espada y añadí—: Por favor. —Para ser cortés.

Su esbelto cuerpo avanzó con rapidez por los laberínticos pasillos, corrigiendo cualquier error que yo hubiera cometido durante mi trayecto anterior. Corrí para seguirlo.

Cuando llegamos a un pasillo que terminaba en una solitaria puerta metálica, se detuvo. La señaló.

—Coge a tu ángel, rápido. Si tardas más, matarán a Gideon, ese niño estúpido.

¿Ese tipo conocía a Gideon? ¿Quién en su sano juicio llamaría niño a Gideon? ¿Qué edad tenía este ángel?

Unas espadas doradas aparecieron en sus manos y me quedé boquiabierto. ¿Era un primario? ¿Dónde estaban sus secundarios? ¿Y por qué no olía a sol?

—¿Quién eres? —repetí.

—No soy nadie. Ya no. —Su esclerótica parpadeó en rojo y yo retrocedí con un grito—. Vete ya.

—¿Por qué me ayudas?

El caído vaciló y su nuez saltó bajo su piel.

—Hice una promesa y pienso cumplirla.

Y se alejó por el pasillo en dirección al ruido de pies y gruñidos feroces que se acercaban.

Una parte de mí deseaba seguirlo, exigirle más explicaciones, pero tenía una prioridad. Noel. Estaba ahí. Estaba herido. Me estaba esperando. No lo defraudaría.

Corrí hacia la ominosa puerta, mi temor crecía a cada paso. Cuando estuve lo bastante cerca como para tocar el frío metal, quise darme la vuelta y correr en dirección contraria. Todos mis instintos me gritaban que no entrara, pero me negué a ceder ante el miedo.

La empuñadura estaba helada bajo mi mano. El frío me trepó por el brazo y me caló hasta los huesos. Me armé de valor y abrí de un tirón.

Una escalera descendía hacia la negrura total. Susurros espeluznantes murmuraban desde las sombras, animándome a avanzar, advirtiéndome que me alejara. Puse un pie delante del otro y entré en el abismo. La puerta se cerró tras de mí al descender a las entrañas del Infierno.

CAPÍTULO 21



LA OSCURIDAD ERA OPRESIVA. Convergía sobre mí desde todos los lados hasta el punto en que no podía verme la mano delante de la cara. Negrura total.

Mi respiración resonaba en mis oídos. Susurros inquietantes me cosquilleaban la piel. No había nadie, pero los susurros permanecían.

A ciegas, me desabroché la mochila que Jai me había atado a la espalda. Era un milagro que no la hubiera perdido en la refriega. Aparté las medicinas y la ropa y encontré la linterna que había añadido. La saqué y volví a cerrar la bolsa, ajustándola a mi espalda una vez más.

El haz de luz se clavó en las sombras, aunque la oscuridad se lo tragó a los pocos metros. Aun así, era mejor que nada. Con la linterna traqueteando en mis temblorosas manos, descendí por la escalera de hierro.

El metal gimió y chirrió, silenciando por un momento los susurros fantasmales. Me detuve yforcé mis ojos y mis oídos para captar cualquier amenaza. No había más que un silencio ensordecedor.

A medida que me adentraba en el subsuelo, el aire se enfriaba. Las paredes a ambos lados estaban húmedas y heladas, el metal bajo mis pies resbalaba. Me aferré a la roca, y traté de ignorar las sustancias desconocidas que salpicaban la piedra. ¿Sangre? ¿Heces? ¿Otros fluidos corporales? Era mejor no pensarlo.

Cuanto más descendía, más espeso se hacía el aire frío. Y el hedor. Me quemó los ojos, me llenó la garganta hasta que saqué la muerte putrefacta en la lengua. Sentí arcadas cuando el rancio olor a podredumbre y materia fecal se intensificó.

Después de lo que me parecieron años, llegué al último escalón. Ante mí se extendía una catacumba tallada en la roca. La sangre seca se desprendía de la pared y se me pegaba a los

dedos. Me la limpié en la camisa. Me froté la cara con la manga, que no estaba tan limpia, para limpiar la sangre negra que había allí. No quería aparecer con aspecto de asesino en serie y asustar a Noel.

Caminé por el pasillo de piedra, mi linterna apenas penetraba en aquella negrura sofocante. No había aire fresco. No había luz. El aire era gélido, pero el sudor bañaba mi piel, resbalaba por mi nuca.

Aquello era, literalmente, el Infierno.

El pasillo toscamente labrado se abría a la mazmorra. Los barrotes de acero estaban oxidados y viejos. Agarré con fuerza la linterna mientras me acercaba a la puerta de la primera celda. Eché un vistazo fugaz al interior antes de retroceder. La criatura, fuera lo que fuera, hacía tiempo que había muerto.

A medida que pasaba por más celdas, los cuerpos se alejaban de los barrotes y se escondían en rincones oscuros. Iluminé cada uno de ellos, buscando el pelo blanco familiar, los ojos incoloros, la piel de marfil. Solo vi cuerpos demacrados, miradas muertas, carne llena de cicatrices. Para ahogar un sollozo, me tapé la boca con la mano y me mordí los nudillos.

Algo raspó bajo mi bota y dirigí el haz de mi linterna hacia abajo. El suelo de piedra estaba cubierto de plumas, el tallo de una de ellas crujía bajo mis pies. Me agaché y levanté con cautela el mugriento penacho de la tierra. Estaba cubierto de mugre, pero en otro tiempo había sido blanco.

Me lo llevé a la nariz y olfateé. Bajo el pútrido olor a tormento, percibí lilas. Una lágrima resbaló por mi mejilla mientras me enderezaba. Seguí el rastro de plumas esparcidas hasta los barrotes de acero. El círculo de mi luz se deslizó sobre rocas manchadas de sangre, una mesa de madera mal construida, una manta hecha jirones.

Unos pies pálidos se movieron hacia la luz y casi grité. Tenía las plantas quemadas, la carne no era más que verdugones furiosos. El haz de luz trepó por las piernas sucias y estas se doblaron, con las rodillas en carne viva presionando un pecho igualmente mugriento. Los moratones salpicaban cada centímetro de piel. Un ala gris y con calvas se enroscaban alrededor del ángel, tal vez para protegerlo. O para ocultar su desnudez. La otra se doblaba en un ángulo antinatural, rota.

Mechones de pelo nacarado ocultaban el rostro de Noel, que levantó una mano ensangrentada para proteger sus ojos de mi linterna. Bajé el haz con un sollozo estrangulado.

—¿Noel? —Jai había intentado advertirme—. ¿Noel?

Le faltaban las uñas. Retiró la mano y unos ojos sin vida asomaron entre los grasientos mechones de pelo. Al reconocerme, parpadeó y levantó la cabeza.

—R-Ri... —Se agitó con tos ronca—. ¿Riley?

Un gemido entrecortado escapó de mis labios y mis rodillas se doblaron. Me agarré a los barrotes para mantener el equilibrio, pero me aparté con un grito. El metal me abrasó los dedos. Marcas rojas burbujearon sobre mi palma. Ignorando el dolor, me acerqué todo lo posible a los barrotes incandescentes.

—Soy yo. Estoy aquí. —Puse la linterna en el suelo y apunté la luz al techo para iluminar mejor la celda—. Estoy aquí. Todo irá bien.

Escudriñé la puerta, desconcertado por la falta de bisagras y cerradura. ¿Cómo entraban y salían?

El calor irradiaba del zumbido del metal, retándome a desafiar la magia negra de su interior. El poder de mis entrañas respondió, zumbando a la vida. No había aprendido a controlarme porque tenía miedo de lo que era capaz de hacer. Había oscuridad dentro de mí, y se sentía como en casa en ese lugar húmedo y maldito. Temía lo que haría si la liberaba.

Pero tenía que ser más fuerte. Por Xavier y Beau. Por Gideon y Jai. Por Noel.

Bloqueando el inevitable dolor de mi mente, agarré los barrotes con fuerza. Mi piel chisporroteó como carne en una parrilla y grité. Recurrí a mi poder, rezando para que supiera qué hacer. Me respondió.

Unos ojos rojos parpadearon en mi cabeza y habría jurado que oí una risita oscura vibrar en mi cráneo.

—Abre.

La voz era mía. La palabra no lo era. Salió de mis labios por sí sola. No era inglés. No sonaba como ningún idioma que hubiera escuchado, pero rompió el cerco que me aprisionaba.

El fuego de mis palmas se extinguió. Mi poder brilló en blanco, luego en rojo y se apagó. Los barrotes de la celda se evaporaron ante mis ojos. Salté el umbral antes de que la magia se desvaneciera. En cuanto estuve dentro, los barrotes se solidificaron detrás de mí, encerrándonos a los dos.

—Riley, no. —Noel intentó incorporarse y me agarró como si quisiera empujarme por donde había venido—. No puedes estar aquí.

—Te voy a sacar de aquí —dije, encogiéndome de hombros—. Todos estamos aquí para llevarte a casa.

—No puedes estar aquí —insistió de nuevo, gimoteando mientras se sentaba—. Tienes que irte antes de que vuelva.

Estaba diciendo locuras. El *shock*. Tenía que ser la conmoción.

—Todo va a ir bien. —Me acerqué a él, y mi corazón se desgarró cuando se apartó. Me moví más despacio esta vez, acercándome cada vez más—. Sé que tienes miedo. Pero no voy a... — Las lágrimas obstruyeron mis vías respiratorias por un momento—. Nunca te haría daño.

Las lágrimas se abrieron paso a través de la suciedad de sus mejillas mientras protegía su desnudez con su ala buena. Tenía marcas de mordiscos en el cuello y el hombro, algunas de las cuales supuraban sangre. Estaba mortalmente pálido, su piel casi translúcida bajo el tapiz moteado de moratones. Marcas en forma de dedos iracundos le rodeaban la garganta, los brazos y los muslos.

—Tengo que sacarte de aquí —grazné—. Voy a llevarte a casa.

Cuando su llanto silencioso se hizo más lento, me miró como si fuera un extraño. Sus labios agrietados se curvaron en una mueca.

—No puedes salvarme. Ya estoy muerto. Vete.

Me despidió y se arrastró hacia el interior de su celda. Mi indignada negación murió en mis labios en el momento en que se dio la vuelta. Su espalda... Dios, su espalda.

Estaba destrozada. La carne estaba desgarrada y rasgada, la piel arrancada para revelar el músculo que había debajo. Lo habían rebanado como a una pieza de carne.

—Noel, por favor.

—Nunca me deja mucho tiempo. Tienes que darte prisa. —Se acomodó contra la pared del fondo, apoyando el hombro, la única parte de su cuerpo no mutilada del todo, en la piedra.

—No voy a dejarte. Nunca te dejaría aquí. —Me arrastré con cuidado tras él, manteniéndome agachado, pequeño, no amenazador—. Los otros están esperando. Jai está esperando. Le he prometido que te llevaría a casa. Tenemos que irnos.

Al oír el nombre de Jai, la emoción contrajo las facciones de Noel, pero se apagó al instante.

—Déjame morir aquí.

—¡Nunca! —No había querido gritar, pero llamó su atención. Noel me miró con los ojos muy abiertos—. Te necesitamos; yo te necesito. Prometiste volver siempre a casa. Estoy aquí para asegurarme de que cumplas tu promesa. Pero no puedo hacerlo solo. Necesito tu ayuda. Por favor, por favor, no te rindas.

—No deberías haber venido por mí. —Lloraba de nuevo—. Tú...

—¡Siempre vendremos a por ti! —Me senté sobre los talones y le tendí la mano—. Por favor. No puedo hacer esto sin vosotros.

Nos miramos fijamente durante un largo rato. Yo, suplicándole en silencio que luchara. Él, buscando las ganas de vivir.

—Tú te quedas; yo me quedo —dije mientras las lágrimas caían por mis mejillas—. Así es como funciona. Así es como siempre ha funcionado.

Estiré el brazo, con una mano expectante. No podía obligarlo, no quería obligarlo. Tenía que ser su decisión, como había sido la mía aquel día en la bañera. Solo podía esperar, ofrecerle la promesa de amor, refugio y familia.

—Por favor —le supliqué—. Por favor, ven a casa.

Muy despacio, con dolor, como si fuera lo más difícil que hubiera hecho nunca, Noel deslizó su mano hacia la mía. La sostuve con cuidado, aterrorizado de hacerle más daño del que ya le estaba haciendo. Le besé suavemente los nudillos, estremeciéndome ante sus uñas desnudas.

—Está bien. Vale. —Me estremecí mientras acercaba la mochila.

Solté su palma y la abrí de un tirón. Me temblaban las manos al sacar la medicina que Jai había guardado. Pellizcándome el puente de la nariz, luché por recordar cuál era cuál.

—Esa. —Noel señaló la jeringuilla más pequeña—. Dámela.

Obedecí. Hizo una mueca mientras se clavaba la aguja en el muslo y presionaba el émbolo. Cuando señaló la siguiente, se la entregué y repitió el proceso. Sacudió la cabeza en cuanto le ofrecí la aguja más grande.

—Guárdala. Puede que la necesite más tarde —dijo.

—De acuerdo.

Con toda la delicadeza que pude, ayudé a Noel a ponerse los pantalones de chándal que Jai había metido en la maleta. Se los subí por las piernas y se los coloqué en las caderas, sin apartar la mirada de sus partes íntimas. La sangre cubría el interior de sus muslos. No quería ver; no quería saber por qué había sangre allí.

Por razones obvias, rechazó la camiseta. Volví a meterla en la bolsa junto con los medicamentos restantes. Una botellita de agua pesaba en una esquina de la bolsa. Noel se la bebió de un trago.

—¿Cómo puedo...? ¿Qué debo...? —Mis manos colgaban inútilmente entre nosotros. Cualquier cosa que tocara le haría daño.

Me agarró la mano con más fuerza que antes. La otra se clavó en la piedra y el mortero. De un tirón, lo puse en pie. Lanzó un grito y sus piernas se desplomaron. Pero lo sujeté.

A punto de doblarme bajo su peso, apreté los dientes y me negué a dejarlo caer. No podía ser débil ahora. No lo dejaría caer.

Sujetándolo lo mejor que pude, lo guie hacia los barrotes de la celda. Se apoyó en mí, jadeando por el dolor.

—¿Cómo...?

—Yo me encargo —le prometí.

Busqué en mi mente el lugar donde residía la criatura oscura, encadenada y sujeta, y levanté la palma de la mano hacia los barrotes. Apenas sentí el calor ardiente mientras la palma brillaba de un blanco rojizo. La palabra extranjera brotó de mis labios una vez más.

—*Abre*.

Los barrotes se disolvieron. Arrastré a Noel fuera de la celda, ignorando la mirada de recelo que me dirigió. Cojeamos hacia la escalera. Las miradas nos seguían desde detrás de los barrotes. Quería ayudar a los demás presos, pero no sabía hasta qué punto estaban mal. Y no me creía lo bastante fuerte. Apenas podía soportar el peso de Noel. ¿Cómo podría ayudar a los demás?

Así que tomé la decisión más repugnante y egoísta. Agarré con fuerza la cadera de Noel, avancé a trompicones hacia la libertad y los dejé atrás.

Subimos en la más absoluta oscuridad, con la linterna guardada en la mochila que llevaba a la espalda. Rodeados de inquietantes susurros, dejamos atrás la fosa podrida. Nuestro ascenso hacia la libertad me pareció mucho más largo que mi inmersión en el infierno. Pero, poco a poco, el aire refrescó y la oscuridad se hizo más tenue.

Cuando me di de bruces contra la puerta, Noel me sostuvo. Busqué a tientas el pomo, pero no lo encontré. Un gruñido retumbó en mi pecho y golpeé el marco metálico con la palma de la mano.

—*¡Abre!* —exigí.

La puerta hizo clic y se abrió.

—Es espeluznante. Lo sabes, ¿verdad? —Noel parpadeó a la luz mientras trastabillábamos por el pasillo.

—Sí, lo sé. —La puerta se cerró con un fuerte ruido y los dos nos sobresaltamos—. Este lugar es espeluznante.

—De eso se trata —resopló.

No había rastro del ángel caído de ojos marrones ni de Beau. Por suerte, tampoco había enemigos acechando para atacarnos. Sin prisa, pero sin pausa, avanzamos por los pasillos.

En un cruce, Noel señaló a la izquierda.

—Jai está por allí.

Nos dirigí en esa dirección. No tenía ni idea de cómo volver. Seguir el vínculo de Noel con su otro era un buen plan.

El resplandor de las luces de emergencia iluminó nuestro camino. Después de la oscuridad absoluta de la mazmorra, la mortecina luz del pasillo era casi demasiado brillante. Prácticamente cegó a Noel, que se agarró a mi hombro con tanta fuerza que le dolió al tropezar con sus pies descalzos y heridos.

Al doblar la siguiente esquina, oí el crujido de la tela mientras el azufre me rozaba la nariz. Intenté agarrar mi espada, pero estaba clavada a mi espalda, bajo la mochila y el peso del brazo de Noel. Las sombras se movieron en un borrón y arrancaron a Noel de mis manos.

—¡Riley! —gritó mientras la carne chocaba con la carne.

Las garras se clavaron en mi hombro, atravesando la ropa y la piel. La sangre caliente me corría por el brazo, pero luché contra el demonio que me sujetaba. El dolor me obligó a arrodillarme y me paralicé cuando el frío filo de una espada me presionó la garganta.

Llorando, Noel se acobardó contra la pared mientras el demonio calvo metía la mano en su pelo. Le dio un revés a mi ángel y yo me abalancé sobre él.

—¡No lo toques! —Luché contra el demonio que me sujetaba. Una sangre cálida y espesa brotaba donde yo hacía fuerza contra la hoja en mi cuello.

—Los ángeles sois tan predecibles... —musitó el demonio calvo, que arrastró a Noel por el pasillo—. Sois tan imprudentes y emocionales... Es delicioso.

—¡Suéltalo! —Mi ira quemó mi miedo. Noel gemía.

—Oh, pero es mi nueva mascota. Mi recompensa si capturo al escurridizo híbrido. ¿Y qué hace mi mascota fuera de su jaula? —Mostró los colmillos en la cara de Noel y mi ángel rompió a llorar.

—Lo siento, lo siento. Por favor —sollozó.

El demonio ahuecó la mandíbula de Noel, sus garras cortaron la piel. Le lamió la cara, recogiendo lágrimas y sangre por igual. Se me revolvó el estómago.

—Calla, cariño. Ya sabes lo que me hacen tus lágrimas. —El demonio acarició la garganta de Noel y mi ángel retrocedió. Pero no tenía adónde ir, ni espacio para escapar—. Me decepcionas. ¿No te he enseñado algo mejor que esto? ¿Hmm?

—¡Para! —grité, empujando contra el cuerpo robusto detrás de mí—. Suéltalo.

Con una sonrisa sádica en la cara, el demonio observó mis luchas inútiles.

—Me dijeron que te entregara vivo. No especificaron en qué estado.

—No, por favor. Es solo un niño. —Noel pasó sus manos destrozadas sobre el pecho del demonio—. Haré lo que quieras. No le hagas daño. Por favor.

Ver a Noel suplicar a su captor me dejó un sabor vil en la boca. Pero cuando se acercó más, frotándose contra él, acariciando la mandíbula del cruel hombre, la rabia rugió por mis venas.

—Es solo un niño. Me portaré bien, lo prometo. Por favor.

Con las escleróticas rojas y los colmillos brillantes, el demonio sonrió.

—¿Deberíamos enseñarle lo que les pasa a las mascotas que desobedecen? —Noel palideció—. ¿Lo obligamos a mirar?

A Noel se le humedecieron los ojos y le temblaron los labios.

—Por favor.

—Convénceme. —El demonio agarró el pelo de Noel con un control férreo para acercarlo, inclinando la cabeza—. De rodillas, angelito.

La cara de Noel se llenó de repulsión antes de que la derrota ocupara su lugar. Su hombro se hundió mientras nuevas lágrimas resbalaban por sus mejillas sucias. Me miró horrorizado.

—Cierra los ojos, *ahuvi*.

¡No!

—Cierra los ojos —suplicó mientras se arrodillaba. Sus manos temblaban al buscar el cinturón del demonio.

¡No!

Cerré los ojos y sollocé al ver confirmados mis temores. La sangre entre los muslos de Noel. La agonía en la cara de Gideon. La forma en que Jai gritaba. No lo había entendido entonces. O tal vez sí, y no quería que fuera verdad. No mi dulce Noel.

La oscuridad gruñó, llenándome la cabeza con su rugido furioso. ¿Cómo se atrevía a ponerle las manos encima a mi ángel? ¿Cómo se atrevía a tocar lo que era mío, lo que era nuestro?

Tintineó un cinturón.

Abrí la puerta de la prisión en mi interior. La criatura me observó, con los ojos enrojecidos. Sonrió, mostrando unos colmillos afilados.

La cremallera descendió.

Saqué la llave del bolsillo y observé los grilletes que lo mantenían atado. Las cadenas se tensaron mientras él luchaba por liberarse.

Noel ahogó un sollozo.

Abrí los grilletes, y le di permiso para hacer lo que yo no tenía ni la capacidad ni el valor de hacer. Inundó mis venas de venganza y llamas.

Y, Dios mío, cómo aulló la bestia.

CAPÍTULO 22



EL MUNDO ESTABA BAÑADO en tonos rojizos. El ozono nos picaba en la nariz. El aire estaba cargado de electricidad.

Nuestro ángel de luz se arrodillaba en el suelo mugriento, congelado en el acto de liberar al demonio de sus pantalones. Sus ojos se clavaron en nosotros. Asombro. Terror. Sonreímos. Ahora todo iría bien. Íbamos a cuidar de él.

Al mirar por encima del hombro, el demonio calvo se sobresaltó y abrió los ojos.

—¿Qué coj...?

Explotamos. Nuestra onda expansiva surgió como un hongo nuclear. El demonio que nos sujetaba salió despedido hacia atrás, convulsionándose mientras le freíamos el cerebro y los músculos. Carne ardiente. Gritos de agonía. Llamas y cenizas. Le estaba bien empleado.

Riéndonos entre dientes, nos pusimos en pie. El poder carmesí crepitó a nuestro alrededor, erizando el vello de nuestros brazos. El demonio calvo retrocedió. Su miedo era penetrante y espeso. Lo saboreamos como un buen vino. Era delicioso. Ronroneamos.

—Nadie toca lo que es nuestro. —Nuestra voz resonaba extraña, los tonos se superponían—. Ahora vamos a matarte.

—¡Vete a la mierda, pequeño monstruo! —Arrojó a Noel al suelo con displicencia y el demonio blandió su espada.

No nos molestamos en coger la nuestra. No la íbamos a necesitar.

Con los ojos rojos brillantes y la nariz encendida, cargó contra nosotros mostrando los colmillos. Podríamos haberlo matado. Pero ¿dónde habría estado la gracia?

Nos apartamos, esquivando el golpe de su espada. Nuestro pie chocó con su rodilla. El hueso se rompió y él gritó.

—Te has atrevido a tocarlo. —Esquivamos el siguiente golpe de su espada—. Pagarás por tus pecados. ¿Estás listo para conocer al Creador? Aunque tendrá más piedad que nosotros.

El demonio rugió y se abalanzó. Nos giramos y le agarramos la muñeca con una mano mientras con la otra le golpeábamos el codo. Le tiramos del brazo en la dirección equivocada. Se rompió con un chasquido muy dulce.

Aulló y volvió cojeando. El brazo roto, la rodilla dislocada, jadeaba. El sudor oscurecía su camisa. Apeataba a miedo.

Pero, aun así, siseó, la saliva goteándole de la comisura de los labios.

—Chilló como un cerdo. —Se rio—. Suplicó y gimió mientras lo llenaba con mi...

Gritamos de furia y prendimos al demonio como una hoguera. Lo arrojamos contra la pared y nuestro poder se deleitó con su energía repugnante. Saboreamos la maldad de su alma mientras lo chupábamos hasta dejarlo seco. Y cómo chilló.

Hundimos la mano en su pecho, clavando los dedos en su corazón negro y maldito. Haciendo acopio de nuestro poder, extrajimos su alma de su cuerpo. Sabía a pescado podrido. Imágenes pasaron por nuestra mente al absorber su alma. Las atrocidades que había cometido.

Un ángel moreno lloraba mientras él lo inmovilizaba contra el suelo de cemento. Una niña gritaba al ser despellejada viva. Nuestro ángel suplicaba mientras lo inclinaba sobre la mesa de madera.

—¡No! —Arrancamos el corazón del demonio de su pecho y lo aplastamos en nuestra mano, apagando su alma—. No mereces una vida después de la muerte.

Con un jadeo patético y húmedo, el demonio se desplomó en el suelo, con la piel gris y los ojos muy abiertos.

—Tu madre... —El estertor de la muerte le robó sus últimas palabras. Su cuerpo se resquebrajó como la piedra.

¿Nuestra madre?

Un gemido robó nuestra atención y nos volvimos hacia nuestro aterrorizado ángel de luz. Noel se pegó a la pared. El olor de su miedo se agrió en nuestra lengua. Nos acercamos con cuidado y nos arrodillamos. Con una tímida sonrisa, le ofrecimos el corazón mutilado, que goteaba sangre negra y caliente.

—No puede hacerte daño nunca más. Se acabó.

No respondió y fruncimos el ceño. ¿No lo entendía? Aquello era para él, su justicia. Lo habíamos hecho por él.

—¿Riley?

¿Riley? Ah, sí. Ese era nuestro nombre, mi nombre. El mío. Riley era mi nombre. ¿Verdad?

Con la amenaza vencida y la ira enfriándose, mi visión se volvió multicolor. Las lámparas amarillas del techo. Los pantalones de chándal blancos de Noel. Manos empapadas en pintura negra. O, espera, ¿era sangre?

¿Por qué tenía sangre en las manos?

Enterrando la cara entre las manos, Noel lloró acurrucado lo más lejos posible de mí. Su espalda raspó la pared, pero apenas notó lo que debía de ser agonizante.

—¿Noel? —Mi voz se quebró.

Sollozó con más fuerza.

—¡Noel! —Jai apareció al final del pasillo, con la ropa manchada de sangre negra. Sus ojos se posaron en su otro, y un sonido estrangulado le destrozó la garganta—. ¡No! ¡Noel!

Cuando Noel lo vio, Jai se tambaleó y cayó de rodillas junto a su otro. Me apartaron de un empujón. El corazón negro que había a los pies de Noel rodó con un ruido molesto. ¿Era un corazón humano?

—No pasa nada. Ya te tengo. Te tengo ahora. —Jai acunó la cara de Noel entre sus manos, con los ojos vidriosos.

Noel lloriqueó, manchando las mejillas de Jai con sangre, tanto negra como roja.

—Jai.

—Estoy aquí, cariño. —Jai levantó a Noel en sus brazos—. Vamos.

Noel enterró la cara en su hombro, las piernas enroscadas alrededor de la cintura de su otro, los brazos alrededor de su cuello. Balanceándose sobre sus pies, Jai bloqueó las rodillas y agarró el muslo y la cadera de Noel, evitando su destrozada espalda.

Por primera vez, Jai miró a nuestro alrededor, a las marcas de quemaduras en las paredes, la sangre en el suelo, el cuerpo agrietado del demonio, con el pecho abierto.

—¿Qué coño ha pasado? —Cuando ni Noel ni yo contestamos, me repasó de pies a cabeza—. ¿Estás bien, cariño? —No, no estaba bien. Había hecho algo terrible. Pero asentí de todos modos—. Vamos. Tenemos que irnos.

Entumecido, lo seguí.

El paso ligero de Jai se convirtió en trote. Pronto estuvimos corriendo a través del almacén. Beau tropezó con nosotros mientras luchaba contra un sabueso infernal, con la camisa hecha jirones por las tres colas de púas. Tras matar a la bestia, se puso al frente de nuestro exhausto grupo, con las espadas azules preparadas.

Al llegar a la entrada principal, tosimos entre el humo. Gideon y Xavier luchaban con valentía, abatiendo demonios a diestro y siniestro mientras defendían el pasillo por el que irrumpimos. Estaban heridos, pero vivos. No pensé que llegaríamos tan lejos.

Al vernos, los demonios retrocedieron. Gideon y Xavier dividieron su atención entre el enemigo y nosotros.

—¿Riley? —Gideon ladró mi nombre.

—Estoy aquí —dije.

—¿Noel?

—Lo tengo —respondió Jai.

Xavier blandía sus espadas naranjas, sus alas abiertas del mismo tono que sus cuchillas.

—¿Por qué se detienen? ¿A qué esperan?

—¡Tenemos que irnos ya! —gritó Beau en el mismo momento en que tres figuras se materializaban a través del humo—. Mierda, mierda, mierda —susurró, atrayéndome de nuevo contra su pecho, su espada azul alzándose como defensa ante nosotros dos.

Los demonios se separaron como el Mar Rojo para dejar pasar a los hombres, y yo me encogí entre los brazos de Beau. Gideon y Xavier cerraron filas frente a nosotros. Jai estrechó a Noel. Beau se agitó detrás de mí.

Al frente del trío había un hombre formidable, vestido de punta en blanco, con un traje almidonado de raya diplomática. Sus zapatos, negros y brillantes, crujían contra el cemento. Caminaba con la gracia y la seguridad de quien sabe que controla la sala.

Tenía el pelo de un tono dorado y brillante que avergonzaba incluso a las alas de Gideon, con largos mechones recogidos en una trenza a la espalda. Sus ojos penetrantes hacían juego con el color de su cabello.

Detrás de aquel hombre hermoso y frío había otro aterrador. Piel morena. Pelo negro hasta la barbilla. Poderoso cuerpo vestido de cuero. Las cadenas que colgaban de sus pantalones de cuero tintineaban a cada paso. Sus ojos eran negros como la noche.

En contraste, el hombre a su lado era un fantasma. La piel blanca y pegajosa se extendía sobre los huesos afilados. Un leotardo negro se pegaba a su esquelético cuerpo. Tenía el pelo lacio y desteñido. Mientras que el pelo de marfil de Noel era vibrante y brillaba como los ópalos, el del desconocido era de un blanco muerto, sin vida. Parecía un cadáver.

En cuanto sus ojos rosados se posaron en mí, mostró unos colmillos como agujas y una lengua bífida agitó el aire.

Bien, de acuerdo pues.

Cuando la belleza dorada levantó una mano perfectamente cuidada, el grupo se detuvo. El silencio pesaba sobre mis hombros, expectante.

—Lucifer —espetó Gideon, apretando las manos sobre sus espadas—. Belcebú, Leviatán.

El hombre-serpiente, Leviatán, siseó en respuesta. Belcebú, vestido de cuero, se limitó a enarcar una ceja. Fue Lucifer, el hermoso líder, quien habló.

—Gideon, qué alegría verte después de todos estos años. —Su voz era seda y miel, pero sus palabras desprendían mentira. No estaba nada contento—. Y Xavier, qué gusto.

—Que te folle un cactus, Lucy —se mofó Xavier.

Belcebú resopló, ocultando su diversión tras la mano. Lucifer le lanzó una mirada capaz de congelar la lava, pero el moreno se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué? Es gracioso.

Lucifer puso sus ojos dorados en blanco y maldijo en voz baja mientras volvía a centrarse en nuestro grupo.

—Veo que has traído varios niños para sacrificar. Qué encantador.

Jai y Beau gruñeron ofendidos, pero Lucifer continuó hablando, su voz flotó por la habitación como una droga. Pero cuando sus ojos fundidos se clavaron en mí, las palabras se convirtieron en ruido blanco. Mi respiración se entrecortó y mi corazón se detuvo, la oscuridad de mi pecho olfateó el aire con interés.

«Así que, niño, por fin nos conocemos. —Las palabras de Lucifer susurraron en mi mente incluso mientras sus labios formaban un comentario audible por separado—. Te he estado buscando durante mucho tiempo».

El hombro de Gideon se interpuso en mi vista y cortó nuestra conexión. Jadeé y me aferré al brazo de Beau, que me rodeaba la cintura.

—Dame al niño, Gideon, y permitiré que tus secundarios vivan. Hasta incluiré al dominio —le ofreció Lucifer, como si estuvieran haciendo un trato de negocios—. Por supuesto, entiendes por qué no puedo dejarte ir. Todavía tengo una espina clavada contigo. Lo entiendes, ¿verdad?

—No tocarás a mi discípulo. —Gideon blandió sus espadas y relajó su cuerpo mientras se preparaba para la inminente batalla—. Y cuando separe tu cabeza de tu despreciable cuerpo, disfrutaré inmensamente. Lo entiendes, ¿verdad?

Lucifer suspiró decepcionado al tiempo que se enderezaba su inmaculada corbata negra.

—Siempre has sido terco, y mira cómo te ha ido. Un humilde guardián, qué desperdicio. —Su tono era serio, pero sus palabras cortaban como un cuchillo—. Dime, ¿cómo está nuestro querido Gabriel? Me sorprende que no haya encontrado una excusa para quitarte las alas.

—Vamos a ello, Lucy. —Gideon se agachó. Xavier mantuvo su espada preparada.

Jai puso a Noel en pie. Beau me indicó que me colocara al lado y ligeramente detrás del frágil ángel. Una de las espadas de ónice de Jai apareció en las manos de Noel. Compartieron un momento de contacto visual antes de que Jai depositara un casto beso en los pálidos labios de su otro.

—Hasta que volvamos a encontrarnos, *neshama sheli* —susurró.

Noel arrastró la punta de un dedo por la mandíbula desaliñada de Jai.

—Hasta que volvamos a encontrarnos.

Beau me apretó la mano y se puso al lado de Jai; sus cuerpos protegieron a Noel, que a su vez me protegió a mí. El aire temblaba de expectación.

Era el momento. Sujeté con fuerza la espada. Todos estábamos a punto de morir.

—Supongo que deberíamos ponernos manos a la obra. —Lucifer se encogió de hombros, agitando la mano en nuestra dirección—. Traedme al híbrido, queridos. Matad al resto.

Los demonios avanzaron, pero, con la misma rapidez, se detuvieron. La sala se llenó de una luz cegadora y una multitud de ángeles apareció a nuestro alrededor. Alas rojas, verdes y azules. Penachos de negro, blanco y bronce. Unas pocas alas doradas se dispersaron entre la multitud, y aún menos alas naranjas.

Plumas de plata reluciente revoloteaban en primera línea: serafines.

Detrás de mí se agitaban cuerpos de ángeles que blandían arcos y flechas. La que estaba más cerca de mí sonreía alegremente; sus alas eran vaporosas e iridiscentes, como las de una libélula. Tenía las orejas puntiagudas, como un hada. ¿Una virtud, tal vez?

—Hola —dijo agitando los dedos antes de cargar una flecha en el arco.

—Hola —murmuré, volviendo a concentrarme en la sala ahora abarrotada de ángeles y demonios por igual.

Lucifer gruñó de frustración y retrocedió hacia la masa de demonios. Sus ojos dorados se encontraron con los míos y su voz susurró en mi mente.

«Hasta la próxima, Riley».

—Bueno, ¿a qué esperáis? —gritó para que todos lo oyeran—. ¡Matadlos!

La horda de demonios cargó mientras los ángeles lanzaban un grito de guerra, blandiendo sus espadas en el aire. Todo el Purgatorio tembló cuando los dos bandos se enfrentaron. El metal chocó y las criaturas rugieron. Las flechas surcaban el aire.

Era el caos; era la guerra. Todo terminó muy rápido.

En inferioridad numérica, la fuerza de los demonios disminuyó. Cuando la derrota fue inminente, los supervivientes se retiraron, huyendo en la noche. La mitad de los ángeles los persiguieron, sus gritos de batalla resonaron a través de las dunas de arena. Lucifer, Belcebú y Leviatán hacía tiempo que se habían ido.

Noel vaciló y cayó en los brazos de Jai. Beau se pasó una mano temblorosa por el pelo y dejó que la ángel de orejas puntiagudas lo llevara a recibir atención médica.

Gideon se abrió paso entre los ángeles que me rodeaban y me abrazó.

—¿Estás herido? Riley, ¿estás herido?

—No. —Negué con la cabeza mientras me aferraba a él, sin hacer caso de la sangre, el sudor y las vísceras que salpicaban nuestra ropa—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Estamos bien.

—¿Cómo estamos vivos?

Me inclinó la cabeza para inspeccionarme la cara, nuestras narices se tocaban.

—No lo sé, pero gracias al Creador.

Me aferré a los hombros de Gideon y enterré la cara en su cuello mientras el caos que nos rodeaba crecía y menguaba. El peligro había pasado, pero la adrenalina y el miedo recorrían mis venas con cada latido de mi corazón.

—Has sido convocado. —La voz de una mujer atravesó el refugio que había creado entre los brazos de Gideon—. El Consejo está esperando.

—Sí, ya lo suponía. —Gideon me frotó la espalda y me levantó con él. Mis extremidades se enredaron en su cuerpo como un pulpo, y él soportó mi peso con un brazo firme bajo mi trasero—. Haré los arreglos para Riley...

—Os han convocados a todos —dijo la mujer.

—Mi secundario necesita asistencia médica inmediata, y mi discípulo...

—La presencia de su discípulo no es negociable. —Eché un vistazo a la mujer. Cabello color miel. Alas doradas. Ojos grises. Me estudió con frialdad, pero su tono era de disculpa cuando se dirigió a Gideon—. Su secundario será inspeccionado después de la audiencia.

—Adelle...

—No hay nada que pueda hacer. Agradece que Miguel y Rafa nos hayan enviado.

—Tengo la sensación de que mi bienestar no ha tenido nada que ver con su decisión de enviar ayuda. —La amargura de Gideon me provocó un dolor en el estómago. Le acaricié la nuca a modo de consuelo. Suspiró—. Llegaremos enseguida.

Adelle asintió con la cabeza y desapareció.

—Gideon...

—Un momento —me tranquilizó amablemente.

Apoyado contra Jai, Noel parpadeó con lentitud, la mirada perdida en sus ojos vidriosos. Jai apretó la mandíbula y lo acunó.

—Noel necesita...

—Lo sé —interrumpió Gideon—. Recibirá atención médica en el Gran Salón. Nos han convocado.

—Pero él...

—¡Ya lo sé! ¿Qué quieres que haga?

Mis gemidos pusieron fin a su discusión antes de que pudiera empezar. Luché por permanecer oculto en su cuello, pero Gideon me separó de él y me obligó a salir.

—Riley, mírame. *Kapara*, ¡mírame!

Casi me desmayé en su abrazo, las ganas de luchar me abandonaron. Me cogió la mejilla y me obligó a mirarlo. Sus ojos verdes estaban frenéticos, asustados.

—Escucha con atención. Tenemos que presentarnos ante el Consejo de Arcángeles. Pase lo que pase, no hables a menos que se te ordene. Si tienes que dirigirte a alguno de los sentados, sé preciso y respetuoso y dirígete siempre a mí. No mientas porque lo sabrán, pero tampoco digas la verdad. Intenta no hablar en absoluto.

»Quédate detrás de mí, pero no te acobardes. No seas agresivo ni discutas, pero no dejes que te pisoteen. Y, hagas lo que hagas, no pierdas el control. —Hizo una pausa, estudiando mi expresión de desconcierto—. No te muestres demasiado amistoso con nosotros. No me cojas de la mano ni te acerques mucho, ¿entendido?

Negué con la cabeza, con los ojos llorosos.

—Quiero irme a casa.

—Has sido tan fuerte, tan valiente..., pero necesito que lo seas un poco más. —Unió mi frente a la suya—. Te necesitamos ahora mismo. Yo —tragó saliva con fuerza— te necesito. ¿Puedo contar contigo, mi pequeño valiente?

Haría cualquier cosa por él, por ellos. ¿No lo sabía?

Alejando el miedo, la confusión y los recuerdos de la sangre derramándose por mis manos, asentí. El monstruo que llevaba dentro forzó sus cadenas, pero volví a guardar la llave. Había cumplido su propósito. Su sed de sangre ya no era necesaria.

Entre Gideon y Jai, me apreté contra el pecho de Noel. Su ala torcida intentó rodearnos a los dos, pero no tenía la amplitud de movimiento necesaria. Nuestras manos se encontraron y

nuestros dedos se entrelazaron.

Parecía tan frágil como una muñeca de porcelana, pero había ferocidad en sus ojos. Aún no se había rendido. Me llenó el pecho de esperanza. Quizá no estábamos completamente rotos. Quizá aún pudiéramos sanar.

—Quédate conmigo —susurró mientras Jai nos envolvía a ambos en sus brazos.

—No me soltéis —dijo Gideon, agarrando los antebrazos de Jai.

Jai me miró a los ojos, con sus iris ardientes. Oí sus preguntas no formuladas y sus temerosas dudas. Estaba asustado, como yo. Le envié una sonrisa temblorosa. La piel de sus ojos se tensó.

Ladeando la cabeza, busqué a Gideon por encima del hombro. Nuestros cuerpos empezaron a brillar. Se inclinó y me dio un casto beso en la frente.

—Creo que he hecho algo malo —le dije.

Sus labios se fruncieron mientras el anzuelo se clavaba en mi espina dorsal.

—Creo que todos lo hemos hecho.

Negué con la cabeza. Él no lo entendía.

No estaba allí cuando liberé mi parte malvada, cuando le arrancamos a alguien el corazón del pecho. No nos oyó reír mientras los cuerpos ardían. No nos vio sonreír ante la sangre negra que manchaba nuestras manos.

Y recé para que nunca lo hiciera.

CAPÍTULO 23



NOS ARREMOLINAMOS EN EL espacio, nuestros cuerpos se fundieron en uno antes de separarse de nuevo. Aterrizamos en un amasijo de carne, cuyo cansancio y heridas alteraban su habitual elegancia.

El suelo bajo mi mejilla estaba fresco y alivió las náuseas que me revolvían las tripas. Las plumas maltratadas de Noel me rozaron el cuello y él gimió. Me quité de encima un peso sofocante y Noel me soltó la mano mientras me levantaba suavemente.

Entrecerré los ojos ante la luz brillante que emanaba de casi todas las superficies de la habitación. El mármol inmaculado se balanceaba bajo mis pies. Pilares de reluciente piedra — quizá cuarzo— bordeaban la estancia. Las estructuras prismáticas refractaban la luz abrumadora, tiñendo de arcoíris las brillantes paredes. Rojos, naranjas, amarillos, verdes, azules, añiles, violetas y un octavo color cuyo nombre desconocía flotaban en el aire.

Del techo de cristal colgaban enredaderas floreadas cuyos pétalos eran de un vivaz púrpura. Estandartes dorados ondeaban en una brisa que no podía sentir, ondulando como el agua que caía del cielo moteado de estrellas. Pájaros invisibles gorjeaban y la música se filtraba a mi alrededor, procedente de ninguna y de todas partes a la vez.

La belleza era abrumadora, como si me golpearan la cara las vistas más hermosas de la tierra amplificadas por millones. Todos los colores eran demasiado vibrantes. Incluso el aire olía maravillosamente, floral y dulce, fresco, como si estuviera tumbado en un prado y, al mismo tiempo, en la cima de una montaña mientras nadaba por el océano más limpio y claro.

Era una sobrecarga sensorial. Me dolía la cabeza y me temblaban las rodillas. No podía respirar. Sentí que mi cerebro iba a derretirse literalmente.

—Riley, mírame. —Gideon me obligó a mirarlo y me rodeó los ojos con las manos para protegerme de la belleza celestial que mi mente humana no podía comprender.

—Es demasiado, Gideon.

—Lo sé. Concéntrate en mí y solo en mí. Respira.

Seguí sus instrucciones y superé el episodio como si fuera un ataque de ansiedad. Lenta pero inexorablemente, recuperé mis facultades. Aspiré bocanadas del oxígeno más delicioso que jamás había probado. Perdido en los ojos de Gideon, me relajé.

—Va a ser difícil concentrarse —susurró mientras se oían voces extrañas a nuestro alrededor—. Hay mucho que asimilar, pero te adaptarás. Concéntrate en una cosa cada vez. ¿Puedes hacer eso por mí?

—S-sí.

—Buen chico. —Me dio unas palmaditas en la mejilla y me quitó las manos de la cara.

La perfección resplandeciente volvió a inundarme, pero ahora estaba algo más preparado. Parpadeé a través de la luz, más allá de los colores demasiado brillantes, ignorando el coro invisible de cantos angelicales que no tenían origen.

Me concentré en el duro mármol que tenía debajo, en el calor de Gideon a mi lado, en el sorprendente rojo de la sangre de Noel que goteaba, goteaba, goteaba en el suelo. Necesitaba un médico.

—¿Ha terminado de perder la cabeza? —se mofó una voz cortante, y aparté la mirada del brazo sangrante de Noel.

Ante nosotros se alzaba una especie de escenario. Tres hombres se sentaban a lo largo del podio curvo. Detrás de ellos había tres figuras. Los seis me miraban fijamente.

—Nos está haciendo perder un tiempo precioso —dijo el hombre del medio en el mismo tono cortante.

Gideon apretó los puños y yo luché contra el impulso de poner una mano en su espalda rígida. Me había dicho que no lo tocara. No debíamos parecer demasiado amigos. Me llevé las manos a los muslos.

—Has desperdiciado mucho de mi tiempo en las últimas veinticuatro horas —escupió Gideon entre dientes apretados—. La venganza es muy perra, ¿no es así, Gabi?

—¡Recuerda cuál es tu lugar! —El hombre dirigió sus fríos ojos hacia mí y se apartó un rizo castaño de la cara. Vestido con traje y corbata, la camisa tan azul como sus ojos, me miró por encima de la nariz, como si yo fuera un insecto bajo su zapato.

Desplazando su peso, Gideon me ofreció refugio del hombre enfadado, y yo lo acepté, deslizándome ligeramente hacia la derecha para esconderme detrás de su espalda.

—Te sugiero que recuerdes el tuyo. Deja de intimidar a mi discípulo, Gabriel.

Capté la mirada ansiosa de Jai, pero apartó la vista, estudiando nuestro entorno en alerta máxima. Noel se agarró a su camisa, apoyando casi todo su peso en el cuerpo de Jai, que no se doblegó. Apretó con más fuerza la cadera de Noel. Su otra mano empuñaba su espada, preparada.

—Gideon, seamos civilizados —dijo el hombre a la derecha de Gabriel con una voz que resonaba como un trueno.

Su piel era del tono más oscuro que jamás había visto en una persona. Las luces brillaban en su calva. Tenía un *piercing* en la ceja y anillos dorados en ambas orejas. Una poblada perilla perfilaba sus gruesos labios y sus ojos eran oscuros como el carbón.

—No hay razón para no proceder con calma...

—¡No me digas que proceda con calma, Miguel! —espetó Gabriel, y él puso los ojos en blanco—. ¡Ha desobedecido órdenes directas! Ha mentido en sus informes, ocultando y cultivando las habilidades de esa... —me miró con odio, y yo me encogí detrás de Gideon como un gato asustado—, ¡cosa! Y, ahora, no solo ha llevado a un equipo rebelde a la batalla, sino que prácticamente ha entregado su discípulo a Lucifer. ¡Y esa lista es solo de esta semana! ¿Sigo?

—Las serpientes se han deslizado hasta el Cielo delante de tus narices, y pareces más interesado en una caza de brujas —murmuró Gideon.

—¡No cambies de tema!

El hombre de la derecha soltó una risita ante el agudo chillido de Gabriel. Sus ojos marrones y almendrados bailaban alegremente mientras se reclinaba en su silla, haciendo equilibrio sobre las patas traseras. Llevaba el pelo negro recortado cerca de la cabeza. Su tez bronceada y sus rasgos denotaban ascendencia indonesia, y su camiseta del Capitán América y su cabellera transmitían indiferencia.

Miraba a Miguel, Gideon y Gabriel como si su intercambio le divirtiera. Cuando Gabriel le lanzó una mirada mordaz, volvió a reírse con sorna, sacudiendo la cabeza. Como Miguel y Gabriel estaban presentes, supuse que el tercer hombre era Rafael.

—¿Puedes intentar no sonar como una colegiala con una rabieta? Me sangran los oídos —dijo.

—¿Tienes que pincharlo siempre? —Miguel golpeó el podio.

—¡Miguel, lo están haciendo otra vez! —Gabriel se puso en pie y juro que pataleó como un niño—. Siempre están cambiando de tema para salir del paso. Y yo ya estoy hartos. A menos que

tengas algo constructivo que decir, cállate, Rafa. —Sus ojos ardieron mientras señalaba con un dedo brillante a Gideon—. Y tú...

—Asumo toda la responsabilidad de mis actos y de los actos de mis secundarios. En cuanto a la ayuda que pueda o no haber recibido, no puedo reclamar nada. No puedo controlar las decisiones de quienes no están a mi cargo. —Gideon mantuvo la cabeza alta mientras hablaba, sin vacilar en ningún momento—. Mi secundario actuaba bajo mis órdenes...

—¡Y una mierda! —intervino Jai—. Iba a ir al Infierno con o sin el permiso de nadie. Noel es mi puñetero otro, y yo, a diferencia de algunas personas —dijo mirando al ángel de pie detrás de Gabriel—, ¡conozco la definición de lealtad!

—¡Jairo! —Gideon le lanzó una mirada exasperada, pero Jai se encogió de hombros, sin disculparse por su arrebato—. Perdona a mi secundario. Ha sido una noche estresante.

El ángel detrás de Gabriel sonrió, sus ojos del color del musgo encendidos con entretenimiento.

—No sería la primera vez que no puedes controlar a tu secundario. —Se pasó una mano por el pelo castaño azucarado, lo que lo hizo parecer presumido y pretencioso—. ¿Deberíamos ponerle un bozal?

Jai enseñó los dientes.

—Acércate a mí con un bozal, y te lo meteré por el culo...

—¡Basta! —tronó la voz de Miguel, y la sala se silenció—. Malaquías, aún no tienes asiento en esta mesa, así que, si no quieres tú un bozal, ¡cállate!

El ángel de ojos verdes, Malaquías, frunció los labios como si hubiera probado algo agrio, pero bajó la cabeza en señal de sumisión.

—Jairo, por mucho que simpatice con tu situación, no tengo paciencia para tu boca. Adelle. —La mujer de cabello miel que había visto en el Purgatorio se adelantó desde su lugar, detrás de Miguel—. ¡Por el amor del Creador, busca a un sanador!

—Sí, señor —dijo antes de desaparecer con un destello de luz de la habitación.

Malaquías y Jai se miraron con un odio tan palpable que casi vi el calor que chisporroteaba entre ellos. Tenía que ser el mismo Malaquías que había salido con Noel. Eso explicaría la mirada de puro odio en la cara de Jai.

El último ángel, que aún no había sido presentado, estaba detrás de Rafael. No había dicho una palabra, apenas se había movido, pero sus ojos verdes como el mar observaban la sala con gran interés. La curiosidad se disparó cuando su mirada se cruzó con la mía y sus labios esbozaron una sonrisa amistosa.

Sabía que los ángeles no envejecían y que todos los presentes, excepto yo, eran mucho mayores de lo que aparentaban. Pero ese chico parecía joven. Era esbelto y bajito —más que yo, si cabe— y sus rasgos infantiles y tímidos eran casi como los de un niño. Si me lo hubiera cruzado por la calle, no habría creído que tuviera más de dieciséis años.

Llevaba el pelo castaño claro despeinado con control, en un caos intencionado. Se inclinaba sobre las puntas de los pies, con las manos entrelazadas a la espalda. No me quitaba los ojos de encima. Era inquietante.

La perorata de Miguel desvió mi atención y aparté la mirada del niño-ángel.

—Ahora, Gideon, habla con cautela. No puedes esperar que ignoremos tu desprecio por las órdenes directas, así que deja de comportarte como un héroe incomprendido. Y, por último, Gabriel, ¡siéntate! Te pones en evidencia.

—¿Qué? —Gabriel se hinchó.

—Eso no debería sorprenderte —dijo Gideon con una sonrisa sardónica—. Lo haces con bastante frecuencia.

La cara de Gabriel se coloreó de un rojo intenso, como una casa de ladrillo, y la sonrisa de Gideon se ensanchó. ¿Gideon estaba siendo mezquino?

—Por la Trinidad, Gid, deja de pincharlo. Gabriel, siéntate.

—¿Te pones de su parte? —Gabriel lanzó sobre Miguel una mirada contrariada por su traición—. Siempre haces lo mismo. Lo ha jodido todo, Miguel. ¿Cómo puedes...?

Echando la cabeza hacia atrás, Rafael emitió un gemido largo y gutural.

—Estáis haciendo el ridículo. Gideon, la has cagado. Deja de hacerte el justo. Gabriel, eres un inmaduro, deja de molestar. Miguel —hizo un gesto superfluo con la mano—, arregla esto.

—Bueno, menuda inspiración eres hoy. —Miguel se pellizcó el puente de la nariz—. Que todo el mundo se calme. Ha estado cerca, pero nadie ha resultado herido de gravedad.

Gideon se aclaró la garganta.

—Si se me permite...

—¡No! —Gabriel lo cortó—. Aquí no tienes ningún poder, guardián.

Hizo una mueca con la palabra, como si fuera un insulto; mis tres ángeles se tensaron. Incluso Noel, que parecía medio inconsciente mientras colgaba del costado de Jai, enarcó una ceja, ofendido.

—Pero tengo derecho a defender mi caso, tenga o no un sitio en tu mesa —dijo Gideon de manera uniforme, con las manos en un puño una vez más.

—No es necesario. —Gabriel cruzó las manos delante de él y adoptó una calma escalofriante—. Tenemos todos los datos necesarios.

»Te has rebelado contra este consejo, has captado a otros ángeles para tu causa y has llevado a tu discípulo al reino maldito. Tus acciones van en contra de tu juramento y de nuestra estructura. Has puesto en peligro vidas que no eran tuyas y, gracias a tu descuido, Lucifer casi ha puesto sus manos en tu discípulo. Todo en nombre de rescatar a tu secundario. ¿Lo niegas?

Hubo un instante de silencio.

—No, pero...

—Bueno, entonces no hay nada que discutir.

—Gabriel —advirtió Miguel. Le envió una mirada altiva e inocente—. ¿Querías añadir algo, hermano?

—Técnicamente, no he desafiado las órdenes —dijo Gideon—. Nunca me has ordenado que no fuera al Purgatorio. Me ordenaste que no entrara en el Infierno. Y no he ido al Infierno.

—¡Semántica!

—Tal vez. Y no he atraído a nadie. Aquellos que no están bajo mi mando son libres de hacer lo que quieran. Tal vez quisieran visitar el Purgatorio. He oído que es agradable en esta época del año.

»Y en cuanto a mi discípulo, ¿qué te importa si otro nefilim cae en el regazo de Lucifer? Nunca te ha importado mucho.

El aire se cargó. Rafael enderezó su silla. Gabriel y Miguel se miraron. Gideon y Jai se lanzaron miradas interrogativas. Pero Noel me miró fijamente, con un destello de comprensión en sus iris incoloros.

—No te corresponde a ti cuestionar...

—Quieres que acatemos las órdenes sin cuestionarlas, pero ¿cómo vamos a hacerlo si no podemos confiar en el Consejo? —ladró Gideon, señalando a Gabriel con un grueso dedo—. ¿Qué sabes de mi discípulo que no me estás contando? ¿Por qué estabas dispuesto a sacrificar a mi secundario? ¿Por qué te preocupas por el destino de mi discípulo nefilim, y por qué Lucifer está cazando nefilim en primer lugar?

—Pregúntale a la criatura que está detrás de ti —siseó Gabriel, su mirada me atravesó—. Después de todo, es culpa suya.

¿Mi culpa? ¿Yo era la razón por la que tantos nefilim habían sido secuestrados y asesinados? ¿Por mi culpa se habían perdido tantos inocentes?

Supuse que lo era. Yo era al que Lucifer quería, el que había estado buscando. Él mismo lo había dicho.

Avergonzado por el papel que había desempeñado en todo aquello, un papel que ni siquiera conocía ni comprendía, dejé caer la mirada al suelo.

—¿Por qué Riley es el nefilim que Lucifer busca? —preguntó Jai.

Su pregunta fue recibida con silencio.

—Porque —graznó Noel, inclinando la cabeza hacia el Consejo—, no es un nefilim, ¿Verdad?

Jai se movió para callar a su otro.

—Noel, tú lo has visto...

—Sí, lo he visto. —Noel asintió mientras me lanzaba una mirada extraña—. Y no es nefilim. Es algo muy distinto.

Cuando Gideon se movió, quedé al descubierto. Me acurruqué en cuanto todos los ojos se posaron en mí, sus miradas me dolieron. Jugueteé con mi camisa manchada de sangre mientras vacilaba ante la expresión de repulsión de Gabriel.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Gideon.

—Es algo muy impío —dijo Gabriel, con la voz saturada de desdén—. El resultado maldito de una unión prohibida entre ángel y caído. El engendro híbrido de dos de las criaturas más poderosas de los reinos, con un poder y unas posibilidades desconocidas. Es una abominación que no debería existir.

El pavor se apoderó de mi cuerpo como una manta asfixiante. La revelación de Gabriel pendía en el aire como una espada. Por una vez, deseé que cayera y me aplastara, cualquier cosa que borrara la mirada de mis ángeles.

En la sala del Consejo reinaba un silencio sepulcral. Todos los ojos se clavaron en mi cuerpo. Juzgando. Suponiendo. Culpando. Me sentía plagado de agujeros, como un queso suizo.

¿Híbrido? ¿Yo?

—Imposible —susurró Gideon, buscándome la cara como si no me reconociera.

—Sin embargo, aquí está —dijo Gabriel—. Deberíamos haberlo destruido en cuanto nació.

Las alas de Gideon estallaron en su espalda mientras se enfrentaba a Gabriel.

—Toca un pelo de su cabeza y perderás la vida.

—¡Pruébame! —rugió Gabriel, y sus propias alas se abrieron. Las plumas doradas combinaban a la perfección con las de Gideon.

Me vi arrastrado detrás del cuerpo de Jai. Noel me sujetaba contra su pecho mientras luchaba por mantenerse erguido. Malaquías había desenvainado una espada. Las alas de todos estaban

desplegadas, todas doradas excepto las de Jai y Noel. Gideon y Gabriel se gritaban mientras Miguel pedía orden. Rafael y el chico sin nombre se peleaban por ver quién se ponía delante del otro, ambos intentando adoptar una postura protectora.

Jai se agachó ante mí, con las espadas preparadas, como si de verdad esperara que me atacaran.

Me mordí el labio tembloroso para detener mis lágrimas. Una maldición impía. Una abominación. Eso era yo, lo había sido siempre. La señora Janet lo había visto, el mal dentro de mí. Y yo lo había liberado para asesinar al demonio que se había atrevido a herir a mi ángel.

Incluso ahora podía verlo en mi mente, paseándose por la celda donde lo había encerrado. Sus ojos carmesí brillaban y sus colmillos blancos relucían. Era la versión malvada de mí mismo que había querido devorar la energía de Gideon todas aquellas semanas. Era la parte malvada de mí que vivía para la lucha, la sangre, la muerte. Había disfrutado cada momento de arrancarle el corazón a aquel demonio.

Lo había llamado «él» con la esperanza de distanciarme de su oscuridad. Pero no había separación. Él era yo, y yo era él. Éramos la misma cosa.

Gideon levantó la espada y apuntó a Gabriel con la afilada punta, gruñendo palabras que no entendí. Algo se quebró dentro del consejero. La energía se acumuló en la mano de Gabriel, y lo supe. Iba a herir a Gideon.

No hubo pensamiento. Solo acción. Me moví.

—¡No! —gritaron tres voces a la vez, pero era demasiado tarde.

El tiempo se ralentizó. El poder de Gabriel salió disparado de su mano. Gideon me alcanzó. Jai agarró el brazo de Noel para evitar que me empujara hacia atrás. Miguel rugió. La mandíbula de Rafael cayó de la emoción. Y el chico de ojos verde mar sonrió.

Un suspiro.

Luego todo se vino abajo.

Absorbí el golpe destinado a Gideon, curvando mi cuerpo alrededor de la bola fundida. Nunca me habían disparado, pero supuse que un disparo de escopeta no tendría nada que envidiarle a ese dolor. Con un grito de agonía, desvié el fuego hacia el suelo.

El mármol se partió y humeó a mis pies cuando la energía estalló como una granada. Entonces empecé a brillar. Mi visión saltaba entre tonos rojos y multicolores. El monstruo de mi cabeza quería darse un festín con la yugular de Gabriel...

—¿Cómo te atreves...? —Y mis manos temblorosas cobraron vida. Si alguien quería hacer daño a Gideon, tendría que pasar por mí.

—*¡Nos atrevemos!* —estalló la oscuridad.

—¡Cállate! —le dije. Todo el mundo volvía a mirarme—. Por favor, no vuelvas a hacerlo. — Cuando nadie se movió contra mis ángeles, bajé lentamente las manos y las chispas revoloteaban a mi alrededor se calmaron—. No quiero hacerle daño a nadie.

—Por la Santísima Trinidad. —Rafael golpeó al joven en el brazo—. Por esto sí que ha valido la pena que me hayan despertado en mitad de la noche.

—¿Puedes hacerlo otra vez? —preguntó el chico con timidez.

—No —dijo Miguel. Rafael y el niño-ángel fruncieron el ceño decepcionados—. Vamos a calmarnos.

—Ven, Riley. —Gideon me ofreció una mano para ayudarme a salir del cráter de mármol agrietado donde me encontraba.

La cogí y me sacó del agujero que había creado por accidente. Cuando busqué refugio, no me apartó como esperaba. Me permitió rodear su gruesa cintura con los brazos y esconder la cara en su estómago. Me apoyó la palma de la mano en la cabeza mientras con la otra me frotaba la espalda.

—Lo siento. No era mi intención.

—Shhh. —La mano de mi espalda se deslizó hasta mi cuello y apretó con suavidad, una instrucción para que guardara silencio. Obedecí.

—Casi me mata —graznó Gabriel—. ¿Has visto eso?

Miguel suspiró.

—Te he visto haciendo el tonto y al híbrido interviniendo para proteger a su primario.

—Los discípulos no protegen a sus guardianes.

—Al parecer, este sí —bromeó el chico tímido.

Miré por encima del hombro mientras Gabriel fruncía el ceño al joven ángel.

—Cállate, Uriel.

—No le digas a mi aprendiz que se calle. Solo yo puedo ordenarle que se calle. —Rafael cruzó los brazos sobre el pecho y enarcó una ceja mirando al niño ángel—. Cállate, Uriel.

Uriel puso las manos en las caderas.

—¡Oye!

—¿Para esto nos has enviado refuerzos? —Gideon interrumpió aquella discusión sin sentido, con sus dedos apretándome la nuca—. ¿Porque no querías que Lucifer se lo llevara?

Fue el tono bajo de Miguel el que respondió.

—Nunca había existido una criatura como él, al menos ninguna que sobreviviera hasta la madurez. Permitir que un poder tan desconocido cayera en manos del enemigo sería imprudente.

—Es solo un niño.

—Es más que eso —afirmó Rafael—. No conocemos el alcance de sus poderes. Podría ser más fuerte que todos nosotros.

—¿Deberíamos entregarle al líder de los caídos esta arma? —dijo Miguel.

—¡No es un arma! —gritó Noel, con la voz entrecortada.

Jai terminó su declaración.

—Es una persona.

¿Lo decían en serio? ¿No me odiaban por ser un monstruo?

Durante el drama, Noel y Jai se habían colocado junto a Gideon. El brazo de Jai casi rozaba mi hombro. Su mirada era suave en la mía. Noel estaba mortalmente pálido, pero se acercó a mí de todos modos, apoyándose en su otro. Su mano estaba fría contra mi mejilla, mis lágrimas goteaban entre sus dedos.

—No pretendemos deshumanizarlo. Es solo que... Esto es más grande que él, que nosotros. El destino de los reinos se equilibra en el filo de una navaja, y alguien como ese niño que tienes entre los brazos podría marcar la diferencia. —Miguel me señaló, y mis ángeles se envararon.

—¿Así que quieres usarlo? —El labio de Jai se curvó con repulsión.

Gabriel se pasó una mano por los tirabuzones.

—Yo voté por destruirlo, ya que claramente no puede controlar el poder que se desperdicia en él. Pero, visto que la vida debe ser preservada, hemos llegado a una decisión diferente.

—¿Y cuál es esa? —Las palabras salieron de entre los dientes apretados de Gideon.

—Se queda aquí, bajo nuestro cuidado, para entrenarlo —dijo Gabriel, y se me cayó el estómago a los pies—. Es demasiado peligroso para andar por el reino de los mortales...

—Sé razonable. No es peligroso —dijo Gideon mientras me aferraba a él—. No puedes encarcelar a un niño por su genética. No puedes usarlo para hacer la guerra...

—¿Encarcelarlo? ¿Crees que le haríamos daño, Gideon? —Miguel bajó del imponente podio—. Necesita entrenamiento y educación adecuados. Este es su mundo ahora, un mundo del que no sabe nada. Le proporcionaremos todo lo que necesite. No somos el enemigo.

—¡No me hagas reír! —gritó Jai—. ¡No te lo vas a llevar!

—Míranos —dijo Gabriel.

Jai y Noel me agarraron por detrás de la camisa. Gideon, por los hombros. Gemí en su camisa.

—Vosotros tres habéis sido inútiles protegiéndole y, obviamente, estáis demasiado implicados. —La sonrisa de Gabriel era cruel—. Seréis destituidos como sus guardianes con efecto inmediato —dijo, y mi corazón se rompió en tres pedazos.

CAPÍTULO 24



IBAN A LLEVARME LEJOS. Perdería a mis ángeles. ¡No podía perderlos!

El agarre de Jai en mi brazo era doloroso. Noel suplicaba entre lágrimas en su lengua angelical. Gideon no me soltó, tampoco tenía elección: enredé los dedos en su camisa, aferrándome a él, decidido. Si querían cogerme, tendrían que despegarme de su cuerpo con una palanca.

—Soltad al —Gabriel hizo una pausa mientras su nariz se arrugaba con desagrado— niño. — No hicieron ademán de obedecer—. ¿Os despojo también de vuestros títulos de guardianes? — amenazó Gabriel.

No, no, no. No quería ser un arma híbrida en una guerra. No quería vivir en ese lugar demasiado perfecto rodeado de extraños. No quería nada de aquello. Solo quería irme a casa con mis ángeles.

Pero mis deseos no importaban porque, una vez más, estaba a merced de otros para decidir mi destino. Toda mi vida me habían empujado y tirado en todas direcciones. La señora Janet me había hecho tragar su retórica religiosa hasta que me ahogué. Y ahora un consejo de ángeles a los que no les importaba en absoluto decidía mi vida.

¿Cómo podían hacerlo? Yo no formaba parte de su mundo. ¡Esa no era mi guerra!

—¡No podéis retenerme aquí! —Giré sobre los arcángeles, extendiendo los brazos para tocar a mis tres ángeles a la vez—. Tengo una vida. Tengo clases. Ni siquiera os conozco.

Rafael y Uriel me miraron, intrigados. Gabriel volvía a hacer muecas, como si oliera algo asqueroso, y Malaquías seguía revoloteando detrás de su mentor. Miguel me observaba con ojos prudentes.

—Tus asuntos humanos no significan nada para nosotros —resopló Gabriel.

Miguel lo silenció con una mirada.

—Habría formas de sortear esos obstáculos.

Sacudí la cabeza y apreté con una mano la camisa de Gideon. Mi otra mano oprimió la tela de la manga de Jai mientras los dedos de Noel rodeaban mi muñeca, completando la conexión.

—No podéis llevarme sin más. No podéis obligarme a vivir aquí y luchar en vuestra guerra. No sé quiénes eran mis padres ni por qué los odiáis tanto, pero parece que me necesitáis más de lo que yo os necesito a vosotros. ¿Quieres que sea tu arma secreta? Entonces, tengo algunas... peticiones.

—¿Peticiones? —La ceja perforada de Miguel se arqueó. Ante mi tímido asentimiento, Gabriel resopló, pero Miguel se limitó a inclinar la cabeza—. Continúa.

Por un momento, me quedé estupefacto, mi boca se movía sin pronunciar palabra. No esperaba que me escucharan. Supuse que a esas alturas ya estaría a medio camino de su calabozo. O tal vez muerto, ya que parecían decididos a herir a mis ángeles. Como si fuera a dejar que se salieran con la suya sin luchar.

—Vendré a entrenar aquí, si eso es lo que quieres, pero sigo queriendo ir a la universidad y vivir en la Tierra. Quiero decir, en el reino de los mortales.

—Estás más seguro aquí, en el reino celestial —dijo Miguel.

—Con todo el respeto, no estoy de acuerdo. Mi situación vital no es negociable. —Forcé la confianza en mi voz, incluso mientras mis miembros temblaban.

—Supongo que podemos hacer una excepción. ¿Algo más?

Gabriel gruñó ante las palabras complacientes de Miguel, pero, por suerte, no interrumpió.

—Mis ángeles. Los quiero —solté. Las cejas de Miguel se alzaron y retrocedí—. Quiero decir que quiero quedarme con ellos, o que ellos se queden conmigo. Sea como sea. Son míos. Quiero decir...

Miré por encima del hombro y me encontré con sus miradas. Los ojos de Noel se llenaron de lágrimas. Los de Jai rugían como un infierno. Los de Gideon rebosaban orgullo.

—Son mis guardianes. —Miré fijamente a Miguel, Rafael y Gabriel—. No tendré otros. Eso tampoco es negociable.

La cara de Gabriel estaba morada por la fuerza de su ira, pero me alivió ver que los ojos de Rafael destellaban aprobación. Uriel me dirigió un sutil pulgar hacia arriba. La mirada de Malaquías era pesada y viscosa, y le lancé una corta pero llena de odio que, con suerte, le comunicaría mi aversión por él. Sonrió como un estúpido.

Mientras Miguel reflexionaba mis palabras, sus ojos negros me escrutaron atentamente antes de buscar a mis ángeles detrás de mí. Nadie dijo una palabra. Respiramos, enviando plegarias

silenciosas a cualquiera que nos escuchara para que de algún modo me favorecieran.

Por fin, habló.

—Supongo que trabajar juntos es mejor que estar enfrentados.

Gabriel trató de intervenir, pero Rafael lo empujó con tanta fuerza que perdió el equilibrio y cayó detrás del podio con un chillido sin gracia.

—Lo intentaremos a tu manera, híbrido —dijo Miguel, que ignoró a los ángeles que maldecían detrás de él.

—Me llamo Riley. —Con un valor que no sabía que poseía, acorté la distancia que nos separaba y le ofrecí la mano—. Encantado de conocerte, Miguel.

Miguel sonrió, riendo en el fondo de su pecho mientras su gran mano se tragaba la mía.

—Sorprendentemente, el placer es mío, Riley.

—Siento lo de tu suelo. —Miré la grieta en el centro de la habitación.

Se rio más fuerte.

—Algunas cosas se arreglan con facilidad.

Al subir al estrado, con el rostro enrojecido, Gabriel miró con desprecio mi mano metida en la de Miguel. Un ruido de disgusto le silbó en la nariz. Luego se iluminó y desapareció con un estallido.

—No hagas caso a Gabriel. Tiene un rencor atravesado del tamaño del Everest. —Rafael saltó y se acercó bailando un vals. Le dio una palmada en la espalda a Gideon—. Pensaba que iba a prenderte fuego.

—Todo el mundo sabe que tiene una puntería terrible. —El amago de una sonrisa burlona apareció en sus labios, y Rafael se rio.

—Rafa, asegúrate de que no haga nada estúpido, ¿vale? —pidió Miguel, y Rafael puso los ojos en blanco con un suspiro exagerado.

—Sí, sí. Haré de canguro. —Volvió a darle una palmadita en el hombro a Gideon, me guiñó un ojo y desapareció.

Su aprendiz, Uriel, vaciló. Se inclinó hacia mí, flotando sobre las puntas de los pies como un pájaro a punto de emprender el vuelo. Al parecer, se lo pensó mejor antes de acercarse a nosotros, porque me envió una tímida despedida con la mano y luego siguió a su mentor hacia el universo.

—Bueno, eso ha sido teatral. —Miguel se frotó la calva con la palma de la mano—. ¿Dónde coño está Adelle?

—¿Jai? —La voz de Noel era carrasposa, débil.

En el caos, lo había olvidado. Tal vez todos lo habíamos hecho. Pero el charco de sangre en el suelo se había extendido.

Noel tragó saliva, su piel tenía una palidez mortal.

—Jai, yo... —Sus ojos se pusieron en blanco y se desplomó.

—¡Noel! —Jai se dejó caer sobre el suelo de mármol acunando a su otro entre los brazos—. Vamos, Noel, quédate conmigo. ¿No? ¿Noel? ¡Que alguien me ayude!

—¡Llévalo a la enfermería! —gritó Miguel.

Otra ráfaga tiró de mí. Gideon me cogió de la mano y me arrastró por pasillos de mármol y piedras preciosas. Jai corrió, con un inconsciente Noel en los brazos. Adelle y varios ángeles con atuendo médico nos alcanzaron a mitad de camino con una camilla de hospital. Arrancaron a Noel a la fuerza de los brazos de Jai y se lo llevaron.

Los seguimos todo lo que pudimos. En un momento dado, atrancaron las puertas y no nos dejaron pasar. Jai luchó con uñas y dientes, y solo retrocedió cuando un sanador que empuñaba una jeringuilla amenazó con sedarlo.

Nos escoltaron a una sala aparte y nos trataron de varias heridas. Ninguno de nosotros había sufrido daños graves, pero, con el estrés y la adrenalina desapareciendo poco a poco, los dolores afloraron. Me dijeron que bebiera algo. Sabía a jarabe para la tos, pero alivió el dolor. Abracé el reconfortante entumecimiento mientras trataban mis manos quemadas tratadas con un ungüento acre y las envolvían en finas gasas.

Tras la evaluación, otro sanador nos condujo a una sala de espera y nos dejaron. Había demasiadas cosas sin decir entre nosotros, pero no hablamos. Permanecimos en sombrío silencio.

Gideon permanecía callado y quieto como una estatua. Aparte de respirar y parpadear, no se movía, con las manos sobre las rodillas y los ojos fijos en el espacio.

En cambio, Jai no paraba quieto. Su rodilla rebotaba. Se pasaba los dedos por el pelo cada pocos minutos, tirando de los mechones. De vez en cuando, murmuraba para sí, frotándose los ojos con los talones de las manos. Caminaba. Mucho.

¿Y yo? Me senté en la silla, con las rodillas pegadas al pecho. Miraba a Jai caminar. Adelante y atrás. Iba y venía. Seguí el reloj demasiado lento. Tic. Tac. Tic. Tac. Conté las respiraciones medidas de Gideon. Dentro, luego fuera. Dentro, fuera.

Horas más tarde, Gideon se rompió al fin. Se levantó y salió de la habitación. Exigió que le dijeran algo. Jai se sentó, con las rodillas rebotando. Se levantó de un salto y cruzó la habitación como si fuera a seguir a Gideon. Se lo pensó mejor, volvió a mi lado y se sentó de nuevo.

—Puedes sentirlo, ¿verdad? —le pregunté—. Noel. Gracias a vuestro vínculo, ¿puedes sentirlo?

—La mayor parte del tiempo.

—¿Puedes sentirlo ahora? ¿Está... está bien?

El *piercing* de su lengua chasqueó contra sus dientes.

—Ha cortado la conexión. Nos bloqueamos, ya sabes, por privacidad, aunque siempre está ahí. Pero me desconectó por completo cuando ese cabrón... —Se tiró de su despeinada cresta—. Cerró el vínculo, así que ahora no puedo sentirlo.

—Lo hizo para protegerte —le dije.

—Sí, lo sé. Pero no debería tener que hacerlo. Yo soy quien lo protege a él. Así es como...

Mi rodilla se clavó en mi mejilla mientras seguía el movimiento de su nuez. Sangre negra manchaba su cuello. Un arañazo le cruzaba la mejilla. ¿Había sido una espada o una garra? ¿Importaba?

—La familia se protege mutuamente —dije al final—. Creo que eso es lo que Noel diría.

—Yo no podía protegerlo. —La voz de Jai se quebró. Por un segundo aterrador, pensé que se echaría a llorar. La ira ahuyentó las lágrimas—. Estaba asustado y me llamó, pero no pude... Fui un inútil. No pude detenerlo.

—Lo he matado —susurré, y Jai levantó la cabeza—. El demonio que... Iba a hacer daño a Noel, y yo no podía permitírselo. No era mi intención, pero estaba enfadado, y Noel lloraba, y había tanta sangre... Ah, Dios, Jai, lo he matado y...

No me di cuenta de que estaba llorando hasta que Jai me arrastró hasta su regazo y me arropó contra su pecho. Lloré como un bebé, empapando su camisa ya manchada. Supliqué un perdón que no merecía. Porque, aunque lloraba la pérdida de mi inocencia, no me arrepentía de lo que había hecho.

Y lo volvería a hacer. Por Jai. Por Noel. Por Gideon. Arrancaría mil corazones.

—Estoy muy orgulloso de ti, Riley. —La voz de Jai raspó contra mi oído. Besó mi sien, mi mejilla—. Protegemos a nuestra familia. Pase lo que pase.

—Lo he matado.

—Bien.

Secándome las lágrimas con las manos sucias, Jai apretó su frente contra la mía. Sus ojos ardían con un destello de locura que parpadeaba en el Infierno. El rojo inundó mi visión, la locura dentro de mí reconoció la oscuridad en él.

—¿Hiciste que doliera? —preguntó.

—Sí.

—¿Gritó?

—Sí —repetí.

Su sonrisa era de alambre de espino y hueso astillado.

—Bien.

Parpadeé y Jai me plantó un beso firme entre los ojos. Rodeé su cuello con los brazos y me escondí. Quería meterme dentro de él hasta que nunca pudiera librarse de mí. Quería abrirlo en canal y arrastrarme dentro. Y tal vez él también quería eso, porque su abrazo no era suave.

Sus brazos eran de hierro y acero y me aprisionaban contra él. Sus dedos me mordían la espalda y se enredaban en mis rizos cubiertos de sangre. Y una vez, solo una vez, me tiró del pelo hasta hacerme gemir. Sus labios me acariciaron la nuca. Me derretí.

De repente, su abrazo se suavizó y me acurrucó en su regazo como a un bebé. Nos reconfortamos con caricias suaves y palabras en voz baja. Conocía mi oscuro secreto y lo comprendía. Porque, en el fondo, quizá no éramos tan diferentes. Quizá nuestros monstruos eran iguales.

Gideon regresó y se quedó junto a la ventana, contemplando Utopía. El sol salía y pintaba el cielo de amarillos, naranjas y rojos. Era hermoso, demasiado hermoso. Tuve que apartar la mirada.

En cuanto los primeros rayos de sol se colaron en la sala de espera, una mujer alta vestida de verde nos llamó. Jai se adelantó corriendo mientras Gideon y yo íbamos detrás de la sanadora de voz suave.

Cuando llegamos, Jai ya se había metido en la cama del hospital con Noel. Se acurrucó alrededor de su cuerpo dormido, acurrucándolo por detrás. Escondió la cara en el cuello de su otro mientras sus hombros se retorcían con sollozos secos. Gideon bajó su enorme cuerpo a una silla junto a la cama y cogió una de las manos de Noel entre las suyas.

Yo me quedé en la puerta. El dolor entre esas cuatro paredes me estrangulaba, y ni siquiera estaba en la habitación. Como no era digno de llorar con ellos, me aparté y les dejé hacerlo solos.

En cuestión de horas habíamos perdido tanto... Y había sido culpa mía.

El cristal de la ventana de observación me heló las yemas de los dedos al ver cómo mis ángeles se apiñaban en torno a su hermano herido. No podía unirme a ellos; mi sentimiento de culpa no me lo permitía. ¿Cómo atreverme a llorar con ellos si yo era el culpable de su dolor?

Eran las personas más importantes de mi vida. Eran mi familia, y yo los había destrozado. Rompía todo lo que tocaba. ¿Sería ese para siempre mi legado? ¿O podría aprender a

reconstruir? ¿Era posible volver a unirnos?

Aquel no podía ser nuestro destino, se merecían algo mejor. Se merecían... todo.

Había luchado por ellos, matado por ellos. Sin dudarlo, lo haría de nuevo. No había vuelta atrás de aquello, no para mí, ya no. Los curaría, aunque me matara. Porque yo era suyo en cuerpo y alma. Siempre había sido suyo.

La luz parpadeó sobre mi cabeza y mi reflejo en el cristal se deformó. La aparición se estremeció. Me tragué un grito al ver que los ojos que me miraban no eran los míos.

Unos iris marrones rodeados de esclerótica roja me miraban desde el cristal. Mi rostro se congeló en una expresión de horror, pero los labios del Riley del espejo se separaron en una sonrisa mórbida, revelando dos colmillos afilados.

—Ahora estamos juntos en esto. —Su voz recorrió mi mente.

—No eres real —susurré en voz alta.

Mi reflejo se rio.

—¿Estás seguro?

EPÍLOGO



JAI ODIABA LOS HOSPITALES. Odiaba lo fríos que eran. Detestaba el olor a antiséptico y el sabor a muerte que flotaba en el aire. Cada célula de su cuerpo angelical pedía a gritos escapar de las deslumbrantes paredes blancas y los brillantes suelos de mármol.

¿Por qué los sanadores elegían ese color? No era reconfortante. Era frío y duro. La sangre era más cruel y violenta yuxtapuesta a la pureza del blanco.

Sin embargo, el blanco no tenía por qué ser clínico. Podía ser suave como alas de ángel, sedoso como mechones de pelo de terciopelo, dulce como la risa de Noel.

Pero Noel no reía ahora.

A pesar de que Gideon hubiera robado más mantas del armario de suministros de enfermería y los asfixiara con ellas, a pesar de haber vertido su energía a través de su vínculo para calentar y curar, a pesar de haber abrazado a su otro lo más fuerte posible, compartiendo el calor corporal, Noel no había dejado de temblar. La piel helada se pegaba a su nariz, y Jai, a su vez, apoyaba su cara en la nuca de Noel.

Consciente de la espalda mutilada de su otro, Jai se apretujó, con los brazos alrededor de la cintura de su otro. El corazón de Noel latía sin cesar contra la palma de su mano, y su pecho subía y bajaba. Cada pocos minutos, se retorció y gemía. Ni siquiera el elixir para dormir y los analgésicos conseguían alejar las pesadillas.

—Shhh. —Jai presionó un beso en el cuello frío de Noel—. Te tengo, *neshama sheli*. Estás bien. Duerme.

Gideon frunció las cejas mientras frotaba con calor la mano de Noel. Sentado junto a la cama en una silla casi demasiado pequeña para su cuerpo gigante, encorvó los hombros y miró al

suelo. Su vínculo no era tan fuerte ni invasivo como el de Jai, pero era suficiente para que el estrés de Gideon se le filtrara en las venas, volviéndolas más frías que la carne de Noel.

Con un escalofrío, Jai se acurrucó más alrededor del frágil cuerpo de su otro, asegurándose de que su pecho no entrara en contacto con las gruesas vendas que rodeaban el torso de Noel. Si hubiera habido una forma de abrazarlo con más fuerza, Jai la habría encontrado. Así las cosas, solo podía apoyar la frente en la nuca de su otro y contar sus latidos.

El hedor a azufre y tormento se pegaba a la piel de Noel. Los enfermeros habían limpiado la mayor parte de la mugre y la suciedad del inframundo, pero la maldición no podía limpiarse de las heridas. Ardía como vinagre en la nariz de Jai, calentando la carne devastada hasta que el infierno febril escaldó su pecho a través de las vendas y las capas de ropa.

Era la única parte de Noel que estaba caliente. Pero el calor no era normal. Supuraba dentro de las heridas y se incrustaba bajo la piel por cada tajo de espada y golpe de garra. Las heridas dejarían cicatrices; de eso estaban seguros los sanadores.

La magia oscura tentó las ganas de vomitar de Jai, pero se contuvo. Sería fuerte. Por su otro. Por su primario. Por su discípulo. Tenía que serlo, pero temía no ser lo bastante fuerte para aquello.

Como guardianes, estaban familiarizados con el peligro. Se habían burlado de la muerte una y otra vez, pero siempre la habían enfrentado juntos. Uno al lado del otro. Un par. Un equipo. Una familia. Jai jamás se había visto obligado a sentarse, inútil, mientras su otro se sacrificaba.

No se suponía que debiera ser así. ¡Jai se lo había prometido! Le había prometido a Noel, el día de su creación, que siempre cuidaría de él. Y siempre lo había hecho. Hasta la noche en que no lo hizo.

Jai se estremeció.

Los recuerdos del horror de Noel, de su miedo y sufrimiento, giraban por la mente de Jai como una película. No podía sentir el dolor físico de su otro, al menos no del mismo modo que sentía el suyo. Era un dolor distinto. Como recordar una vieja herida. Había una sensación de malestar que se extendía por su estómago, el fantasma de la agonía donde el hueso se había roto o la piel se había partido. Pero solo era eso, el eco de una realidad pasada, borrosa como un sueño.

Cuando su vínculo estaba totalmente abierto, podían compartir sus emociones, insinuar intenciones y, hasta cierto punto, experimentar esa reverberante imitación de la sensación física. Pero rara vez permitían tal apertura. Era invasivo y vulnerable, útil en tiempos de batalla pero inconveniente en otros.

Sin embargo, por mucho que se quejaron de su conexión, nunca habían cerrado su vínculo por completo. Hasta ahora.

Noel siempre había sido un desastre cerrándola. A Jai le volvía loco la mayor parte del tiempo, sobre todo si Noel se enrollaba con algún tío en el baño de un club. Pero en el momento en que el demonio había inmovilizado a Noel, había cortado toda conexión. El vínculo se había cerrado, marchitándose entre ellos como algo seco y muerto.

Por primera vez desde la creación de Jai, había estado total y completamente solo. En su cabeza. En su corazón. En su alma.

Y, por el Creador, había sido horrible.

Para proteger a Jai, Noel lo aisló y sufrió la vergüenza y la degradación en solitario. Y le rompió el corazón.

Jai era el protector. Jai cuidaba de Noel.

Cuando algún gilipollas se escabullía a altas horas de la madrugada, dejando que su otro se despertara solo, Jai había estado allí para decirle que todo iría bien, que ese gilipollas no merecía su tiempo. Cuando Malaquías engañaba a Noel por milésima vez, Jai lo abrazaba y le acariciaba el pelo, recordándole que era mejor que ese pedazo de mierda de arcángel. Cuando Noel volvía a casa con moratones en la piel y el corazón destrozado, Jai era quien lo recomponía, pieza a pieza.

Era como siempre había sido, como siempre debería ser.

Pero ¿ahora? Jai no sabía si podría recomponer su Otro, no después de esto.

Jai nunca había sido víctima de esa manera. No podía imaginar la humillación de semejante abuso, pero en el instante antes de que Noel cerrase el vínculo, había sentido el clon de un peso sofocante en su espalda. La dura superficie de una mesa aplastada en el estómago. La impotencia de Noel, su miedo. El momento exacto en el que había muerto la esperanza de su salvación.

Luego, un vacío donde siempre había residido su otro. Porque Noel era lo bastante fuerte como para soportar la angustia solo. Siempre había sido más fuerte de lo que nadie creía. Incluso Jai subestimaba a su otro a veces. Era fácil hacerlo.

Los extraños le echaban un vistazo y hacían suposiciones. Lo etiquetaban como un chico débil, un niño bonito, un debilucho. Pero se equivocaban. Noel era el más fuerte de ellos. Era un luchador, un superviviente, y sobreviviría a esto también. Jai se aseguraría de ello.

La silla de Gideon crujió bajo su peso al moverse, y Jai apartó la mirada del cuello de Noel, lleno de marcas de colmillos. Sombras oscuras se cernían sobre los ojos de Gideon, y Jai se sintió doblemente culpable. Si tan solo hubiera reaccionado más rápido ante la amenaza demoníaca. Si no hubiera perdido el agarre del brazo de Riley. Si tan solo...

—Voy a llevar a Riley a tu apartamento y al de Noel. Creo que es mejor que nos quedemos en Utopía por ahora. —Besó los nudillos de Noel y Gideon se levantó. Todas sus articulaciones crujieron—. Encontraré a alguien que se quede con él antes de volver.

Jai lo interrumpió.

—Deberías quedarte con él. Sobre todo ahora. Dormiré aquí, con Noel.

—Voy a volver.

—Gid, estaremos bien. Riley te necesita ahora mismo. —Jai pasó una suave palma sobre el cabello mortecino de Noel—. ¿Dónde está, de todos modos?

—Duerme en el pasillo. Encontró una silla de ruedas para acurrucarse, y yo no he tenido corazón para despertarlo. —Pasándose una mano por la cara, Gideon suspiró—. ¿Seguro que estarás bien aquí?

—Descansaré mejor aquí que en nuestro apartamento —admitió Jai.

Gideon asintió con las manos en la cadera. Se volvió hacia la puerta, pero dudó.

—Lo siento —susurró.

Jai ladeó la cabeza, confundido.

—¿Por qué?

La voz de su primario se quebró al decir:

—Debería haber estado allí.

—No es culpa tuya, Gid. Te llamaron a la Sala del Consejo. Tú fuiste. Y ya está. —Jai pasó los dedos por las largas hebras blancas de Noel.

De nuevo frente a Jai, Gideon comprobó los alrededores como si se asegurara de que nadie pudiera espiarlos.

—No me habían llamado —dijo por fin cuando estuvo seguro de que estaban solos—. Llegué y Miguel me preguntó por qué había venido. La citación que había recibido desapareció misteriosamente de mi móvil.

A Jai se le heló la sangre.

—¿Nos tendieron una trampa?

—Alguien estaba vigilando. Debieron ver a Riley salir del apartamento y enviaron el mensaje para quitarme de en medio. Sabían que, si nos separábamos, tendrían más posibilidades de capturarlo. Solo gracias al sacrificio de Noel no se llevaron a Riley al Inframundo.

—Y querían a Riley porque... ¿qué? ¿Es un híbrido entre ángel y caído? ¡Ni siquiera es posible!

La incredulidad de Jai era superficial. Había visto cómo la esclerótica de Riley sangraba de rojo, como un demonio, como un caído. Todos habían sido testigos del brillo carmesí del poder de Riley cuando había defendido a Gideon en la Sala del Consejo. Contra todo pronóstico, Riley era tan caído como ángel.

—La maldición de los caídos cambia la fisiología de los ángeles, hasta su ADN. ¿Es tan improbable que afectara a sus capacidades reproductivas? —Gideon miró por la ventana que separaba la habitación del pasillo. Desde su posición ventajosa, lo más probable era que viera a Riley dormido en una silla de ruedas abandonada—. De algún modo, una unión entre un caído y un ángel dio lugar a la concepción, y nació Riley, quizá el primero y único de su especie.

—¿No crees que haya más?

—No estoy seguro de qué pensar. Antes de esta noche, nunca había contemplado la posibilidad de que existiera una criatura así. Pero hubo más de una pareja comprometida separada tras la guerra. Siempre fue posible que algunos permanecieran juntos. En secreto, por supuesto.

—¡Esto es retorcidísimo! ¿Por qué no nos lo dijeron? —Jai escupió las palabras entre dientes apretados.

Gideon se llevó un dedo a los labios, con los ojos brillando a modo de advertencia. Jai se mordió la lengua y volvió a centrar su atención en su otro dormido. Sus dedos acariciaron los ligeros mechones, reconfortándolos tanto a él como a Noel.

—Deberían habérselo dicho —dijo más tranquilo.

Gideon estuvo de acuerdo.

—Deberían habérselo dicho. Tal vez un Trono les ordenó que no lo hicieran. O no creían que pudiera manifestar poderes. Quizá pensaron que era más seguro...

—Más seguro ¿para quién? —se burló Jai—. ¿Para Riley? ¿Para nosotros? Eso ha funcionado muy bien, ¿no?

—No lo sé. Pero no pondrían a propósito en peligro a un equipo de guardianes o a su discípulo. Mis hermanos son muchas cosas, pero no son asesinos.

Gideon no se dio cuenta de su desliz, y Jai no le llamó la atención. Todos conocían el pasado de Gideon. Y Jai estaba agotado. No recordaba haber estado nunca tan cansado, ni siquiera cuando estaba vacío. Recordarle a Gideon quiénes eran sus verdaderos hermanos, su verdadera familia, no iba a ayudar.

—Noel se curará, Jai —dijo Gideon tirándose de la oreja—. Sé que parece que el mundo se acaba, pero...

—Debería haber sido yo —dijo Jai, que se tragó la espesa emoción que se le hinchaba en la garganta—. Debería haber sido yo, Gid. Es demasiado bueno para esta mierda. Es demasiado blando y, bueno...

—¿Y tú te lo merecías más que él? —El tono de su primario era duro y plano. Jai se estremeció—. Ninguno de los dos os lo merecáis. Nadie se merece esto.

—No sé si podré arreglarlo esta vez —confesó Jai en la cabellera de Noel—. Gid, ¿cómo se supone que voy a arreglarlo después de que ellos...?

El ardor extraño de las lágrimas escocía los ojos de Jai mientras enterraba la cara en el pelo de su otro. Era largo y suave, pero olía mal. El aroma a lilas se había atenuado, la luz del sol era casi inexistente. Aun así, acentuaba los pómulos afilados, la nariz recta y la mandíbula inclinada de Noel. Siempre había sido hermoso, pero ahora era una belleza trágica, contaminada por palabras airadas y manos crueles.

—Lo curaremos juntos —dijo Gideon, con los ojos brillantes de convicción—. Lo cargaremos hasta que recuerde cómo caminar. Lucharemos por él hasta que se dé cuenta de su fuerza. Y, cuando lo olvide, le recordaremos quién es. Eso es lo que hace la familia.

La determinación de Gideon inundó a Jai, que asintió.

—Eso es lo que hace la familia.

Mientras se hacía el silencio, Gideon movió el peso de su cuerpo y se inclinó hacia la cama del hospital donde yacían Jai y Noel. Por un momento, Jai pensó que Gideon se acercaría a ellos, que pondría una mano en la pierna de Noel o en el hombro de Jai. Un simple toque para comunicar las complicadas emociones que ninguno de los dos sabía expresar.

Pero no lo hizo. Se rascó la nuca, luego se tiró de la oreja, la mirada se centró en Riley en el pasillo.

—Debería llevarlo a tu apartamento.

—No lo dejes solo —dijo Jai—. Sé que Miguel aceptó las condiciones de Riley, pero Gabriel... No puedes dejar que se lo lleven.

—No se lo llevarán. Gabriel es un imbécil orgulloso, pero no va a ir en contra de Miguel y Rafa. Le superan en número en esta decisión.

—Pero podría intentarlo. Malaquías y él podrían... —Un miedo debilitador se apoderó del corazón de Jai ante la perspectiva de perder a su discípulo, y palabras que apenas podía comprender salieron de su lengua—. No puedes dejar que se lo lleven, Gid. Riley odia a los extraños, y estaría asustado sin nosotros. No lo conocen, no como nosotros. No sabrían cómo cuidarlo.

—Jairo, no lo permitiré. —Esta vez, Gideon sí acortó la distancia y apoyó una mano vacilante en el hombro de Jai—. Sigue siendo nuestro discípulo, y cuidaremos de él.

—Él nos pertenece. Es nuestro. Siempre ha sido nuestro. —Jai se mordió la lengua para detener las palabras reveladoras—. No podemos dejar que se lo lleven.

—No lo haremos. Te lo prometo. —Gideon apretó el hombro de Jai y buscó su rostro—. Descansa un poco, ¿vale? Llámame si me necesitas.

Jai volvió a acomodarse detrás de Noel.

—Lo haré.

Antes de salir de la habitación, Gideon se quedó en la puerta. Su mirada escrutadora atravesó las capas que Jai ocultaba, y temió que su primario pudiera ver las verdades que intentaba ocultar. Las verdades que intentaba aplastar.

Pero a Jai nunca le gustaba negarse nada. Por mucho que luchara contra el irrefutable empate, sabía que el final era inevitable. Estaba atrapado en la red de Riley, y la mayor parte de él no quería escapar.

¡Fuego infernal! Pensar así hizo que se sintiera como un viejo pervertido que atraía un niño a su furgoneta con la promesa de caramelos y helados. Por supuesto, Riley no era un niño. Era legalmente adulto, pero eso no bastaba para detener la culpa.

Debería controlarse mejor. Después de tantos siglos, un chico de diecinueve años no debería ser suficiente para quebrarlo. Pero Riley tenía algo especial, siempre lo había tenido. Y como una polilla a una llama, Jai no podía resistirse.

Riley era su tipo también. Pequeño. Bonito. Un poco malhablado cuando reunía las agallas, pero sumiso al final. Se rendiría al control de Jai y obedecería. Pero sabía que sería una respuesta condicionada por el miedo, no una elección consciente nacida de la confianza.

Y Riley se merecía algo mejor que un polvo rápido y duro en las sombras. Se merecía algo dulce y suave, algo en lo que Jai tenía poca experiencia. Noel y Riley eran perfectos el uno para el otro en ese sentido. Noel sabía cómo cuidar de él.

No es que estuviera permitido, por supuesto. Riley era su discípulo, y conquistarlo estaba prohibido. Si los consejeros se enteraban del beso que habían compartido Jai y Riley, se terminaría todo. Tal vez no le quitaran las alas a Jai, pero le quitarían su título. Noel perdería su derecho porque ¿de qué servía una mitad de una pareja secundaria?

Se llevarían a Riley y lo entregarían a otro equipo de guardianes. Gideon lo perdería todo: sus secundarios, su discípulo, su familia. Ya había perdido suficiente.

Lo que significaba que Jai debía contener sus sentimientos. Sonreiría y soportaría cada cita que Riley tuviera con Danny. Sufriría sus sonrisas tímidas y sus caricias vacilantes, sus susurros y sus risitas secretas perdidas entre sábanas de algodón. Se quedaría quieto mientras Danny tocaba la piel que Jai debería haber tocado primero, besaba labios que solo Jai debería besar.

Sí, lo aguantaría, pero santos y pecadores, lo iba a matar.

¿Quién se creía Danny que era? ¡Abalanzándose para reclamar a Riley cuando era de Jai! Riley le pertenecía a él, a ellos. Era la pieza que faltaba en su puta familia. Era suyo y siempre lo sería. Lo necesitaban de la misma manera que él los necesitaba a ellos. Sin él, se desmoronarían.

Joder, no debería ser tan difícil.

Como había predicho Gideon, las líneas se estaban difuminando y Jai no sabía cómo detenerlo. ¿Y quería? Recordó la sensación de la piel de Riley bajo sus dedos, su gemido en los oídos, el sabor ahumado del verano de los labios de Riley en su lengua... Jai no estaba seguro.

Riley era todo lo que Jai quería, pero no podía tener. Y él nunca había luchado demasiado contra la tentación. Había algo en la fruta prohibida que la hacía mucho más seductora, mucho más irresistible. Por eso Eva mordió la manzana en el primer paraíso, después de todo.

Pero la verdad seguía ahí: Riley no se podía tocar. Era tabú. Estaba prohibido.

Lástima que solo las mejores cosas de la vida lo fueran.



La historia de Riley continúa en *Delirio: Pergamino de azufre y fuego*

GLOSARIO

Kapara: Mi esperanza, mi redención

Chamud: Hermoso

Ahuvi: Amado

Neshama Sheli: Mi alma

ACERCA DE NIKOLE KNIGHT

Nikole Knight (ella/elle) es una hoosier nacida y criada en Indiana que vive en un lugar ultrasecreto de Europa. Es madre soltera de dos maravillosos *gremlins* y su *golden retriever*, Stratus, y escribe amor en todas sus formas.

Cuando no está ocupada en la adultez, se puede encontrar a Nikole en su rincón de escritura, escribiendo mientras sus dedos se convierten en protuberancias.

Para obtener contenido exclusivo, actualizaciones e información sobre todo lo relacionado con Knight, suscríbete al boletín de Nikole o únete a su grupo de Facebook: .